Franco
Lindner
FERNÁNDEZ
&
FERNÁNDEZ
Historia
secreta
de una
relación
peligrosa
Planeta

Fernández & Fernández

Fernández & Fernández
Historia secreta de una relación peligrosa

Franco Lindner

Índice de contenido

Portadilla

Legales

Introducción

«¿Pero vos estás segura?»

El joven Alberto

Cómo se conocieron

Cómo llegaron

Aprietes y operaciones

«Puedo ser Presidenta y vice»

Las dos renuncias

Una cartera para Cristina

Pastillas y peleas

Agradecimientos

Lindner, Franco
Fernández & Fernández / Franco Lindner. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2019.
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-49-6915-0
1. Política Argentina. I. Título.
CDD 320.82

© 2019, Franco Lindner

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Fotografías de tapa: Getty Images (superior) / Télam (inferior)
Fotografía del autor: Lucas Perez Alonso

Todos los derechos reservados

© 2019, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta®
Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: noviembre de 2019
Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-6915-0

A mi esposa Eugenia y a mis hijos Martina, Francisco y Santiago

Introducción

Es el miércoles 26 de marzo de 2003. Alberto Fernández está sentado a una mesa del restorán La Caballeriza, en Recoleta.

Mi primera pregunta lo deja helado:

—¿Es cierto que te reemplazan como jefe de campaña?

Casi escupe el bocado de ensalada.

—¿¡Qué!? ¿Quién dice eso? ¡Es un delirio!

—Lo dice un secretario de Estado de Duhalde —le informo.

—¡Es mentira! —brama—. Puede ser que algunos no me quieran porque Néstor no les abre la campaña. Y como no pueden criticarlo a él, se la agarran conmigo.

—Algunos duhaldistas dicen que con vos no se puede negociar.

—¿Y qué tienen que negociar conmigo? Mirá, yo me llevo bien con Pampuro, con Aníbal Fernández, con «El Chueco» Mazzón…

—¿Con el ministro del Interior, Jorge Matzkin? —le pregunto.

Pone mala cara, responde seco:

—No tenemos trato.

—Algunos duhaldistas —le digo— creen que Kirchner, si llega a presidente, no les respetará su poder territorial ni les brindará inmunidad judicial…

Fernández dispara:

—Kirchner es candidato, no cómplice.

Es la tercera o cuarta vez que lo veo en esos días de campaña en los que el candidato santacruceño, con la bendición de Duhalde, el Presidente interino, busca llegar a la Casa Rosada. Pero nunca antes lo he notado tan furioso a Fernández.

Cuando se apaga el grabador, el jefe de campaña arremete:

—¿Cómo vas a preguntar algo así? ¡Es una locura! ¿Quién te dijo que me sacan?

—Ya te dije, un secretario de Estado.

—¡Pero decime quién! ¡Es un hijo de puta!

—No puedo, Alberto. Lo dijo en *off the record*.

—Dale, entre nosotros…

—Me ponés en un compromiso.

—Un secretario de Estado… Matzkin no fue, es ministro. ¡Fue su segundo, Ritondo! ¡Qué hijo de puta, a ese lo tengo montado en un huevo!

Alberto estudia mi expresión.

Algo le dice que acertó, tal vez el hecho de que yo esté sonriendo. No sé disimular.

Exclama eufórico:

—¡Fue Ritondo!

—Pero yo no te lo dije.

—Quedate tranquilo —promete—, esto queda entre nosotros.

—Quiero imaginar —le digo—. El grabador está apagado.

Pocos días después, cuando el jefe de campaña se entrevista con Duhalde, rompe nuestro pequeño *off the record*.

Le dice que Cristian Ritondo, el segundo de Matzkin en el Ministerio del Interior, anda conspirando en su contra. Le da detalles: lo sabe por un periodista de la revista *Noticias*. Le menciona mi nombre.

Duhalde le promete hablar con el revoltoso.

Poco después, Ritondo me manda un mensaje a través de un compañero de la revista: me reclama que lo traicioné.

Duhalde le ha tirado de la oreja.

El pacto del *off the record*, por el cual se puede mencionar una información, pero no quién la dice, corre por igual para periodista y fuente. Lo que se habla fuera del grabador queda entre el entrevistado y el entrevistador. Es decir, se puede contar, aunque sin revelar de dónde sale el dato.

Pero no para Alberto.

La siguiente vez que voy a verlo, en su oficina de la avenida Callao, planteo el tema.

—Le contaste a Duhalde lo de Ritondo. Menos mal que iba a quedar entre nosotros.

Se ríe como un chico al que descubren en medio de una travesura.

—Bueno, sí… ¿Qué iba a hacer?

Mi cara es de pocos amigos.

—Ritondo no me va hablar más. Perdí una buena fuente por lo que hiciste.

No muestra una pizca de arrepentimiento.

Me dice:

—¿Buena fuente? Si no existe ese tipo. Acá tenés una mejor fuente, no te quejes.

Esta ilustrativa historia sobre el virtual presidente que ya tiene el triunfo asegurado en octubre muestra un costado peligroso de él.

Le gusta jugar al límite. Es difícil confiarle. Y así como puede romper un *off the record*, tampoco acata otros códigos de la política y el periodismo en particular y de las relaciones humanas en general.

Si cuento esto, que ocurrió fuera del grabador, es porque su previa

ruptura de nuestro acuerdo me habilita a hacerlo. Son las reglas.

Su compañera de fórmula, su virtual vicepresidenta, Cristina Kirchner, puede dar fe de lo difícil que él es. Alberto renunció a su gobierno en el momento en que más lo necesitaba la jefa, en plena debacle por la guerra perdida contra el campo y el histórico voto «no positivo» de Julio Cobos en el invierno de 2008. Y no conforme con esa renuncia, en los años siguientes se dedicó a criticarla con los argumentos más salvajes: que vivía en «su mundo dual», que tenía «una enorme distorsión sobre la realidad», que actuaba «como una adolescente», que no había «nada para rescatar» de su gobierno y que debía «recuperar la cordura».

En paralelo, asesoró y alentó a cuanto peronista se animara a desafiar su liderazgo: primero Daniel Scioli, luego Sergio Massa y por último Florencio Randazzo. Con algunos de ellos le ganó elecciones, o hizo que CFK las perdiera contra el PRO, al dividirle el voto peronista.

La ex presidenta le contestó con la misma dureza a su antiguo jefe de Gabinete. Lo trató de «vocero de Clarín», de «lobbista de las corporaciones», de traidor. Nada hacía prever que un día volverían a gobernar los dos juntos.

El libro que el lector tiene entre sus manos es la historia secreta de una relación que puede terminar mal. La de una pareja despareja que, tras todos sus desencuentros, vuelve a elegirse y a pelearse en (y por) el poder.

Alberto avisa en privado:

—Ella sabe que no me puede manejar. Un día le renuncié y estuvimos diez años peleando.

Cristina, por su parte, pide más y más. Le copó las boletas del Congreso y ahora quiere lugares clave en el Gabinete.

La pregunta de cuál de los dos Fernández está al mando desvela a la oposición y al propio kirchnerismo resucitado. El carácter fuerte de los dos presagia tiempos bravos.

¿Hay un nuevo «doble comando» como el que supieron protagonizar Cristina y Néstor Kirchner hasta que ella enviudó? ¿Los Fernández, Alberto y CFK, podrán coexistir?

Como redactor y luego editor de la revista *Noticias* he conocido a ambos y pude investigarlos en profundidad (y casi en soledad durante la primera mitad del kirchnerismo, la del alineamiento generalizado de los medios con aquel gobierno). He hablado, para este trabajo, con decenas de fuentes cercanas a los dos, con ex funcionarios, operadores, legisladores, empresarios, colegas, dirigentes sociales, encuestadores, psiquiatras, amigos y confidentes, muchos de los cuales aparecen citados con nombre y apellido a lo largo de estas páginas. Otros

informantes pidieron que no los identifique, por temor a las posibles represalias de una pareja que vuelve a lo más alto del poder.

Las revelaciones del libro son variadas.

Hay un jefe de campaña que, en la misma época del diálogo que abre esta introducción, se interesa en ser parte de una boleta porteña de Mauricio Macri, por temor a que su amigo Kirchner no llegue a la Presidencia.

Hay una senadora que conoce a Fernández tiempo antes de lo que cree su marido gobernador, quien se integra al triángulo más tarde. Se conoce antes o, en palabras de Alberto, «casi antes». Por eso, dice, los funcionarios del Sur lo llaman «cristino».

Hay un joven Alberto, auxiliar en el Palacio de Tribunales al lado de dos duros jueces de la dictadura militar, a la vez que la hermana de ese «pinche» colabora con otro magistrado, novio de la hija de Albano Harguideguy, el poderoso ministro de Videla.

Hay un jefe de Gabinete que se interpone entre la Presidenta y el primer caballero cuando Kirchner intenta forzar la renuncia de ella, y el «cristino» logra disuadirla haciendo que la llamen varios amigos, Horacio Verbitsky, Estela de Carlotto y hasta un jefe de Estado de la región, Lula Da Silva.

Hay un Fernández que es cajero de la campaña de Duhalde en 1999 y adquiere dos departamentos en Recoleta justo durante esos meses de recaudación. Y hoy, además, es un vecino de Puerto Madero que dice vivir «de prestado» en el complejo River View.

Hay una paciente que se atiende con uno de los psiquiatras más respetados del país y que al ver revelado ese dato en la tapa de una revista bromea en forma premonitoria: «Bipolar. Ahora puedo ser Presidenta y vice».

Hay otro Fernández, Aníbal, que también predice el futuro tratando de burlarse de su ex compañero en una carta abierta: «A veces pienso que Alberto debería ser candidato. Sacaría cientos de miles de votos, pero, como entre sus hipervirtudes figura la de tiempista, debe estar esperando el momento».

Hay una Cristina que detalla los inicios setentistas de su relación con Néstor y me explica por qué lo llama Kirchner, a secas, y por qué su marido le responde con un sonoro «gorrrda», mientras que él me da esta respuesta utilitaria: «Ella me ayudó a mejorar mi promedio en la facultad».

Hay un Alberto menemista, a cargo de la Superintendencia de Seguros, que es acusado de pedirles coimas a los empresarios de ese sector y también de ofrecer plata a los periodistas para aparecer en sus programas de televisión.

Hay un Fernández en el llano, ya lejos de la jefa, que un buen día decide reconquistarla enviándole una cartera Louis Vuitton de regalo. Pero es ignorado olímpicamente por ella y entonces sí endurece su discurso.

Hay un candidato que es internado de urgencia y por varios días en el Otamendi porque olvida tomar las pastillas anticoagulantes que le prescribieron luego de separarse de los Kirchner. El diagnóstico sugerido, pero no confirmado: tromboembolismo pulmonar.

Hay otro candidato, Macri, que el mediodía antes de su derrota repasa los apuntes de un discurso triunfal, en el que agradece por el nuevo voto de confianza. Pero a la noche explota de impotencia: «¡Quiero saber quién me mintió!».

Hay peleas salvajes, reconciliaciones, intrigas, secretos revelados, fortunas inexplicables, pasados imperfectos, deseos de venganza y de redención, operaciones sucias, amores, política e intimidad.

Fernández & Fernández es un thriller de actualidad urgente sobre el poder que ya nos gobernó y que ahora nuevamente viene por todo.

Pasen y lean.

Ah, una cosa más. Como cierre de estas líneas preliminares, aquí va un cordial saludo a Cristian Ritondo, el ministro de Seguridad de María Eugenia Vidal en suelo bonaerense y más que probable futuro jefe de los diputados macristas, quien aún hoy, tantos años después, sigue recriminándome aquel desagradable incidente de 2003.

Se lo debo a Alberto.

«¿Pero vos estás segura?»

Oscar Parrilli tiene una misión. Se pasea con expresión angustiada entre los asientos de la sala en busca del único invitado que le importa a la jefa. ¿Dónde está Alberto Fernández? Parrilli no lo ve y sus nervios van en aumento. Si no cumple con lo encomendado por CFK, ella otra vez lo castigará con algún epíteto de esos que ya son públicos por las escuchas telefónicas que trascendieron en los medios. «¡Pelotudo!».

Alberto no está a la vista pero tiene que haber venido. Si fue invitado especialmente. Además, la idea del best seller que la jefa está por presentar en la Feria del Libro fue suya.

Parrilli ya está por resignarse cuando de pronto lo encuentra, sentado en una de las filas más alejadas del escenario y revisando su celular.

Resopla aliviado y casi se abalanza sobre él:

—¡Alberto, ahí estás! Cristina quiere que te sientes en la primera fila.

Fernández responde:

—No, Oscar, dejame que acá estoy bien.

Parrilli se desespera:

—Te lo pido por favor. No me hagas quedar mal con Cristina…

Ante semejante ruego, Alberto acompaña al ex jefe de la Inteligencia K reconvertido en acomodador.

—Sentate acá —le indica Parrilli y lo ubica entre «Taty» Almeida, la madre de Plaza de Mayo, y Estela de Carlotto, la abuela.

En esa primera fila solo hay lugar oficial para un político, él. Los demás asientos son para las luminarias de los Derechos Humanos y para los actores y artistas comprometidos con la causa cristinista, como Pablo Echarri, Nancy Dupláa, León Gieco, Arturo Bonín, Gastón Pauls, Cecilia Roth, Javier Malosetti, Cristina Banegas, Leonardo Sbaraglia, Teresa Parodi… También hay un lugar dejado libre por la ausente Hebe de Bonafini, que ocupa sin pedir permiso el otro Fernández, Aníbal, con lo cual no cuenta como político, sino como usurpador.

Alberto se acomoda en su asiento y escucha atento el discurso de Cristina, que está allí presentando *Sinceramente*, su libro de campaña.

De pronto, se sobresalta cuando escucha su nombre.

Ella dice:

—Quiero agradecer a las autoridades de la Feria del Libro, a los

miles y miles que han comprado el libro en momentos tan difíciles, juntando monedita por monedita. Y le quiero agradecer a Alberto Fernández la idea de escribirlo…

La cámara de inmediato enfoca el rostro entre sorprendido y emocionado de él. Ahora sabe por qué ella lo sentó en primera fila. Recibe las palmeadas y los abrazos de quienes lo rodean y solo alcanza a musitar:

—Gracias, muchas gracias…

Para una jefa conocida por su dureza, ese reconocimiento público a uno de sus colaboradores es algo más que inusual. Por primera vez en mucho tiempo, CFK deja de hablar de sí misma para elogiar la idea de otro.

Todos en la sala están sorprendidos. Y más que nadie, Fernández.

La escena es del jueves 9 de mayo de 2019 y funciona como prólogo de otra que se da seis días después, el miércoles 15.

Esa noche, Alberto acude a la convocatoria urgente de Cristina y confirma que ella ya tenía la decisión tomada desde el acto en la Feria del Libro, tal vez incluso desde antes.

CFK lo recibe en su departamento de la esquina de Juncal y Uruguay, en Recoleta, y va al grano:

—Lo estuve pensando mucho y el candidato tenés que ser vos. Yo te acompaño como vice.

Alberto dice que no se lo esperaba. Quiere asegurarse de que no se trata de un impulso, sino de una decisión meditada.

—¿Pero vos estás segura? ¿Por qué no te tomás un día y volvemos a hablarlo?

La jefa casi lo reta:

—No, Alberto, no tengo ganas de tomarme un día. Empezá ya mismo a trabajar.

Él se muestra dispuesto, claro. Es un sueño realizado: poder llegar a presidente. Pero pide explicaciones adicionales.

—Mirá que están dadas las condiciones para que la candidata seas vos —le dice a ella—. Por todo el trabajo que venimos haciendo de unir las partes…

CFK le agradece:

—Es todo este trabajo que venís haciendo lo que me da la libertad para tomar esta decisión.

La frase, dice él, lo deja sin argumentos para resistirse.

—Igual pensalo —insiste.

Cristina responde:

—Para esta etapa que viene, que es de conciliar y negociar, vos sos mejor que yo.

Esa noche, antes de despedirse, se comprometen a guardar el secreto hasta que la ex presidenta lance el anuncio oficial, el sábado.

A él le cuesta horrores. Está como ido en las charlas con sus colaboradores y amigos.

—¿Qué te pasa? —le preguntan.

—Nada, nada…

Se lo cuenta a una sola persona, una periodista, pero sabe que ella no correrá a publicar la primicia. Es Fabiola Yáñez, su blonda novia de 38 años, 22 menos que él.

El otro que lo sabe es el hijo de CFK, Máximo, que por esas horas le manda un mensaje de WhatsApp redundante a Alberto: «Seguí así. Pero nunca cambies».

El jueves 16 de mayo, él vuelve a hablar con la jefa y repite:

—Pensalo, en serio.

Ella lo corta, ya fastidiada:

—Ya lo hablamos.

El viernes 17, CFK lo recibe de nuevo en su departamento de Recoleta para mostrarle el video que grabó y que saldrá la mañana siguiente anunciando la inesperada fórmula: Fernández y Fernández, Alberto y Cristina.

Ya no hay vuelta atrás. En realidad, desde el acto en la Feria del Libro que no la hay.

—Gracias —se emociona Alberto esa noche—. Gracias por la amistad que pudimos recomponer.

En el video, de 12 minutos y medio de duración y difundido por todas sus redes sociales, como lo exige la comunicación política moderna, la jefa primero plantea su renunciamiento histórico, a lo Evita: «Ese principio siempre remanido y repetido y tantas veces incumplido del peronismo de “primero la Patria, después el movimiento y por último los hombres”, bueno… es hora de hacerlo realidad de una vez por todas. No solo con palabras, sino también con los hechos y, sobre todo, las conductas. En este caso, primero la Patria, segundo el movimiento y por último una mujer. Permítanme solo por un instante un poco de humor feminista».

Luego anuncia la sorpresa: «Le he pedido a Alberto Fernández que encabece la fórmula que integraremos juntos, él como candidato a presidente y yo como candidata a vice, para participar en las próximas elecciones primarias, abiertas, simultáneas y obligatorias… Sí, las famosas PASO. Alberto, a quien conozco desde hace más de 20 años y, es cierto, con quien tuvimos también diferencias. Tan cierto como que fue jefe de Gabinete de Néstor durante toda su presidencia. Y lo vi, junto a él, decidir, organizar, acordar y buscar siempre la mayor

amplitud posible del Gobierno».

Por último, mientras en el video se suceden las imágenes de ella con Fernández, de una pizarra con el dólar disparado a 48 pesos, de marchas de protesta contra Macri y hasta del líder del PRO bailando alegremente entre globos multicolores, CFK termina diciendo: «No tengo dudas. La situación del pueblo y del país es dramática. Y esta fórmula que proponemos estoy convencida de que es la que mejor expresa lo que en este momento de la Argentina se necesita para convocar a los más amplios sectores sociales y políticos, y económicos también, no solo para ganar una elección, sino para gobernar. Porque algo le tiene que quedar claro a todos y a todas. Se va a tratar de tener que gobernar una Argentina otra vez en ruinas, con un pueblo otra vez empobrecido. Está claro, entonces, que la coalición que gobierne deberá ser más amplia que la que haya ganado las elecciones. Estoy convencida de que este es el mejor aporte que puedo hacerle a mi país…».

El anuncio conmociona a la Argentina. La candidata que encabeza la mayoría de las encuestas de intención de voto se baja de una competencia por primera vez en su vida y le cede su lugar a su copiloto, un personaje que hasta hace pocos días antes era poco conocido para el gran público, que o lo había olvidado —no integraba el Gobierno desde 2008— o lo confundía con el otro Fernández bigotudo del cristinismo, el locuaz Aníbal.

¿Por qué se baja la jefa? ¿Y por qué elige como cabeza de la fórmula a Alberto? La primera lectura que arrojan las encuestas urgentes de esas horas es que en principio no se trata de una decisión equivocada: el elegido, pese a su nivel de bajo conocimiento en los sondeos, aseguraría al menos la misma cantidad de votos que quien lo acompaña, justamente por la presencia de ella en la boleta, que retiene al electorado kirchnerista duro. La segunda conclusión, más auspiciosa aún para los Fernández, es que Alberto sí está en condiciones de ganarle a Mauricio Macri, algo que a Cristina se le hace cuesta arriba por el alto rechazo que sigue generando en gran parte del electorado.

Según esa lógica, CFK no se lanza a la Presidencia porque, a pesar de superar al macrismo en las PASO y también en la primera vuelta, en la segunda las cartas estarían echadas: ganaría Macri, por poco, pero ganaría, según los sondeos que manejan por esas horas en ambos bandos, y que no logran prever el tamaño de la ola que poco después arrasará con el gobierno del PRO.

Con Alberto, dicen esos sondeos, parece más factible ganar las elecciones que con Cristina. Su presunta fama de «moderado», de «racional», de «dialoguista», en contraposición a los excesos y al estilo

exaltado de la jefa, significa un salto al centro, una mano generosamente tendida al votante independiente. También es un mensaje al establishment local e internacional, que teme que con CFK nuevamente en el sillón de Rivadavia vuelva a repetirse un modelo como el que la ex presidenta encabezó en sus años de viuda y que fue calificado de «chavista», sin Kirchner ni Fernández a su lado para disuadirla. La elección de Alberto, en definitiva, pretende darle cierta previsibilidad a un futuro gobierno K, como si se tratase de una garantía de republicanismo y buena conducta.

Kirchnerismo herbívoro.

Al menos, en teoría.

La trastienda de esos días agitados me la confiaron dos fuentes de su entorno íntimo y el de la ex presidenta, una de las cuales aceptó hablar con nombre y apellido: Eduardo Valdés, ex jefe de Gabinete de la Cancillería y ex embajador K ante el Vaticano, además de viejo amigo de Fernández desde los tiempos en que estudiaban Derecho en la Universidad de Buenos Aires (UBA). Otros detalles los recreó el propio Alberto Fernández en un reportaje con *Página/12*, el diario que hoy es propiedad de uno de sus hombres de confianza, Víctor Santa María, titular del gremio de los porteros.

—Alberto me dijo que en serio no se esperaba el ofrecimiento de Cristina —cuenta su amigo Valdés—. En realidad, nadie se esperaba algo así.

—¿A vos no te lo anticipó? —pregunto.

—¡A nadie le dijo! —contesta Valdés—. Me enteré al mismo tiempo que los periodistas, el sábado en que hicieron el anuncio.

—¿Alberto no corre el riesgo de aparecer como un testaferro electoral de Cristina, que es la dueña real de los votos?

—Qué sé yo… A mí me pareció una jugada extraordinaria, es un enroque que el rival no se esperaba. Además, la preserva a ella.

—¿Por qué?

—Porque el macrismo tenía toda su estrategia electoral diseñada para competir contra Cristina, y el juicio contra ella que empezó en medio de la campaña lo demuestra.

Valdés se refiere a la causa por corrupción en la obra pública que fue elevada a juicio oral por el juez federal Julián Ercolini. El juicio oral justamente empezaría por esos días, el martes 21 de mayo, solo 72 horas después del sorpresivo anuncio de la fórmula Fernández-Fernández, y la presencia de la ex presidenta en el banquillo perjudicaría, semana a semana, como una lenta tortura, sus chances electorales. Ahora, en cambio, la acusada se había corrido a un costado. En el macrismo estaban perplejos.

Antes del inicio de ese juicio, la Corte Suprema había intentado frenar el asunto con una medida sin antecedentes: pidió el expediente para estudiarlo ante un pedido de la defensa de la ex presidenta y, de paso, para sentarse sobre él y suspender todo hasta después de las elecciones. En el gobierno de Cambiemos vieron la mano de Ricardo Lorenzetti, el ex titular del máximo tribunal durante la era K y todavía uno de sus integrantes más influyentes, detrás de la jugada. La mano de Lorenzetti y también la de Alberto Fernández, su antiguo aliado.

Esto tuiteó Laura Alonso, a cargo de la Oficina Anticorrupción del macrismo: «En una escandalosa resolución con olor a Alberto Fernández en busca de impunidad para la ex presidenta, la Corte Suprema toma una inédita medida. Esperamos que el Tribunal Oral inicie el juicio la semana próxima porque no hay fundamento para que no lo haga».

Alberto le contestó: «Para Laura Alonso es "escandaloso" que la Corte pida un expediente por un recurso de queja. Habla así porque no es abogada y desconoce el derecho. Ignorancia pura».

Pero lo cierto es que —más allá de las consideraciones jurídicas— la medida de la Corte Suprema sí tenía intencionalidad política y que, además de Lorenzetti, también había sido aprobada por otros dos viejos conocidos de Alberto, los jueces Juan Carlos Maqueda y Horacio Rosatti. El único que había votado en disidencia fue el titular de la Corte, Carlos Rosenkrantz, designado por el macrismo e ignorado por sus pares.

Sin embargo, la medida levantó tanta espuma en los medios y en la calle que el máximo tribunal debió volver sobre sus pasos en menos de 24 horas. Y así el juicio a Cristina comenzó, pero ya con ella como candidata a vice.

Alberto Fernández buscó marcarle la cancha a la Justicia por esas horas. Soltó una frase ruidosa en el programa *Corea del Centro* que los periodistas Ernesto Tenembaum y María O'Donnell conducen en Net TV: «Algunos jueces van a tener que explicar las barrabasadas que escribieron para cumplir con el poder de turno». Y mencionó por sus nombres al ya citado Julián Ercolini y a Claudio Bonadio, Martín Irurzun, Gustavo Hornos y Carlos Gemignani, justamente los que están al frente de las causas que involucran a Cristina. En el canal C5N reforzó el mensaje y habló de «revisar sentencias» si el kirchnerismo vuelve al poder.

Para la opinión pública y los medios que quieren ver en Fernández a un «moderado», ese apriete sería una excepción rarísima.

Su amigo Eduardo Valdés cuenta algo más:

—Desde que se reconcilió con Cristina, yo lo venía jodiendo con que

el candidato tenía que ser él. Y me decía: «Ni en pedo, no quiero». También se lo comenté a Cristina.

—¿En serio?

—Sí. ¡Mirá en lo que terminó la joda!

Antes de que ella lo empoderara, el propio Alberto le explicaba a Valdés y al resto del peronismo fragmentado cuál era el plan para ampliar el frente kirchnerista:

—Sin Cristina no se puede, pero con ella sola no alcanza para ganar —repetía aquí y allá.

A la jefa también le dio su diagnóstico:

—Hay muchos que dicen que volverían, pero solo si vos no vas de candidata.

Y le insistía:

—Hay que encontrar el eslabón perdido entre el kirchnerismo y el peronismo para poder unir a los dos…

Ese eslabón, aunque no lo explicitara, venía a ser él mismo.

Lo que con paciencia fue tejiendo en las sombras finalmente lo alumbró el anuncio de ella: un candidato presidencial que no asustara al establishment ni al mundo, pero acompañado por ella como garante de los votos.

¿Hasta dónde la idea fue realmente de Cristina? Poder de sugestión es algo que a Alberto le sobra.

Tras el anuncio de la fórmula, de inmediato bajaron sus candidaturas Felipe Solá y Agustín Rossi, que pretendían ser los delfines de la ex presidenta si ella no competía. Alberto, la tercera opción, la más cercana a ella y también la más secreta, fue quien terminó llevándose el premio, aunque hasta ese momento no se mostrara interesado.

A *Página/12* le explicó:

«Cuando empecé con toda mi tarea de unir las partes, me autoimpuse la idea de no ser candidato para poder hablarles a todos de la importancia de la unidad y que nadie piense que quería ser yo.»

Pero lo cierto es que quería. Aunque no imaginaba que iba a terminar ocurriendo.

Las reacciones en el gobierno de Cambiemos fueron caóticas. Hubo quienes, como el periodista Román Lejtman, de fluido diálogo con Macri y sus ministros, transmitieron el estupor inicial y hablaron de un «cisne negro», o sea, un evento imprevisto que desmoronaba toda la estrategia PRO. El propio Presidente estaba descolocado con la noticia y recién con el correr de las horas se fue calmando, cuando Carlos Grosso, su consultor invisible, le explicó que Fernández era más de lo mismo, y no un «tapado» que mágicamente aseguraría el triunfo K.

—Son los mismos votos de Cristina, el escenario no cambia —analizó el ex menemista.

Jaime Durán Barba, el gurú ecuatoriano del Presidente, coincidió con esa visión finalmente errada. Eso me confirmó por esas horas uno de sus colaboradores más importantes, su compatriota Gandhi Espinosa.

—En contra del temor inicial, lo que detectamos fue un repunte de Macri a partir del anuncio —exageró.

—¿Alberto Fernández hizo crecer a Macri? ¿No será mucho? —puse en duda.

—Ellos vienen bajando y nosotros subiendo —contó Espinosa—. Aún estamos unos puntos abajo, pero en la segunda vuelta, y teniendo en cuenta esta tendencia, ganamos. La estabilidad del dólar en estos meses, después de un año de corridas, influye.

Ese diálogo de hace apenas unos meses hoy mueve a risa, y desnuda el clima de euforia artificial en que vivía sumido el oficialismo. Espinosa y Durán Barba preveían una derrota ajustada en las PASO —que luego podrían dar vuelta en las elecciones generales—, pero no los 16 puntos de diferencia irremontable que terminaron sepultando a Macri. Ya hablaremos en otro capítulo de esos comicios y sus consecuencias.

—¿Analizaron la imagen de Fernández? —le seguí preguntando a Espinosa.

—Medimos por dupla —dijo el consultor—. Porque medirlo a él sin Cristina no tiene ningún sentido, da mucho menos. Muchos encuestados no tienen bien en claro quién es, y muchos lo confunden con Aníbal Fernández.

—Claro, encima los dos tienen bigote.

—Tienen bigote, el pelo canoso, fueron funcionarios al mismo tiempo, son los que hablaban con la prensa. La confusión con Aníbal es permanente.

Gandhi Espinosa recreó cómo eran las reuniones de *focus group* o estudios cualitativos en las que un grupo de encuestados, generalmente ocho, respondía las preguntas del encuestador.

—¿Quién es Alberto Fernández? —era el habitual disparador.

—Es un tipo muy conocido —contestaban los encuestados.

—¿Conocido de dónde?

—Ah, no sé bien. Pero tiene trayectoria.

—¿Cuál?

—Bueno, no sé, eso escuché.

Concluía Gandhi, demasiado confiado:

—La verdad es que no lo conocen, pero repiten lo que escuchan en

los medios.

Aunque la popularidad no parecía ser su fuerte, Alberto reunía otras condiciones para ser el candidato. No solamente fue el funcionario más poderoso del kirchnerismo hasta el día de su intempestiva renuncia en plena guerra con el campo, sino que en los comienzos trabajó como nadie para que Néstor y Cristina llegaran al poder. De hecho, era el único que les discutía de igual a igual. Pero de eso ya hablaremos más adelante.

Lo que importa en este capítulo es cómo volvió Alberto a ganarse la confianza de la jefa luego de su largo destierro de casi diez años.

La historia tiene un protagonista central, Juan Cabandié, el dirigente de La Cámpora e hijo de desaparecidos, también conocido por pelearse con una agente de tránsito al grito de «soy más guapo que vos, me banqué la dictadura», a lo que la joven respondió: «Está bien, te felicito». Cabandié reconstruyó su relación con Alberto allá por 2016. Y tras varios encuentros en cafés y llamados de teléfono, en agosto de 2017 invitó al ex jefe de Gabinete a comer a su casa de La Paternal.

Allí le propuso:

—Tendrías que juntarte con Cristina, tienen mucho de qué hablar.

La primera respuesta fue:

—Vos estás loco.

Pero al rato, y gracias a la insistencia del camporista, la idea ya no le pareció tan descabellada.

—Puede ser —terminó aprobando Fernández—. Hay que ver qué dice ella.

La idea de Cabandié tenía su razón de ser. Por esos mismos días, Alberto y CFK venían de chocar en las PASO del 13 de agosto, en las que ella competía como candidata a senadora por la provincia de Buenos Aires y enfrentaba al desconocido macrista Esteban Bullrich. Él, por su parte, era el jefe de campaña de Florencio Randazzo, el ex ministro K que le había pedido a Cristina ir a una interna, algo que ella rechazó. Randazzo se presentó igual, por las suyas, y sacó un 5 por ciento de votos peronistas, los que le faltaron a CFK para imponerse en forma indiscutida al macrismo. CFK solo logró una victoria mínima, por centésimas: 34,27 a 34,06 de Bullrich, que en las generales de octubre terminó dándolo vuelta.

Después de esas PASO, Alberto le pasó factura en público a la jefa: «Si Cristina hubiera escuchado a Florencio, no estaría haciendo este papel, un papel pobre…».

Fue entonces cuando Cabandié comprendió que debía mediar entre ambos.

—¿Por qué no te juntás con ella?

Con el sí de Alberto, el camporista fue a ver a Enrique «Pepe» Albistur a las oficinas que el publicista y ex secretario de Medios del kirchnerismo tiene sobre la avenida Córdoba.

—¿Qué te parece esta idea? Quiero acercar a Alberto con Cristina —le dijo.

Albistur, uno de los amigos más antiguos de Fernández, se quedó pensando.

—Si lo lográs sos un genio —le contestó—. Hace diez años que le digo a Alberto que la deje de putear y no me da bola.

Como paso siguiente, Cabandié le trasladó su iniciativa a CFK. Temía lo peor, pero se llevó una sorpresa: la jefa, magnánima, aprobó el acercamiento, aunque sin ponerle fecha. Y eso que Alberto le había dedicado críticas durísimas en los años de enfrentamiento, como la que apuntaba a su «enorme distorsión de la realidad» o la que enumeraba: «Toda su acción institucional es deplorable, todo lo que hizo en materia judicial es deplorable, lo que inició con la llamada democratización de la Justicia es deplorable, lo que hizo con el tratado con Irán es deplorable, la muerte de Nisman es deplorable. En el segundo mandato de Cristina a mí me cuesta muchísimo encontrar un elemento valioso».

En la actualidad, cuando alguien le recuerda esos rezongos, Alberto se defiende:

—Ojo, todo lo que yo le critiqué en su momento a Cristina lo sigo sosteniendo.

Dice que la que cambió fue ella.

¿Cómo siguió la reconciliación entre la jefa y su hombre fuerte? Después de la dura derrota de octubre, por 41 puntos a 37, CFK sintió la necesidad de reinventarse rápido. Se acordó de la propuesta de Cabandié: repatriar a Alberto.

—Traelo —le ordenó al camporista.

El primer encuentro fue en el Instituto Patria, la sede cristinista sobre la calle Rodríguez Peña. Corría diciembre de 2017, el día era lluvioso y los cortes complicaban el tránsito porteño.

Alberto llegó nervioso, temía que la noticia del reencuentro se hubiera filtrado a los medios. Recién cuando comprobó que en el Patria no había periodistas, se aflojó un poco.

Cabandié lo acompañó hasta la puerta del despacho de Cristina y allí lo dejó solo. El silencio de los empleados que lo vieron llegar lo aturdía.

—Parecía como si hubieran visto un fantasma —le explicaría luego a su amigo Valdés.

Cuando se abrió la puerta, Cristina, sonriente, le dio un beso y lo abrazó.

Alberto no sabía qué decir ni hacer.

Ella empezó un monólogo de unos veinte minutos, en los que él apenas metió algún bocado. La jefa, cultora del «small talk», hablaba y hablaba con total naturalidad, como si se hubieran visto el día anterior y no hacía casi una década, en el invierno de 2008.

Al rato, él se fue tranquilizando. Pidió un café, mientras ella tomaba su ya clásico té de dulce de leche y le mostraba fotos de su nieta, Helena, la hija de Florencia que por entonces tenía 2 años. Él le habló de su hijo, Estanislao, un joven que es «drag queen» y «cosplayer». La última vez que CFK lo había visto, Estanislao tenía 14. Antes iba seguido a la Quinta de Olivos con su padre y jugaba con Florencia, cuatro años mayor.

La evidencia del paso del tiempo hizo que los Fernández empezaran a hablar de los últimos años transcurridos, que mostraron a cada uno en una vereda distinta. Alberto le confió a Valdés que esa fue la parte más ríspida de la charla. Hubo reproches cruzados, pero sin levantar el tono. A él le molestaron mucho las críticas impiadosas de los medios kirchneristas que tras su renuncia lo pintaron como un traidor y un operador de la «corpo», en especial del Grupo Clarín. A ella le parecía imperdonable que Fernández, ya en el llano, hubiera asesorado a cuanto peronista quería discutirle el poder a la jefa: el primero fue Daniel Scioli, luego siguió Sergio Massa y por último le tocó a Florencio Randazzo.

—No la pasé bien en estos años —le dijo él a ella—. La pasé bastante mal.

Entonces la jefa se ablandó:

—Empecemos de nuevo.

Esa tarde, Alberto se fue del Patria sintiendo que se había sacado una mochila enorme de encima.

El siguiente encuentro fue en enero de 2018, otra vez en el mismo lugar. Ahí arrancaron con la «rosca» política, con ideas de él de cómo seguir. Su consejo para que CFK pudiera crecer fue recuperar a los desterrados del espacio, a los que se habían desencantado e ido, como él en su momento, o los que fueron expulsados por ella.

Tres nombres fulgurantes encabezaban su lista de «recuperables». Uno era Hugo Moyano, que debía volver a convertirse en la pata sindical del kirchnerismo luego de su feroz pelea con la jefa. El segundo nombre era el de Héctor Magnetto, el hombre fuerte del Grupo Clarín, también enemistado con el espacio político al que había apoyado en los primeros años, hasta que empezó la guerra K con el campo. Él debía volver a ser la pata mediática, en vez de los esperpentos que de apuro se crearon tras su deserción, como el programa del canal estatal, *678*. El tercer nombre sugerido por Fernández era el de Sergio Massa, el

único exiliado K que contaba con cierto poder electoral propio y por ende le restaba votos vitales a Cristina. Había que tenerlo adentro.

Alberto le dijo a CFK:

—Hay que reconstruir el frente que pudimos hacer con Néstor cuando llegamos, en 2003.

Con Moyano, Clarín, Massa, con todos y todas.

Si el propio Alberto había podido volver, ¿por qué no los otros?

Cristina primero lo escuchó con una mezcla de desconfianza y silencio. ¿Magnetto? Eso ya le parecía demasiado. ¿Massa? Lo odiaba con todo su ser. ¿Moyano? Bueno, tal vez…

Pero el énfasis de Alberto, su empuje de armador que no le hacía asco a nada, sus ganas indisimulables, todo eso la fue envolviendo de a poco. La dependencia psicológica que en los viejos tiempos lo había atado a él volvía a hacerse presente ahora. Fernández la convencía, la sugestionaba, la arrullaba con palabras y argumentos. Era el único que ostentaba ese notable poder hipnótico sobre ella.

Esa tarde le propuso algo más:

—Me parece que sería bueno que escribas un libro.

CFK se sorprendió.

Pero Alberto venía preparado:

—Tu historia la tenés que contar vos, no los otros. Un libro es una buena forma de hacerlo. Yo tengo algunas ideas, si querés.

—Armame algo y lo vemos —aceptó ella.

Al encuentro siguiente, también en enero, Alberto llegó con un instructivo power point de diez páginas, que pasó a mostrarle. Allí estaban los temas y capítulos sugeridos: Néstor y su legado, la lucha por la inclusión de los más humildes, los años K de bonanza y superávit, la sensibilidad social ausente y el ajuste permanente desde la llegada al poder de Mauricio Macri, la posibilidad de un nuevo amanecer, y hasta cierta autocrítica en algunos tópicos, como el tratado con Irán, que CFK terminaría definiendo como «una verdadera ingenuidad» de su parte en las páginas del libro, en las que además Magnetto y Moyano volvían a ser Héctor y Hugo.

Ese fue el germen de *Sinceramente*, la obra que ella presentaría en mayo del año siguiente y que en apenas su primer mes ya llevaba vendidos más de 200 mil ejemplares.

—Me gusta la idea —le contestó Cristina esa tarde, y le agregó sus propios aportes al power point.

La siguiente reunión fue en febrero de 2018 y tuvo un marco más íntimo, la casa de ella en El Calafate, donde solo eran invitados los más cercanos. Alberto volvía a estar entre ellos.

—Hace diez años que no voy para allá —hizo cuentas ante su amigo

«Pepe» Albistur, también invitado junto a su mujer, Victoria Tolosa Paz.

Cuando llegaron, la anfitriona los recibió vestida de entrecasa y a cara lavada, sin maquillaje, un dato que hablaba de la confianza recuperada.

—Ya empecé el libro —le informó a Alberto, entusiamada.

En la tarea la estaba ayudando su secretario «ghostwriter», Mariano Cabral, que tomaba nota de lo que la jefa le iba dictando y luego le daba cierta forma. Y también la periodista María Seoane, cuentan cerca de CFK, le hizo aportes interesantes.

Alberto, recién llegado, se desesperó por leer esas primeras páginas del proyecto.

—Te felicito —la alentó.

Ese día pasaron ocho horas bajo el mismo techo, almuerzo y merienda incluidos. Hablaron un rato de política, pero más que nada aprovecharon el encuentro para ponerse al corriente de sus vidas, como dos viejos amigos reconciliados.

Cuando tomó el avión de regreso a Buenos Aires, Alberto ya era el nuevo jefe de campaña. La sociedad de los Fernández volvía a nacer.

Las escenas de la reconciliación me las relataron varios de sus actores de reparto, que prefirieron no ser citados entre comillas.

El propio Alberto le dijo a *Página/12* cuando Cristina lo eligió para encabezar la fórmula kirchnerista: «Fue muy cruel lo que nos pasó. Yo no la pasé bien en estos casi diez años, pero el reencuentro fue enorme. Todos hicieron la lectura del reencuentro político y nadie hizo la del reencuentro humano».

Y también señaló: «Nos pasó lo que les pasó a muchos argentinos, que se pelearon entre amigos porque la política no los ponía de acuerdo. La diferencia es que ésta era una discusión entre una Presidenta y un jefe de Gabinete que éramos amigos, pero teníamos los dos esa envergadura institucional…».

A quienes le preguntan, Alberto hoy les explica que Cristina es otra, y que por eso él pudo volver a acercarse a ella.

—Está cambiada —argumenta en privado—. Más madura, más reflexiva, con el espíritu templado por todo lo que le tocó vivir.

Y enumera: la viudez, los problemas de salud, el asedio judicial a ella y sus familiares, la internación de su hija Florencia en una clínica en Cuba por un cuadro que mezclaba depresión, pérdida de peso y una obstrucción linfática…

Camilo Vaca Narvaja, ex pareja de Florencia y el padre de su hija, en confianza decía que ella no volvería mientras continuara en la mira de la Justicia por la causa de los hoteles en el Sur.

—La quieren meter presa, saben que es el talón de Aquiles de

Cristina —les confiaba a sus íntimos.

La madre vivía pendiente de ella.

¿Y si Cristina puso de candidato a Alberto porque estaba agotada y sin resto para un tercer mandato de ella y cuarto del kirchnerismo? ¿Y si no fueron solamente las encuestas las que la decidieron?

¿Y si eligió a Fernández para preservarse ella de una posible derrota? Alberto se lo decía a quien quisiera oírlo: ella no estaba segura de poder ganar. Y si él fallaba en las elecciones, si no se mostraba a la altura del desafío, sería su cabeza la que reclamarían la jefa y el movimiento.

Todas esas ideas pasaban por la mente del candidato, pero la posibilidad de llegar a presidente era un estímulo que las disipaba. Es un animal político, como la jefa, y el poder lo excita.

Después del anuncio de la fórmula, el acto de lanzamiento de los Fernández fue en la cancha de Ferro y en una fecha especial: el 25 de mayo, aniversario de su primera llegada al poder. Lo que los Kirchner habían logrado un 25 de mayo de 2003, ahora los Fernández intentarían reeditarlo. Esta vez Cristina ya no era K, sino F.

El Fernández menos conocido bramó ante los militantes:

—¡Cuando me dicen que me parezco a Néstor Kirchner me llenan de orgullo! ¡No crean que con eso me lastiman!

Hablaba como el nuevo macho alfa de la manada, el nuevo Kirchner.

Y arengaba:

—¡Este presente se parece a ese país en cenizas que recibimos en 2003! ¡No tengo miedo de lo que hay que enfrentar, saldremos como ya salimos!

La militancia coreaba su nombre de pila.

La otra Fernández, ella, no habló porque no estaba presente.

Pero sí lo acompañó en un segundo acto de esa misma tarde en Merlo, donde inauguraron un parque bautizado Néstor Kirchner.

Allí fue la viuda quien recordó al primer macho alfa, fallecido en octubre de 2010.

—El último año —dijo— que fui enteramente feliz fue 2010. Esa era otra Argentina, con crecimiento y trabajo…

El mensaje subyacente, mal que le pesara a la jefa, era que había que resucitar al mejor kirchnerismo, el de Néstor y no el de Cristina.

¿Qué ocurrió con el consejo de Alberto de reconstruir el «nestorismo» de esos primeros tiempos en los cuales él fue fundamental como jefe de Gabinete? Los resultados están a la vista. Hugo Moyano, el primer «recuperable» de la lista, volvió a acercarse a Cristina poco después de que Fernández le mencionara su nombre, y luego de un largo coqueteo con Macri que terminó de la peor manera, con causas

judiciales que lo acorralaban y que el camionero atribuyó a la mano invisible del PRO.

En el pasado, la ex presidenta lo había culpado por una fuerte discusión telefónica con su marido apenas horas antes de que Néstor muriera por un paro cardiorrespiratorio en El Calafate. Además, ella no hizo nada para frenar un exhorto de Suiza que inquiría sobre presuntas cuentas del sindicalista en la banca de ese país. Peor aún: lo marginó a él y a los suyos de las listas electorales que acompañarían su plebiscitaria reelección con el 54 por ciento. La guerra contra Moyano había sido salvaje, pero ahora CFK volvía a necesitarlo.

Otro de los «recuperables», Sergio Massa, terminó decidiendo su regreso tras constatar que el peronismo alternativo que había armado con Roberto Lavagna, Miguel Ángel Pichetto, Juan Manuel Urtubey y Juan Schiaretti estallaría por el aire. Solo horas antes de que se concretara su pase, Pichetto lo llamó para decirle que él también cambiaba de espacio: iría de candidato de vice de Macri. Si Massa se quedaba en la frustrada «avenida del medio» del peronismo alternativo, aunque él fuera como candidato a presidente, jamás llegaría a nada.

Alberto Fernández, en cambio, le ofrecía el abrigo de un movimiento que sí podía recuperar el poder. Lo contentó con una postulación a diputado por la provincia de Buenos Aires, como primero de la boleta, además de la vaga promesa de presidir la Cámara baja cuando ganara su banca.

Hasta lo elogió delante de los suyos.

—Estoy seguro de que en algún momento Sergio va a ser presidente —dijo ante Massa y su tropa.

Massa habían renunciado al gobierno K en el invierno de 2009, tras solo un año al frente de la Jefatura de Gabinete. Néstor Kirchner estaba furioso por perder las legislativas de ese año en tierra bonaerense contra Francisco de Narváez y buscaba culpables a su alrededor. En Tigre, el distrito de Massa, la lista a concejales encabezada por su esposa Malena Galmarini había sacado bastantes más votos que Kirchner, lo que parecía evidenciar dos cosas: corte de boleta y falta de acompañamiento.

Los testigos dicen que casi se fueron a las manos en la Quinta de Olivos cuando el jefe le reprochó:

—Che, «Massita», vos sacaste más votos que nosotros. ¿Cómo hiciste?

Tuvieron que frenarlos a ambos.

Pero eso era historia vieja ahora que Massa había vuelto al redil.

¿Y el tercer «recuperable»? Héctor Magnetto, el hombre fuerte del Grupo Clarín, recibió a Fernández en su departamento de Recoleta

cuando faltaban menos de dos semanas para las PASO. Allí terminaron de firmar el armisticio.

—No vamos a ir contra ustedes, es en serio lo que digo de terminar con la grieta —le prometió Alberto.

Magnetto, que estaba acompañado por tres directivos del Grupo, le tomó la palabra.

El otro había llegado solo.

Eduardo Valdés dice:

—Con el que Alberto se juntó primero, después del anuncio de la fórmula, fue con Jorge Rendo, el directivo. Le dijo lo mismo que después a Magnetto.

Rendo, el histórico relacionista público del Grupo Clarín, era el máximo interlocutor de Fernández en sus tiempos de jefe de Gabinete. Tanto que Kirchner, que disfrutaba de las chicanas, había bautizado «Rendito» a su funcionario.

El histórico peronista Julio Bárbaro, ex titular del COMFER y uno de los primeros en apoyar la candidatura presidencial de Kirchner, junto con Alberto, me explica:

—Alberto y el Grupo Clarín siempre fueron una misma cosa. Lo que hizo él es lo que en el peronismo llamamos «la gran Bauzá».

—¿Qué es? —pregunto.

Bárbaro intenta ser didáctico:

—Alberto copia lo que antes ya había hecho Eduardo Bauzá, el secretario general de la Presidencia de Menem que priorizó su relación con Clarín y nunca tuvo una denuncia en su contra.

—Entiendo.

—«La gran Bauzá» es transitar por el poder sin denuncias, tener a Clarín de tu lado.

Cuando Alberto renunció al gobierno de Cristina en el invierno de 2008, en plena guerra contra el campo, los Kirchner le echarían en cara que, entre ellos y el Grupo Clarín, su funcionario hubiera elegido serle leal al multimedio. Pero de eso hablaremos en otro capítulo.

Para volver a los tiempos actuales, la periodista Nancy Pazos relata una escena del reencuentro de los Fernández que ayuda a entender a los personajes.

En una de las primeras charlas, Cristina suspiró:

—Él fue mucho mejor presidente que yo.

Alberto contestó exactamente lo que la jefa necesitaba escuchar:

—Él no fue mejor que vos. Él te tuvo a vos, y vos no lo tuviste a él.

Tanto la impactó esa frase a Cristina que corrió a anotarla en su cuaderno.

La verdad completa es que no lo tuvo a Kirchner en su segundo

mandato, pero tampoco contó con Alberto. Y que ninguno de sus colaboradores logró mitigar esa gran soledad. Política, pero también personal.

Rafael Bielsa, el intelectual ex canciller y amigo de Néstor, me describe lo que significaba Fernández para los Kirchner.

—En las 40 o 50 veces que los vi interactuar a los tres, Alberto siempre era una presencia equilibrante, un mediador que atemperaba las discusiones tan efervescentes que tenían ellos —cuenta.

—Un pacificador —le digo.

—Eso mismo —responde Bielsa—, un «stopper» entre los dos, un gran generador de armisticios.

—¿Y ellos le hacían caso?

—Sí, ellos lo escuchaban, casi como si fuera un encantador de serpientes. Él mediaba, atemperaba, y los dos lo respetaban. Esa es la palabra: le tenían respeto.

La propia Cristina habló ante su biógrafa Sandra Russo de las «peleas memorables» con su marido, pero sin mencionar el rol de árbitro de su funcionario más poderoso. «Nos peleamos siempre, desde el primero hasta el último día», contó.

Lo sigo interrogando a Bielsa:

—Es raro que los Kirchner confiaran tanto en alguien.

—Claro —responde—. Néstor era un tipo que no delegaba nada, que hasta cargaba la nafta del avión por sí mismo. Con Alberto, en cambio, sí tenía una confianza ciega, lo sentía una extensión suya. Alberto tiene una inteligencia fuera de lo común, y eso Kirchner lo entendía.

—¿Y Cristina?

—También. Eran muy cercanos, se entendían de memoria. Por eso es tan importante este reencuentro. Es como un matrimonio que se separó, pero que ahora vuelve a elegirse. Un segundo matrimonio con los mismos integrantes del primero.

Bielsa dice que la confianza era tanta que los Kirchner alojaban a Alberto en su casa cuando él viajaba a verlos a Río Gallegos.

—Dormía en el cuarto de Máximo —explica.

También recuerda lo que Kirchner le dijo una vez que lo citó en la Quinta de Olivos allá por 2010, con Alberto ya fuera del gobierno de Cristina. Quien por entonces ocupaba su antiguo cargo era el otro Fernández, Aníbal.

—Cómo falta Alberto, Néstor… —le comentó como al pasar el ex canciller.

—¿En qué? —preguntó el anfitrión.

—Digo, en la gestión —se explicó Bielsa.

Kirchner se rio.

—Estás en pedo. Aníbal es 50 veces mejor jefe de Gabinete que Alberto. Donde me falta Alberto es acá —dijo.

Y se puso una mano sobre el pecho.

El joven Alberto

Néstor Kirchner y Alberto Fernández están cenando en El Museo del Jamón, el conocido restorán de la calle Cerrito, a pocas cuadras del Obelisco. Los acompañan Julio Bárbaro y el abogado e historiador Eduardo Luis Duhalde, apodado «El Bueno» para diferenciarlo del otro, el por entonces Presidente interino.

Es el otoño de 2002 y el clima hostil del «que se vayan todos» atemoriza a los políticos, que viven con permanente miedo a los escraches.

Desde otra mesa del restorán, mucho más poblada que la de Alberto y Kirchner, los observan con insistencia. Los murmullos que se escuchan se hacen cada vez más fuertes.

—Nos van a cagar a trompadas —susurra Bárbaro.

Sus acompañantes se miran en silencio.

De pronto, uno de los comensales de la mesa vecina se levanta y avanza decidido hacia ellos.

—¿Qué pasa, compañero? —intenta apaciguarlo Bárbaro.

El hombre contesta, exaltado:

—Con vos está todo bien. Pero este de acá, Fernández, es un hijo de puta. ¡Me cagó mi empresa!

Alberto sigue callado mientras el acusador lo señala.

Bárbaro busca descomprimir la situación:

—Muchachos, estábamos comiendo, y ya nos íbamos…

El hombre sigue furioso:

—Tengan cuidado de con quién se juntan. Es un jodido este tipo.

Kirchner y Duhalde «El Bueno» no mueven un músculo hasta que el agresor regresa a su mesa. El gobernador de Santa Cruz es un personaje aún desconocido para el público porteño por esos días, y nadie repara en él.

Fernández murmura, a modo de disculpa:

—No tengo idea de quién es ese tipo. Jamás lo vi en mi vida…

El otro ya no puede escucharlo.

¿Quién es el joven Alberto que protagoniza semejante escena ante el jefe político que le confía el manejo de su incipiente campaña a presidente? ¿Por qué de la nada aparece un extraño y lo acusan de una fechoría inconfesable? Kirchner evidentemente no conoce tanto como creía a su operador.

El escrache en el Museo del Jamón me lo cuenta uno de sus testigos oculares, Bárbaro.

Dice:

—Pensé que nos pegaban esa noche. Néstor y Alberto estaban pálidos…

—¿Por qué el hombre lo acusó a Fernández de «cagarle su empresa»? —pregunto.

—Andá a saber —contesta Bárbaro—. Alberto nos dijo que era un loco.

—¿Y le creyeron?

—Mirá… Siempre se dijo que él hizo negocios raros en la Superintendencia de Seguros, en la época de Menem. Yo que vos averiguaría por ahí.

Hay que retroceder varios años para hacerle caso a Bárbaro, hasta 1989.

Carlos Menem gobierna el país y al principio no logra domar la inflación galopante que hereda del alfonsinismo. Se suceden los ministros de Economía en medio de la crisis: primero Miguel Roig, quien fallece apenas asume, luego Néstor Rapanelli y Erman González. Recién con la llegada de Domingo Cavallo, la ley de Convertibilidad, su remedio mágico y finalmente trágico del «uno a uno», iguala los valores del dólar y del peso y detiene la inflación. Al frente de la Superintendencia de Seguros de la Nación, dependiente de Economía, un abogado treintañero hace de las suyas. Fernández dice que está llamado a «sanear» el sector de las aseguradoras, que la «híper» puso patas para arriba. Las compañías del rubro deberán adecuarse a las nuevas demandas o perecer, y quien define qué le toca en suerte a cada cual es el novel funcionario.

¿Cómo llega Alberto a ese cargo decisivo del organigrama económico? Tres de sus aliados en el peronismo porteño, Jorge Argüello, Alberto Iribarne y el ya mencionado Eduardo Valdés, piden por él ante Guido Di Tella, el influyente menemista que arrancará como viceministro de Economía y luego terminará en la Cancillería.

Valdés recuerda:

—Alberto lo conocía a Di Tella, pero Guido le dijo: «A vos debería apoyarte el partido para esto». Así que fuimos al departamento de Guido para pedir ese cargo para Alberto.

—¿Ese cargo específicamente? —pregunto.

—Sí —dice Valdés—. Alberto venía de ser el subdirector de Asuntos Jurídicos en el Ministerio de Economía, con Juan Vital Sourrouille, en la época de Alfonsín. Y se había interesado en el tema de las empresas aseguradoras, estaba muy compenetrado con eso, ¿entendés?

—Quería ese cargo y no otro.

—Exactamente. Por eso se lo pedimos a Di Tella antes de que asumiera Menem.

La leyenda cuenta que hubo otra persona que intercedió ante el líder riojano para que Fernández se quedara con el puesto. Se trata de Juan Bautista «Tata» Yofre, el ex editor de Política del diario *Ámbito Financiero* que se hizo amigo de Menem en la campaña y terminó convertido en su primer secretario de Inteligencia.

El entrerriano Héctor Maya, el coequiper de Alberto en la Superintendencia de Seguros que luego sería diputado y senador, abona esa teoría:

—Por lo que tengo entendido, «El Tata» también empujó para que él llegara ahí. Alberto era una de sus fuentes como periodista, supongo.

—¿Qué sabés de las denuncias que Fernández enfrentó en esos tiempos? —pregunto.

«Mayita», como le dicen, se pone a la defensiva:

—La de él creo que fue una conducción transparente. No sé de ninguna denuncia penal. En un ambiente como ese, si alguien se queda con una moneda, a los diez minutos se sabe.

—Sos el primero —le digo— al que escucho elogiar su gestión en la Superintendencia.

—Yo creo —contesta Maya— que él logró ordenar el mercado tras la «híper», estaba todo alterado. Las que más lo sufrieron son las aseguradoras del sistema de transporte de colectivos. Varias tuvieron que quebrar.

—¿Por qué?

—Bueno, no tenían espalda…

—Me contaron de una escena en un restorán en la que alguien lo increpó a Alberto y le dijo que le había «cagado su empresa».

—Mirá vos… No sabía nada. Siempre se tocan intereses. Si querés cagar a una aseguradora, le tomás el monto nominal de su valor y le exigís respaldo. ¡No lo tiene!

La sinceridad con la que Maya describe los trucos para «sanear» el rubro explica no solo las escenas como la del Club del Jamón, sino también las recurrentes versiones que hablan de corrupción en la Superintendencia de Seguros comandada por Fernández.

Miguel Ángel Toma, el ex jefe de la SIDE duhaldista que por esos tiempos ocupa una banca en la Cámara de Diputados, es alguien que está al tanto de la cuestión. Allá por 1991, ya con Cavallo como ministro de Economía tras la muerte de Miguel Roig y las renuncias de Néstor Rapanelli y Erman González, un enviado le trae información de primera mano.

Ramón Valle, el secretario general del Sindicato del Seguro, le confía:

—Este tipo, Fernández, les está cobrando plata a las empresas para hacerles la liquidación del reaseguro…

Toma interroga:

—¿Cómo que les cobra?

Valle evita cualquier eufemismo:

—Les cobra el 10 por ciento. Les dice: «¿Vos querés cobrar la liquidación? Entonces dame el 10».

El que no pone, dice Valle, no cobra.

El diputado menemista advierte lo grave de la acusación.

—Mirá, Ramón —le dice al sindicalista—, ustedes tienen que hacer una denuncia ante la Justicia…

Valle pregunta:

—Pero escuchame: ¿esto lo sabe el ministro Cavallo?

—No tengo idea —responde Toma.

Reflexiona unos segundos y propone:

—Lo que puedo hacer, como diputado, es un pedido de informes.

El sindicalista se lo agradece. Y de inmediato, el diputado cumple su palabra. Su pedido de informes interroga al Ministerio de Economía de Cavallo sobre los detalles del mecanismo de liquidación de reaseguros, debido a que, dice Toma, hay quejas entre las compañías del sector.

A los pocos días, recibe el llamado de Fernández, a quien nunca antes trató.

—Escuchame, ¿qué es ese pedido que mandaste? —le recrimina con furia.

—Tranquilo —lo frena Toma—. Es un pedido de informes, no una denuncia.

Alberto se altera:

—¡Pero acá vos estás poniendo en juicio mi honor! ¡Estás insinuando no sé qué!

Toma mantiene el tono calmo:

—Yo no necesito que vos me expliques nada. Esto lo tiene que responder el Ministerio…

—¡Pero vos me estás acusando! —sigue el otro.

—No tiene sentido hablar en estos términos —le dice Toma.

Y corta la llamada.

El pedido de informes del diputado, que no adquiere trascendencia pública, es contestado semanas después por el Ministerio de Economía. No hay nada llamativo en esa respuesta. Todo legal, dice la contestación: sin coimas ni pedidos del «diez». Pero si de algo sirvió la estocada de Toma es para hacerle saber a Fernández que hay otra gente

al tanto de esos supuestos retornos.

Toma suele repetir la historia entre sus conocidos y siempre concluye:

—Alberto Fernández me odia desde entonces, porque se ve que expuse su negocio.

Para este libro prefirió no hacer declaraciones formales.

Es curioso que, al mismo tiempo que las sospechas nacían bajo la superficie, la carrera de Alberto comenzara a parecer prometedora para el establishment que asiste a los eventos públicos. En 1992, el funcionario fue destacado como uno de los «Diez Jóvenes Sobresalientes de la República Argentina», el premio que entrega la llamada Cámara Junior de Buenos Aires. Otros galardonados de ese año fueron el funcionario menemista y periodista Gustavo Béliz, el «Golden Boy» Martín Redrado y el bailarín Julio Bocca.

El fallecido periodista Julio Nudler, columnista económico de *Página/12*, también objetó el trabajo de Fernández como superintendente de Seguros en un artículo de 2004 que denunció que fue censurado por sus editores. Alberto por entonces ya era jefe de Gabinete y tenía el poder suficiente para conseguir que una crítica no saliera publicada, al menos momentáneamente. Pero ese intento de silenciamiento se volvió un tiro por la culata cuando Nudler lo hizo público y el artículo salió de todas formas en otros medios. Un daño colateral fue la disolución de Periodistas, un colectivo que hasta entonces integraban reconocidos colegas de la prensa escrita, la radio y la TV. Como no se llegó a un acuerdo dentro del espacio para repudiar el caso Nudler, Periodistas implosionó tras las quejas de Jorge Lanata y otros comunicadores que se negaban a hacer la vista gorda.

¿Qué decía ese artículo de Nudler que terminó en escándalo? Que la gestión de Alberto en la Superintendencia había presionado para que se reconociera una deuda con el sector de los seguros de 1.200 millones de pesos o dólares, que por entonces eran lo mismo. Sin embargo, según el titular del Instituto Nacional de Reaseguros (INDER), Roberto Guzmán, esa deuda era bastante menor, de 500 millones como mucho. Escribió el censurado Nudler: «Guzmán frustró así uno de los mayores robos contra el Estado».

¿Por qué Alberto presionaba para que el Estado pagara más a las aseguradoras? ¿A cambio de qué? El titular del INDER, Guzmán, estaba convencido de que existían razones de peso para ese lobby. Nudler recordó un libro del ex funcionario, titulado *Saqueo asegurado* y con prólogo de Cavallo. En esa obra, pagada de su bolsillo, Guzmán acusaba: «Debido a que estuvo en la Superintendencia desde 1989, Fernández fue uno de los funcionarios con mayor continuidad como

autoridad del INDER (según la ley, quien se desempeña como superintendente es además miembro del directorio del Instituto). Así, en tanto, a la vez miembro del órgano directivo del INDER y autoridad de control del mercado asegurador, puede decirse que le correspondió una alta cuota de responsabilidad respecto de las políticas aplicadas durante los 90 en el ámbito del seguro y los reaseguros».

En otro párrafo, rescatado en una investigación del sitio web *La Vaca*, Guzmán señalaba el curioso Fondo de Cooperación Técnica entre la Superintendencia y un grupo de cinco asociaciones de compañías de seguro. Uno de los objetivos de ese Fondo era «el otorgamiento de incentivos a los agentes de la Superintendencia a través de estímulos pecuniarios o becas». Los aportes, decía, serían «voluntarios y confidenciales».

¿Una forma de legalizar las supuestas exigencias monetarias que ya antes habían merecido un pedido de informes del diputado Toma?

En los papeles, el monto sugerido de comisión por cada operación efectuada no era ya del 10 por ciento sino del 0,06. Aunque nadie en la Superintendencia iba a quejarse si recibía algo más.

Seguía Guzmán en su explosivo libro: «Es insólito que un mecanismo de manifiesta índole prebendaria haya sido al servicio directo de un organismo de control por parte de las mismas empresas que deben ser controladas, violando elementales principios jurídicos y éticos a los que están insoslayablemente obligados los funcionarios de órganos fiscalizadores». Para el autor, «quedó demostrado que esta extraña "cooperación" a la que alude el Fondo creó una interrelación y dependencia de la Superintendencia con los intereses y posturas de la plaza aseguradora».

Guzmán también narró una escena de 1995, el último año en que Fernández estuvo al frente de ese organismo: «El ministro Cavallo preguntó cómo era posible que las compañías reclamaran sumas millonarias sin ningún documento de respaldo. Le respondí que eso tenía que ver con un montaje perfectamente orquestado que instalaron hábilmente los intereses beneficiados con el saqueo del INDER. Cavallo retomó la palabra para interrogarnos acerca de cuál era la responsabilidad que le cabía a los funcionarios que manejaron el INDER. La única respuesta que correspondía era que tenían mucha responsabilidad: como mínimo, la funcional. Entonces, quiso saber qué intervención había tenido el superintendente, doctor Alberto Fernández, que era miembro nato de la Comisión Liquidadora: "La misma que todos los miembros de la Comisión durante los hechos ocurridos durante su mandato", le dijimos. El secretario (de Finanzas, Bancos y Seguros) Roque Maccarone trató de explicar que,

aparentemente, Fernández no concurría a las reuniones de la Comisión».

Según Guzmán, Cavallo le respondió tajante:

—Pídale la renuncia.

El mencionado Maccarone le explicó que, en realidad, Alberto ya la había presentado porque se iba a trabajar al Banco de la Provincia de Buenos Aires (BAPRO).

Para quienes duden de la frase recién citada de Cavallo, la del pedido de renuncia, hay que recordar que el ex ministro es quien prologó el libro, aunque eso no lo convierte en denunciante.

Cuentan que Fernández se enojó con él cuando supo de esa obra y de su participación en ella.

Cavallo intentó disculparse:

—Pero Alberto… ¿Cuánta gente te pensás que va a leer eso?

Al parecer, había escrito el prólogo por compromiso, sin adentrarse en los detalles del libro.

Concluía Guzmán en su obra, sin miramientos: «Debe tenerse presente que el doctor Fernández fue superintendente desde 1989, período en que se perpetraron todas las irregularidades denunciadas a la Justicia. Por otra parte, tenía y tiene la obligación funcional de supervisar las cuentas del Instituto, la cual, de haberla cumplido, habría evitado las graves irregularidades que ahora se conocen. Tampoco puede olvidarse que él formaba parte de la Comisión que omitió confeccionar balances y calcular los créditos a favor del Instituto. El superintendente participó de todas las Comisiones Liquidadoras del INDER y nunca objetó los procedimientos implementados por estas». Y señalaba, por último: «Cuando mi gestión buscó adoptar las medidas tendientes a reducir perjuicios económicos al Estado nacional, el doctor Fernández sostuvo que “no se acompañaba adecuadamente al sector”».

Durísimo.

En *Página/12*, donde se censuró el artículo de Nudler, sí hubo, en cambio, un descargo de Fernández ante el columnista político del diario, Horacio Verbitsky.

Decía el periodista preferido de los Kirchner: «Fernández afirma ser el superintendente que más compañías cerró, por insuficiencias económico-financieras que hasta entonces se mitigaban privatizando las ganancias y socializando los pasivos con el INDER. “Limpié un tercio del mercado. También presenté cien denuncias penales, cosa que antes no se hacía, y dispuse que la Superintendencia se constituyera como querellante, para seguir las causas contra las aseguradoras”».

Claro, una cosa no quita la otra: que Fernández haya «limpiado» a buena parte de las aseguradoras no significa que en simultáneo no haya

hecho lobby por las empresas más importantes del rubro. Podía mostrarse duro o permeable, según lo que conviniese en cada caso.

Verbitsky también citó otra afirmación sorprendente del entonces jefe de Gabinete: «Fui yo y no Guzmán quien redujo las obligaciones del Estado en 500 millones». El titular del INDER, ya se dijo, afirmaba que Alberto había intentado que se reconociera una deuda del Estado con las aseguradoras de 1.200 millones de pesos o dólares, cuando en realidad eran 500 millones a lo sumo. O sea, exactamente lo contrario.

¿Mentía Guzmán? ¿Mentía Nudler?

El primero ya no estaba para responderle a Fernández. Había muerto ese mismo año, 2004. El segundo lo seguiría en julio de 2005.

Fernández siente que ya no le debe explicaciones a nadie.

Antes de su muerte, el periodista Nudler pagó cara su osadía: le sacaron su columna económica en *Página/12* y ya no le permitieron firmar ningún artículo. Verbitsky, su compañero de trabajo, escribió en aquella nota que respondía a la suya: «Creo que el suyo fue un conmovedor grito de desesperación y despedida, que merece el mayor respeto». Lo de «despedida», abundaba, era por «el cáncer de pulmón con metástasis óseas que padece».

Nudler lo destrozó con una respuesta que se volvió viral en la web, en la que lo llamó «comisario político» y se refirió a ese «certificado de defunción» que le había extendido el otro en su artículo. Además, reveló un detalle increíble: «Por sugerencia suya, yo acababa de tomar un turno con su esposa, la doctora Müller, homeópata, que él me recomendó —en la visita que le hice a pedido suyo— para mejorar mi estado general y moderar cualquier efecto colateral de la quimioterapia. Por precaución, y sin que esto implique juicio alguno respecto de la idoneidad y la conducta profesional de la facultativa, acabo de cancelar el turno. Tuve la fantasía de que era Horacio Verbitsky quien me prescribía las drogas, y me sobresalté».

Era increíble todo lo que Fernández había provocado por un dato incómodo de su pasado que no debía trascender.

El periodista Santiago O'Donnell recordó hace poco que el fallecido Guzmán había contratado al abogado Luis Moreno Ocampo y su socio Hugo Wortman Jofré para realizar una auditoría externa sobre lo que ocurría en el INDER. El resultado fue un informe que ratificaba las denuncias hechas por él. Escribió O'Donnell en su artículo del sitio *Medio Extremo*: «En ese entonces yo dirigía la revista de Poder Ciudadano y en octubre de 1995 publiqué una nota firmada por Moreno Ocampo, en realidad una entrevista desglosada que le hice sobre el tema, artículo de tapa que titulé "La Mafia del INDER". En ese texto el abogado cuenta con detalles y ejemplos cómo corroboró a

través de cámaras ocultas la corrupción galopante que existía en el INDER. Los intermediarios de los punteros políticos que ocupaban el directorio del INDER junto a Fernández y Claudio Moroni (su segundo), captados por las cámaras ocultas, ofrecían dos tipos de servicios: pago de siniestros hasta entonces demorados y pago de siniestros directamente inventados».

Según O'Donnell, cuando hablaba en confianza, «Moreno Ocampo no dudaba en señalar a Fernández como el principal responsable por lo que sucedía en el INDER».

Julio Bárbaro, quien conoce al personaje desde antes del inicio de la democracia, lo define con crudeza:

—Alberto está con los que hacen negocios, es un intermediario entre los negocios y la política. Nunca estuvo en la generación de las ideas, lo suyo es otra cosa.

—¿Es un lobbista? —le pregunto.

—Es eso —resopla Bárbaro, sobreviviente del peronismo de los 70—. Sus modelos son Manzano y Nosiglia, que también intermediaban entre la política y los negocios. Esos son sus antecesores.

—Entiendo.

—Pero ahora, al final, el operador económico termina siendo el candidato. Porque la verdadera política no pudo crecer. ¿No es terrible?

Bárbaro se muestra desanimado con el anuncio de la candidatura a presidente de su viejo conocido. Ninguno de los polémicos operadores a los que mencionó, ni el menemista José Luis «Chupete» Manzano ni el radical Enrique «Coti» Nosiglia, soñó nunca con llegar a tanto.

El alumno los ha superado.

Ellos siempre trabajaron en la trastienda, invisibles, pero Fernández es la evolución: se convertirá en el primer operador presidente.

Bárbaro me dice:

—¿Sabés cómo lo conocí yo a Alberto? Me lo presentó Eduardo Varela Cid…

—El ex diputado menemista al que inhabilitaron por un caso de corrupción —le señalo.

—Ese mismo —contesta—. En los últimos años de la dictadura, Varela Cid tenía una editorial chiquita, que me había publicado un libro. Y Alberto era su abogado. Lo conocí en 1983, nos invitó a Eduardo y a mí a cenar a su departamento, que era sobre la avenida Santa Fe.

—¿Qué impresión te causó?

—Un tipo muy ambicioso, preparado, con hambre, apabullante. Pero siempre hubo algo en él que no me cerró…

Lo que cuenta Bárbaro es cierto. Eduardo Varela Cid, aquel recordado diputado menemista que en 1999 resultó condenado a dos años de prisión en suspenso por una causa de supuestas coimas, por la que además lo inhabilitaron para ocupar cargos públicos, fue uno de los tempranos patrones de Fernández.

A los 24 años, recién recibido en la UBA, el joven abogado se presentó en la oficina del dueño de la editorial El Cid Editor, quien ya tenía buenas referencias suyas.

—Me acaban de entregar el diploma —le dijo.

—Tengo un par de casos para que agarres —contestó el otro.

Alberto defendió a su primer cliente en las querellas por calumnias e injurias que le iniciaron distintas personas a las que se aludía en los libros que Varela Cid publicaba, entre ellas el reverendo surcoreano Sun Myung Moon, líder de la Iglesia de la Unificación. Aunque, al principio, la inexperiencia del abogado sacó de quicio a su jefe.

Por ejemplo, en el juicio iniciado por Moon, el reverendo envió a su representante en vez de presentarse en persona.

—Si el ofendido no está, el caso se cierra —decretó la jueza.

Pero Alberto se opuso:

—No hace falta que esté Moon, sigamos.

Su cliente no podía creerlo.

Varela Cid me contó la escena allá por 2006, cuando su ex protegido ya era jefe de Gabinete.

—Fue gracioso —me dijo—. El juicio lo ganamos, pero cuando salimos lo quería matar.

Para otras precisiones, la memoria del ex diputado mostraba severas fallas. Por ejemplo, cuando le pregunté por el ignoto rol de apoderado de Fernández en la Fundación para la Democracia Argentina, presidida por Varela Cid de 1983 en adelante. Apoderado o, para decirlo más llanamente, cajero.

—Él nunca tuvo nada que ver con una fundación, que yo conozca —negó de entrada el ex diputado.

—Yo le hablo de la fundación que usted presidía en los años 80 —insistí.

—Ah, esa fundación… Sí, la armamos para traer personalidades al país. Lo trajimos a Adolfo Pérez Esquivel, que vivía afuera, por ejemplo.

—¿A quién más?

—No me acuerdo. A Raymond Aron creo que lo invitamos, pero no quiso venir.

—¿Alberto Fernández era el apoderado?

—¿De la fundación? No. Era mi abogado y mi amigo, nada más.

—Tengo comprobantes de pago de 1987 donde él figura como apoderado.

—¿De 1987? Creo que la fundación ya no existía…

—¿Está seguro?

—Ahora que lo decís, puede ser… Y sí, puede ser que Alberto haya sido el apoderado. No lo recuerdo.

—¿Hay algo que sí recuerde?

—¿Pero qué andás buscando? ¡Alberto es la persona más honesta que vi en mi vida! Si lo comparo con lo que escriben ustedes…

El diálogo de sordos dejaba una certeza. Por más lagunas que hubiera en la memoria de Varela Cid, su abogado Fernández había sido apoderado de esa fundación para agosto de 1987, como demostraban los dos comprobantes de pago que me había entregado un informante.

¿Por qué es importante esa fecha? Porque dos años antes, en 1985, Alberto había asumido como subdirector de Asuntos Jurídicos del Ministerio de Economía comandado por el radical Juan Vital Sourrouille. Es decir que había trabajado al mismo tiempo para la cartera de Economía y para una fundación privada que recibía aportes del sector empresario. Parecía un caso de manual de incompatibilidad de funciones.

Uno de los comprobantes de pago de la fundación de Varela Cid era por 55 mil australes —unos 20 mil dólares de esa época— abonados por el Grupo Bemberg el 5 de agosto de 1987. El otro comprobante databa de dos días antes, por 20 mil australes o unos 7.000 dólares pagados por la cervecera Bieckert.

El Grupo Bemberg, por entonces dueño de Quilmes, otra cervecera, era cercano al gobierno de Raúl Alfonsín en el que trabajaba Alberto. Bieckert, por su parte, pertenecía a Francisco Ríos Seoane, varias veces investigado por la Justicia.

La incompatibilidad parecía manifiesta: ¿o su condición de abogado del Estado no le demandaba exclusividad a Fernández?

Pero Varela Cid no veía nada raro.

—Alberto me parece un tipo brillante —machacó—. Un ejemplo de honestidad y transparencia.

Consulté a los voceros de Fernández, que admitieron que conocía a Varela Cid y que lo había defendido en varias causas judiciales. Pero no respondieron sobre su condición de cajero de una fundación experta en donaciones cerveceras. Además, negaron que Varela Cid hubiera sido amigo de Alberto, lo cual me llamó la atención.

—¿Sigue siendo amigo de Fernández? —le pregunté a Varela Cid.

Me contestó:

—Yo nunca llamo a la gente cuando está en el poder. Espero que

bajen y les ofrezco mi amistad.

Enternecedor.

Varela Cid hablaba por teléfono desde su exilio en Miami porque fuera del país se sentía más seguro después de la condena de dos años y tres meses de prisión en suspenso que había sufrido debido a la denuncia del empresario Raúl Ongaro. En 1995, el titular de la Cámara de Prestadores Telepostales dijo ante la Justicia que mientras se debatía la ley de Correos en el Congreso, Varela Cid, por intermedio de un colaborador, le pidió una coima para trabar la sanción de la normativa. Además de la prisión en suspenso, fue inhabilitado para ejercer cargos públicos por un período de cinco años. En septiembre de 2000, la condena fue revocada por la Cámara de Casación Penal.

Valdés, el amigo de Fernández, lo conoce desde los tiempos compartidos en la carrera de Derecho de la UBA. En esos años universitarios fue cuando el ex jefe de Gabinete tomó contacto con el peronismo.

Recuerda Valdés:

—Yo estaba tres años arriba de él, junto con Jorge Argüello estábamos en el Frente Peronista Universitario, el FREPU. Y Alberto estaba en el Frente de Orientación Nacional, el FON.

—Orientación Nacional… ¿Era peronista el FON? —le pregunto.

—Digamos que sí —se apiada Valdés—. En el año 82, en las primeras elecciones universitarias, Alberto nos acompañó en la lista nuestra, encabezada por Argüello, que salió segundo, muy cerca de Franja Morada.

En esos años de la UBA, Alberto además integró un equipo de fútbol que salió campeón del torneo organizado por los estudiantes. Él era el arquero y se destacaba por sus reflejos para atajar penales. La magia la ponía Darío Villarruel, el «10» y goleador, hoy periodista K.

Otro dato: Fernández además se probó como guardametas en las inferiores de Ferro y All Boys, así como su rival Mauricio Macri soñó con ser el centrodelantero de Boca. Ninguno logró su sueño.

Le sigo preguntando a Valdés:

—¿Alberto era bueno como estudiante?

—Muy buen estudiante y también profesor —contesta—. Lo descubrió «El Bebe» Righi, que lo tenía de alumno, y lo puso de adjunto suyo en su materia, Derecho Penal.

—Esteban Righi, el que fue ministro del Interior de Perón en los 70.

—Sí, y el que después, con Alberto y los Kirchner, fue procurador general. Righi lo apadrinó, le vio pasta.

Valdés recuerda otro contacto de Fernández de esos tiempos que después llegó al gobierno K.

—Por esos años, 84 y 85, Alberto tuvo un programa en Radio Belgrano con Mona Moncalvillo y Enrique Vázquez, dos grandes figuras de la revista *Humor*, que se había vuelto un emblema de la resistencia contra la dictadura. Él era columnista ahí.

—Mona Moncalvillo es la que durante el kirchnerismo dirigió Radio Nacional.

—Esa misma. Y te agrego un dato más de esos tiempos. Aparte de la política, Alberto entró a trabajar a la Justicia.

—¿Dónde?

—En el Palacio de Tribunales. Era pinche, escribiente en un juzgado de ahí.

—¿De cuál?

—La verdad, no lo recuerdo.

—Pero no hizo carrera.

—No, no llegó a juez. Lo atrapó la política.

El marido de la madre de Fernández, Carlos Pelagio Galíndez, sí fue juez en el ámbito porteño. Se casó con ella cuando Alberto tenía 2 años. Y también él, impulsado por ese padrastro, actuó como auxiliar de varios magistrados que Valdés no recuerda, pero otras fuentes sí.

El mediático abogado Mauricio D'Alessandro, quien conserva buenas relaciones en la Justicia de la Capital, me confirma:

—Uno de los jueces para los que trabajó Fernández fue Ramón Montoya, de un juzgado federal porteño. Estaba con los militares.

—¿Simpatizaba con la dictadura? —repregunto por las dudas.

—Sí —dice D'Alessandro—. Y la hermana de Alberto trabajaba con otro juez, de apellido Somoza, también con los militares.

—¿La hermana?

—Le decían «La Piky». Linda era.

D'Alessandro agrega que los dos jueces que trabajaban con los hermanos Fernández, Alberto y Sara Valentina, provenían del Sur del país, es de esperar que no de Santa Cruz.

Y aporta un último dato:

—El juez Somoza, además de procesista, era el novio de la hija de Albano Harguindeguy, el que fue ministro del Interior de Videla.

Galíndez, el padrastro juez de Fernández y de su hermana «La Piky», fue quien les consiguió trabajo en aquel ámbito, y a los jóvenes no les importaba demasiado que sus jefes fueran simpatizantes o hasta familia de los dictadores.

El mencionado Harguindeguy fue procesado por delitos de lesa humanidad.

Otro pinche que trabajaba en el Palacio de Tribunales recuerda las bromas que disparaba el solemne bigote del joven Alberto, que lo hacía

parecer mayor.

—Lo cargábamos por eso —dice—. La broma interna era que se había dejado el bigote porque tenía labio leporino.

—¿Trabajaba para el juez Ramón Montoya? —le pregunto.

—Sí —responde con seguridad el ex pinche, hoy integrante del PJ porteño—. Uno que estaba con la dictadura.

En su libro *Justicia Era Kirchner*, los periodistas Pablo Abiad y Mariano Thieberger también hablan de la desconocida carrera judicial de Alberto. Mencionan al tal Montoya. Y agregan otros nombres. Dicen: «Alberto Fernández no tenía bigote cuando empezó a trabajar en Tribunales. Recién cursaba el primer año de Derecho en la UBA y su padrastro, el defensor oficial Carlos Pelagio Galíndez, lo recomendó como pinche en el juzgado Correccional letra "I", en la calle Lavalle al 1600. El lunes 20 de septiembre de 1977, a los 18 años, se presentó de saco y corbata ante el juez Eduardo Sabattini. Coser expedientes fue su primera tarea. Con él entró a trabajar su hermana Sara Valentina, "Piky", que ejerce la abogacía de manera privada. Después de dos años, Alberto fue ascendido a la categoría de auxiliar de tercera en el juzgado de Instrucción número 12; dos años más tarde, a auxiliar de sexta en el juzgado 4. Y en junio de 1981 pidió el pase a la Justicia federal porteña para desempeñar, aunque con el mismo cargo, actividades más importantes junto a Ramón Montoya y Fernando Mántaras, jueces que hicieron carrera durante la dictadura. Fernández se recibió en 1983 y en marzo del año siguiente renunció a su puesto. Ya era profesor ayudante en una cátedra de Derecho Penal». Se refieren a la de Righi.

Es decir, Alberto estuvo con Montoya y su colega Mántaras entre 1981 y 1984. Y no solamente estuvo: pidió estar.

Tal vez porque pensaban parecido.

Dicen los autores sobre Fernández en el mismo libro: «La secretaria de un camarista lo recuerda como un muchacho tranquilo y eficiente al que cada tanto se le escapaba alguna acotación un poco gorila».

Hay una breve alusión a Montoya en el libro *Fuimos soldados*, del historiador Marcelo Larraquy, un especialista en la violencia de los 70. Habla de un atentado de la guerrilla de Montoneros contra el empresario Francisco Soldati, en noviembre de 1979. Soldati termina muerto, pero también tres montoneros, a quienes les estalla un explosivo en las manos. Los dos que quedan vivos son arrestados, aunque nunca vuelve a saberse de ellos. Desaparecen. Sus nombres no están en las crónicas de los diarios, ni tampoco en el expediente judicial, a cargo de Montoya. Solo hay una alusión: «A raíz de un tiroteo con fuerzas de seguridad fueron abatidas tres personas, dos del sexo masculino, y resultaron con heridas de distinta consideración otras

dos de diferente sexo».

El juez Montoya no indaga sobre su identidad ni su paradero. Se llamaban Patricia Ronco y Luis Lera y están en la lista de desaparecidos del *Nunca Más*.

Montoya también aparece mencionado en otro libro, *El escuadrón perdido*, de José Luis D'Andrea Mohr, un capitán retirado del Ejército que ayudó a investigar los crímenes del Proceso. El desaparecido en este caso es Juan Carlos Valle, secuestrado en 1977. Dice el autor: «El hábeas corpus presentado ante el juez federal Ramón Montoya fue rechazado con el número 568/78».

El diario *Buenos Aires Herald*, el único que informaba sobre los casos y métodos del terrorismo de Estado, ese mismo año también habló de otro pedido de hábeas corpus rechazado por Montoya. Era el que solicitaba determinar el paradero de la adolescente de origen sueco Dagmar Hagelin, secuestrada por un grupo de tareas.

No, los hábeas corpus definitivamente no eran lo de Montoya.

El nombre del otro juez procesista, Mántaras, también figura en un libro sobre la misma temática. Lo escribió el dirigente frepasista y luego kirchnerista Eduardo Jozami y es un notable texto autobiográfico titulado *2922 días: Memorias de un preso político*. Allí cuenta, además de sus siete años de encierro, cómo el magistrado en cuestión le rechazó un pedido de libertad condicional incluso en 1983, cuando ya la dictadura estaba en retirada. Escribe: «Como ya se respiraba un nuevo aire en el país y crecía la confrontación con los militares, hubiera podido pensarse que los camaristas buscarían mejorar su imagen». Y agrega, decepcionado: «No lo hicieron: el doctor Fernando Mántaras, presidente del tribunal, había actuado previamente en Santa Fe legitimando todos los procedimientos de la dictadura y, aun pocos meses antes de las elecciones, seguía siendo un orgánico del partido militar, como la mayoría de los jueces federales».

La actuación previa de ese juez en la provincia de Santa Fe tiene ribetes espeluznantes. Esto contaba *Página/12*, uno de los diarios favoritos de Alberto, en agosto de 2015: «El ex juez federal de la dictadura Fernando Mántaras era un orgánico del partido militar, y si viviera, estaría preso. Uno de sus laderos, Víctor Brusa, ya cumple dos condenas que se unificaron en 22 años de prisión por delitos de lesa humanidad. Y esta semana, el fiscal federal Walter Rodríguez pidió la indagatoria y detención del operador intermedio: el ex secretario del juzgado, Víctor Montti, quien era el segundo de Mántaras y jefe de Brusa. Lo acusó de haber judicializado declaraciones bajo tortura de catorce víctimas del terrorismo de Estado, no denunciar ni investigar los hechos y el "abandono agravado seguido de muerte" de una de

ellas».

Además, un diario santafesino, *El Litoral*, recogió el testimonio de un ex secretario del juzgado federal de la provincia, Luis De Aguirre, al que Mántaras había cesanteado por considerarlo demasiado blando. De Aguirre le confirmó a la Justicia que el otro lo echó «por no apretar» a los interrogados. «El juez decía que había que apretar», reveló. Y definió a Mántaras como «un personaje nefasto», «un nazi» y «un militar frustrado».

Esos eran, según las fuentes citadas, los jefes del joven Alberto.

Con el regreso de la democracia, recordemos, Fernández abandonó aquellas compañías procesistas y pasó sin transiciones a ser ayudante de cátedra en la UBA del «Bebe» Righi, el ministro del Interior del peronismo en los 70, venerado por Montoneros.

Qué salto.

Por esos años de primavera alfonsinista ya se había hecho socio del club de sus amores, Argentinos Juniors. El titular de la entidad era un militar, Próspero Cónsoli, quien le había otorgado los títulos de «Presidente Patrimonial» y «socio honorario» al temible Guillermo Suárez Mason, el comandante del Primer Cuerpo del Ejército de la dictadura, juzgado por crímenes de lesa humanidad y conocido como «El carnicero del Olimpo».

Cuando el Proceso militar cayó, una asamblea de socios del club debatió la inmediata expulsión del represor Suárez Mason. Pero los votos no les alcanzaron. Cónsoli, el presidente, se opuso a la iniciativa. Fernández también.

Como abogado, el joven bigotudo también defendió a personajes insospechados, como el ex secretario de Comercio del alfonsinismo, Ricardo Mazzorín, a quien representó en el escándalo de los pollos en mal estado que ese funcionario le compró al gobierno de Hungría. Alberto, entonces subdirector de Asuntos Jurídicos del Ministerio de Economía, lo defendió en nombre del Estado. Tras años de apelaciones, la Corte Suprema terminaría ignorando el reclamo de los frigoríficos perjudicados. Mazzorín resultó absuelto.

Otro de los defendidos de Alberto fue Guillermo Fernández Laborda, un miembro del clan Puccio con el que incluso lo fotografiaron. En aquella imagen en blanco y negro, desgastada por el paso de los años, se ve a Laborda esposado y rodeado de varios acompañantes. Uno de ellos, a su espalda, cabizbajo, es Fernández.

Cuando la foto se difundió, en medio de la campaña actual, el candidato explicó lo siguiente. Sí había defendido a ese secuestrador y asesino, pero no por decisión propia, sino porque le tocó por sorteo. En aquel entonces, 1988, era conjuez del juzgado federal de San Isidro a

cargo de Alberto Piotti.

«El fiscal que intervenía se excusó en la causa Puccio en virtud de su amistad con el hijo rugbier de la familia. Ante eso, el defensor oficial ocupó el rol del fiscal. Fernández Laborda, un militar involucrado en los secuestros seguidos de muerte que se investigaban, no había designado abogado defensor y como el defensor oficial estaba actuando como fiscal en la causa, debieron sortear entre los conjueces a un defensor de oficio. Así me hice cargo de esa defensa por un tiempo muy exiguo hasta que el acusado nombró a un defensor particular», le explicó Fernández a *Reverso*, un proyecto anti *fake news* integrado por periodistas de distintos medios.

La de los jueces del Proceso no es la única sorpresa en la biografía de Alberto. Allá por las primeras semanas de 1983, cuando la dictadura militar agonizaba, el abogado recién recibido en simultáneo empezó a militar en las filas del Partido Nacionalista Constitucional (PNC), una agrupación de la más rancia derecha comandada por Alberto Asseff, un amigo del coronel carapintada Mohamed Alí Seineldín.

Quien acercó a Alberto a ese espacio fue su tío, Antonio Pérez, quien había sido fotógrafo personal de Juan Domingo Perón y por eso tenía sus contactos.

El tío le comentó a Asseff:

—Albertito es un buen chico y quiere hacer política, ¿puede trabajar con ustedes?

El otro le dijo que lo esperaba en la sede del PNC, sobre la calle Humberto I.

Fernández, a pesar de su militancia universitaria en el PJ, firmó su ficha de afiliación el 12 de febrero de 1983 y enseguida comenzó a deslumbrar a los viejos nacionalistas que vieron en él la sangre joven que necesitaban. Su bautismo fue en un acto de Temperley, donde se inauguraba un local partidario. Peinado a la gomina y ya con su característico bigote, dio un discurso que fue tan aplaudido por Asseff y la vieja guardia como por los jóvenes del espacio que ya lo consideraban su líder.

Ese mismo año ganó las elecciones internas del partido contra la otra lista que se presentó y empezó a presidir la Juventud del PNC, además de elaborar el primer afiche de la campaña presidencial que llevó a Asseff como candidato. Ya mostraba uñas de guitarrero para lo comunicacional.

Asseff fue quien a mediados de los 80 se lo presentó a Domingo Cavallo. El vínculo se explicaba por el acercamiento del PNC a la UCEDE de Álvaro Alsogaray, en la que Cavallo, aun como peronista, se sentía representado. Alberto y «El Mingo» se conocen desde entonces y,

como ya se dijo, luego coincidirían en el equipo económico de Menem, uno como ministro y el otro como superintendente de Seguros. Pero nunca dijeron quién los presentó.

El nacionalismo de Asseff, ex funcionario de la última dictadura en el Ente Binacional Yaciretá y también cercano a Perón antes de eso, no era comparable con el de otro referente de la derecha más extrema, Alejandro Biondini, quien se rodeaba de esvásticas y hacía el saludo hitleriano. Aun así, un rumor tan desopilante como incomprobable sostiene que hay una fotografía del joven Fernández de esa época en la que imita ese gesto obsceno y levanta el brazo, aunque sin exclamar el nombre del «Führer».

Sinceramente, suena a disparate.

Sin embargo, cuando en la revista *Noticias* hablamos por primera vez de la militancia desconocida de Alberto en el PNC, allá por mayo de 2004, alguna de las fuentes consultadas aseguró que le habían dicho que la imagen existía.

Lo mismo me ocurrió ahora, cuando investigué el pasado del candidato para este libro.

Héctor Maya, el mismo que lo acompañó en la Superintendencia de Seguros, me dijo:

—Me comentaron que en *Noticias* tienen una foto de Alberto haciendo el saludo nazi, ¿es cierto eso?

—Lo de esa foto —le contesté— es una locura que vengo escuchando desde hace quince años.

Maya rio:

—Ah, ¿no existe? Menos mal…

Es evidente que alguien instaló esa *fake new* para dañar a Fernández.

El ex jefe de Gabinete prefiere negar no solo esa parte, sino la historia completa. Luego de publicada la nota —en la que se aclaraba que él desmentía su paso por las filas de Asseff—, salió a responder que se trataba de una «sarta de disparates». Y eso que se había mostrado su ficha de afilición al PNC, y la foto de aquel acto partidario en Temperley en el que hizo sus primeros palotes, engominado y con los brazos —eso sí— cruzados a su espalda.

Pero eso no era suficiente evidencia para él.

Sobre el acto en Temperley explicó:

—Me habrán invitado a dar una charla, pero no militaba con ellos.

Y sobre la ficha de afiliación, dijo que era «trucha».

Eso sí, no desmintió la veracidad de ese documento en forma pública, sino ante los periodistas más cercanos, en la comodidad del *off the record*. Poner la cara para negar lo evidente le podía traer nuevos problemas.

Lo curioso es que el propio Asseff, el líder del PNC, le había confirmado todo al entonces editor de Política de la revista, Darío Gallo, autor de la investigación.

El diálogo entre ambos es imperdible.

—¿Fernández integró en algún momento el Partido Nacionalista Constitucional? —preguntó Gallo.

—Sí, señor —respondió con ganas Asseff—. Tenemos el orgullo de que el actual jefe de Gabinete fue un destacado dirigente de nuestra juventud. Es más, recuerdo un memorable acto de apertura de un local en Temperley, donde el joven Fernández se expresó con claridad conceptual y arengó a los asistentes con su empuje y sentimiento patriótico…

—Pero él niega su militancia en el PNC, ¿habrá alguna fotografía de ese acto?

—Sí, señor. Y si me da un poco de tiempo, también le puedo conseguir la ficha de afiliación.

—¿Fernández se habrá olvidado de su paso por el nacionalismo o quiere ocultarlo?

—No sabía que lo negaba. Debe ser porque haber pertenecido al PNC era ser patriótico, término que hoy es una ofensa para algunos intolerantes. Además, para las elecciones de 2003 estuvimos en conversaciones con Kirchner y con Fernández.

—¿En serio?

—Sí. Antes de las elecciones me reuní con Kirchner en la Casa de Santa Cruz en la Capital y me dijo que iba a tener poca legitimidad. Después nos reunimos con Cristina Kirchner y nos pidió que arregláramos con Alberto Fernández para integrar el Frente para la Victoria de Kirchner. Cuando llegué a casa me había llamado Fernández para arreglar ese tema. Pero después de las elecciones lo llamé varias veces y nunca me contestó.

—Ya veo.

—Cuando él estaba por ir a El Calafate para arreglar el tema del Gabinete me atendió el teléfono y me dijo «no tengo idea de qué cargo me van a dar». Le dije que dejaba en sus manos el rol que íbamos a ocupar nosotros en el Gobierno. Nunca más me llamó.

¿Por qué Fernández miente en forma tan flagrante e infantil sobre su pasado? Su colaboración con dos jueces de la dictadura es algo de lo que nunca habló. Y la historia de su militancia en la derecha lo enfurece, tal vez porque desde que conoció a los K siempre gustó definirse como un peronista ubicado «del centro a la izquierda», como sus jefes. Su verdadero currículum no es compatible con el discurso progresista con el que ellos llegaron al poder.

Aunque, pensándolo bien, tampoco los antecedentes de Néstor y Cristina hacen juego con su relato heroico: fueron implacables abogados de cobranzas en los años de plomo de la dictadura, asesoraron a una financiera y se apropiaron de una quincena de casas y departamentos a precio vil ante la desesperación de los anteriores propietarios, que no podían afrontar las deudas. Y para colmo a él, Néstor, lo fotografiaron escoltando a un temible general del Proceso, Oscar Guerrero, el hombre fuerte de los militares en Santa Cruz en plena Guerra de Malvinas. Esas imágenes explícitas salieron publicadas en los diarios provinciales de la época, algo que me consta porque las rescaté de los archivos patagónicos para una nota de tapa de *Noticias*.

En primer plano aparecía el general Guerrero, quien un año antes había conducido la temible Policía Bonaerense que heredó de Ramón Camps, y detrás de él asomaba la cara angulosa de Néstor. También había otras personas en la foto: Manuel López Lestón —el tío de Néstor —, Daniel Varizat —el amigo de Néstor— y la ex legisladora provincial Nélida Cremona de Peralta —la madrina política de Néstor y su grupo —, todos englobados en lo que el general Guerrero llamaba «las fuerzas vivas» que apoyaban al gobierno militar. La causa malvinense, es cierto, generaba enormes adhesiones. El incipiente grupo político de Kirchner se llamaba Ateneo Juan Domingo Perón y ya mantenía reuniones con las autoridades castrenses que buscaban seducir a aquellos peronistas que consideraban «rescatables» y los tentaban con sumarlos a un posible proyecto cívico-militar. «Amplio apoyo de las fuerzas vivas a las Fuerzas Armadas», tituló uno de los diarios que reprodujo la foto, y en el artículo se leía: «El general Guerrero saludó a cada uno de los presentes, quienes en la oportunidad improvisaron breves palabras de adhesión». A Kirchner, envalentonado por esa primera exposición pública, solo le molestó que en la crónica se hubiera escrito mal su complicado apellido: «Khirsner».

Llamé al general de la foto para que explicara su vínculo con el joven Néstor, pero se mostró desmemoriado.

—¿Usted conoció a Kirchner durante la dictadura militar? —pregunté.

—¿Qué? —se sorprendió—. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque hay fotos en los archivos de los diarios de Santa Cruz donde se los ve juntos.

—Mire, no me acuerdo. ¡Me han sacado tantas fotos en mi vida!

—Uno de los artículos de esos diarios decía que Kirchner y su grupo eran «las fuerzas vivas» que lo apoyaban a usted.

—Disculpe, no voy a hablar. Si quiere información, diríjase al Estado Mayor del Ejército.

Guerrero, el discípulo de Camps, en pleno gobierno de Kirchner tendría una página web en la que reivindicaba la represión ilegal de los militares durante la dictadura. Los diputados K presentaron un pedido de informes en el Congreso para que se investigara la titularidad de esa página y de otras dos que consideraban igual de infames. No habían consultado al entonces Presidente, quien podría haberles dado información de primera mano sobre el general.

Rafael Flores, el ex diputado del PJ y viejo rival de los Kirchner en su provincia, recuerda la época en que nada tenían que ver con el progresismo.

—Los dos —me explica— fueron abogados en Río Gallegos durante la dictadura. Kirchner al principio se dedicaba con exclusividad a las cobranzas y los remates judiciales, trabajaba para una financiera.

—¿Presentaron algún hábeas corpus por el tema de las desapariciones? —le pregunto.

Flores responde:

—No, ni Néstor ni Cristina, que trabajaba con él, tenían algo que ver con la defensa de los presos políticos.

—¿Como abogado alguna vez enfrentó a Kirchner?

—Sí. Yo fui designado fiscal ad hoc en el caso del primer condenado por violaciones seriales que tuvo Río Gallegos, en el 81. Lo llamaban «el sátiro del pasamontañas». Era el segundo jefe en Santa Cruz de la Policía Federal, de apellido Gómez Ruocco, ligado a la represión de la dictadura.

—¿Y lo defendió Kirchner?

—El que lo defendió fue el socio de Kirchner en su estudio de abogados, Domingo Ortiz de Zárate. Gómez Ruocco cae por una pelea con la policía provincial, porque atacó, entre otras víctimas, a la ahijada de un viejo jefe policial de la provincia.

—¿Cómo terminó el caso?

—Yo pedí que le dieran 20 años de prisión y finalmente lo condenaron a 18. Recuerdo que el estudio de Kirchner argumentaba que el sexo oral al que fue forzada una de las mujeres abusadas no podía calificarse de violación.

Flores suspira. Recuerda que, tras el fallo, el entonces juez federal Federico Pinto Kramer, a cargo de la causa, le habría reprochado:

—Vos sos el responsable de que se haya condenado a un héroe de la lucha antisubversiva.

Al lado de eso, es cierto, lo de Alberto ya no parecía tan grave.

El periodista Ernesto Tenembaum expresó su extrañeza una vez que Fernández, su interlocutor habitual, le dijo, palabras más, palabras menos:

—Ustedes, los «progres», no entienden…

¿Cómo que «ustedes»? ¿Entonces el jefe de Gabinete no era «progre»?

Tenembaum llenó toda una columna de la revista *Veintitrés* —donde escribía— con esas dudas existenciales que acababa de despertarle el entonces jefe de Gabinete. Poco después publicó su libro *Qué les pasó*. Se refería a los Kirchner, pero también a Alberto. La respuesta al interrogante del título parecía obvia: no les pasó nada, no habían dejado de ser lo que fueron siempre, solo que su disfraz ideológico ya no les resultaba convincente a algunos.

Asseff, el primer jefe político de Alberto en el nacionalismo, es el mismo que en las elecciones de 2019 primero le prestó su nuevo partido UNIR a José Luis Espert, el economista ultraliberal que llegó a arañar los 8 puntos en algunas encuestas, aunque en las PASO finalmente obtuvo solo 2. Eran votos de derecha que Macri necesitaba para sí mismo. Cuando quedaban solo horas para el cierre de alianzas electorales, Asseff sorpresivamente apareció en la boleta de candidatos a diputados del macrismo en suelo bonaerense y le retiró su apoyo a Espert, dejándolo en el limbo, sin partido.

Fueron momentos de algarabía en el PRO, aunque finalmente la Justicia dictaminó que Espert igual podía ser candidato.

Asseff explicó su decisión:

—Lo hice porque Espert favorecía a los Fernández, porque le restaba puntos a Mauricio Macri.

Esta vez el septuagenario dirigente jugaba en contra de su ex pupilo Alberto.

¿Qué hay de Antonio Pérez, el tío del ex jefe de Gabinete que le había abierto las puertas del nacionalismo? El fotógrafo personal de Perón también habló con *Noticias* por los días de aquella investigación y dejó algunas frases interesantes.

—Usted es el tío del jefe de Gabinete —le preguntaron los periodistas—. ¿Cómo era él de chico?

—Además de tío soy el padrino —contestó—, y dicen que soy el que más me parezco a él en la familia… «Beto» es muy cariñoso, nos queremos mucho. Se recibió de abogado y aun así siguió estudiando. Nunca le cayó nada del cielo. Ah, y siempre usó bigote.

—¿Hablan de política?

—No me gusta hablar con él de política. La única vez que conversé con él fue cuando asumió como superintendente de Seguros. Nunca me pidió consejos.

—¿A Kirchner lo conoce?

—Sí, me lo presentó «Beto». Fue hace unos años. Del peronismo en

este momento no opino. No digo que con la muerte de Perón se haya terminado el peronismo, pero creo que la doctrina peronista hoy no se cumple. Una vez le pregunté a Perón qué iba a pasar en el futuro, cuando él no estuviera más. «Les dejo la doctrina», me contestó.

—¿No le dice a su sobrino que con Kirchner no se cumple la doctrina peronista?

—Él tiene sus ideas y yo las mías. Además, yo estoy en política hace rato. Y él recién empieza…

Pérez también le abrió otras puertas a su sobrino «Beto». Por ejemplo, la de «Pepe» Albistur, el publicista que ya había trabajado en aquella campaña de 1973 que proponía lo de «Cámpora al Gobierno, Perón al poder».

Por los mismos tiempos de la presentación con Asseff, el tío fotógrafo le dijo a Albistur:

—Tengo un sobrino que se acaba de recibir de abogado. ¿No tendrás algo para él?

—Mandámelo —le dijo el publicista que hoy le presta su departamento de Puerto Madero a Alberto.

Héctor Maya también conoció al multifacético Fernández por esos años de primavera democrática, mucho antes de compartir trabajo en la Superintendencia de Seguros del menemismo. «Mayita» era diputado e integraba la bancada del PJ junto a destacados dirigentes, como el histórico Antonio Cafiero, José Manuel de la Sota, José Luis Manzano, Carlos Grosso, Jorge Matzkin y Diego Guelar. ¿Qué hacía Alberto? Los asesoraba. Esta vez no lo había recomendado su tío fotógrafo, sino su profesor en la UBA, «El Bebe» Righi, amigo de todos los mencionados.

El que lo contrató como asesor fue el diputado Miguel Unamuno, otro sobreviviente de los años 70 que había sido ministro de Trabajo de Isabelita, la viuda del «General». Pero, en la práctica, Fernández trabajaba para todos porque lo había captado Maya, cuya oficina estaba pegada a la de Unamuno.

Cuenta Maya:

—Estaba con nosotros en las reuniones de la Comisión de Presupuesto y Hacienda, donde se trataba la cuestión de la deuda externa, algo muy importante por entonces. Alfonsín había heredado una deuda de la dictadura militar de más de 40 mil millones de dólares.

—¿Alberto les era útil? —pregunto.

—Se destacó desde el primer momento —lo elogia Maya—. Era un tipo laburador, con carácter, al que no había cómo frenarlo. Te ganaba por prepotencia de trabajo.

—No parece el perfil de un conciliador, como se lo vende ahora.

—No. Cuando no estaba de acuerdo en algo, se plantaba. Por

ejemplo, terminó imponiendo su postura de que el tema de la deuda externa había que plantearlo como una cuestión nacional, no hacer política con eso. En el peronismo había muchos que querían pasarle factura por ese tema a Alfonsín, pero él sostenía que teníamos que acompañar.

—¿Decía que había que pagar la deuda?

—Que había que pagar, pero con una política racional: «Nosotros podemos hasta acá, más no». No esa locura del peruano Alan García de no pagar absolutamente nada.

—Al final, el PJ acompañó a Alfonsín.

—Sí, claro. Alfonsín nos invitó a la Quinta de Olivos a los que lo íbamos a acompañar en la negociación. Estábamos Matzkin, Guelar y yo por el PJ. Y después viajamos con los radicales al Banco Mundial y al Fondo Monetario en Washington, también al Club de París.

De esos años, Fernández conserva una foto con el carismático ex presidente radical.

Y ya en la era K, como hombre fuerte de Néstor y Cristina, aconsejaría lo mismo, pagar la deuda al FMI. Pero esa vez, todo de un saque.

Habrá que ver que hará ahora, cuando asuma la Presidencia.

—¿Él ya usaba bigote en los 80? —le pregunto a Maya.

El entrerriano se ríe:

—Siempre tuvo bigote. Siempre se destacó. Lo escuchábamos nosotros y también los radicales, que por el tema de la deuda lo valoraban. En el año 85 es cuando además empieza a trabajar en el Ministerio de Economía, con Sourrouille, como subdirector de Asuntos Jurídicos.

—Aun siendo peronista.

—Les dijo: «Ojo que yo soy peronista, pero les puedo dar una mano».

—¿Pero era realmente peronista?

—¡Obvio! Antonio Cafiero, que estaba con nosotros en la Cámara, le tenía un cariño bárbaro. Si eso no te hace peronista…

Maya recuerda otra característica de Fernández:

—Lo perdían las minas, lo volvían loco. La política siempre fue un terreno al que las mujeres se acercan, ¿me entendés?

—Como «groupies».

—Exacto. Y él estaba con la caña, siempre. Se le acercaban muchas minas.

—Bueno, luego estuvo con Vilma Ibarra, la senadora, y ahora tiene una novia periodista de 38 años.

—Muy lindas todas. Siempre tuvo buen gusto para las minas y lo demostró. Se casó de grande ya, casi cuarentón.

El propio Fernández contó en una entrevista radial: «Como diría Dolina, todo lo que el hombre hace es para levantarse minas, y me iba bien con mis compañeras».

Para que la charla no pueda ser objetada por el colectivo feminista, cambio de tema.

—¿Qué te parece que él le aporta hoy a Cristina? —le pregunto.

Maya responde:

—Alberto da imagen de experiencia y gobernabilidad, y tiene relaciones cercanas con todo el establishment, algo que a ella le faltaba.

—¿Qué hubiera pasado si la candidata era ella?

—No lo sé. Pero si Alberto ganó con tanta comodidad es porque da la imagen de un tipo más previsible.

La versatilidad y ubicuidad del candidato está fuera de discusión si se repasa su trayectoria. En esos comienzos de los 80, por ejemplo, fue al mismo tiempo asesor de la Cámara de Diputados, auxiliar de dos jueces de la dictadura, abogado y cajero de Varela Cid, profesor de la UBA y militante del peronismo con Valdés y Argüello y del nacionalismo con Asseff, además de funcionario alfonsinista. ¿Cuándo dormía?

Hay un supuesto dato en la biografía del joven Fernández que llegó a oídos de los muchachos de La Cámpora que hoy lo rodean en la campaña kirchnerista. Se lo transmitió Juan Cabandié a un periodista de *Noticias*, en confianza.

Con toda seriedad le dijo:

—¿Sabías que Alberto es el autor de *La balsa*?

—¿¡Cómo!?

—Sí, la escribió con Litto Nebbia, son muy amigos. Igual, chequealo…

Cabandié, como se contó antes, es quien volvió a acercar a Alberto con Cristina. Tiene amistad con los dos y se supone que está bien informado.

Pero el espectacular hallazgo en el CV del candidato no llega a levantar vuelo. Ni bien se consulta la historia de esa canción fundacional del rock argentino aparecen las evidencias que derrumban todo. *La balsa* fue compuesta por Nebbia el 2 mayo de 1967 en el baño de caballeros del bar La Perla del Once. El coautor, también presente en ese momento y ese espacio, fue un tal José Alberto Iglesias. ¿Un seudónimo artístico de Alberto? Nada de eso: se trata del mítico «Tanguito».

Además, en mayo de 1967, Fernández tenía 8 años. Tendría que haber sido un niño prodigio.

Es verdad que escribe canciones y poemas de amor y protesta, que

tomó clases de guitarra con Nebbia a los 14 años y se dejó el bigote a los 16, en homenaje a él. También es verdad que lo considera un amigo, que lo invitó a algún acto del PJ porteño y hasta le envió un «demo» con sus temas, que el artista tuvo la delicadeza de elogiarle. Además, dice que lo influenció «más Bob Dylan que Perón» y que de joven, para sumar aún más tareas, solía tocar en algunos bares y pubs de la ciudad.

Pero de ahí a haber escrito *La balsa*…

¿Quién le contó ese delirio a Cabandié y sus compañeros de La Cámpora? ¿Habrán escuchado bien?

Fernández parece capaz de todo o casi todo. Fue al mismo tiempo de derecha e izquierda, del nacionalismo y del PJ, procesista y «progre», alfonsinista y menemista, kirchnerista, anti K y ahora nuevamente K.

Pero no: *La balsa* no la compuso.

Cómo se conocieron

Hay una versión oficial y otra alternativa de cómo se conocieron Cristina y Alberto.

Primero, la oficial. Empieza el invierno de 1996 y Fernández le pide a su amigo Eduardo Valdés que le presente a ese gobernador de la Patagonia de aún inexistente proyección nacional que gestiona su provincia desde hace cinco años, reelección mediante.

Le explica:

—Lo vengo siguiendo, me parece un tipo interesante por algunas opiniones que le he escuchado.

Valdés, quien conoce a Néstor Kirchner desde hace dos años, cuando coincidieron en la Convención Constituyente de Santa Fe y Entre Ríos, no se hace rogar.

Llama al gobernador de Santa Cruz y le comenta:

—Tengo un muchacho amigo mío que quiere conocerte. Peronista y porteño.

—¿Qué hace? —pregunta el otro.

—Está en el Banco Provincia. Y viene de ser el jefe de la Superintendencia de Seguros con Menem.

—Mirá vos. Me interesa.

Sin embargo, el encuentro no es inmediato.

Recién se da luego de que Alberto publica un artículo de opinión en el diario *Clarín*, donde en pleno menemismo propone una mayor intervención del Estado en la economía para mitigar las desigualdades sociales que genera el modelo. Ya puede permitirse esas críticas porque ahora está bajo el ala protectora de Eduardo Duhalde, el gobernador bonaerense que rivaliza con Menem y que le dio trabajo en el Banco de la Provincia de Buenos Aires. Quien ayudó a que Fernández diera ese salto fue Rodolfo Frigeri, el titular de esa entidad financiera y ex ministro de Economía bonaerense en la gestión de otro viejo protector de Alberto, Antonio Cafiero. En su nueva etapa, Fernández arranca como presidente de una aseguradora del Banco Provincia, Gerenciar, y poco después asciende a vicepresidente del llamado Grupo BAPRO, el conglomerado de empresas de la entidad.

Kirchner ha leído el artículo de *Clarín* con atención. El nombre de quien lo firma le resulta vagamente conocido.

Lo llama a Valdés:

—¿Ese es el Alberto Fernández del que me hablabas?

—Ese mismo —contesta el compañero de Fernández en el peronismo porteño—. ¡Es bueno, eh!

—Lo que escribió me gusta —concede Néstor—. ¿Por qué no nos juntamos a comer?

Valdés arregla el encuentro para la semana siguiente. Primero empiezan con una amena charla en Ópera Prima, una conocida cafetería de Recoleta, sobre la calle Paraná, a pasos del departamento de los Kirchner en Juncal y Uruguay. Luego terminan cenando en Teatriz, un restorán también cercano.

Valdés es quien me cuenta la historia y dice:

—Pegaron onda de entrada. Hablaron mucho, sobre todo de economía. Néstor le elogió el artículo a Alberto.

—¿Quiénes estaban? —pregunto.

—Alberto, Néstor, Cristina y yo —contesta—. Fue la primera vez que se vieron.

—¿Cristina participó de la charla?

—¡Pero obvio! Ella es de hablar mucho. Los Kirchner siempre hablaban en estéreo, los dos a la vez.

—¿Quién pagó la cuenta?

—Néstor, obvio.

En su libro *Políticamente incorrecto*, que describe su camino junto a los Kirchner, Alberto también rememora ese encuentro. Cuenta que el gobernador santacruceño ya se definía como un defensor de los Derechos Humanos y un crítico de los indultos a militares y las leyes de Obediencia Debida y Punto Final, y que por eso se rio con lo que decía el contestador automático del teléfono de Fernández, también un repentino campeón del progresismo: «Si usted ha sido indultado corte ya, nos sentimos más tranquilos pensando que usted sigue preso», decía la voz de Alberto si alguien lo llamaba a su número y él no llegaba a contestar.

Valdés no logra recordar la parte de los Derechos Humanos, pero supongamos que hablaron del tema cuando él se levantó para ir al baño. Sus antecedentes, claro, no los avalaban, pero todos tienen derecho a reinventarse.

Hasta aquí, la primera versión de cómo se conocieron los Fernández, Cristina y Alberto. Pero ya se dijo que hay otra, la que alimenta el propio candidato cuando sostiene en un reciente reportaje con *Página/12*:

—Me emocionó mucho, mucho, el ofrecimiento de Cristina. La conocí casi antes que a Néstor y tejí un vínculo de amistad.

¿Qué significa «casi antes»?

¿Quiere decir que Alberto y Cristina llegaron unos minutos antes que Kirchner a la cafetería de Recoleta? ¿O significa que tenían un vínculo previo que excluía al gobernador de Santa Cruz?

El propio Fernández aporta más indicios ambiguos cuando sostiene en el mismo reportaje:

—Tanto fue así que los «pingüinos» me decían que yo era un «cristino».

No, claramente el «casi antes» no significa que Cristina y su «cristino» hayan llegado unos minutos más temprano al café Ópera Prima.

Ya se conocían.

Aunque Alberto complete de esta manera su fallido en la misma entrevista:

—Después, el cariño que tuve con Néstor fue inconmensurable.

Por entonces, en 1996, Alberto andaba por los 37 años. Cristina tenía 43 y Néstor, 46.

La segunda versión, la no oficial, la del «casi antes», me la cuenta un integrante del PJ porteño que frecuentaba a Alberto por entonces. La condición que pone es que no revele su nombre por miedo a tardías represalias, casi un cuarto de siglo después.

—Es cierto —me dice— que Alberto y Cristina se conocen desde antes del vínculo de él con Kirchner. El que los presentó fue el vocero Miguel Núñez, que trabajó con ella desde que asumió como senadora en 1995.

—¿Núñez tenía contacto con Alberto? —pregunto.

—Claro —contesta—, con Alberto y con todo su grupo: Argüello, Valdés, todos esos.

—¿De dónde los conocía?

—Esto lo dice el propio Núñez. Fueron compañeros del secundario con Alberto, no me acuerdo dónde.

El dato del informante es certero. Fernández y Núñez fueron al mismo secundario en los años 70, el Colegio Nacional N° 3 Mariano Moreno, sobre la avenida Rivadavia. El primero fue al turno tarde y el segundo, por la mañana. «¡Fuerza, Alberto!», tuiteó el ex vocero en junio de 2019, cuando Fernández fue internado en el Sanatorio Otamendi por una inflamación pulmonar en plena campaña. «Recuperate pronto que te necesitamos. Estos pibes del turno mañana.»

Sigue hablando el informante:

—Gracias a Núñez, Alberto la conoció a Cristina y luego llegó a Kirchner. Y después le pagó a Miguel poniéndolo de vocero del gobierno de Kirchner en 2003.

Le pregunto:

—Si el que contactó a Alberto y Cristina fue Núñez, ¿por qué Alberto le pidió a Valdés que le presentara a Kirchner? Podría habérselo pedido a ella.

—Gran pregunta —me contesta—. Pero la respuesta no la tengo.

¿Acaso Kirchner no sabía ni debía saber de ese vínculo previo? ¿Acaso Cristina y Alberto fingieron que aquella tarde en la cafetería de Recoleta, junto al marido de ella y a Valdés, era la primera vez que se veían?

El informante especula:

—Kirchner tenía fama de muy celoso. Tal vez no era lo mejor que la mujer le presentara a un tipo.

Vuelvo a consultar a Valdés, el presentador oficial, para cerciorarme.

—Alberto dijo que la conoció «casi antes» a Cristina que a Néstor —le digo.

—Qué raro —responde—. Si los presenté yo…

También consulto a Jorge Argüello, el compañero de Alberto y Valdés en el peronismo porteño y otro de los que conocen a Kirchner desde antes:

—¿Sabés cómo empezó la relación de Alberto y Cristina?

Argüello contesta:

—Los presentó Valdés, eso es sabido. Fue en una cena de Alberto con los Kirchner.

—Pero Alberto dijo en un reportaje que a ella la conoció «casi antes» —le digo—, y que los kirchneristas del sur lo llamaban «cristino».

Ahora también Argüello parece desorientado.

—No sabía —contesta.

Se me ocurre preguntarle por el ya mencionado vocero que protagoniza esta trama.

—¿Puede ser que los haya presentado Miguel Núñez, que conocía bien a los dos? —le planteo.

Argüello dice:

—No lo sé. Miguelito fue mi jefe de prensa durante unos seis o siete años, primero en el Concejo Deliberante y después en Diputados. Yo ya tenía trato con Kirchner y se lo pasé luego a Cristina.

—Núñez —le señalo— trabajó con ella desde 1995, cuando asumió como senadora nacional. Por eso es posible que los haya presentado.

—Será… —bufa Argüello y cierra el interrogatorio.

Pero Núñez, apodado el «vocero mudo» durante la era K por su nulo contacto con los medios, no solo fue compañero de Fernández en la secundaria del Mariano Moreno.

Otro ex vocero de CFK, Diego Buranello, me aporta un dato más:

—Miguel laburó con Alberto Fernández en el Banco Provincia, antes

que con Cristina, creo.

—Entonces ella heredó al vocero de él —le digo.

Buranello no tiene certezas:

—La verdad, no sé quién los presentó.

Si se cruza este último dato con los CV que los involucrados hacen públicos, lo cierto es que Núñez debió haber trabajado al mismo tiempo con CFK, desde diciembre de 1995, y con Alberto, desde 1996 en el Grupo BAPRO. ¿Cómo hacía? ¿O ya los precarios Movicom de esos años permitían asesorar a cierta distancia? En el BAPRO ciertamente no se lo veía mucho.

El propio Núñez, como homenaje a sus años de «vocero mudo», no suelta prenda cuando lo llamo por teléfono.

—Quería preguntarte sobre la historia de Cristina y Alberto —le digo.

—Te agradezco mucho, pero no tengo ganas de hablar del tema —responde, seco.

—Es una pregunta muy puntual.

—Te agradezco mucho, pero no tengo intención de hablar del tema.

—No contestes si no querés, pero dejame preguntarte.

—Te agradezco mucho, pero no tengo intención de hablar del tema.

Repite la misma frase como un contestador automático y finalmente corta la llamada. Un Núñez auténtico.

Decido entonces consultar a un amigo suyo, periodista, quien le traslada la pregunta y me trasmite lo que responde el vocero:

—En efecto, Alberto y Cristina se conocen desde antes de la relación de él con Kirchner. Pero no fue Miguel quien los presentó.

—¿Entonces cómo fue? —le pregunto.

El amigo de Núñez, que pide no ser identificado, cuenta:

—Fue en diciembre de 1995. Cristina acababa de asumir su banca y Alberto fue al Senado para explicarle al bloque del PJ los detalles de una ley referida a seguros que iba a tratarse por esos días. Él todavía era el superintendente de Seguros.

—O sea que la conoció medio año antes que a Kirchner, en esa reunión de bloque.

—Eso dice Núñez, sí.

Según el relato, CFK y Alberto solo intercambiaron algunas palabras ese día en el Senado.

Sin embargo, siempre conviene desconfiar de lo que cuentan los voceros. Veamos.

Héctor Maya, el ex colaborador de Alberto en la Superintendencia de Seguros que para ese entonces también era senador, jura:

—Qué raro, porque en diciembre de 1995 no hubo ninguna ley sobre

seguros ni tampoco ninguna reunión de bloque a la que haya ido Alberto Fernández.

—¿Estás seguro? —le pregunto.

—Absolutamente —dice—. Imaginate que ese era mi tema, me tendría que haber enterado.

—Pero esa es la historia que cuenta Miguel Núñez.

—¿Él cuenta eso? Te aseguro que no fue así.

¿Por qué niega Núñez que los haya presentado a la jefa y su «cristino»? Imposible saberlo.

La historia del «casi antes» también tiene otros testimonios. El periodista Edgar Mainhard escribió en una nota del sitio *Edición i* en diciembre de 2005: «Aunque muchos lo ignoren, Alberto y Cristina llevan una década frecuentándose. Alberto se encontraba en el Grupo BAPRO y ella era diputada nacional cuando ya eran confidentes». Y luego volvía a afirmar: «Fernández conoció a Néstor Carlos Kirchner en sus días en Grupo BAPRO, y siempre le agradó, no duda en revelarlo, que desde el principio Kirchner le explicó sus ideas, brutal, sin vueltas: "Soy un peronista antimenemista, simpatizo con el progresismo y un día quiero ser presidente de la Nación". En verdad, Alberto Fernández ya lo sabía por comentarios de Cristina».

Cuando llamo a Mainhard, el periodista asegura:

—Ese dato lo tengo bien chequeado, se conocían desde antes ellos dos. Había muchas fuentes con las que yo hablaba, incluso un familiar de la ex de Alberto, Marcela Luchetti.

—¿A Alberto y CFK los presentó Miguel Núñez?

—Es muy posible. Recuerdo bien que Núñez «chapeaba» con su relación con Cristina, a mí fue él quien me sentó con ella.

Gabriel Brito, el arrepentido de la mafia de los medicamentos, además de procesado por ese caso, contó en el sitio *Tribuna de Periodistas* que una vez le preguntó al vocero Núñez si su jefa, de gran protagonismo en el Congreso de los años 90, imaginaba para sí misma una candidatura presidencial cuando aún nadie soñaba con la de su marido.

Brito dijo que Núñez le contestó sorprendido:

—¡Eso lo tenés que hablar con Alberto Fernández, él es su operador político!

En efecto, era un «cristino», como decían los «pingüinos» que reportaban al jefe y no a la subjefa que brillaba en Buenos Aires.

E igual de «cristino» era Núñez.

Es obvio, entonces, que CFK y Alberto entraron en contacto antes de que apareciera en escena Kirchner como último integrante de ese triángulo.

¡Si hasta compartían vocero!

Julio Bárbaro, también testigo y parte de esa fase embrionaria del kircnnerismo, me dice:

—No me queda claro quién presentó a quién, lo que sí sé es que Kirchner venía seguido a Buenos Aires mientras Cristina estaba en el Congreso y entonces había que entretenerlo al hombre.

—¿Qué significa eso? —pregunto.

—Eso, entretenerlo —dice Bárbaro—. Eran noches tediosas, en las que un grupito que lo acompañábamos a matar el tiempo en los bares o a cenar mientras esperaba que Cristina saliera del Congreso, siempre tarde, a veces a la una de la madrugada, por las votaciones. Ella después se nos unía.

—¿Quiénes eran?

—Los primeros en acompañarlo al hombre en esas noches fueron Argüello y Valdés, después me sumé yo y en algún momento empezó a aparecer Alberto, allá por 1996. Éramos amigos de la noche, nos juntábamos a cenar en El Mirasol de La Recova o en Teatriz, cerca del departamento de los Kirchner en Recoleta.

—¿Quiénes más iban?

—El grupo que te mencioné, y a veces se sumaban algunos más. Por ejemplo, Daniel Varizat, que también era senador, el que después atropelló a unos docentes con su camioneta en Santa Cruz.

—Lo recuerdo, sí.

—También estaban «El Negro» Rubén Ledesma, el «capo» del sindicato de Comercio en La Matanza, y el historiador Fernando Suárez. Y a veces aparecía Pichetto.

—¡No! ¿El compañero de fórmula de Macri?

—Bueno, antes de eso fue peronista Miguel Ángel.

Bárbaro se ríe.

Recuerda cómo se enfrió la relación entre Kirchner y uno de esos comensales noctámbulos cuando, ya elegido Presidente, le ofreció más de lo que el otro podía aceptar. Le dijo a Fernando Suárez que lo nombraba al frente de la ONABE, la oficina que administra las propiedades del Estado, una caja más que apetecible.

—Te estoy haciendo rico —le sonrió.

Suárez no supo cómo reaccionar en el momento, pero después se desahogó ante Bárbaro.

—Decile a Néstor que yo no me quiero hacer rico, ¿podés transmitírselo?

Su amigo cumplió el pedido.

Y dice que Kirchner masculló su incomprensión:

—Bueno, búsquenle otro cargo.

Sigue hablando Bárbaro:

—En ese grupo original, el más amigo de Néstor era Argüello, que era su hombre de confianza en la Capital. Pero después se cansó, decía que Kirchner no iba a llegar nunca a ser presidente, que era un demente.

—Y ahí ganó protagonismo Alberto.

—Exacto, Alberto aprovechó ese hueco que había dejado Argüello y apostó. Y le salió bien.

Valdés, otro de los comensales, tiene una mirada parecida:

—¿Si Argüello se borró? Bueno, en realidad él nunca se dedicó «full-time» a Kirchner, no le daba tanta bola y no creía que pudiera ganar una elección.

—Y Alberto sí.

—Alberto sí. Y era una máquina como operador político, se lo ganó así a Néstor.

Vuelve a hablar Bárbaro:

—La ambición de Alberto era algo tremendo, se transparentaba. Muchas veces Kirchner le tuvo que parar el carro porque era una topadora. Le desconfiaba, pero a la vez lo necesitaba porque Alberto llegaba a lugares que él no: la Bolsa de Comercio, algunos empresarios y medios, el propio Duhalde cuando fue candidato del PJ o luego presidente…

Bárbaro recuerda que Kirchner una vez les dijo a él y a Fernández en el restorán Pedemonte:

—Ustedes son mis dos brazos.

Bárbaro, poco apegado a la «rosca», se sintió raro.

—Néstor, yo no soy un brazo… Conmigo podés debatir, pensar, todo lo que quieras. Pero ¿qué brazo?

Alberto no dijo nada. ¿Cómo iba a ofenderlo ese comentario del jefe? Él no era un intelectual, sino un operador, un ejecutor de decisiones.

Las cenas y los cafés de esos tiempos invariablemente los pagaba Kirchner, que pasaba hasta dos días laborales a la semana en Buenos Aires con su esposa legisladora y sus nuevos amigos porteños. Ya se decía antimenemista, a pesar de que años antes había definido al caudillo riojano como «el mejor presidente de la historia». Pero ahora no dependía más del poder central. Tenía caja propia, gracias a los famosos fondos de Santa Cruz que terminaron depositados en el extranjero sin que ningún opositor en la provincia estuviera al tanto de esa decisión. Esos fondos errantes eran fruto del resarcimiento que el Estado le había pagado a Santa Cruz en 1993 por regalías petroleras mal liquidadas y llegaron a ser más de 500 millones de dólares.

Había de sobra para las cenas en Buenos Aires, y también para empezar una campaña desde la nada misma. Pero el problema era que, fuera de la Patagonia, al candidato prácticamente no lo conocía nadie.

Recuerda Bárbaro:

—Esos tiempos de instalación fueron complicados. Íbamos a cenar a los restoranes porteños y la gente la saludaba a Cristina, pero no a Néstor.

—Ella era la conocida —le digo.

—Sí —sigue Bárbaro—. Ella daba sus discursos altisonantes en el Congreso e iba a los programas políticos de TV. Y a Kirchner no lo saludaba nadie. ¡No lo conocían!

Es cierto que CFK se destacaba. Tanto que, en su etapa como senadora, antes de saltar a la Cámara de Diputados, sus pares del bloque peronista la terminaron echando por su afán de protagonismo. No solo por sus dardos permanentes al gobierno de Menem cada vez que tomaba la palabra, sino también por una costumbre que enfurecía a sus pares: Cristina les filtraba el contenido de las reuniones reservadas del bloque a algunos periodistas de su confianza, acercados por Fernández y Núñez, y no había forma de mantener a salvo un secreto.

Primero los senadores decidieron jugar a las escondidas y no notificarla de las reuniones de bloque, pero ella aparecía igual, alertada por algún aliado clandestino que le pasaba el dato.

Luego cortaron por lo sano.

En mayo de 1997, su jefe Alasino la amonestó delante de todos en una reunión:

—Vos no podés tener infidencias sobre nuestra estrategia parlamentaria.

—El bloque no es un cuartel —levantó la voz ella—. Vos no sos el general Alasino ni yo soy la recluta Fernández.

Después del reto, y ya marginada del bloque, siguió votando en contra de las distintas iniciativas del menemismo que Alasino tenía la misión de cristalizar. Y finalmente, en diciembre de 1997, saltó a una banca de la Cámara de Diputados, elegida por Santa Cruz. Los senadores peronistas, con los que se había cansado de discutir, le organizaron una breve despedida en el recinto.

Héctor Maya pidió la palabra y dijo:

—Quiero agradecerle, senadora, porque usted también contribuyó a la reconciliación de muchos hogares argentinos.

—¿Sí? —se extrañó ella.

—Porque antes de conocerla, muchos de nosotros pensábamos que la peor mujer que nos podía tocar era la propia —dijo «Mayita».

Algunas risotadas retumbaron en el recinto. La senadora fingió no

escucharlas.

Maya me cuenta que no sabe si ella le perdonó la humorada porque algún tiempo después, cuando él le presentó a su esposa, Cristina le dijo, de mujer a mujer:

—No sabés lo que es este, querida. ¡De lo peor!

Antes de irse de la Cámara alta, CFK se dio el gusto de ser elegida como la mejor senadora de 1997 por la revista *El Parlamentario*, una distinción que trajo polémica.

Rafael Flores, el rival de los Kirchner en su feudo austral, me explica:

—Con Cristina hubo un esfuerzo publicitario financiado por la provincia de Santa Cruz. Justo en el mes en que le dieron ese premio, la provincia compró 6.000 ejemplares de la revista.

—Tal vez estaban tan contentos que compraron todos los ejemplares —le digo.

Flores se ofusca:

—¡Pero *El Parlamentario* nunca editó esa cantidad de ejemplares en su historia! Además, la orden de compra de la gobernación era anterior a la publicación de la revista.

—Ya veo.

—¡Es obvio que hubo un arreglo!

Al lado de la pirotecnia de CFK, claro, Kirchner parecía un ente fantasmal. Una sola persona le tenía fe al candidato en boxes. Era Alberto.

Ella, en cambio, fluctuaba entre el pesimismo y la esperanza, según el momento. Fernández escribió en su libro antes citado: «Cristina misma solía preocuparme, diciéndome que impulsar a Néstor en esa aventura ponía en riesgo el gobierno santacruceño».

Otras veces, sin embargo, ella se embalaba.

Como cuando tuvo un aparte con Bárbaro a la salida de un almuerzo con Kirchner en Teatriz:

—Julio, hablemos…

—Sí, Cristina.

—Te lo cuento a vos para que sepas. Va a ser primero él y después yo…

Hablaba de la Presidencia.

Me dice Bárbaro:

—¿Te das cuenta? Ya tenían todo decidido desde el principio.

Hay que detenerse en el audaz Fernández que en esos años se convirtió en brazo ejecutor de los Kirchner, primero acercándose a ella y luego a los dos. Como ya se dijo, era el vicepresidente del Grupo BAPRO, el holding de empresas estatales que gerenciaba el Banco

Provincia. En ese cargo, como en el anterior que tuvo en el gobierno de Menem, también soportó contratiempos, aunque tardíos. Recién en 2002, cuando ya no ocupaba su estratégico sillón en la entidad, la Justicia investigó el modus operandi con el que el BAPRO otorgó a empresarios y particulares unos 42 mil préstamos por un total de 2.400 millones de pesos, catalogados como incobrables. Ese rojo que terminó absorbiendo el Estado se conformó entre 1991 y 1999, con Fernández como testigo acaso incauto o protagonista en los últimos cuatro años. Y en paralelo a la investigación judicial, llevada adelante por la Unidad Funcional de Divisiones Complejas de La Plata, también una comisión bicameral de la Legislatura bonaerense se interesó por el asunto.

Varios gerentes del BAPRO fueron llamados a indagatoria y procesados, entre ellos Héctor Ferraro, quien declaró que la supuesta maniobra de vaciamiento de la institución se había hecho con la venia y el conocimiento del ex gobernador Duhalde y del ex titular del BAPRO, Rodolfo Frigeri. Al protegido de este último, Fernández, no lo mencionó.

En el expediente se hablaba de los supuestos delitos de peculado, fraude por abuso de confianza, autorización indebida y administración infiel. Pero la investigación, como sucede casi siempre, se terminó concentrando en los escalones más bajos de la cadena de mando. Y quedó sepultada en el olvido cuando Alberto y los Kirchner llegaron a la Casa Rosada en 2003, un año después de destapado el caso.

Las teorías conspirativas incluso sugieren que Graciela Ocaña le debe su primer cargo K, el de titular del PAMI, al hecho de haber husmeado en esa contabilidad de la banca bonaerense, sin llegar a hacer una denuncia. Según esa lectura, Fernández, rápido de reflejos, la entretuvo con otras tareas. Incomprobable.

El endeudamiento y rescate del BAPRO, una mala noticia para las arcas del Estado, no necesariamente lo era para los funcionarios que podían haberse enriquecido con ese desmanejo, ni tampoco para sus jefes políticos, sobre todo si se los participaba en las ganancias. Por más extraño que parezca, el gobernador Eduardo Duhalde empezó a delegar nuevas cajas y funciones en ese joven ambicioso al que ya llamaba «Beto».

Allá por 1998, ya con la certeza de que sería candidato presidencial, le pidió que organizara un frente «progre» del duhaldismo para retener a algunos de los muchos peronistas que emigraban al Frepaso de «Chacho» Álvarez, el socio de los radicales en la Alianza. Alberto no era «progre», pero tenía amigos que sí decían serlo. Enseguida incluyó a los Kirchner en la movida. Y aceptó la idea de Cristina de celebrar el encuentro fundacional en El Calafate, la patria chica K. Allí fueron

Julio Bárbaro, Argüello, Valdés, Alberto Iribarne, Carlos Tomada, Eduardo Luis Duhalde —«El Bueno»—, «El Bebe» Righi, Carlos Kunkel, José Pampuro, Aníbal Fernández, Jorge Taiana, Juan Pablo Lohlé, Mario Cámpora y otros.

Una mezcla de PJ porteño, duhaldismo y kirchnerismo que le debe su nombre al lugar en el que tuvo su bautismo: Grupo Calafate.

La idea original de Alberto era inaugurar ese incipiente frente en la localidad de Tanti, en Córdoba, donde el BAPRO tiene cómodas instalaciones. Pero Cristina se salió con la suya. De lo contrario, ahora tal vez se estaría hablando del Grupo Tanti.

¿Cómo lo convenció ella? Fue en una reunión preparatoria que se organizó en el hotel Savoy de la avenida Callao, a pasos del Congreso, donde los elegidos por Alberto y aprobados por CFK departieron hasta bien entrada la noche, entre café y vino. Cristina se sentó al lado de su armador y no se separaron en toda la velada. Era la primera vez que los Fernández, ella y él, dejaban entrever esa confianza ante el resto de la tropa.

Kirchner no estaba: las reuniones con recién conocidos lo aburrían.

Uno de los presentes me dijo:

—A muchos nos impresionó la atención que ella le prestaba a Alberto. Fuera del círculo más cercano no se sabía que él influía tanto.

Ese armado «progre» organizado a las apuradas por un ex militante del nacionalismo de derecha se convertiría, tiempo después, en el esqueleto del albertismo, la rama porteña del kirchnerismo que rivalizaría con los «pingüinos» del Sur.

Pero volvamos a 1998. También en ese año, y acaso por la experiencia del BAPRO, provechosa para algunos, ruinosa para el Estado, Duhalde puso a Fernández como recaudador de su campaña presidencial. Y otra vez, todo terminó en escándalo cuando primero la Procuración de México y luego también el Congreso de los Estados Unidos se interesaron en un supuesto aporte de un millón de dólares del Cartel de Juárez para esa caja que controlaba Alberto. ¿Los «narcos» pusieron plata en la campaña de Duhalde? Eso afirmaban los libros contables de la organización que lograron secuestrar los investigadores. Según la pesquisa, el dinero se trianguló a través de la financiera Mercado Abierto, de Aldo Ducler, cercano al candidato a vicepresidente, Ramón «Palito» Ortega.

Fernández aprovechó este último vínculo para despegarse. El periodista argentino Andrés Oppenheimer, columnista del *Miami Herald,* escribió en su libro sobre el lavado de dinero en América latina, *Ojos vendados*: «El director de la Fundación Duhalde Presidente, Alberto Fernández, me confirmó que Ducler era un tipo muy cercano a “Palito”,

el número dos de su equipo económico y uno de los recaudadores de la campaña, antes de que se uniera con la campaña de Duhalde. Es probable que Ducler hubiera recaudado fondos para Ortega».

Según el cajero Alberto, ni él ni Duhalde tenían nada que ver con el hecho. Pero Ducler, el dueño de Mercado Abierto, no solo era amigo de Ortega. Años después se demostraría que también manejó los famosos fondos de Santa Cruz que Kirchner depositó en la banca extranjera.

Durante 1999, mientras lo investigaban por su vínculo con el narcotráfico, ya Ducler trabajaba para el patagónico, que a su vez apoyaba la candidatura de Duhalde, para la que Alberto recaudaba.

Pero toda la culpa la tenían Ducler y «Palito».

Ya se sabe que esa elección no terminó bien para Duhalde, derrotado por la Alianza de Fernando de la Rúa y «Chacho» Álvarez, aunque al menos el peronismo pudo ganar la gobernación de Buenos Aires, un territorio clave. Allí, Carlos Ruckauf venció a Graciela Fernández Meijide luego de que sumara el apoyo de Domingo Cavallo. El que tejió ese acuerdo, a pedido de Duhalde, no fue otro que su estimado «Beto», quien conocía al ex superministro desde los tiempos en que se lo presentó Asseff, aquel viejo referente del nacionalismo.

Aunque ahora se dijera «progre», Fernández seguía siendo el de antes. ¿O alguien imagina a un progresista de verdad terciando entre Ruckauf y Cavallo? El ex ministro de Economía ya por entonces había olvidado las discrepancias que pudo haber tenido con él mientras estuvo al frente de la Superintendencia de Seguros y que se detallaron en el capítulo pasado. La memoria no es amiga del pragmatismo.

De esa época de cajero de Duhalde no solo conserva recuerdos difusos. También dos departamentos, adquiridos justo en esos meses. El primero queda en la avenida Callao 1960, en Recoleta, y lo compró en diciembre de 1999. El segundo, en la vereda de enfrente, Callao 1985, figura a su nombre desde julio de 2000. Ambas fechas pertenecen al breve interregno entre la campaña duhaldista y la asunción de Fernández como legislador porteño por una alianza entre el cavallismo y el PJ de la Capital.

Uno de sus mejores amigos del PJ porteño jura que lo escuchó dar este consejo por esos días:

—Muchachos, ahora, cuando hagamos la declaración jurada, hay que incluir todo. Si no, después quedamos pegados.

Un pensamiento revelador.

Como estaba por asumir su banca en la Legislatura porteña, debía blanquear todo lo que había adquirido. Pero ¿cómo justificaba los dos departamentos flamantes?

El mismo amigo recién citado me dice:

—Alberto explicaba que había vendido el departamento que tenía en la avenida Santa Fe al 3300.

Pero no era cierto. Porque esa propiedad, adquirida en 1994, aún seguía figurando en su declaración jurada cuando me interesé por su mágica contabilidad en una investigación que llegó a la portada de la revista *Noticias* en julio de 2006, y que al entonces jefe de Gabinete le valió un simple llamado de atención de la Oficina Anticorrupción presidida por su amigo Abel Fleitas. En su descargo, Fernández arrancó escribiendo: «Como es de dominio público por una nota periodística…». Y luego enmendó los números que no cerraban.

En la actualidad, como candidato de CFK, ya no declara el departamento de la avenida Santa Fe, pero sí los dos de Callao. Los valúa en 165 mil y 225 mil dólares. Cuando investigué el tema me topé con varias sorpresas. Por ejemplo, el funcionario solo había presentado dos declaraciones juradas, las de 2003 y 2004, y faltaban todas las posteriores. Además, el tamaño de sus propiedades se achicaba de un año a otro, desafiando las leyes de la física. El departamento de Santa Fe disminuyó de 144 a 105 metros cuadrados. Y el de Callao 1985 se encogió de 223 a 175 metros. Del de Callao 1960 no había mayores datos porque lo había puesto a nombre de una sociedad anónima, un artilugio que suele usarse para evadir el impuesto a la riqueza, según los expertos.

Luis María Peña, el ex titular de la vieja DGI, me explicó:

—Lo suelen hacer quienes no tienen manera de justificar una compra. Para que el precio de la propiedad no los deschave, lo ponen a nombre de una sociedad anónima.

Y había otro detalle curioso en esas declaraciones juradas: una deuda de Fernández con su madre Celia, por 130 mil pesos, unos 43 mil dólares de ese entonces. Las deudas, reales o ficticias, son una manera de declarar menos plata y aparentar honestidad.

Pero dejemos el resto de la contabilidad para más adelante y volvamos a aquel año 2000 en que Fernández llegó a la Legislatura porteña en una boleta encabezada por Cavallo como postulante a jefe del Gobierno de la ciudad. El candidato a vice era Gustavo Béliz y Alberto iba en el lugar número 11 de los apirantes a legisladores. Él sostiene que Kirchner no estaba de acuerdo con que formara parte de ese acuerdo entre el cavallismo y el PJ porteño porque creía que el ex superministro haría un papelón electoral y quería preservarlo a Alberto.

—Van a chocar —le decía.

—Vas a ver que no —respondía el otro.

Finalmente, Cavallo ocupó un digno segundo lugar detrás de Aníbal Ibarra y metió veinte diputados en la Legislatura. Y Kirchner admitió su

error.

—Tenías razón, Alberto.

En la boleta, como suplente, también figuraba Elena Cruz, la veterana actriz y defensora pública del dictador Videla.

Cavallo tampoco era un desconocido para el gobernador de Santa Cruz. Los había presentado un abogado porteño que asesoraba a la provincia, Carlos Sánchez Herrera. Y el vínculo se había consolidado tanto que con frecuencia Néstor y «El Mingo» salían a cenar con sus mujeres, Cristina y Sonia, por los restoranes de Recoleta. Además, Cavallo lo había aconsejado en el tema de los fondos millonarios que el gobernador depositaría en el exterior. El ex superministro era un amigo y un punto de contacto más entre Néstor y Alberto.

En agosto de 2000, con Fernández recién asumido como legislador por la entente cavallo-peronista, Kirchner volvió a citarlo en la cafetería de la primera vez que se vieron, Ópera Prima.

Le puso plazo a su proyecto:

—Necesito que me acompañes porque quiero ser presidente en 2003.

Alberto se mostró entusiasmado.

—Se terminó la hora de las aventuras —siguió Kirchner—, hay que acelerar a fondo. Te hablo a vos primero porque necesito tu ayuda acá en Buenos Aires.

—Contá conmigo —dijo Alberto.

—Si estás convencido —lo apuró Kirchner—, nos ponemos a trabajar hoy mismo.

Fernández sonrió satisfecho.

—A partir de este instante —dijo—, hay un diputado kirchnerista en la ciudad.

Él mismo me relató la escena por aquellos años.

Los primeros tiempos del candidato en ciernes y su ahora oficializado jefe de campaña no fueron sencillos. Kirchner, a pesar de su ímpetu, seguía siendo un personaje casi anónimo para el gran público porteño. El consultor Artemio López, que comenzó a acompañar a Kirchner por esos meses, se desesperaba por su alto índice de desconocimiento en las encuestas.

Artemio recuerda una escena que describe ese momento. Fue cuando salían del aeroparque Jorge Newbery tras un viaje con el candidato.

Un chico de la calle se acercó a Kirchner y le pidió:

—Señor, ¿no tiene algo para darme?

—Tomá —le entregó unas monedas el candidato, tras buscar en sus bolsillos.

El chico las contó. Era poca plata.

—¿Solo esto? —le dijo—. ¡Con toda la que te llevás, Tristán!

Los acompañantes de Kirchner se miraron, incómodos. Él no se rio.

Me dice Artemio:

—No, el «efecto Tristán» era algo terrible… ¡La gente lo confundía con ese actor!

¿Cómo llegó el encuestador a trabajar con Kirchner? Se conocieron en 2001, luego de que Artemio terminara una encuesta sobre Santa Cruz, encargada por Rafael Flores, el opositor de los K en su feudo. Además de la imagen e intención de voto de muchos políticos de la provincia, el trabajo incluía datos socioeconómicos como el nivel de desempleo, que multiplicaba por cuatro el que declaraba el gobernador Kirchner: 12 por ciento en vez de 3.

Artemio sostiene que su cliente Flores le dio luz verde para mostrarle esos números a quien quisiera.

—Me dijo: «Usalos tranquilo». Es un caballero…

Pero Flores lo niega:

—Mentira, esa encuesta no se la mostré ni a mi mujer, era ultrasecreta. Y él se la entregó a Kirchner.

Vuelve a hablar Artemio:

—Se la mostré en un café en Recoleta, en la plaza Vicente López. Y lo que más impresionó a Kirchner fue que le pegué con décimas a la intención de voto de Cristina a senadora.

—¿Cuánto le daba?

—62,3. Él no me creía en ese momento, pero tres meses después ella sacó ese porcentaje exacto. Qué pegada, ¿no?

Desde ese día, Artemio se convirtió en el encuestador estrella de los Kirchner. Hubo contratiempos al principio, como la vez en que un sondeo de fines de 2001 indicó que más del 60 por ciento de los encuestados no conocía al candidato patagónico. Alguien filtró esa estadística escalofriante a un diario de Río Gallegos. Y el pobre López tuvo que publicar una solicitada en otro diario de la provincia para negar que él fuera el autor de ese trabajo.

Tras el crack de diciembre de 2001, que se llevó puesto a De la Rúa y al otra vez superministro Cavallo, el inventor del «corralito» con el que empezó a desmoronarse su anterior engendro del «uno a uno», todo parecía posible. El río estaba revuelto y por decisión del Congreso acababa de asumir un peronista que solo duraría una semana como presidente, Adolfo Rodríguez Saá.

Fue por esos días que Kirchner se entrevistó con él en la Casa Rosada y a la salida fue abordado por los movileros de la TV.

Les dijo:

—Quiero ser presidente.

Solo Crónica TV le dio un lugar destacado a la frase en una de sus

clásicas placas rojas.

«Kirchner será candidato.»

Parecía un mal chiste. Porque nadie apostaba a que ese hombre desgarbado, estrábico y de hablar ceceoso pudiera cumplir su propósito. Nadie, salvo Alberto.

Cuando llegó a su departamento de Recoleta, Cristina lo estaba esperando furiosa.

Le dijo que había hecho el ridículo.

—Vos estás completamente loco —lo cruzó.

Pero Kirchner seguía encaprichado:

—Yo voy a ser presidente.

Ella ya no sabía si seguir apostando.

—Vos sabés que del ridículo no se vuelve —le dijo—. No sé cómo vas a salir de esto.

La escena, de la que tiempo después se reirían, me la contó la propia Cristina una vez que Alberto me contactó con ella. Pero de eso hablaremos más adelante.

Cuando el puntano Rodríguez Saá cumplió su semanita en el poder y salió eyectado por la falta de respaldo de los gobernadores peronistas, el que asumió fue Duhalde, otra vez por encargo del Congreso y para completar el mandato interrumpido de De la Rúa. En busca de apoyos, sondeó a Kirchner, su aliado desde la campaña de 1999, para que ocupara la Jefatura de Gabinete. Era amigo de su ex cajero Fernández e integraba el Grupo Calafate. ¿Por qué no convocarlo?

Alberto vio en esa oferta una posibilidad y así lo cuenta en su libro.

—Tenés que agarrar —le decía—. Esto sirve para que te hagas conocido.

Pero Kirchner se negó:

—Yo no me voy a hacer conocido a cualquier precio, porque para eso mato a mi madre y me van a conocer todos mañana.

—Pero pensalo al menos…

—No, Alberto. ¿De qué sirve que me conozcan en medio de esta hecatombe?

Kirchner temía, en el fondo, que la crisis también se llevara puesto a Duhalde y que él, como jefe de Gabinete, quedara pegado a ese fracaso. No, ahora era el momento de esperar.

Julio Bárbaro recuerda que tampoco Cristina quería que su marido acompañara a Duhalde. Ella lo detestaba por su rústica imagen de bonaerense embarrado, de «mafioso», como le decía.

—A Néstor, que era un gran pragmático, lo divertían esos prejuicios de ella —dice Bárbaro.

Y recuerda la vez que Kirchner lo codeó en uno de los bares de

Recoleta a los que iban.

—Mirá cómo la hago calentar a Cristina —le dijo y marcó el número de ella en su celular.

Cuando CFK atendió, le comunicó, divertido:

—Hola, Cristina. Te quería avisar que voy a aceptar la oferta de Duhalde para ser jefe de Gabinete.

Del otro lado se escuchó:

—Mirá, ya sé que es un chiste tuyo. Pero si llega a ser cierto, me divorcio y después te armo una línea interna en Santa Cruz.

Kirchner cortó y los dos amigos largaron la risotada.

Fue en aquel 2002 que el santacruceño sumó a quien terminaría siendo su canciller, Rafael Bielsa. El atildado rosarino venía de ser el titular de la Sindicatura General de la Nación (SIGEN) y había creado su propio partido para competir por la Jefatura del Gobierno porteño, GESTA. Ya conocía a Néstor desde la década del 80, cuando los había presentado Jorge «El Topo» Devoto —un ex cuadro de Montoneros—, y ahora volvía a verlo gracias a su amigo Valdés.

Bielsa recuerda:

—Fue en mayo de ese año y Néstor ya decía que quería ser presidente. Todos a su alrededor pensaban que estaba loco.

—Es que no medía ni 5 puntos aún —le digo.

—Medía 1,57 —se sonríe el ex canciller, dueño de una memoria prodigiosa.

Y sigue:

—Hacía rato que no lo veía. Hablamos mucho esa tarde, a solas, y me pareció un tipo audaz, que tenía en claro los problemas del país, que hablaba del orgullo de ser argentinos. Me dije: «Este es el tipo».

—Te convenció.

—Sí. Tanto que cuando salí de esa reunión, declaré que mi candidato a presidente era Kirchner, independientemente de si me apoyaba o no para ser jefe del Gobierno porteño.

—Fue uno de los primeros apoyos para él.

—¡El primero! Salió en algunos medios. Y fue una decisión unilateral, que no consulté con la gente de mi partido. Algunos me llamaron para decirme: «Estás loco, ¿quién lo conoce a ese?».

De a poco, Kirchner iba sumando soldados, quijotescos al principio, interesados cuando ya las encuestas lo mostraban mejor.

Los menos de 2 puntos de intención de voto de los que habla Bielsa se fueron multiplicando con el correr de las semanas. Al publicista «Pepe» Albistur, convocado por Alberto, se agregó otro, Fernando Braga Menéndez. El candidato sumó entrevistas en los medios y afiches en la calle. Y también hubo cierta dosis de suerte, como cuando la

carismática diputada radical Elisa «Lilita» Carrió, también lanzada a la Presidencia, pensó en Kirchner como su pata peronista en una posible fórmula. Hasta llegaron a compartir algún acto los dos juntos con Aníbal Ibarra, el jefe del Gobierno porteño, y pidieron por la caducidad de todos los mandatos, es decir, por una renovación total en las elecciones de 2003 que incluyera las bancas del Congreso. El audaz discurso lo escribió Cristina, lo corrigió Alberto, lo aprobó Kirchner y lo leyó «Lilita» en la Casa de Santa Cruz en suelo porteño, sobre la calle 25 de Mayo. Era el «que se vayan todos» hecho propuesta de campaña.

Si la aventura no prosperó fue porque Néstor no estaba dispuesto a ser segundo, aunque le vino bien la intensa exposición ganada al lado de Carrió, necesaria para hacerlo más conocido. A la luz de hoy, cuesta creer que la feroz opositora de los «Kerner», como siempre los llamó, hubiese estado a punto de pactar con ellos.

Ya mejor posicionado en la opinión pública, a mediados de 2002 se hacía evidente que el candidato venido de la Patagonia necesitaba el envión del gobierno, del macho alfa del peronismo de entonces: Duhalde. Era lo que aún le faltaba para tener una chance cierta. Del otro lado estaba Carlos Menem, el rival del bonaerense, que se proponía retomar el poder en las elecciones del año siguiente.

La primera opción de Duhalde para hacerle frente a Menem había sido Carlos Reutemann, pero el ex corredor de Fórmula 1 no aceptó. Tampoco el cordobés José Manuel de la Sota estaba resultando un buen plan, porque no medía lo suficiente. El Presidente interino necesitaba un delfín que estuviese a la altura. ¿Y quién mejor que Alberto, el nexo natural entre Duhalde y Kirchner, para volver a acercarlos?

Tras la negativa de Néstor a ocupar la Jefatura de Gabinete, la relación se había resentido. Pero Fernández se tenía fe. Sabía que ahora sí era negocio contar con el respaldo del líder que había hecho pie en medio de la crisis.

Cuenta su amigo Valdés:

—Alberto decía: «Yo voy a ser el que convenza a Duhalde de que Néstor es mejor candidato que De la Sota». Y Néstor le creía, si no tenía nada para perder…

—¿Y los otros?

—Los «pingüinos» del Sur se burlaban. Uno de ellos, Dante Dovena, que había sido diputado nacional, lo empezó a llamar «Paladino» a Alberto. Y prendió.

—¿«Paladino»?

—Por Jorge Daniel Paladino, aquel delegado personal de Perón que negoció un acuerdo con el dictador Lanusse en 1971 y que fue acusado de blando, y de favorecer a la otra parte. Se decía medio en broma que

Paladino no era el representante de Perón ante Lanusse, sino de Lanusse ante Perón.

—Sí, ya recuerdo.

—Entonces, a Alberto los del Sur lo llamaban «Paladino» porque decían que no era el representante de Kirchner ante Duhalde, sino al revés.

—Le desconfiaban.

—Totalmente. Lo tenían para el cachetazo, lo consideraban un paracaidista. Y les terminó tapando la boca a todos.

Valdés recuerda que el momento de quiebre fue cuando Duhalde vio que De la Sota no despegaba en las encuestas para enfrentar a Menem, sino que incluso caía.

—Al principio —dice— la cosa estaba muy complicada. De la Sota medía 10 puntos y Néstor solo 2. Pero después el otro fue bajando, y Kirchner, de a poquito, ya estaba en 7.

Como cuenta Fernández en una entrevista, Duhalde lo convocó a la Quinta de Olivos en agosto de 2002.

Le explicó:

—Estoy en el peor de los mundos. Mi peor enemigo se va a presentar a las elecciones, el candidato que quiero me dijo que no y el otro que tengo no sube en las encuestas.

Se refería a Menem, Reutemann y De la Sota, en ese orden.

—Pero te queda Kirchner —le insistió Alberto.

Y le hizo saber que, de no ser elegido como delfín, Néstor se presentaría igual a las elecciones y le robaría votos decisivos a quien resultara el candidato oficial. Casi un chantaje.

—Pero ese no para de agredirme —pasó factura Duhalde, quien semanas antes había soportado que el patagónico hablara de «una debilidad muy grande» de su gobierno.

Ya por entonces, cuando Kirchner no conseguía lo que quería, pegaba.

Alberto se mostró comprensivo:

—Dejámelo a mí, voy a hablar. Pero tenemos que apurarnos para un acuerdo.

Duhalde aún no se comprometió a ninguna respuesta esa tarde. Era un «tal vez».

Enterado de las novedades, Kirchner no volvió a criticar al Presidente interino en público. Y encaró una tarea aún más difícil, la de convencer a CFK, la alérgica al «mafioso».

—Es la única forma de llegar —le machacaba en simultáneo con Alberto.

Ella los escuchaba resignada.

En su libro *Sinceramente*, contó que su marido incluso le pidió auxilio a Máximo para hacerla entrar en razones.

—¿Vos creés que los «milicos» tienen que ir presos por todo lo que hicieron? —le preguntó.

—Sí, obvio —contestó el hijo.

—¿Vos creés que este país necesita terminar con el tema de la deuda externa crónica y tener otra política económica, que genere trabajo? —siguió Néstor.

—Claro —dijo Máximo.

El padre concluyó:

—Bueno, entonces ayudame a convencer a tu vieja de que tenemos que cerrar con Duhalde. Si no, no ganamos.

El recuerdo de un Kirchner enemigo de los «milicos» suena a propaganda autobiográfica, aunque lo esencial de la anécdota sí es cierto: hasta CFK aceptó que arreglar con Duhalde era el único camino.

Mientras tanto, Alberto seguía intentando, enviando mensajes a sus contactos bonaerenses, reuniéndose y «rosqueando» con unos y otros.

En septiembre, un mes después de haber hablado con Duhalde, el perseverante operador al fin recibió la noticia tan deseada de boca del secretario general de la Presidencia.

Se la transmitió al jefe, eufórico:

—Acabo de hablar con «Pepe» Pampuro. Duhalde te va a recibir en Olivos.

El otro primero quedó mudo por la sorpresa.

Después sí, lo abrazó.

—¡Bien, Albertito!

Ese día, Fernández dejó de ser «Paladino» para convertirse definitivamente en el hombre clave de los Kirchner.

Cómo llegaron

Alberto Fernández me recibe en su oficina de Callao al 1900, la misma que mantiene hoy. Es diciembre de 2002 y por primera vez hablamos cara a cara.

Me pregunta:

—¿Una nota sobre los Kirchner? ¿Pero qué están buscando?

—Nada en particular —le digo—, presentarlos con más detalle, hablar de cómo funcionan como pareja política. No sé, el rol de ella en la campaña, por decirte algo.

—Pero el candidato es él —se queja—. ¿Por qué meterla a Cristina en esto?

Trato de explicarle:

—El candidato es él, pero ella es la más conocida de los dos, ¿o no?

Fernández se sonríe.

—Seguí —me dice.

—*Noticias* es una revista, no un diario —sigo—, por eso queremos mostrar el costado humano del candidato, su intimidad. Y eso la incluye a ella.

—Está claro —aprueba—. Hoy mismo hablo con ellos y te los convenzo.

—Lo ideal sería que den una nota juntos.

—Eso lo veo imposible. Pero sí les voy a decir que te atiendan. ¿Hasta cuándo tenés tiempo?

—Hasta mañana. Después tengo que escribir la nota.

—Despreocupate. Mañana lo hacemos.

Fernández se muestra como un jefe de campaña ejecutivo y ya actúa como el dueño de los Kirchner, el candidato en lento pero constante ascenso y su famosa esposa senadora.

Antes de llamarlo yo había intentado por distintas vías, incluida la del vocero de ella, Miguel Núñez, pero sin ningún resultado. Ahora, por obra de él, las puertas se abren.

Me aclara otra cuestión esa tarde:

—Ella es brava, pero no inmanejable. Por ahí tienen sus discusiones, pero el que decide siempre es Néstor…

—Claro —le digo, y planteo una herejía—: ¿y nunca pensaron en la alternativa de que la candidata fuera Cristina, con la alta imagen que tiene?

El bigote se le estremece:

—¡No, por favor! ¡Ni siquiera la medimos a ella!

Lo último que quiere Alberto es que su jefe aparezca como un pelele subordinado a la figura rutilante de su mujer. No, Néstor es el candidato y también el que decide.

—Lo que me llama la atención —le comento— es que nunca se los ve juntos en los actos.

El jefe de campaña tiene un rapto de sinceridad:

—La verdad, no es el momento para eso. Lo estamos instalando a Néstor, ¿entendés?

—No quieren que ella lo opaque —digo.

—Bueno, llamalo como quieras —refunfuña.

Cuando le planteo algunas de las críticas que el candidato recibe en su provincia austral, entre ellas, el polémico manejo de los fondos de Santa Cruz, se defiende con vehemencia.

—Eso seguro que te lo dijo Rafael Flores —lo señala al eterno opositor de los K en su feudo.

—¿Lo conocés? —pregunto.

—No personalmente, pero sé quién es —responde—, uno que siempre anda criticando.

Aún no llega al poder y ya tiene su lista negra.

—¿No hay nada para criticarle a los Kirchner? —lo provoco.

Se ríe y hace cuentas:

—Néstor gobierna Santa Cruz desde 1991, lo reeligieron dos veces. A Cristina ya todos la conocen. Diputada, senadora, oradora brillante. Los que los critican son unos resentidos…

Al día siguiente, su palabra se cumple. Los dos Kirchner me dan una entrevista, cada uno por su lado.

Néstor me recibe en la Casa de Santa Cruz, sobre la calle 25 de Mayo, en el microcentro porteño. Lo acompaña Fernández.

Una asistente le desliza a la fotógrafa:

—El perfil derecho es el que más lo favorece.

—Ah, bueno —responde la fotógrafa—. ¿Y el de Cristina?

—No, Cristina es bárbara —la elogia la asistente—. Ella siempre sale bien.

Pero Cristina no está allí. Por alguna razón, marido y mujer se niegan a posar juntos.

Fernández hace las presentaciones:

—Néstor, él también es de origen alemán. Se llama Lindner.

Kirchner me da la mano, firme.

—¿Tus antepasados son de Alemania? —le pregunto.

—Suizos —me corrige.

—Tu abuelo, ¿no? —interviene Alberto.

—Sí —dice Néstor—. El abuelo Carlos, un tipo muy jodido…

Los dos se ríen.

Cuando se enciende el grabador, la primera impresión que da Kirchner al contestar las preguntas es la de un alumno nervioso ante un examen final. No está habituado a los reportajes y el carisma claramente no es lo suyo. O en todo caso, tiene un carisma a la inversa, que termina por imponerse por sus peculiaridades: pronunciación ceceosa, mirada estrábica, mocasines, saco demasiado holgado, un metro noventa de altura y movimientos a veces bruscos, como los de un adolescente. Ese día solo le falta la birome Bic.

Con el correr de los minutos, se afloja:

—Si uno tiene al lado a un maniquí que dice a todo que sí, no sirve —me responde cuando pregunto por el carácter volcánico de CFK.

—¿Por qué no hacemos unas fotos con los dos juntos para esta nota? —le insisto.

—No —se niega—, nosotros no queremos hacer cholulismo.

Se hace difícil sacarle algo más al candidato, salvo este eslogan de campaña que toma prestado de otro matrimonio exitoso:

—A nosotros nos gusta decir como los Clinton: «Su voto vale dos».

Cuando le pregunto por el inicio de la relación —en la Universidad Nacional de La Plata, donde ambos estudiaban Derecho en los años 70 —, da esta respuesta utilitaria:

—Ella me ayudó a mejorar mi promedio. A partir de que nos conocimos empecé a rendir todas las materias con 8 y 9.

—Está bien… ¿Pero cómo se conocieron?

—Yo la encaré, je. Fue un día de octubre de 1974. Le pregunté si quería estudiar conmigo.

Pero el dato es erróneo.

Esa misma tarde, Cristina corrige las imprecisiones de su marido desmemoriado.

—Llamala en cinco minutos —me indica Alberto, antes.

Y cuando la tengo del otro lado de la línea, ella explica, didáctica:

—No, qué octubre… La primera vez que Kirchner me pidió que estudiáramos juntos fue el Día de la Primavera, el 21 de septiembre.

El año, 1974, sí es el correcto.

—¿Lo llamás por el apellido? —me sorprendo.

—Si se llama Kirchner —responde—. ¿Qué tiene de malo?

Su voz suena entre desafiante y divertida.

—La nota es sobre los dos —le explico— porque son una sociedad política. Si vos como senadora sos más famosa que él.

—No, bueno, el candidato es mi marido —se ataja.

—En realidad quería entrevistarlos juntos, pero me dicen que es imposible.

—¿Sabés qué pasa? No queremos aparecer como muñecos de torta.

La senadora se ríe de su frase, pero enseguida vuelve a ponerse a la defensiva.

—¿Pero qué querés saber? —se ofusca.

—Nada fuera de lo común —intento tranquilizarla—. Cómo es la vida de ustedes, qué les gusta hacer, qué rutinas tienen…

—¿Y para qué? —insiste—. No entiendo.

Por lo visto, es la primera vez que alguien le pide hablar de esas nimiedades que sirven para trazar un retrato humano más que político de la pareja. La prensa santacruceña se limita a transcribir los comunicados de la gobernación, y los programas de cable porteños donde ella suele aparecer como invitada se contentan con sus dardos filosos sobre cuestiones legislativas y definitivamente más solemnes.

Pero nadie le ha preguntado, por ejemplo, lo siguiente:

—¿Es verdad que Kirchner te dice «gorda»?

Lo impertinente de la consulta parece aflojarla.

—«Gorda» no —corrige—. Me dice «gorrrda», arrastrando la erre. ¿Podés creerlo?

—No —contesto.

—A mí no me causa mucha gracia —se ríe.

Luego accede a reconstruir el inicio de la relación de la que su marido no recuerda la fecha. Cuenta que aquel 21 de septiembre de 1974 estaba estudiando en casa del novio de una amiga, «Pipa» Cédola, y apareció él, que era compañero de los anfitriones. Los demás salieron, pero Cristina, muy meticulosa, consideró que aún no estaba preparada para el examen y siguió repasando.

Él también se quedó y le ofreció:

—Yo te ayudo.

Pero enseguida empezó a provocarla, a molestarla con sus «gracias de borrachito», como las define ella, porque había tomado algunas cervezas con amigos para festejar el Día de la Primavera. A Cristina primero la irritó ese bromista levemente alcoholizado, pero luego empezó a divertirse.

—No, eso no es así —le decía él mientras ella repasaba los apuntes.

Y CFK le seguía el juego y simulaba enojo.

—Querido, ¿vos me estás tomando el pelo? Andate a joder con tus amigos.

—No te vayas —se reía él.

Cristina recuerda qué fue lo que la conmovió de aquel muchacho alto y algo torpe: Kirchner le confesó en aquella primera conversación

que había intentado ser maestro, pero que no lo dejaron por su dicción. A ella le pareció «un tierno». También había tenido su propio sueño incumplido: ser bailarina clásica. Pero sus «piernas de maceta» no la ayudaban.

El maestro y la bailarina que no pudieron ser terminarían ambos como presidentes.

La entrevistada me sigue respondiendo:

—Es una de las personas más inteligentes que conocí, eso me atrajo de él.

—¿Qué les gusta hacer?

—¿Nuestros gustos? Salimos a cenar, en Buenos Aires vamos siempre a un restaurante en Riobamba y Arenales, Teatriz. Vamos a tomar café a Molière, cerca de ahí.

—¿Qué más?

—Vamos al cine, nos prestamos los libros. A mí me gusta la música clásica, la ópera, a él más el folclore. Pasamos los fines de semana en nuestra casa de El Calafate… Ah, a ninguno de los dos nos gusta la playa. No somos de tomar vino. Alguna copita, por ahí.

—¿Discuten seguido?

—Cuando discutimos, gana el que tiene las mejores razones.

—¿Las decisiones las toman de a dos?

—No sé si soy tan influyente como dicen… Ojo, yo opino de todo. Duermo con él. Y soy la última persona que él ve antes de dormirse.

Es lo último que me dice ese día.

La nota, titulada «La bella y el candidato», sale publicada el 14 de diciembre de 2002 y ella la sube a su página web del Senado. En plena campaña electoral, el periodismo aún no es considerado un enemigo.

Si algo me deja en claro la entrevista a dos puntas es que Alberto es los Kirchner. Para hablar con ellos, primero hay que pasar por él. Es quien por entonces ya hace y deshace alrededor de esa pareja que va por todo. Es el único al que los dos escuchan y respetan por igual.

Dos meses antes de la nota, ya Néstor había sido convocado a la Quinta de Olivos por Duhalde, gracias a Fernández. Y ahora, en diciembre, a solo dos semanas del inicio del año electoral, 2003, el Presidente interino viaja a Santa Cruz para un acto en la localidad de Río Turbio, que festeja su aniversario. Lo acompaña el anfitrión, Kirchner, y su movedizo operador Alberto, que espera que lo que empezó como un sondeo ahora termine de concretarse en la Patagonia.

El día después del acto en Río Turbio, un domingo, Néstor invita a Duhalde ir a pescar truchas a El Calafate y terminan comiendo asado en una estancia de la familia Gotti, dedicada al rubro de la construcción.

Me cuenta Eduardo Arnold, el entonces ex vicegobernador de la

provincia, presente en esa tertulia:

—Ahí fue cuando terminan de cerrar la candidatura de Kirchner. Duhalde estaba desde temprano en la estancia, pescando, y ahí llegaron Kirchner y Cristina para acompañarlo.

—Y ahí hablaron.

—Sí, y al regreso lo esperaron con un asado, y Duhalde nos dijo a los que estábamos ahí que ya lo había decidido. El candidato era Kirchner.

—Lo convenció la hospitalidad sureña.

—Parece. Yo en ese momento le dije a Duhalde que se equivocaba, que Néstor lo iba a cagar.

—Premonitorio.

—¡Y claro! Es lo que terminó haciendo, lo usó para llegar y después lo liquidó.

Arnold, a quien los «pingüinos» apodan «Chiquito» porque tiene la contextura física de un ropero, mantuvo ásperas disputas con quien fue su superior en la gobernación patagónica durante ocho años, entre 1991 y 1999. Estaba en el Senado por entonces y conocía de sobra a Duhalde para lanzarle esa advertencia.

—¿Quiénes estaban ese día? —le pregunto.

—Además de Alberto Fernández —responde—, creo que fueron otros duhaldistas, «Chicho» Basile, Eduardo Camaño, «Pepe» Pampuro. Y además estaba el dueño de la estancia, Nardo Gotti.

—Pero el anuncio no se hizo ahí mismo.

—No, es cierto. Duhalde pidió un tiempo para avisarle al resto de su gente. Lo terminan de hacer público recién el 10 de enero.

—O sea, un mes después.

—Sí. Duhalde se tomó su tiempo.

Lo cierto es que la tardanza del Presidente para oficializar a su delfín puso nerviosos a los del Sur, y también a su ascendente operador porteño.

Por esos días de indefinición, Alberto tuvo un momento de debilidad. Según los números de Artemio López, el encuestador que hacía fuerza por el candidato, Kirchner ya medía 14 puntos y estaba en condiciones de pelear mano a mano con los otros contendientes, Menem —que seguía primero—, Adolfo Rodríguez Saá, «Lilita» Carrió y el ex ministro aliancista Ricardo López Murphy, la sorpresa. Pero esas eran las cifras que se publicaban, no necesariamente las reales.

En medio de la incertidumbre, Alberto llamó a su par del PJ porteño, Cristian Ritondo, y se sinceró:

—Kirchner no arranca. Te llamo para ver si podés hablar con Miguel Ángel Toma.

—¿Qué le digo? —preguntó el otro.

Alberto no dio vueltas:

—Decile que quiero ir como candidato a legislador en la lista que él está armando con Macri.

Ritondo creyó que no había escuchado bien. ¿Fernández quería dar un salto?

Miguel Ángel Toma, por entonces flamante titular del peronismo de la ciudad, además de jefe de la SIDE, estaba en negociaciones para armar una lista de unidad con el ex presidente de Boca, que en su debut político se lanzaba a la Jefatura del Gobierno porteño con su espacio Compromiso para el Cambio. Macri se perfilaba como el gran favorito para esa elección, y Fernández pretendía renovar su banca en la Legislatura, sobre todo si la aventura de Kirchner terminaba mal.

Sí, los dos candidatos que hoy compiten por la Presidencia, y que pertenecen a mundos en apariencia irreconciliables, casi compartieron la misma boleta hace 16 años. Y no porque Macri se hubiera hecho K, sino porque Alberto, fiel a sus orígenes políticos, consideraba que el boquense nacido en cuna de oro era un buen candidato.

Cuando Ritondo le llevó la propuesta, su amigo Toma lo paró en seco:

—Decile a Fernández, de mi parte, que se vaya a la mierda. Acá no tiene nada que hacer.

Ritondo le trasladó la negativa a Alberto, pero suavizando sus términos. Para entonces aún no se había peleado con él por el amargo entredicho narrado en la introducción de este libro, el del *off the record* violado por Fernández.

Ante el rechazo de Toma, Alberto, que no se rinde fácil, tocó otros contactos. Así, el que terminó acercándolo a Macri fue Juan Pablo Schiavi, peronista y jefe de campaña del boquense, además de kirchnerista en los años futuros.

Cuando Schiavi le mencionó su nombre, Mauricio preguntó:

—¿Y ese quién es?

Alberto ya tenía cierta fama como operador por entonces, pero Macri vivía enfrascado en una realidad aún ajena a la política.

Los testigos de esta historia, que por lo urticante prefieren no ser identificados, cuentan que Mauricio y Alberto se reunieron a charlar «un montón de veces» y que el acuerdo estuvo a punto de cerrarse. Esos encuentros se consumaron en la sede de Compromiso para el Cambio, sobre la calle Chacabuco, en San Telmo. Y la primera imagen que el hosco ingeniero se llevó del locuaz abogado no fue buena ni mucho menos.

Cerca de Schiavi, el que los presentó, recuerdan:

—A Mauricio, de entrada, le cayó mal. «¿A quién me trajeron?»,

decía. Pero después le dio otra oportunidad.

Que hubiera un segundo encuentro, y luego varios más, fue producto de la insistencia de Schiavi. Fernández pronto se animó a sumar a la mesa de negociación a sus amigos del PJ porteño, Jorge Argüello y Alberto Iribarne, y a su ex compañera de estudios en la UBA y antigua secretaria en la Superintendencia de Seguros, Marcela Losardo. Avanzaron tanto que juntos llegaron a confeccionar un borrador de boleta, en el que Alberto y sus amigos se candidateaban a la Legislatura porteña bajo el paraguas de Macri, que competiría por la intendencia.

¿En qué terminó todo? En enero de 2003, cuando Duhalde por fin confirmó que Kirchner sería su candidato, Fernández enfrió la relación con su nuevo aliado Mauricio y retrocedió en silencio y sin dejar rastros de su intento de abandonar a Néstor. Sin embargo, quedan a la vista algunas evidencias de ese salto no consumado: en la boleta de Macri figuraron Argüello, Iribarne y Losardo.

Fernández me contó por esos meses que había explorado la posibilidad de candidatearse nuevamente a legislador porteño, pero que Kirchner se lo había prohibido.

Según él, el santacruceño le dijo:

—Ni loco te dejo. Vos sos yo, y si ven que vos te postulás a otra cosa, van a pensar que yo me bajo de las elecciones.

El detalle que no me mencionó Alberto, claro, fue que su plan era ser candidato de Macri.

¿Los Kirchner sí lo sabían?

Lo cierto es que el boquense terminó perdiendo aquella elección contra el intendente Aníbal Ibarra en un dramático ballotage, tras haberse impuesto en la primera vuelta. Y Kirchner y Fernández, ya en el poder, no solo apoyaron a Ibarra, sino que el segundo además empezó a noviar con la hermana del intendente, Vilma. Pero de eso hablaremos más adelante.

Ya se dijo que, en paralelo a la negociación que Alberto había mantenido con el ex presidente de Boca, también Toma, el titular del PJ porteño, estaba en tratativas con Mauricio. El arreglo al que habían llegado era que dos promesas sub 35 del peronismo integrarían la boleta de postulantes a diputados de Compromiso para el Cambio. Se trataba de Diego Santilli y el antes mencionado Ritondo, quienes hoy se desempeñan como vicejefe del Gobierno porteño y ministro de Seguridad bonaerense, respectivamente. El PJ se había quedado sin candidato en territorio porteño porque Daniel Scioli —el ganador de la interna— terminaría acompañando a Kirchner en la fórmula presidencial, así que Toma propuso apoyar a Macri a cambio de esos dos lugares.

—Me parece una buena idea, avancemos —aprobó Macri.

—Hay que apurarnos —le avisó Toma— porque vencen los plazos de presentación de alianzas.

A partir de entonces, Macri comenzó a hacerse el distraído. Posponía las reuniones, no contestaba las llamadas, se hacía negar por teléfono…

—Vos acordaste esto —lo apuró Toma cuando por fin pudo ubicarlo —, y se vencen los plazos…

—Bueno, quedate tranquilo —dijo el candidato.

—Mirá que hay elementos jurídicos para prorrogar la presentación de alianzas —le avisó el otro.

Lo que Macri quería, ni más ni menos, era contar con el apoyo formal del PJ porteño pero sin tener que ceder los dos lugares en la lista. Lo quería gratis, un concepto que no existe en la política.

Faltando 48 horas para la presentación de candidaturas, y sin novedades, Toma volvió a llamarlo. Lo atendió el secretario.

—Mirá, se acabó el plazo, que Mauricio me llame ya —le dejó dicho Toma.

Pero Macri nunca respondió.

Horas después, cuando su apoderado fue al juzgado para presentar una lista que desconocía lo acordado y no incluía a Santilli ni Ritondo, se encontró con la presentación de Toma, quien había logrado prorrogar el asunto por dos meses. Ese es el plazo estipulado para estos casos en que dos aliados no terminan de ponerse de acuerdo.

—No me aceptaron la lista —le avisó el apoderado a Macri, que explotó del otro lado de la línea.

Se había quedado momentáneamente fuera de juego. A la semana siguiente, Toma recibió el llamado de uno de los operadores más influyentes de la política argentina, el radical Enrique «Coti» Nosiglia, un viejo amigo del padre de Mauricio, Franco Macri.

—Escuchame, Mauricio está a las puteadas con vos —le dijo Nosiglia.

Toma pasó a explicarle:

—Él aceptó un acuerdo para poner a dos de los nuestros en la lista. Y después se empezó a hacer el oso… ¿Qué hubieras hecho vos, «Coti»?

Nosiglia, un viejo zorro, respondió:

—Lo mismo que vos, obvio. A mí no me van a cagar.

Quedaron en organizar un encuentro entre ambas partes en el departamento de Nosiglia, que haría de mediador. Toma fue con Ritondo. Y Macri llegó acompañado por su jefe de campaña, Schiavi, el que había negociado el frustrado pase de Alberto.

—Bueno, me pateaste para adelante —le recriminó Macri a Toma.

—Yo no te cagué —respondió el otro—, tengo cara de boludo pero

no lo soy. Vos no cumpliste y te terminaste disparando en el pie.

Macri lo tanteó:

—¿Pero vos estarías dispuesto a mantener nuestra alianza?

—Sí —dijo el otro—, porque yo tengo palabra.

El candidato intuyó que el apoyo ahora le saldría más caro que antes:

—Ahora me vas a pedir cualquier cosa, ¿no?

El peronista le contestó:

—No, lo mismo que habíamos hablado.

Nosiglia, el mediador, lo miró sorprendido, como diciéndole «aprovechá».

Toma repitió:

—Te pido lo mismo, porque yo tengo palabra.

Macri se permitió una broma:

—Menos mal, pensé que vos también me ibas a pedir por el mulato ese de Alberto Fernández.

—No, ese no está conmigo —cerró la charla Toma, sorprendido por el calificativo.

«El mulato ese».

Hoy, entre amigos, analiza:

—Es cierto que el tipo es medio morocho. Esos labios, esa tez… Tal vez tenga sangre árabe.

Macri, con sus prejuicios de etnia y clase, había sido el primero en advertir el supuesto detalle.

¿Hay en Fernández una mezcla de sangre originada en la lucha y convivencia que sus ancestros españoles tuvieron con los moros durante el Medioevo? Los bromistas que defienden esa curiosa teoría señalan la resonancia arábica de su cuenta de Twitter: @alferdez. Y sostienen que en su biografía no hay un Cid Campeador, pero sí uno editor, Varela Cid, ya mencionado antes.

Pero hay que volver a la pelea de fondo, la que protagonizaron Kirchner y su padrino Duhalde contra Menem. En esa campaña, Fernández volvería a cruzarse con Toma, el mismo rival que en los años 90 lo había denunciado por supuestas coimas en la Superintendencia de Seguros y que en este capítulo lo mandó «a la mierda» por medio del mensajero Ritondo. Como no hay dos sin tres, chocaron otra vez en febrero de 2003, cuando el jefe de la campaña K pidió una reunión con el aún titular de la SIDE duhaldista y fue recibido en la sede de ese organismo sobre la calle 25 de Mayo.

Cuando se sentó, Fernández no sabía que el otro lo estaba grabando, por precaución.

Primero dio algunos rodeos, preguntó nimiedades, habló de varias

encuestas que lo mostraban a Kirchner con posibilidades crecientes de ganar la elección. Toma escuchaba con aparente interés y lo dejaba explayarse.

Hasta que Alberto fue al grano:

—Miguel, te pedí esta reunión porque necesitamos plata para la campaña.

—Ajá —lo dejó continuar el anfitrión.

—Hay muchos gastos, como sabrás —explicó Fernández—. Algunos los tenemos cubiertos, otros no.

—Me imagino —le siguió la corriente Toma.

El visitante redondeó:

—Necesitamos 10 millones. Con eso estaríamos cubiertos, es una campaña corta.

—Dólares —supuso Toma.

—Dólares —aclaró la obviedad Fernández.

El jefe de la SIDE dijo:

—Y vos querés que eso salga de acá, de los fondos reservados de la Secretaría.

—Sería lo lógico —respondió Fernández.

Los fondos reservados de la SIDE tenían esa ventaja: no había que rendir cuentas sobre ellos. Se gastaban y listo.

Pero Toma se puso duro:

—No, querido, bajo ningún punto de vista. No cuentes conmigo.

—Pero escuchame… —intentó Fernández.

El otro lo interrumpió:

—Alberto, ¿por qué venís a pedir esto si Cristina Kirchner como senadora se la pasa hablando pestes de los organismos de Inteligencia?

—Bueno, vos sabés cómo es ella —se justificó Fernández—. Es brava, ni siquiera Néstor la puede controlar.

Toma siguió pasando factura:

—Habló en público de un instructivo de la SIDE que pedía vigilarlos a Kirchner y a ella. Mostró un documento, nos acusó a nosotros. Esto fue hace seis meses… ¿Y ahora piden plata?

—Fue un malentendido —volvió a disculparse su interlocutor.

Toma dio por concluida la charla:

—Ya te dije que no. Y mejor andate porque si no voy a tener que apelar a otras formas.

Fernández se levantó de su silla y se fue. No hubo despedida entre ambos.

Cuando se cerró la puerta detrás del visitante expulsado, Toma apagó el grabador camuflado entre las carpetas de su escritorio. Revisó si la áspera conversación había quedado registrada: sí, estaba todo de

punta a punta, incluida la parte más escandalosa, esos 10 millones de dólares para la campaña K, algo claramente irregular.

Con la evidencia en las manos, Toma se apuró en contarle todo a Duhalde.

—Vino Alberto Fernández a pedir 10 millones de dólares de la Secretaría para la campaña. Lo saqué cagando. Y lo tengo grabado.

El jefe aprobó:

—Perfecto. Hiciste lo que correspondía.

Si Kirchner quería plata, en todo caso debería negociarlo mano a mano con él.

La historia me la narraron dos colaboradores de suma confianza del entonces jefe de la SIDE, con la condición de que no revele sus nombres. Juran que así fue como se desarrolló el diálogo.

Fernández, en cambio, niega todo de plano.

Y Toma, consultado por el incidente, sonríe y me dice:

—No puedo hablar de eso porque me caben las generales de la ley con respecto al secreto de Estado.

—¿Secreto de Estado? —le pregunto.

—Sí —responde—, el que vale para todos los que trabajamos en la SIDE.

Es lo único que quiere decir *on the record* el ex jefe de la SIDE.

¿A quién creerle?

En la charla grabada, Toma se había referido a la denuncia de Cristina sobre supuesto espionaje en su contra. CFK había hablado del tema cuando el acuerdo con Duhalde aún parecía inviable, en julio de 2002, y había mencionado un «instructivo de la SIDE» que les pedía a los agentes del organismo en Santa Cruz que juntaran información sobre los movimientos, acompañantes, costumbres y debilidades del matrimonio Kirchner. En la jerga de los espías se lo llama un «ambiental». Según la esposa del gobernador, la orden la había dado Carlos Soria, el jefe de Inteligencia de Duhalde en los primeros meses de su gobierno, antes de Toma.

Aníbal Fernández, el secretario general de la Presidencia de la gestión duhaldista, usó su estilo habitual para descalificar la denuncia de quien luego sería su jefa.

Cuando le preguntaron por el «instructivo» que había mostrado Cristina, dijo:

—Denme diez minutos, un papel A4, una buena impresora y hago uno más lindo.

Ahora que eran aliados, la relación entre duhaldistas y kirchneristas seguía resultando tirante. La SIDE se negaba a colaborar con al candidato.

Álvaro de Lamadrid, un conocido dirigente radical de El Calafate que investiga desde siempre a los Kirchner, dice lo mismo, que Duhalde le negó financiamiento a su delfín.

—La campaña presidencial —me cuenta— ellos la pagaron con la plata de la provincia depositada afuera y con lo que recaudaron entre varios empresarios amigos.

—¿No hubo ayuda de Duhalde? —pregunto.

—Nada —dice De Lamadrid—. De hecho, sé que Cristina se quejó por eso.

—¿En serio?

—Sí, fue después de un acto en La Plata en el que lanzó su candidatura a senadora en 2005. Les explicó a los que la acompañaban que ella llamaba «El Padrino» a Duhalde porque lo había humillado a su marido, lo había obligado a pagarse él mismo la campaña.

«Le hizo poner plata para ser candidato, ¿eso no es ser mafioso?», fueron las palabras de la entonces primera dama, según los comentarios que recogió De Lamadrid.

También Juan Manuel Ducler, el hijo de Aldo, el fallecido financista que manejó esa plata patagónica depositada en el exterior, coincidió con la versión: «Kirchner usó los fondos de Santa Cruz para la campaña presidencial de 2003», dijo tras la extraña muerte de su padre, quien en junio de 2017 se desplomó en la calle por un supuesto infarto, por los mismos días en que analizaba presentarse ante la Justicia para revelar lo que sabía del caso.

Entre los supuestos aportantes no declarados de la campaña K también figuraba la pesquera Conarpesa, investigada por el crimen de un competidor, Raúl «Cacho» Espinoza, en enero de 2003. Solo días antes del homicidio, ejecutado por un sicario, Espinoza se había reunido con Elisa Carrió para denunciar las presuntas prácticas inescrupulosas de Conarpesa y señalar que esa compañía inyectaba plata en negro a la campaña de Kirchner.

En la rendición que el candidato hizo ante la Justicia electoral no figuran los hipotéticos aportes de Conarpesa, ni de los fondos expatriados de Santa Cruz. En realidad, esa rendición oficial parecía un mal chiste: en ella, Alberto, nuevamente cajero de una campaña, aseguró que solo habían recibido 794 mil pesos para cubrir sus gastos proselitistas hasta la primera vuelta, diez veces menos que su adversario, Menem. Para el ballotage, el cálculo del jefe de campaña y Kirchner era todavía más ridículo: declararon dos contribuciones de 250 pesos cada una, realizadas por el propio Fernández y por un colaborador suyo, otro experto K en recaudación, Héctor Capaccioli. Como remate del sketch, agregaron que de esa raquítica suma llevaban

gastados solo 3 pesos. Para abrir una cuenta bancaria, dijeron.

A simple vista se notaba que mentían. La propaganda kirchnerista de esos meses se devoró miles de segundos de pauta televisiva y radial y empapeló las ciudades más importantes del país. Sin embargo, afirmaban que habían gastado diez veces menos que Menem y solo el doble que Elisa Carrió, la pobre candidata que no tuvo plata ni para imprimir afiches. A pesar de tantas evidencias, a ningún juez le interesó investigar en serio el tema.

Pero dejemos el lado contable de esa campaña y enfoquémonos en lo político. El primer acto de Kirchner como delfín de Duhalde fue en Lanús, con él como principal orador y el seis veces intendente «Manolo» Quindimil como anfitrión y momia viviente del más viejo peronismo.

Recuerda Valdés, el amigo de Alberto:

—Estaban todos los intendentes del Conurbano mirándolo de reojo a Néstor, con cara de «¿y este zurdo de dónde salió?».

—Fue un bautismo difícil —le digo.

—Fue una picardía de Duhalde —se ríe Valdés—. Como diciéndole: «¿Vos querías ser candidato del peronismo? Ahora demostralo».

Y Kirchner demostró, pero tal vez demasiado. Contagiado por la liturgia, las arengas de Quindimil y los bombos que no paraban de sonar, el nuevo candidato enseguida fue a fondo: habló de estatizar los ferrocarriles, algo que a la salida del acto relativizaron Alberto y el vocero Núñez ante la consulta de los periodistas. En *off*, claro, para no contrariar al jefe.

También Cristina lo criticó tras ese debut.

Según los testigos, le dijo:

—Bueno, Néstor, ahora dejemos de hacer actos para la televisión en blanco y negro y pensemos en cosas más modernas.

Él enfureció con la ironía.

—Haceme un favor —le contestó—. ¿Por qué no te volvés a Santa Cruz?

De nada sirvió la intermediación de Alberto.

Pero Cristina no solo no se apartó de la campaña, sino que, al contrario, fue una de las más inspiradas en lo concerniente al marketing. De ella fue el eslogan de «un país en serio» que prometían los afiches K.

Fernando Braga Menéndez, uno de los publicistas del candidato, me explicó:

—En realidad, Cristina había sugerido «un país normal». Después, «Pepe» Albistur lo cambió por «un país en serio».

—¿Es mejor la variante de Albistur? —le pregunté.

—Qué sé yo —dijo Braga Menéndez—. Para mi gusto, es muy

pretenciosa.

El publicista también organizó los primeros estudios cualitativos o de *focus group* que arrojaron certezas importantes sobre los efectos de la alianza con Duhalde.

—Nos dimos cuenta —me contó— de que el apoyo de Duhalde no lo afectaba a Kirchner, en contra de lo que podía temerse. Le jugaba a favor.

—¿No se lo veía subordinado a la tutela de Duhalde?

—No. Probamos qué reacciones producía la frase «Kirchner al Gobierno, Duhalde al poder», y nos dimos cuenta de que los encuestados no lo veían de ese modo a Kirchner, sino más bien como un tipo al que le gusta mandar.

Por esos días, la ciudad de Buenos Aires amaneció empapelada con la pegatina anónima —pero claramente menemista— de «Chirolita», en la que Kirchner aparecía sentado en el regazo de «Chasman» Duhalde, su ventrílocuo. Braga Menéndez, furioso, tenía todo preparado para contraatacar con un afiche donde era Menem el que posaba sentado en las rodillas del presidente norteamericano George Bush, pero el candidato patagónico no le dio luz verde.

El publicista me siguió contando:

—Otro resultado de los estudios que hicimos fue que la gente no quería campañas negativas, sino que reclamaba propuestas.

—Claro.

—Y tampoco nos convenía que todo pareciese un asunto personal entre Duhalde y Menem, porque esa visión lo dejaba a Kirchner en un lugar muy secundario.

Lo cierto es que aquella vieja campaña de «Chirolita» que buscaba ridiculizar a Kirchner hoy tiene su *remake* en las redes sociales que lo muestran a Alberto sentado en la falda de la jefa, CFK. Y como en la vieja campaña, en la de ahora parece decisivo romper con la imagen de dependencia.

La primera señal de autonomía que dio Kirchner aquella vez fue elegir a su candidato a vicepresidente, en vez de dejarle esa decisión a su padrino. La condición para que Duhalde le diera su apoyo fue que uno de los suyos ocuparía ese lugar, y que varios ministros continuarían en el Gabinete. Pero el patagónico, aun así, podía señalar sus preferencias porque para él no todos los duhaldistas eran lo mismo.

Fernández por esos días me contó cuál fue el supuesto diálogo entre su jefe y Duhalde cuando Daniel Scioli, el secretario de Turismo y Deporte del bonaerense, resultó el elegido.

—Eduardo, ya arreglé con Scioli para que sea mi candidato a vice —le comunicó por teléfono el delfín rebelde al padrino.

—¿Cómo? —se sobresaltó Duhalde—. ¿Y ahora qué le digo a Lavagna?

El ministro de Economía era la opción que impulsaban los duhaldistas para ese cargo, por lo que el Presidente buscó al menos un premio consuelo:

—¿Le puedo decir que va a seguir en Economía? —lo tanteó a su candidato.

Respuesta del recio Kirchner antes de cortar:

—No sé, vos decile lo que quieras…

Es cierto que el diálogo, en esta versión aportada por Fernández, deja en ridículo a su anterior jefe y endiosa al de por entonces. Pero algo de cierto hay en la historia: Scioli realmente había sido una decisión inconsulta de Kirchner, y Lavagna siguió a cargo del Ministerio de Economía por el lobby de Duhalde. Resultó un empate.

Rafael Bielsa, por entonces ya metido de lleno en la campaña K, me cuenta la trastienda de aquella jugada.

—A fines de febrero —dice—, Néstor se entera de que el duhaldismo estaba operando la candidatura de Lavagna a vice en el diario *La Nación*, que iba a sacar esa nota en la edición del domingo.

—¿Y qué hace? —le pregunto.

—Se adelanta —narra Bielsa—. Lo convoca a Scioli el sábado al mediodía, le ofrece la candidatura y le da la primicia a *Clarín*.

—Todo a espaldas de Duhalde —le digo.

—¡Exacto! —festeja Bielsa—. ¡Lo madrugó!

Ese toma y daca con los grandes diarios ya por entonces lo manejaba Fernández.

Bielsa recuerda que Kirchner no quería que Lavagna siguiera en Economía porque pretendía asumir personalmente el manejo de las cuentas argentinas, como lo había hecho en Santa Cruz, donde los ministros eran meros ejecutores de sus órdenes.

—Néstor sabía mucho de economía, era un obsesivo del tema —cuenta Bielsa.

Y recrea un diálogo revelador que tuvo con el santacruceño un día que fue a verlo y lo esperó en la antesala con un libro.

—¿Qué leés? —le preguntó Kirchner.

—Una novela —le mostró el libro Bielsa—. Básicamente leo literatura y política exterior. ¿Y vos?

—No, yo solo leo sobre economía —dijo Kirchner.

—¿Nada más? —se extrañó el otro.

—No, solo eso —enfatizó Kirchner, y explicó—: una vez, Cavallo me ganó un debate económico en un programa de TV y me volví loco. Desde entonces, no paro de leer.

Cavallo había sido no solo su amigo, sino también la razón para que Kirchner se pusiera a estudiar. Estaba claro que, además de presidente, el santacruceño quería ser su propio ministro de Economía.

El propio Lavagna explicó hace poco en un reportaje en el canal *LN +*, cuando le preguntaron por el motivo de su renuncia en 2005: «Según Kirchner, porque él había decidido tomar el manejo de la economía, eso fue lo que me dijo cuando me pidió dejar el ministerio».

Pero dos años antes, en 2003, la insistencia de Duhalde hizo que Lavagna siguiera en su puesto. Se trataba, además, de un tranquilizador mensaje de continuidad después de que la gestión del economista volviera a ordenar, de a poco, la difícil situación nacional. Hasta Kirchner terminó entendiendo esas razones avaladas por las encuestas.

Antes de eso, el patagónico tenía a mano un plan B para Lavagna, mudarlo a la Cancillería. Cuando el intento quedó descartado, allí fue a parar justamente Bielsa.

Con Scioli como compañero de fórmula y la confirmación de Lavagna, la campaña remontó vuelo. El ex motonauta que acompañaba a Néstor como candidato a vice le había sumado, según sus propios cálculos, «entre 4 y 5 puntos», con lo cual el santacruceño ya arañaba los 20.

Sin embargo, Alberto se divertía dejándolo en ridículo cada vez que hablábamos en esas semanas.

—Esto no lo podés contar —arrancaba—, pero el otro día, Scioli…

—No me cuentes cosas que no puedo escribir —lo interrumpía yo.

—Bueno, hacé lo que quieras —se resignaba, y seguía—. ¡El otro día el tipo fue al cumpleaños de Manzano!

—¿Y?

—¡De Manzano! Le dije: «Si querés seguir estando con nosotros, no vayas nunca más a lo de ese tipo». ¿Sabés qué me contestó?

—¿Qué?

—Me dijo: «No, no sabía nada, me llevó Karina». ¿Lo podés creer?

Claro, la selectiva memoria de Fernández olvidaba que Kirchner en su etapa de gobernador en los 90 se desesperaba por que el entonces influyente ministro del Interior le diera audiencia en Buenos Aires. Manzano aún no era mala palabra durante esos años.

Ahora, Alberto se seguía burlando de Scioli, acaso celoso por su súbito protagonismo.

Me dijo:

—Con Scioli no sabemos bien qué hacer, lo tenemos ahí, mide bien, pero bueno…

—¿No le encuentran función? —le pregunté.

Fernández se rio:

—Qué sé yo. El tipo va y le pide a Néstor que le encomiende misiones. Para su lucimiento personal, ¿entendés? Está medio perdido…

A Alberto se le notaba la saña.

También me contó que Scioli sufría por los embates de Kirchner contra Menem, el antiguo jefe del ex motonauta. En un acto en la provincia de Entre Ríos, el candidato austral había hablado del «uno a uno» de los años 90 en forma algo irónica: «Uno a uno se fueron nuestros hijos, uno a uno nos quedamos sin trabajo…».

Scioli no se aguantó.

—Hay que hacer campaña mirando para adelante, no para atrás —le soltó a Kirchner.

El ex menemista Alberto, mano derecha del también ex menemista Néstor, contaba la anécdota para mofarse del menemismo de Scioli. Y eso que Scioli no había sido aliado del verdadero padre del «uno a uno», Cavallo. Los otros dos sí, pero preferían olvidarse del detalle ahora que Cavallo era señalado por el estallido de diciembre de 2001.

Alberto criticaba a los aliados, pero asimismo tenía en su mira a los del bando de enfrente, no solo a Manzano y los cercanos a él, Toma y Ritondo, sino también al sindicalista Luis Barrionuevo, quien, apenas anunciada la candidatura del delfín santacruceño, había disparado una frase que le valió el odio de los K: «Hacer campaña por Kirchner es como sacar a pasear un perro muerto».

Cristina encabezó el contraataque contra el sindicalista en el Senado, donde los dos ocupaban una banca. Desde la Comisión de Asuntos Constitucionales de la Cámara baja, que ella presidía, impulsó la destitución de Barrionuevo: lo acusó por los destrozos y la quema de urnas en las recientes elecciones de Catamarca, en las que el sindicalista había sido proscripto como candidato a gobernador por no tener los años de residencia suficientes.

Primero Cristina lo azuzó con su inflamada retórica de legisladora: «Supongamos que Barrionuevo tenga razón y que hubo una proscripción. ¿Cuál fue la actitud histórica del peronismo frente a las proscripciones en serio que hemos sufrido? ¿Interrumpir los actos electorales? ¿Quemar y patear todo? ¿Impedir que los argentinos votaran? ¡No, eso jamás!».

Frente al avance del pedido de expulsión, el sindicalista se defendió con una ruidosa amenaza. Dijo esto en una reunión de bloque de los senadores del PJ: «Que alguien le diga a Duhalde que le baje línea al candidato que apaña, porque si me sigue pegando voy a mostrar unas carpetas comprometedoras».

La frase trascendió y fue objeto de todo tipo de especulaciones. ¿Qué

«carpetas comprometedoras» tenía Barrionuevo?

En los días siguientes insistió: «Voy a decir quiénes son mis acusadores, quién es Cristina Kirchner…».

Enseguida, el semanario *El Guardián*, cuya propiedad se atribuía al fallecido ex banquero Raúl Moneta, tituló con letras catástrofe en su tapa: «Las carpetas de Barrionuevo contra Kirchner». La bajada del título decía: «Por primera vez, los secretos más terribles del candidato y su mujer». La nota, floja de papeles, enumeraba estos temas: «la droga y su entorno», «el custodio preso por asesinato», «la plata de los Bulgheroni», «la hermana rara» y, por último, «las trampas en la pareja». En este apartado final, el artículo recogía dos antiguos rumores y no se preocupaba por comprobar su veracidad. Decía: «A ella se le atribuyen un par de aventuras muy comentadas dentro del ámbito parlamentario. Una se precipitó mientras participaba de la Asamblea Constituyente de Santa Fe, en el año 1994. Allí se la vinculó sentimentalmente con su colega entrerriano Augusto "El Choclo" Alasino. Trascartón, se menciona una suerte de *touch and go* con el actor y ex diputado radical Luis Brandoni».

En cuanto al ítem de «la hermana rara», el semanario alegremente decía que Alicia Kirchner sentía cierta atracción por una secretaria. Un disparate.

Cristina jamás perdonó esas ofensas. A Moneta, señalado como dueño del semanario, le fue imposible acercarse a ella a lo largo de toda la era K. ¿Esas eran realmente las carpetas de Barrionuevo? Él lo negó, y me dijo que le inició juicio a *El Guardián* por atribuirle esas informaciones.

—Y lo gané —afirmó.

—¿Y en sus carpetas qué había entonces? —le pregunté.

—No había nada, era todo mentira —dijo, divertido—. Solo algunas cositas sobre Julio De Vido y los fondos de Santa Cruz.

—¿No estaba la historia de Brandoni, por ejemplo?

—No, pero esa historia igual es conocidísima. Averiguá.

Barrionuevo no podía con su genio. Él mismo había mencionado las «carpetas comprometedoras», pero después no asumía su autoría.

Finalmente, sus colegas peronistas del Senado salvaron al sindicalista de la embestida de Cristina. A ella le faltaron seis votos para lograr su expulsión de la Cámara alta, que precisaba de los dos tercios de ese cuerpo legislativo.

Duhalde, el padrino de Kirchner, seguía respaldando al sindicalista: la esposa de Barrionuevo, Graciela Camaño, era su ministra de Trabajo.

El candidato del Sur le había pedido ayuda en su cruzada contra Barrionuevo.

A lo que Duhade habría respondido:

—Entendeme, Néstor, yo no puedo salir a matarlo.

En el entorno del Presidente interino sostenían que todo aquello parecía una locura, que estaban en medio de una campaña y era «el momento de sumar y no restar».

Por esos mismos días, Cristina había viajado a Catamarca, la provincia de las urnas quemadas, para hacer campaña por su marido. Pero Barrionuevo la esperaba con una sorpresa.

En medio del acto, una lluvia de huevazos enchastró el traje y la cabellera de la senadora, quien levantó la voz, cubierta de yema:

—¡Si las balas de la dictadura no nos pudieron parar, menos nos van a parar las patotas de los mafiosos!

Pero los huevazos seguían arreciando. Y las pancartas que la oradora alcanzó a leer antes de la retirada eran soeces: «Kirchner ladrón» y «Cristina hija de puta». Otra decía: «Barrionuevo gobernador».

Sí, el ataque incluso llevaba firma.

Pero, al igual que con las carpetas, el pobre Barrionuevo explicó que no tenía nada que ver. ¿Por qué siempre lo culpaban de todo?

—Acá hubo una campaña para demonizarme —me dijo, cubierto por su aureola de santo.

—¿No te hacés cargo de los huevazos a Cristina?

—No, hermano. ¡Si yo ese día estaba en Mar del Plata!

El sindicalista tiene salidas ocurrentes.

El 27 de abril de 2003, Kirchner repitió la cábala de todas sus anteriores elecciones. Se puso su campera de la suerte, votó temprano y salió a caminar en soledad por las calles de Río Gallegos. Le funcionó bien: por la noche, los cómputos oficiales hablaban de una derrota ajustada contra Menem —24 a 22 por ciento—, pero lo depositaban donde tenía que estar, en el ballotage. Para la segunda vuelta, ahora sí, emergía como el gran favorito. Ya nadie lo trataría de «Chirolita».

Solo había sacado 22 puntos, pero podría superar con holgura los 55 en el desempate final por la alta imagen negativa de su rival.

Claro que eso no llegó a pasar porque Menem se bajó del ballotage días después, el 14 de mayo. Los Kirchner y Alberto lo habían logrado.

A partir de ese momento de gloria, Duhalde comenzó a ser ignorado en forma olímpica. Se rebajaba a llamarlo a Fernández para enterarse de las novedades con respecto al futuro Gabinete y solo recibía respuestas vagas.

—No sé nada todavía, Eduardo.

Pero era Alberto el que, con los Kirchner recluidos en el Sur, a la espera de la asunción, negociaba y repartía los cargos para unos y otros.

Una parte del Gabinete, la de los «pingüinos», tenía su lugar asegurado. Otra parte era para los duhaldistas, para pagarles por su apoyo. Y había un tercer grupo que, con el aval de los Kirchner, sería seleccionado por el dedo de Fernández: los flamantes albertistas.

Uno de ellos, Rafael Bielsa, recuerda que fue por esos días de definiciones que el jefe de la campaña K lo citó en su oficina de la avenida Callao. Fue acompañado por el amigo que tenían en común, Valdés.

Alberto le dijo sin rodeos:

—¿Cómo te ves en la Cancillería?

—Me veo bien —respondió Bielsa—, siempre me gustó la política exterior…

Hizo una pausa dramática y preguntó:

—¿Vos creés que hace falta?

—Sí, yo creo que sí —lo reclutó Fernández.

A Bielsa le llamaron la atención dos cosas ese día. La primera era la guitarra eléctrica que el anfitrión exhibía en el living, montada en un soporte. Y la segunda —más importante—, que se esperaba una oferta de trabajo, pero no precisamente esa. Por sus antecedentes en la SIGEN, él aspiraba a la cartera de Justicia, su sueño.

Me explica:

—Antes de ese día se venía hablando de que yo podía ir al Ministerio de Justicia y Gustavo Béliz a la Secretaría de Seguridad. Siempre se habló de eso…

—¿Y qué pasó? —pregunto.

—Por lo que supe después —dice—, alguien empezó a decir que con Béliz éramos incompatibles. Decía: «Eso es nitroglicerina, se van a a matar». Como si fuera una pelea de cartel o de egos.

—¿Quién decía eso?

—No importa. Alguien. Se empezó a hablar del «pavorrealismo», de que éramos unos pavos reales y de una serie de cosas que hicieron mucho daño.

—¿Tu relación con Béliz era buena?

—¡Era excelente!

El ex canciller suena dolido. ¿Quién fue ese «alguien» que lo había dejado sin el cargo que realmente quería?

Él cree que fue su viejo amigo Valdés el que habló de los pavos reales y la incompatibilidad entre dos egos como el suyo y el de Béliz al frente de carteras que necesitaban cooperar en forma estrecha entre sí.

Pero no: fue Alberto.

Valdés lo confirma con estas palabras.

—Un día —cuenta—, Alberto me pregunta si Bielsa podía convivir

con Béliz, uno en Justicia y el otro en Seguridad. A él le generaba dudas, los veía muy protagónicos a los dos.

—Entiendo.

—Entonces, le pregunté: «¿A quién tenés en Cancillería?». Y no tenía a nadie, porque la idea de ponerlo ahí a Lavagna ya se había descartado.

—Entonces fue un poco por descarte.

—Tampoco lo diría así, che. Yo le dije a Rafael: «Aprovechá, agarrá la Cancillería».

La anécdota sirve para describir cómo administraba el jefe de la campaña su ganada cuota de poder. Acataba las órdenes de los Kirchner, pero a los suyos los elegía él, y podía desplazarlos de un destino a otro basado en la simple intuición.

—¿No te parece que estos se van a terminar matando? —intuía, y en consecuencia decidía.

El primer Gabinete kirchnerista, como se dijo, respetó la siguiente división: «pingüinos» del feudo, duhaldistas heredados y albertistas flamantes.

Los primeros estaban encabezados por Julio De Vido en el Ministerio de Planificación Federal, Carlos «El Chino» Zannini en la Secretaría Legal y Técnica, Sergio Acevedo en la SIDE, Ricardo Jaime en Transporte y Alicia Kirchner, la hermana, en Desarrollo Social.

Los duhaldistas sobrevivientes eran Lavagna en Economía, Scioli en la vicepresidencia, Aníbal Fernández en Interior, Ginés González García en Salud y José «Pepe» Pampuro en Defensa.

Los de Alberto eran Bielsa en la Cancillería, Béliz en el Ministerio de Justicia, Daniel Filmus en Educación y Carlos Tomada en Trabajo, además de otros funcionarios sin rango ministerial, como «Pepe» Albistur en la Secretaría de Medios, Núñez en la función de vocero o Valdés en la jefatura de Gabinete de la cartera de Bielsa.

Los Kirchner no le delegaban esa porción de poder de puro generosos a Fernández. No: necesitaba caras nuevas, porteñas, de prestigio. O de mínima, presentables.

Aún faltaba saber qué lugar ocuparía Alberto, el lugarteniente que había ayudado a que Néstor y CFK llegaran a lo más alto.

Suena increíble, pero él cuenta en su libro ya citado que eso no estaba pactado de antemano.

Dice que en los días previos a la asunción, cuando estuvieron frente a frente en El Calafate, el candidato electo le preguntó:

—¿Y vos adónde vas a ir?

—Yo ya llegué a la meta el día que te eligieron presidente —contestó Alberto—. ¿Dónde querés que vaya ahora?

—Quiero que seas mi jefe de Gabinete —dijo Kirchner—, pero no sé si te animás.

El elegido sacó pecho, eufórico:

—¿Animarme? ¿Cómo no voy a animarme? ¡Deciles que vengan de a uno!

Tanto para Fernández como para los Kirchner, gobernar era pelear.

Aprietes y operaciones

Trabajamos muchos años en la misma redacción y sé que es una persona confiable. Fue secretaria de la revista *Noticias* y no quiere que se publique su nombre, sobre todo ahora que Fernández será el próximo presidente.

Lo que tiene para contar de él no es agradable.

A través de un intermediario, Alberto le ofreció a ella «buena plata» a cambio de informarle, todas las semanas, qué temas y personajes estábamos investigando en la revista. Es decir, le pedía que nos espiara.

La secretaria cuenta:

—Fue unos meses después de que asumiera Kirchner, a mediados de 2003. El primero que me habló del tema fue un amigo mío que trabajaba en el canal del Estado, el 7…

—¿Qué te dijo? —pregunto.

—Al principio fue un poco vago —contesta—. Decía que nos reuniéramos con «unos conocidos».

—¿Quiénes?

—Eso le pregunté yo. Me dijo: «Con la gente de Alberto Fernández». Me dijo que conocía a un asesor de él, y que habían hablado.

—¿Y qué pasó?

—Le pregunté: «¿Reunirnos para qué?». Ya me sonaba raro todo el asunto. Y ahí me dijo lo que querían: tenía que contarles todas las semanas en qué andaban ustedes, los periodistas de la redacción. «Mirá que hay buena plata», me tiró.

—¿Y entonces?

—¡Lo saqué cagando! Y le conté todo al director de la revista, Gustavo González.

—Sí, sabía por él.

—Mi amigo de Canal 7 insistió un poco más, pero cuando vio cómo me ponía yo, desistió.

—Entonces nunca te llegaste a reunir con la gente de Fernández.

—Nunca.

La secretaria, que ya no trabaja en la revista, recuerda las palabras de su amigo:

—No te preocupes, no te vamos a pedir ninguna locura, solo queremos saber en qué andan. Para estar preparados nomás, je…

Ese mensajero, me consta, realmente tenía relación con Fernández.

Por su trabajo, la ex secretaria hubiera sido la informante ideal: manejaba la agenda del director, ayudaba a los editores y tenía diálogo con los periodistas que investigábamos al flamante gobierno K, además de saber, por boca nuestra, en qué temas estábamos trabajando. Si ella hubiera aceptado la oferta, habríamos estado en problemas. Pero tenía principios.

Me pide:

—Tené cuidado de cómo lo contás esto. Es gente difícil, ¿entendés?

Si lo sabremos en la revista.

Fernández, tras las primeras notas que lo incomodaron, pasó a tratarnos de «irrecuperables», el mismo término que usaban los militares del Proceso con aquellos presos que no se quebraban. No solo eso, también dijo que la revista era «extorsiva», acaso porque le parecía un chantaje que un medio investigara lo que la mayoría del periodismo prefería callar durante esos primeros años de luna de miel entre el kirchnerismo y la sociedad.

El diálogo de Fernández con la revista y conmigo se cortó por completo. Ya ni siquiera contestaba el teléfono, lo cual hubiera sido útil para dar su versión sobre lo que contó la secretaria recién mencionada.

En enero de 2005, el entonces editor de Política de la revista, Darío Gallo, publicó una nota titulada «El repartidor». La imagen de tapa mostraba al secretario de Medios, Enrique «Pepe» Albistur —uno de los funcionarios de más confianza de Fernández— despatarrado en su reposera en las playas de Cariló. El título aludía al rol de Albistur, quien repartía los millones de la publicidad oficial con los que Alberto y los Kirchner premiaban a la prensa adicta y marginaban a los críticos en esos años.

A Albistur no le gustó la nota.

Primero se lo hizo saber al periodista Luis Majul, quien se lo cruzó en un kiosco de diarios en Cariló.

—Duro lo de *Noticias*, ¿no? —le tiró de la lengua Majul.

—Y bueno… Habrán agotado la edición —contestó Albistur.

—¿Te jodió? —preguntó el periodista.

—¿Joderme a mí? ¡No! —sonrió el funcionario—. Siempre digo que no soy rencoroso.

—Menos mal —concluyó Majul.

Y Albistur completó:

—Soy vengativo y paciente…

El diálogo, dado a conocer por Majul, sirvió de preámbulo para el juicio penal que Albistur le inició a la revista cinco meses más tarde, en el que pedía la prisión de los periodistas y sus jefes y los acusaba por el delito de calumnias e injurias.

—Voy a ir hasta las últimas consecuencias contra estos tipos —les prometió a Fernández y Kirchner.

Acusaba a la revista por denunciar que el Gobierno apretaba a periodistas, que premiaba a los obsecuentes con primicias y pauta publicitaria e intentaba ahogar económicamente a los voces críticas. En su libro *Noticias bajo fuego*, el entonces director de la publicación, Gustavo González, cuenta cuál fue la irónica respuesta: «Como era una acusación bien fundada, la dirección de la revista decidió en la edición siguiente declararse culpable. *Noticias* era culpable de tener el raro privilegio de haber sido puesta por el Gobierno en la lista de todos esos castigos. En algunos casos, con trágica exclusividad: era el único medio masivo que no recibía un peso de publicidad del Estado nacional y el único que tenía la entrada prohibida a la Casa Rosada».

Los demás medios reflejaron la amenaza judicial del Gobierno y los periodistas más importantes se solidarizaron en público. Entre ellos, Jorge Lanata, Nelson Castro, Joaquín Morales Solá, Horacio Verbitsky, Magdalena Ruiz Guiñazú, Robert Cox, Claudio Escribano y Jorge Guinzburg.

Inquieto por las repercusiones, y haciéndole caso a Verbitsky —uno de los periodistas más escuchados por los Kirchner—, Albistur retiró la demanda contra *Noticias*.

Pero aun así se permitía sus bromas. Para el 7 de junio de ese año, Día del Periodista, la Secretaría de Medios a su cargo publicó una solicitada que se burlaba: «Hoy estamos apretando periodistas (con un fuerte abrazo)».

Tampoco hoy pierde el humor cuando lo aborda algún periodista de *Noticias*.

—No sabés lo que cogí después de esa tapa —suele comentar entre divertido y revanchista.

En la portada en cuestión se lo veía en cuero, bien bronceado y con los abdominales firmes.

Poco después, cuando la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP) envió una delegación a Buenos Aires para investigar las denuncias de *Noticias* y el diario *Perfil* por los aprietes al periodismo y el uso discriminatorio de la publicidad oficial, Fernández la recibió para decirle que en realidad no les daba avisos del Estado a esos medios porque, si lo hacía y después se volvían oficialistas, dirían que fue por haber recibido esa pauta. Aunque no haya sido su intención, al menos hizo reír a la delegación internacional que integraban, entre otros, Robert Cox y Alejandro Miró Quesada. Antes de partir, la SIP emitió un duro comunicado contra el Gobierno por sus aprietes a los medios independientes.

No es que Fernández y los Kirchner no hubieran intentado tener de su lado a *Noticias*, como hicieron con muchos medios escritos que eran engordados con fondos del Estado, como *Página/12*. El tema era el pacto impúdico que proponían, el mismo que el empresario de medios Carlos Ávila le transmitió a la revista en representación de la Casa Rosada: publicidad oficial a cambio de que *Noticias* dejara de criticar, o sea, de hacer su trabajo. No querían convivir con el periodismo, sino comprarlo.

La respuesta que se llevó Ávila fue la esperada, pero al menos tenía que intentarlo.

El periodista Daniel Seifert le planteó el tema a Fernández en un reciente reportaje en Radio Nacional, luego de que el ex jefe de Gabinete dijera que la distribución de los avisos oficiales durante todos los años en que él la manejó le debería valer algún reconocimiento por promover la libertad de expresión. Cuando Seifert le recordó que en realidad había discriminado a los medios no alineados con el kirchnerismo, Alberto pareció sufrir algún tipo de colapso nervioso.

Dijo esto en forma textual:

—Pero no, eh… Es que no, eh… Creo que hay que revisar un poquito eso… Porque yo no tenía problemas con la distribución de la pauta.

Y cerró la conversación prometiendo que lo podían seguir «charlando con más tiempo».

En simultáneo con la pecaminosa oferta a una secretaria para que nos espiara a los periodistas de *Noticias,* el Gobierno hizo algo que requirió de más tecnología: pincharnos los teléfonos.

Lo demostró años después, en 2007, el ingeniero eléctrico Ariel Garbarz, director por entonces del Proyecto Nacional de Teleinformática de la UBA, cuando junto a su equipo revisó líneas telefónicas de la revista y las de la empresa que la publica, Editorial Perfil, así como las de su presidente, Jorge Fontevecchia. Con una notebook y su software antipinchaduras llamado DBA.exe, que detecta si una línea está intervenida y por qué aparato, realizó varias pruebas. Le dimos los números del conmutador de la revista y el de la editorial, así como los internos de distintos editores, incluido el mío.

Garbarz los analizó uno por uno y concluyó:

—Están pinchados. Todos, ¿eh?

Una semana después, el ingeniero repitió el proceso con el conmutador de Editorial Perfil y el número particular de Fontevecchia: el mismo resultado.

En todos los casos, los teléfonos estaban pinchados no por uno, sino dos equipos DVCRAU de la Secretaría de Inteligencia, modelo

NECN5711A. Uno de ellos, bingo, era el de un local de la empresa Telecom en Garín, una «cueva» que seguía activa pese al expediente judicial que investigaba ese ya detectado caso de espionaje. Los técnicos de la UBA lo sabían porque su jefe, Garbarz, había participado del allanamiento.

También Jorge Lanata sufrió el control que Fernández y los Kirchner ejercían sobre la prensa. Como el periodista los molestaba, a poco de comenzada la era K, en 2004, hubo un pedido informal para que lo dejaran sin aire en el canal América TV, donde hacía su programa *Día D* y uno de los accionistas, el ya mencionado Carlos Ávila, era socio comercial de Albistur en el negocio de las carteleras de publicidad en suelo porteño. Lanata tuvo que ir a la Casa Rosada para pedir permiso para seguir trabajando. Se entrevistó con el Presidente y su jefe de Gabinete, Alberto, pero aun así se quedó sin programa.

De entrada, Fernández le dijo:

—Con vos no hay ningún problema, Jorge. Sería una pena que no estés al aire.

Y cuando Lanata le dijo que en el canal esperaban un llamado del Gobierno, el jefe de Gabinete de inmediato telefoneó a Ávila y le recriminó por qué le mandaban al creador de *Día D* a quejarse.

—¡Si Jorge es un amigo de todos! —sobreactuó.

Poco después, Lanata reconstruyó la historia ante *Noticias*.

—¿Cuándo se dio cuenta de que el programa no saldría al aire? —le preguntamos.

—El contrato estaba firmado —respondió—. En todo caso, el problema era cuándo volvíamos, no si volvíamos.

—¿Pero cuándo empezó a sospechar?

—Cuando el canal firma con Majul arriba de un contrato que ya había firmado conmigo. Es decir, el canal firmó dos contratos por el mismo horario con dos personas distintas. Después empiezan a correr las historias que a mí me cuentan.

—¿Qué historias?

—Tengo chequeado que, desde hace cinco meses, el canal triplicó la publicidad oficial. La historia es que de 300 mil pesos subió a más de un millón. Paralelo a esto, la línea de América es cada vez más *light*, esto lo veo yo en la pantalla. Si vos sacás *Día D* para poner un programa de entrevistas a la Pradón, hay un delirio…

—¿Y qué pasó?

—Lo que pasó fue que en el canal le dijeron a mi productor: «Andá a hablar con el Gobierno». Daban vueltas, vueltas, como dos horas, y al final le dicen que lo mejor que podíamos hacer es ir a hablar con el Gobierno. Así que fui a ver a una persona del Gobierno…

—¿A quién?

—A mí me dijeron que no lo diga, y prefiero no decirlo, porque no cambia nada.

—Una cosa es ir a ver a Miguel Núñez, el vocero, y otra más grave aún ir a ver a Kirchner.

—A lo más alto del Gobierno. A los más importantes.

—Supongamos que fueron Kirchner y Alberto Fernández. ¿Qué pasó allí?

—Reaccionaron asombrados. Preguntaron por qué el canal los metía en este tema, que ellos no tenían nada que ver.

—¿Cuánto duró esa conversación y de qué hablaron?

—Una hora. Hablamos de ese tema, de la relación del Gobierno con los medios. Me dijeron que iban a hablar con Ávila. Les dije que lo llamen y le digan que ellos no se oponían. Dos días después, se cayó todo. ¿Por qué? No tengo idea.

Por último, cuando preguntamos a qué integrantes del Gobierno hubiera investigado si tuviera pantalla, Lanata contestó divertido:

—De Vido y Alberto Fernández, del que tanto se habla.

Después de publicada la nota, el jefe de Gabinete lo llamó al instante:

—Jorge, acá dicen que vos querés investigarnos, ¿lo dijiste o lo inventaron?

Lanata trató de sacárselo de encima:

—Lo dije, sí, pero pensé que no lo iban a poner, ¿no se notó que lo decía en joda?

También Marcelo Tinelli conoció la furia de los Kirchner y su funcionario más poderoso en el otoño de 2006. Cuando el conductor de *Showmatch* arrancó con sus imitaciones de políticos, desde la Casa Rosada tronó el escarmiento. Hubo un sketch que la primera dama, CFK, no perdonó: el que la mostraba de shopping, gastando alegremente. Y en otro numerito, el Presidente y ella se peleaban a gritos y hasta se daban manotazos.

—¿Qué pasó, Néstor? ¿Algo grave? —los interrumpió Tinelli ante la mirada de unos tres millones de televidentes.

—Nada, nada —contestó el imitador de Kirchner.

Tinelli quiso sacarse la duda con Cristina.

—Nos llevamos bárbaro —respondió ella, malhumorada.

Después de esas bromas, el teléfono del conductor no tardó en sonar. Era Fernández, que le explicó lo mucho que molestaban en la Casa Rosada esas imitaciones.

En paralelo, Tinelli notó cómo se demoraba en forma sospechosa el decreto de adjudicación que debía firmar Kirchner para efectivizar la

compra de Radio del Plata por parte del empresario. Sin esa firma, la emisora no quedaría en sus manos.

Entendió que lo uno tenía que ver con lo otro.

Entonces, hizo los deberes y borró las parodias a los Kirchner. También dejaron de salir unas cámaras ocultas con funcionarios sorprendidos en su buena fe, como aquella en la que al ministro de Defensa, «Pepe» Pampuro, le preguntaban en una supuesta entrevista: «¿De a una o partuza?».

Luego de los cambios, Tinelli lo llamó a Fernández:

—Alberto, necesito saber cuándo van a firmar el decreto.

—Quedate tranquilo, eso sale —le contestó el jefe de Gabinete.

El decreto salió. Y por varios años no hubo más imitaciones.

Julio Bárbaro, quien estaba al frente del Comité Nacional de Radiodifusión (COMFER) en esos comienzos de la era K, aún recuerda la lógica del toma y daca con los medios. Un día fue a verlo Sergio Szpolski, el dueño del por entonces aún modesto Grupo Veintitrés, que le debía su nombre a la revista homónima.

Dice que el visitante le ofreció, suelto de cuerpo:

—Decile a Kirchner que va a necesitar testaferros. Yo estoy…

Bárbaro no supo qué responderle.

Las presentaciones entre Szpolski y Kirchner finalmente corrieron por cuenta de otros, y lo cierto es que el Grupo Veintitrés no paró de crecer y de empacharse con plata de los avisos del Estado de allí en adelante.

Szpolski, claro, jura que nunca dijo nada semejante a la frase del testaferro.

Otro empresario ávido por hacer negocios con el poder de turno era Daniel Hadad, a quien Bárbaro una vez le pidió trabajo para una amiga suya.

—Fijate si le conseguís algo, no importa qué —le dijo.

Días después, la amiga de Bárbaro le anunció que acababan de nombrarla asesora de la gerencia artística del canal con un sueldo de 10 mil pesos, que hoy debería multiplicarse por quince o incluso más. Eran más de 3000 dólares y ya no se trataba de un favor, sino de un exceso.

Bárbaro lo llamó furioso a Hadad:

—Te pedí que le consigas algo, pero no de 10 lucas…

—Ningún problema —respondió el otro, solícito—, le pago 20.

Bárbaro perdió los modales:

—Vos te volviste loco. Me estás insultando.

Hadad se defendió:

—No, escuchame, le pago eso porque viene de parte tuya.

Bárbaro cortó la llamada insultando. Sin querer, Hadad le estaba poniendo precio a su honor porque así se manejaba con otros funcionarios menos escrupulosos.

El columnista político del diario *La Nación*, Joaquín Morales Solá, es otro que sintió el rigor mediático del kirchnerismo. Fue en septiembre de 2006. Luego de algunas críticas que no cayeron bien, el propio Presidente lo acusó de haber alabado a Jorge Rafael Videla durante la última dictadura, aunque el texto citado por Kirchner no llevara su firma.

El texto era de 1978 y hablaba del discurso inaugural del ex dictador en el Mundial de Fútbol de ese año. Decía: «El presidente Videla, en su primera experiencia multitudinaria, improvisó, cosa difícil para quien no hizo de la tribuna su profesión, un breve discurso que siguió la línea conciliadora y pacifista habitual en el mandatario».

Kirchner enseguida montó un acto en la Casa Rosada y se ensañó con esa frase:

—Treinta mil desaparecidos, «la línea conciliadora y pacifista habitual» de este mandatario, según Joaquín…

¿A qué venía el brulote del Presidente? Estaba indignado por la última columna de Morales Solá en *La Nación*, en la que criticó el largo silencio de Kirchner después de la desaparición de Julio López, parecido al que tuvo tras la tragedia del boliche Cromañón.

—Néstor se volvió loco con eso —me dijo el columnista que le comunicó Fernández.

Un día después del escrache público de Kirchner, Morales Solá fue amenazado de muerte. Fueron tres llamados anónimos a su teléfono del edificio Kavanagh, que no figura en la guía. El primer mensaje fue por la tarde. «Esto recién empieza», dijo una voz grave del otro lado de la línea. Cuando el periodista preguntó quién hablaba, cortaron. El segundo mensaje llegó dos horas después: «La próxima la sentís en el cuerpo». Y por la noche recibió la última intimidación: «Dejate de joder o vas a ver las raíces de abajo».

Morales Solá hizo públicas las amenazas y al instante lo llamó Fernández, su fuente habitual en el kirchnerismo.

Le comunicó:

—Estamos muy preocupados por esta información de las amenazas contra vos, el Presidente me dijo que te pongamos toda la custodia que necesites…

Morales Solá estaba por perder los modales:

—Te agradezco, Alberto, pero no. Además, no quiero facilitarle el trabajo a la SIDE para que sepan con qué fuentes me junto.

Fernández se hizo el ofendido:

—Pará, no es así. Si querés, te podemos poner un custodio en la puerta de tu edificio, no tiene por qué seguirte.

Morales Solá lo cortó:

—No, gracias. Un periodista con custodia deja de ser un periodista.

Entre los que secundaban a Kirchner en su ataque, el más exaltado era el piquetero Luis D'Elía.

Morales Solá me contó lo que le había advertido por esos días a Fernández:

—Yo no voy a discutir con D'Elía. Si ustedes me lo tiran a D'Elía, solo me queda pedir asilo en alguna embajada…

—Me estás jodiendo —le contestó Alberto, estupefacto.

El periodista dijo:

—No digo que lo vaya a hacer ya, pero es una posibilidad. D'Elía es un tipo pesado, es alguien que tomó una comisaría… ¡Yo solo tengo mi computadora para defenderme!

Alberto le pidió calma. Las cosas, le prometió, irían tranquilizándose.

Lo llamé a D'Elía por esos días y lo primero que hizo fue hablar de una vieja foto en blanco y negro en la que Morales Solá y otros periodistas tucumanos aparecían junto al dictador Antonio Bussi, el hombre fuerte del Proceso en esa provincia.

—Es raro que él tenga que explicar qué hacía al lado de un dictador —me dijo el piquetero.

—¿La foto te la dio la SIDE? —le pregunté.

—No, querido —contestó, confianzudo—, me la pasó un periodista de México, no me preguntes quién.

—¿No te parece mal momento para seguir atacándolo a Morales Solá? Lo acaban de amenazar.

—Bueno, él dice que fue amenazado…

—¿No le creés?

—No le creo. No hay motivos para que lo hayan amenazado.

Los comentarios de D'Elía había que tomarlos como de quien venían.

Por esos mismos días, Morales Solá escribió sobre cuál era el camino para los que se enfrentaban a los sectores más violentos del Gobierno: «Nadie puede debatir con D'Elía. Con protección oficial y los antecedentes que tiene como jefe de una fuerza de choque (boicoteó empresas, tomó y destruyó una comisaría, violentó propiedades privadas), a los amenazados por él les está impedido el debate político o intelectual. Solo les queda el recurso extremo de pedir asilo en el exterior».

En la charla conmigo, en tono de confianza, hasta habló de su posible destino si los ataques no paraban: Uruguay.

Pero luego de publicado el dato, se vio obligado a negarlo por indicación de Fernández, quien saboreó la desmentida y se hizo eco de ella.

Los Kirchner y su jefe de Gabinete, repentinamente embanderados en la lucha de los Derechos Humanos a pesar de sus antecedentes, se entretenían persiguiendo a otros, como Morales Solá, por lo que habían dicho, escrito o pensado en los años de plomo.

Aunque Néstor también se mofaba de Fernández cuando surgía el tema.

—Alberto —le decía riendo, según los testigos—, vos sos el menos indicado para hablar. Si tu suplente en la Legislatura era Elena Cruz…

Le recordaba, así, el hecho de que Fernández hubiera compartido un espacio con la actriz y defensora pública del dictador Videla, en los tiempos en que se postuló a legislador porteño en la boleta que encabezó Cavallo. Y al asumir Alberto la Jefatura de Gabinete, Cruz, que era suplente, se sentó en el escaño dejado libre por él.

Antes de la pelea con Morales Solá, el editorialista de *La Nación* era uno de los preferidos de Fernández, junto con Verbitsky y Mario Wainfeld, de *Página/12*, y Eduardo van der Kooy, el columnista político del matutino *Clarín*. A todos los citaba en su oficina de la Casa Rosada, pegada a la de Kirchner y ambas comunicadas por una puerta interna. Entonces, en medio de la charla entre Alberto y un columnista, podía aparecer Néstor de improviso.

Julio Bárbaro tiene una teoría distinta a la de los que hablan de la fe ciega entre el Presidente y su funcionario.

Me dice:

—Néstor no le abría la puerta porque hubiera tanta confianza. No, la abría para ver en qué andaba Alberto.

—Lo controlaba —digo.

—Lo tenía cortito —contesta Bárbaro—. La relación de Alberto con los periodistas siempre le llamó la atención.

Rafael Bielsa, por entonces canciller, también me cuenta algo parecido:

—A Néstor le molestaba eso que se puso de moda en algunas columnas políticas, que hablaban de un kirchnerismo «racional» representado por Alberto, por Lavagna, por mí, y de otro kirchnerismo más primitivo, más violento, el de él.

—Eso lo escribían los columnistas que hablaban con Alberto —le digo.

—Es algo que molestaba a Néstor, hería su sensibilidad —dice Bielsa —. Le daba mucha importancia a los diarios.

Ya veremos, en uno de los siguientes capítulos, cómo los Kirchner le

reprochaban a Fernández que los «operara» a través de los medios.

Volviendo a Bielsa, uno de sus antiguos colaboradores aún recuerda la reacción de Fernández cuando el entonces canciller aceptó una entrevista con el diario *Perfil*, de la misma editorial que *Noticias*.

Dice que Alberto estaba sublevado:

—Vos no entendés que si les damos una nota los estamos reconociendo como interlocutores. ¡Hay que ignorarlos!

Si esta enumeración de los odios y amores de Fernández con el periodismo puede sorprender a quienes lo consideran un «moderado», peores son las operaciones políticas que ejecutó contra los adversarios del kirchnerismo. La más recordada es la que buscó dañar a Elisa Carrió en las elecciones porteñas de 2005, en las que «Lilita» se enfrentaba con el candidato K, Rafael Bielsa, y con Mauricio Macri. Se postulaban a la Cámara de Diputados y lo cierto era que Bielsa arrancaba de atrás, en un cómodo tercer puesto, y Macri y Carrió se disputaban la punta. Hasta que, ya sobre el final de la carrera, algo escandaloso ocurrió.

Matías Méndez, por entonces vocero de Carrió, me relata la trastienda de ese hecho. Dice que recibió una llamada de un periodista de la agencia estatal *Télam*, amigo suyo, dos meses antes de las elecciones.

El periodista le avisó:

—Les están armando una fea. No sé de qué se trata, pero es algo contra «Lilita».

Méndez agradeció el dato y pidió precisiones. El amigo le contestó que había escuchado ese comentario en la redacción, y que lo único que sabía era que la operación saldría por *Télam*.

Una semana antes de las elecciones, la agencia de noticias, un apéndice del poderoso Fernández, hizo de las suyas y publicó una nota que mencionaba al segundo de la boleta de Carrió, el radical Enrique Olivera. Se hablaba de dos cuentas en dólares que el candidato tenía en el exterior, una en el HSBC de Nueva York y la otra en el Credit Suisse de Zurich. El valor total de esos depósitos bancarios no declarados: más de 2 millones de dólares. Según ese artículo, quien había denunciado el caso ante la Oficina Anticorrupción era Daniel Bravo, un funcionario de Aníbal Ibarra en la ciudad de Buenos Aires también vinculado con Fernández. Bravo entregó la documentación y explicó que aquellos presuntos resúmenes de cuenta habían llegado a sus manos en un sobre sin remitente.

Sin embargo, lo más curioso era que el cable de *Télam* —reproducido al instante por todo el aparato comunicacional K— decía que Bravo se había presentado ante la Oficina Anticorrupción por la mañana, cuando en realidad recién fue a las 15:30 de la tarde. Estaba

claro que en *Télam* sabían de antemano de qué se trataba todo aquello, y que la tardanza de Bravo casi alteró los planes.

Cuando más tarde *Noticias* le preguntó por ese retraso, el funcionario se defendió:

—No me retrasé, fui a la tarde.

—Pero en la Oficina Anticorrupción —le contestó el periodista— nos dicen que usted llamó por la mañana, que tenía una denuncia y pedía que lo recibieran. Le dieron hora para las 12.

—Es mentira.

—¿Quién fue la persona que lo acompañó cuando fue a hacer la denuncia?

—Fui solo.

—Le puedo aceptar algunas mentiras, pero esta no. Usted y su acompañante se reunieron durante veinte minutos con el titular de la Oficina Anticorrupción, Abel Fleitas.

—¿Y vos qué sabés?

—Me lo acaba de decir Fleitas. Otra cosa: ¿cómo fue que se distribuyó la denuncia antes de que usted la hiciera?

—Ah, yo no sé —se desentendió Bravo—. Preguntale a la Oficina Anticorrupción.

—A la luz de los hechos, ¿no cree que todo esto fue una operación política y que su participación fue decisiva?

—Y… Viendo las cosas como se dieron, sí. Ahora está claro que fui parte de una operación, pero en ese momento no me di cuenta.

Pobre Bravo. Decía que solo era parte de una operación que lo excedía.

Pero tanto él como *Télam* y como la Oficina Anticorrupción del albertista Fleitas respondían en forma automática a los impulsos del jefe de Gabinete y máximo estratega de la campaña K en suelo porteño.

La jugada a tres bandas había servido para enchastrar a Carrió y su compañero Olivera. El golpe era duro porque atacaba el mayor capital de la chaqueña: su fama de incorruptible.

—Le inventaron esas cuentas a Olivera porque si lo hacían conmigo no hubiera resultado creíble —repetía ella entre los suyos.

En el medio del entrevero, Carrió y sus colaboradores se encerraron en una habitación hermética con el acusado.

—Contanos la verdad, Enrique —le pidieron.

—En serio, es todo mentira —se defendió el candidato—. No tengo esas cuentas. La única vez que tuve una cuenta afuera fue hace un montón de años, cuando viví en Estados Unidos

—¿Estás seguro? —le insistieron—. Si tenés algo que explicar, este es el momento.

Olivera casi sollozó:

—Es todo un invento, créanme.

Después del careo, Carrió y sus colaboradores decidieron demandar a Bravo, a su protector Alberto y a Kirchner por calumnias e injurias.

Al filo de la veda electoral, Fernández le respondió a la candidata: «Una vez que le toca explicar a ella y a sus socios es un problema, y parece que estamos queriendo doblegar la voluntad popular».

Y Kirchner, en un acto, también habló de Olivera y de «los que tienen la plata afuera». Azuzó: «Le diría a Olivera que le haga un favor al país, que vaya al banco y pida un certificado que muestre que no tiene una cuenta y listo. Es un trámite simple».

Pero ya no quedaba tiempo: el trámite en cuestión podía durar días, y la respuesta de los bancos extranjeros llegó recién el jueves después de las elecciones.

Méndez, el vocero de Carrió, hoy se lamenta:

—Ellos la hicieron bien, no nos dieron tiempo. Los informes bancarios que desmentían la existencia de las cuentas los tuvimos demasiado tarde… Yo los pedí apenas salió esa denuncia de Bravo, pero el trámite dura varios días.

—¿Perdieron por culpa de lo de Olivera? —pregunto.

El vocero responde:

—Estoy seguro. La elección estaba muy pareja, algunos hablaban de un empate técnico entre «Lilita y Macri». Pero en esos últimos días perdimos puntos decisivos. Hasta Kirchner usó el tema en el cierre de la campaña de ellos…

El resultado final ubicó primero a Macri con 34 por ciento de los votos, y segunda, lejos, a Carrió, con 21, apenas por arriba de los 20 puntos del candidato kirchnerista, Bielsa.

El objetivo de Kirchner se había cumplido: sabía que su candidato no tenía chances de ganar, pero no quería que lo hiciera Carrió, la enemiga que lo denunciaba a cada paso. Macri siempre le había parecido un rival más manejable.

Méndez me sigue contando:

—Después, cuando tuvimos las desmentidas de los bancos, dimos una conferencia de prensa y denunciamos por la operación al Gobierno. Pero era tarde, claro.

—En la conferencia de prensa ustedes lo denunciaron a Alberto Fernández —le recuerdo.

—Sí —dice el vocero—, porque Fernández era no solo el que manejaba la campaña del kirchnerismo, sino también el que decidía lo que se hacía en *Télam*. Me acuerdo que la conferencia nuestra la encabezó Fernando Melillo, que dijo: «Todo esto es obra de Alberto

Fernández». Y seis meses después, Fernández se lo llevó con él al Gobierno.

Méndez se ríe. Dice que ese era el modus operandi del jefe de Gabinete: desplumar a Carrió.

—Primero se la llevó a Graciela Ocaña —recuerda—, después a Melillo, a «Balito» Romá, a Héctor Timerman… Todavía me acuerdo de lo de Timerman: estábamos con él y Carrió en el dormitorio de ella, donde tiene todos los papeles, y de golpe a él le suena el celular y sale. Cuando vuelve, nos dice con cierto gesto de gravedad: «Alberto Fernández. Quiere verme en la Casa Rosada». «Qué querrá», le dice «Lilita». Un mes después ya era el cónsul en Nueva York del kirchnerismo.

En realidad, todo el arco político se veía sometido a la lógica de la cooptación con la que Fernández engrosaba las filas del oficialismo: los «transversales», los radicales K, los «lilitos» captados y hasta algunos ex macristas como el caso emblemático del doctor Eduardo Lorenzo Borocotó, el diputado que una noche salió electo por el PRO y al día siguiente se despertó kirchnerista, gracias a Alberto, y hasta se sacó una foto con Kirchner que mereció el repudio generalizado de la opinión pública.

Pero volvamos a Olivera y la falsa acusación de las cuentas bancarias. El vocero Méndez recuerda otra coincidencia llamativa en aquella trama. Cuatro meses antes de las elecciones, seis hombres irrumpieron en el edificio de la calle Cerrito al 1300 en el que el candidato tenía sus oficinas. Iban armados y a cara descubierta, y no les preocupó que el sereno los viera. Lo obligaron a abrir distintos despachos, incluido el del candidato, de donde se llevaron el monitor de su computadora y unos vueltos de la caja chica. Los hombres que revolvieron esa oficina con la impunidad de quienes no necesitan ocultar sus rostros no parecían ladrones comunes. ¿Eran agentes de la SIDE? ¿Buscaban pruebas entre los papeles de Olivera para incriminarlo? Aunque el hecho fue denunciado ante la Policía Federal, el candidato, radical al fin, no quiso ligarlo con lo que ocurrió después.

—Como entraron en varias oficinas… —se encogía de hombros.

Esa ingenuidad saca de sus casillas al vocero Méndez.

—Le pedimos a Enrique que le hiciera un juicio a Bravo, el de la denuncia ante la Oficina Anticorrupción —me cuenta—. Y se lo ganó dos años después. ¿Pero sabés qué es lo único que le pidió?

—¿Qué?

—Que Bravo le pidiera disculpas. Y con eso se arreglaba todo. ¡Nos agarró una calentura cuando nos enteramos!

El escrito presentado por Bravo decía: «Fui utilizado

involuntariamente. Hago extensivas mis disculpas al agraviado y a su familia, haciéndolas extensivas al partido que representa, ratificando mi opinión de que Enrique Olivera es un hombre de bien con una conducta intachable». Cuando Olivera falleció, en 2014, incluso *Télam* le dedicó una necrológica muy respetuosa.

Tan afectado quedó Méndez con toda esta historia que alguna vez la volcó al papel, a modo de exorcismo, aunque esa pieza sigue siendo algo inédito.

—Lo de Olivera —evalúa— fue la mayor operación política y de Inteligencia contra un candidato en los últimos años, y la hizo Fernández…

—¿Cómo lo vivió Carrió?

—Ella siempre se caga de risa, dice que no se asusta. Pero la procesión va por dentro, obvio.

A pesar de los votos perdidos por Carrió, los «pingüinos» del gabinete aprovecharon la victoria de Macri y el tercer puesto de Bielsa para burlarse de Alberto.

La noche de la elección, mientras Kirchner le ordenaba al jefe de Gabinete que saliera a dar la cara por ese traspié, había otros integrantes de la mesa chica refregándose las manos.

En un momento, en el búnker del Hotel Intercontinental apareció la imagen del triunfante Macri por televisión, rodeado de colaboradores como Cristian Ritondo, Diego Santilli y Daniel Amoroso, todos peronistas de la Capital.

Cuentan que Carlos Zannini, el influyente secretario de Legal y Técnica, chicaneó a Fernández:

—¿Cómo? ¿Vos no eras el jefe del peronismo porteño? ¡Están todos ahí!

Alberto masculló, rojo de furia:

—Estos hijos de puta ya van a ver. Mejor que se retiren de la política.

Bielsa me habla de su papel en aquella campaña escandalosa.

—Yo estuve afuera de todo ese tema —dice—. Lo conocía a Enrique Olivera y no me cerraba lo de las cuentas en el exterior…

—¿Lo hablaste con Fernández?

—Lo debemos haber hablado, no recuerdo, a mí no me gustaba meterme en eso. Enrique era un hombre honorable.

—Lástima que lo acusaron de lo contrario.

—A mí me querelló por algo que dije en televisión sobre su relación con el financista saudí Gaith Pharaon, pero después lo solucionamos hablando, como caballeros.

Bielsa también se sintió incómodo en otra elección que se dio en

simultáneo en ese mismo año 2005, la que en la provincia de Buenos Aires enfrentó a Kirchner con su ex padrino Duhalde. Las esposas de ambos, Cristina e Hilda «Chiche» González, se postulaban a la Cámara de Diputados en la que se llamó «la madre de todas las batallas» por lo que se definía en ella: la jefatura del peronismo, por entonces aún discutida entre el patagónico y el bonaerense.

La bajada de línea de Alberto, también dispuesto a sepultar a Duhalde, su antiguo jefe, era que no había lugar para los neutrales.

Pero Bielsa, quien no había tenido problemas en criticar a Olivera, esta vez se plantó.

—Les dije: «No, esto yo no lo hago». Yo tenía un buen concepto de Duhalde y me cayó mal que Cristina hablara de Francis Ford Coppola, que lo comparara con *El padrino*.

Tampoco el ministro Lavagna aprobó la embestida K contra su antiguo jefe y fue despedido semanas después de la elección. La explicación que le dieron, ya se dijo, era que el Presidente quería asumir personalmente la conducción de la economía. Pero también pesaba el agravante de su prescindencia en la gran batalla bonaerense.

Bielsa, el otro díscolo, abandonó la Cancillería para asumir su banca de diputado.

En esa campaña en la Provincia, donde Duhalde supuestamente jugaba de local, CFK terminó imponiéndose por 25 puntos contra «Chiche»: 44 a 29. Ya nadie se atrevería a dudar del poder de quien alguna vez había sido llamado «Chirolita».

En el discurso del triunfo, la ganadora se burló: dijo que fue más difícil subir al escenario esa noche, obstaculizada por sus fans, que ganar la elección. Había sido un paseo.

En rigor, los Duhalde ya debían sospechar cómo terminaría su relación con los K el mismo día en que Néstor asumió la Presidencia y ellos fueron expulsados de la ceremonia. «Chiche» lo reveló hace poco: «En el momento en que Eduardo le estaba poniendo la banda a Kirchner, vinieron a desalojar a toda mi familia del palco».

El poder de los K era total y no había nadie que se animara a desafiarlos. Y Fernández, el socio del matrimonio, estaba encantado con su rol de «comisario político», como lo habíamos bautizado en una tapa de *Noticias*.

—Es maravilloso que me llamen así —les explicó a sus amigos, convirtiendo la crítica en elogio.

Jorge Bergoglio, el Papa, también es parte de este capítulo. En la era K, cuando era arzobispo de la ciudad de Buenos Aires y jefe de la Iglesia argentina, su vocero, el padre Guillermo Marcó, me narró la siguiente historia.

En 2006, cuando faltaba una semana para el tedéum del 25 de Mayo en la Catedral porteña, a Bergoglio lo llamó «uno de los dos Fernández», según Marcó, quien enseguida se impuso un freno: «Pero no me preguntes cuál».

—Monseñor —le dijo Fernández, Alberto o Aníbal—, lo llamo porque el Presidente está dudando en ir al tedéum este domingo…

—¿Por qué? —preguntó Bergoglio—. Sería una lástima que no viniera.

Fernández le transmitió el mensaje:

—¿Sabe lo que pasa? Está preocupado por algunas de las cosas que usted va a decir en su homilía. Las considera injustas…

Bergoglio sintió un escalofrío.

Preguntó:

—¿Pero cómo sabe él lo que dice la homilía?

Fernández evade el interrogante:

—Mire, lo único que le pide el Presidente es que no sea injusto con él. Quiere ir el domingo…

Después de cortar, Bergoglio se quedó pensando. Nadie aún había tenido en sus manos el escrito que pensaba leer en el tedéum, dentro de pocos días… Nadie salvo él y sus colaboradores de máxima confianza. Entonces, ¿cómo obtuvo ese texto el Presidente?

Kirchner ya lo señalaba como «el jefe de la oposición» y Bergoglio, por su parte, odiaba el estilo siempre pendenciero de ese caudillo llegado de la Patagonia. Había una cuestión de piel por la que los dos se repelían, pero hasta entonces el Presidente nunca había llegado tan lejos: hacerle saber a su adversario que lo estaban espiando violaba las más básicas normas de convivencia.

Bergoglio buscó entre sus papeles la homilía que había escrito con su máquina Remington, y que María Luisa, la secretaria del arzobispado, había pasado en limpio a la computadora hacía dos días. Solo de ahí pudieron haberlo extraído los espías kirchneristas. Lo habían hackeado.

El padre Marcó, el otro yo del cardenal, me contó:

—Ese texto no lo tenía nadie. Siempre se lo dábamos a la Casa Rosada y a la prensa un día antes del tedéum, pero esto fue anterior: no lo tenía nadie todavía…

—¿Confirmaron que la computadora de Bergoglio estaba hackeada? —pregunté.

—Sí —dijo Marcó—. Yo conseguí una empresa de esas que revisan los teléfonos y las computadoras. Y lo que detectaron es que la PC que usaba Bergoglio estaba intervenida. Los teléfonos también.

—¿Cómo tomó Bergoglio el hecho de que lo hubieran hackeado?

—Ya venía sospechando que lo vigilaban. Cuando alguien

importante lo visitaba en el arzobispado, ponía música funcional de fondo para que la SIDE no pudiera escuchar lo que conversaban. Música funcional o también religiosa.

—¿Algún recaudo más?

—Después de enterarnos de que estábamos pinchados, algunos temas ya no los hablábamos por teléfono. Además, cuando nos referíamos a Kirchner o Cristina, usábamos sobrenombres para despistar…

—¿Qué sobrenombres?

—No me gusta decirlos. Parecidos a los que usa la gente…

Marcó se sonrió. ¿Le dirían «El Loco» o «El Vizcacha» al Presidente? ¿Tratarían de «La Reina» a CFK?

Hay que volver al tedéum del 25 de Mayo que motivó el llamado de uno de los Fernández. Esta vez, en contra de lo acostumbrado, Bergoglio no le adelantó un día antes su discurso a la Casa de Gobierno. ¿Para qué, si Kirchner ya sabía qué pensaba decir? A los medios tampoco les anticipó el texto, acaso para impedir alguna filtración indeseada.

Era la primera vez que tomaba esa medida.

El domingo del tedéum, el Presidente y CFK dieron el presente en la Catedral que estallaba de fieles, funcionarios y periodistas. Sentados en la primera fila, frente al púlpito, escucharon las amargas amonestaciones del arzobispo.

—Desdichado el vengativo y rencoroso —azotó Bergoglio—, el que busca enemigos y culpables solo afuera para no convivir con su amargura y resentimiento, porque con el tiempo se pervertirá, haciendo de esos sentimientos una pseudoidentidad, cuando no un negocio…

El Presidente escuchaba con expresión tensa y elevaba su mirada hacia la cúpula. Alberto Fernández tomaba nota en una libreta, concentrado en cada palabra.

El cardenal hackeado continuó:

—Felices si somos perseguidos por querer una patria donde la reconciliación nos deje vivir, trabajar y preparar un futuro digno para los que nos suceden. Felices si nos oponemos al odio y al permanente enfrentamiento…

Kirchner entrecerró los ojos. Fernández siguió tomando nota.

—¿Cuántas veces —volvió a golpear Bergoglio— hemos caído los argentinos en la malaventuranza del internismo, de la constante exclusión del que creemos contrario, de la difamación y la calumnia como espacio para la confrontación y el choque?

El Presidente ya parecía absorto y resignado. Su jefe de Gabinete había dejado de anotar.

Bergoglio clavó otro puñal:

—¿Cuántos de estos caprichos y arrebatos de salida fácil, de «negocio ya», de creer que nuestra astucia lo resuelve todo, nos han costado atraso y miseria? ¿No reflejan acaso nuestra inseguridad prepotente e inmadura?

Cuando la homilía llegó a su fin, Kirchner abrió los ojos y emergió de su pesadilla. Cristina, a su lado, seguía muda. Alberto cuchicheaba por lo bajo con el otro Fernández del Gabinete, Aníbal, para coordinar una respuesta oficial ante el cachetazo que acaba de recibir el Gobierno.

Los colaboradores de Bergoglio, guiados por el vocero Marcó, repartieron —ahora sí— el discurso entre los periodistas. También les entregaron dos copias a los Fernández.

Ahora que Bergoglio había terminado de hablar, ya podían tenerlo. Y compararlo con el texto que habían hackeado: a pesar de la advertencia telefónica, monseñor no había cambiado una coma. ¿Qué esperaban de él?

Un rato después, los funcionarios salieron a responder y a bajarle el precio al asunto.

Alberto, que había tomado nota de todo, explicó:

—No es para el Gobierno. Es un mensaje para todos los argentinos, para toda la ciudadanía.

Aníbal, el otro Fernández, coincidió:

—Fue un mensaje muy importante. A los que sostienen que fue contra el Gobierno les debe caber el sayo de desinformadores mercenarios.

Daniel Filmus, el ministro de Educación, se sumó a la tarea de tapar el sol con la mano:

—De ninguna manera lo vimos como una crítica al Gobierno. No fue duro, todo lo contrario. Ha planteado los temas de la Argentina de hoy.

Solo el diputado Miguel Bonasso, por entonces aún kirchnerista, se permitió disentir:

—¿Si fue contra el Gobierno? Los jesuitas tienen una facilidad para matizar lo que dicen…

Y sí, Bergoglio era jesuita: religioso y político en simultáneo. Sus palabras, que estaban en sintonía con la descripción que la oposición hacía del kirchnerismo, dejaban poco librado a la imaginación: rencor, confrontación, ánimo vengativo, choque, resentimiento, «negocio ya»… Y también, claro, persecución.

Aquel fue el último 25 de Mayo que el arzobispo celebró el tedéum en la Catedral porteña. Por consejo de Horacio Verbitsky, los Kirchner en adelante mudarían el evento a distintas iglesias del interior del país

donde el párroco de turno les garantizara un trato más benevolente. Y así el futuro Papa, desairado, se quedó afuera de la fiesta patria.

Cristina, ya viuda, se disculparía en nombre de su marido cuando muchos años después decidió acercarse a Su Santidad en el Vaticano. En su libro *Sinceramente*, ella reproduce lo que le dijo a él: «¿Sabe qué creo que pasó entre ustedes, Jorge? En el fondo, creo que la Argentina era un país demasiado chico para ustedes dos juntos».

Extraña lógica.

Si los adversarios de los Kirchner la pasaban mal cuando el poder del matrimonio era casi absoluto en esos primeros años, también los señalados por Fernández sufrían los ataques del poder. Lo sabe de sobra Miguel Ángel Toma, acaso el primero en la lista negra del jefe de Gabinete. Ya se dijo que Toma lo había denunciado en sus tiempos de la Superintendencia de Seguros, que luego le dio la espalda cuando Fernández quiso sumarse a la boleta porteña de Macri y que por último le negó una contribución en negro de la SIDE a la campaña K para la que recaudaba el otro. Demasiados problemas entre los dos.

En 2004, cuando Alberto se enteró de que el Grupo Techint, al mando de Paolo Rocca, colaboraba con una fundación de Toma que publicaba una revista especializada en Relaciones Internacionales, hizo lo posible para arruinarle ese negocio a su rival. Aprovechó un acto en el que el Presidente anunció una inversión con la que Techint ampliaría su planta en Campana y pidió un aparte con Rocca.

—Néstor y yo queremos hablar en privado unos minutos con ustedes.

Rocca accedió, acompañado por su mano derecha, Luis Betnaza, y escuchó el reclamo:

—Queremos decirles que están financiando a un enemigo público nuestro.

—¿¡Cómo!? —se extrañó Rocca, asustado por lo enorme de la acusación.

Kirchner observaba en silencio, mientras Fernández continuaba:

—Sí, están financiando la fundación de Toma, que es un enemigo manifiesto.

Betnaza pasó a explicar:

—No, mire, nuestro grupo sostiene a distintas fundaciones. También está Red Solidaria, de Juan Carr, o la de Jesús Rodríguez.

—Ya sé, con ellos no tenemos problemas —distinguió Alberto.

Rocca intervino:

—La fundación de Toma saca una revista muy sólida. Y él es un tipo recto, es amigo…

—No, para nosotros es una amenaza —se mantenía irreductible

Fernández—, ustedes eso tienen que saberlo…

A Rocca se le acabó la paciencia:

—Tomamos nota, está bien. Pero a nuestros amigos los seguimos eligiendo nosotros.

Y se despidió de Fernández y Kirchner con un rápido apretón de manos y un seco «chau».

Después de esa escena, que Toma conoció de boca de Rocca y Betnaza, las relaciones entre Techint y el kirchnerismo se enfriaron.

Por la misma época, el ex jefe de la SIDE de Duhalde sufrió un segundo apriete. Fue cuando otro de sus amigos, Lon David Augustenborg, el delegado de la CIA en Buenos Aires, fue citado por el subsecretario de Inteligencia del kirchnerismo, José Francisco «Paco» Larcher.

El anfitrión lo recibió con gravedad:

—El Presidente y el jefe de Gabinete están preocupados…

—En qué puedo ayudar —se ofreció el norteamericano.

El «pingüino» Larcher enumeró:

—Usted es muy amigo de Toma. Es más, juegan juntos al golf en Los Lagartos, el country donde él vive. Van al cine con sus mujeres, comen asados…

El de la CIA lo escuchaba sin poder creerlo. Le estaban avisando que los espiaban.

Larcher continuó:

—Además, Toma es un enemigo nuestro. Nos amenaza permanentemente con divulgar secretos de Estado que pueden poner en peligro al país…

¿Se refería a la plata que la SIDE duhaldista no había puesto para la «vaquita» de la campaña K?

Longenberg finalmente habló, y con la marcialidad de un anglosajón:

—Es cierto, tenemos buena relación con él. Y para nosotros es intachable.

—Sí, Pero Kirchner y Alberto Fernández están preocupados —insistió el espía «pingüino».

—Mire —respondió el norteamericano—, todo eso póngalo por escrito, porque no lo voy a contestar yo, lo contestará Langley.

Se refería a la sede de la CIA en el estado de Virginia.

Y por si quedaban dudas, agregó:

—Porque Toma no es amigo mío, es amigo nuestro.

Larcher reculó con rapidez:

—No, no era para tanto. Solo quería decirle…

Toma fue advertido también de este entredicho por su colega de la

CIA.

Algo más le pasó en esos primeros tiempos del kirchnerismo: por indicación del Presidente y su jefe de Gabinete, el Consejo Nacional del PJ decidió la intervención del partido en la Capital —hasta entonces comandado por él—, porque argumentaba que la alianza peronista con Macri en la boleta porteña de 2003 no reflejaba la política del movimiento.

—¡Pero si el propio Alberto se quiso subir a esa boleta! —se divierte aún hoy Toma, entre amigos.

El nuevo titular del PJ porteño fue Víctor Santa María, el líder del gremio de los porteros y aliado de Fernández.

La obsesión de Alberto por el peronismo de la Capital se explica porque siempre vio a ese territorio como su trampolín al poder propio y no delegado. Como funcionario de los Kirchner, estaba a tiro de un pedido de renuncia. ¿Pero quién podía recriminarle errores o darle órdenes a un líder con poder territorial? Si alguna vez llegaba al Gobierno de la ciudad, él sería su propio jefe.

Ese era su anhelo íntimo por entonces, lejos aún de la concreta posibilidad actual de ser presidente.

Bielsa me explica:

—Alberto siempre quiso jugar en Capital y ser «Juan con tierra». Porque siempre fue «Juan sin tierra», tenía poder, pero prestado.

—¿Sentía que podía ganar la Jefatura del Gobierno porteño?

—Seguro. Él fue el jefe del PJ porteño en los hechos, aunque hubiera puesto a otro. En Capital, se hacía lo que decía Alberto.

Lo cierto, sin embargo, es que las encuestas de intención de voto nunca acompañaron ese proyecto personal. Artemio López, el mago que cosechaba números altísimos en los sondeos para sus jefes, los Kirchner, por algún motivo no lograba repetir la performance cuando medía a Fernández.

Artemio le dijo con toda crudeza:

—Alberto, yo no puedo hacer milagros…

Fue solo uno de los motivos por los que se pelearon.

El otro fue que Vilma Ibarra, la nueva novia de Fernández, hermana del intendente, Aníbal, tampoco despegaba en esos sondeos. Alberto la hubiera preferido a ella como candidata en 2005, en vez de Bielsa.

Supe del enojo del jefe de Gabinete con el encuestador de la corona por esos mismos días, cuando entrevisté al segundo.

Artemio se venía quejando en el reportaje:

—De lo que me pagan por mi contrato, la mitad se va en impuestos. Y después tenés los costos. ¡Así no se puede laburar! Además, en el Gobierno se atrasan muchísimo con el pago, a veces pasan tres meses…

—¿Y no te quejaste? —lo animé.

Artemio estaba fuera de sí:

—¿Con quién? ¿Con Alberto Fernández? ¡Fernández no atiende los teléfonos! ¿Probaste vos hablar con él?

—Él ya no habla con *Noticias*.

—¡Fernández no atiende los teléfonos! Mirá, para que veas…

Artemio manoteó su celular y marcó el número del jefe de Gabinete. Del otro lado se escuchó el contestador automático.

—¡No hay forma de que te atienda! —gritó el encuestador, que tenía contrato, como otros colegas, justamente con la Jefatura de Gabinete.

—¿Te peleaste con Fernández? —le pregunté.

Resopló:

—No fue una pelea… Yo no estoy a su altura, no tengo tanto poder. Fue un intercambio de opiniones sobre los candidatos para la Capital…

—Ya veo.

—A veces les molesta mucho más una imagen personal que no satisface sus expectativas que un problema socioeconómico. Lo peor de este laburo es el trato con los políticos…

Recién mencionamos a Vilma, a quien los «pingüinos» del Gabinete por entonces ya llamaban «la segunda dama» porque noviaba con el segundo de Kirchner, Alberto. Cuando la senadora apareció en su vida, él se separó en forma fulminante de Marcela Luchetti, su esposa por ocho años y la madre de su hijo Estanislao.

Vilma y Alberto se conocían de antes, de los tiempos compartidos en la Legislatura porteña, y él siempre sintió debilidad por esa morocha de ojos verdes a la que señalaban por una supuesta relación con su jefe político, el vicepresidente Carlos «Chacho» Álvarez, un tema que incluso llegó a la tapa de la revista *La Primera*, de Daniel Hadad. Según uno de los amigos de Alberto, «ella lo tenía embobado desde hacía tiempo, pero nunca le dio bola». Era inalcanzable.

Pero en 2003, claro, los dos tuvieron que sentarse cara a cara para negociar el apoyo de los Kirchner a la reelección de Aníbal Ibarra como jefe del Gobierno porteño y los cargos que a cambio de eso cedería el ex frepasista en su administración.

En esos escarceos políticos de tira y afloje, en los que Vilma defendía los intereses de su hermano y Alberto los de los K, se encendió la chispa. Y poco después, los sorprendieron cenando en un restó de Puerto Madero, con luz tenue y palabras susurradas. Cuando ese encuentro fue relatado por *Noticias*, el jefe de Gabinete montó en cólera.

—¡Me quieren destruir! —lo escucharon quejarse los suyos—. Me mostraron como un ogro que hasta usaría a Vilma para lograr un rédito

político…

Nada parecido a eso se había dicho en la nota.

¿Qué opinaba del tema Cristina, que solía señalar con el dedo a los funcionarios kirchneristas que cambiaban a sus mujeres por amantes más jóvenes, y hasta culpaba a su marido por esas desprolijidades?

Según publicó la periodista Cynthia Ottaviano en su libro *Secretos de alcobas presidenciales* —antes de convertirse en defensora del Público del gobierno K—, la reacción de la primera dama en los casos anteriores al de Alberto y Vilma había sido siempre la misma:

—¡Vos los apañás porque sos igual a ellos! —le recriminaba a Kirchner.

Uno de «ellos» era el poderoso ministro de Planificación Federal, Julio De Vido, quien en los tiempos de Santa Cruz se había separado de su primera esposa para comenzar un romance con la actual. Otro era Héctor Icazuriaga, el secretario de Inteligencia, autor de un cambiazo similar. Y también estaba el otro Fernández, Aníbal, quien en paralelo a su matrimonio luego roto había tenido una hija con su secretaria.

Con ninguno de ellos CFK mostraba algo de piedad o comprensión.

Pero Alberto era distinto. Era su preferido, su «cristino». Y también Vilma, compañera de Cristina en el Senado, y tan aguerrida como ella, le caía en gracia.

Así que la jefa les dio su bendición.

Lo cierto es que, al lado de Vilma, Alberto se sintió tan feliz como para dedicarle este poema inspirado y sin rimas: «Durante toda la mañana pensé en vos… Me lamenté de no haberte mandado mi mail diario… Recién ahora puedo hacerlo… Te he dicho verbalmente que te extraño, que te amo, que te necesito, que cada vez detesto más dejarte, que cada vez añoro más encontrarte… Ahora te lo escribo, con un solo propósito: dejar constancia… Dejo constancia ante vos, que sos la única persona que quiero que sepa todo lo que la extraño, todo lo que la amo, todo lo que la necesito, todo lo que detesto dejarte, y todo lo que añoro encontrarte… Dejo constancia… te amo… más que ayer… pero menos que mañana».

Los versos del poeta se hicieron públicos no por decisión suya, sino porque una banda de hackers violó su computadora y el material llegó a manos del periodista Edgar Mainhard, quien lo publicó en su sitio *Edición i*. Como jefe de esa banda se lo señaló a Juan Bautista «El Tata» Yofre, el ex titular de la SIDE de Menem y paradójicamente también amigo de Fernández. Yofre y varios periodistas cercanos a él, entre ellos Mainhard, fueron procesados por la Justicia, aunque finalmente resultaron absueltos.

Por esos tiempos de mariposas en el estómago, el jefe de Gabinete

desempolvó unas canciones que había escrito en su temprana juventud y las grabó en el estudio de un productor amigo, Oscar Laiguera, para ofrendárselas a su novia y también enviárselas a su ídolo Litto Nebbia, aquel que le había enseñado a tocar la guitarra a los 14.

Nebbia, ya se dijo, tuvo la gentileza de hacerle una devolución. Son varias carillas en las que el músico distingue entre las canciones interesantes y las olvidables, y que Fernández guarda como un tesoro, como el recuerdo de la primera noche con la morocha de los ojos verdes.

Vale la pena citar algunas de esas letras. En *Cuentan*, escrita en 1983, Alberto canta: «Cuentan que en las fronteras de un país que no conozco los periódicos no exhiben los despojos». Y el estribillo repite: «Cuentan que hay marionetas enredadas en sus hilos, que se anudan a este mundo por sus hijos».

Un año después, a los 15, compuso *Los caminos hacia el cielo*, que dice: «Quiero dejar escrito en un papel cómo es mi vida, si no entendés lo que hoy te digo no te asustes, porque mañana te llevarás un poco de mi dicha para gozarla». «Quién va a hacer algo por mí, quién me va a mostrar, cuando me muera, los caminos hacia el cielo», se plantea el adolescente Alberto, atormentado por las preguntas existenciales.

En *Contracara*, el novio de Vilma canta: «Aquí estoy y, aunque no quieras, voy marchando entre la nada, voy en busca del refugio donde esconder mi esperanza».

Sí, Fernández podía escribir los versos más tristes. Y también montar las peores operaciones.

«Puedo ser Presidenta y vice»

Cristina y Alberto están reunidos en la oficina del jefe de Gabinete. De pronto, entra Eduardo Roust, el vocero de él, y deja sobre el escritorio un ejemplar recién salido de *Noticias*.

Ella ve su imagen en la tapa.

Lee el título: «¿Está bajo tratamiento psiquiátrico?».

Y debajo del título, este texto: «Sus ausencias prolongadas y sus repentinos cambios de ánimo ahora tendrían una explicación. Fuentes cercanas a la primera dama aseguran que está en tratamiento por trastorno bipolar. Habla uno de los psiquiatras que atienden el caso».

CFK le señala la tapa a Alberto.

Y dispara:

—Trastorno bipolar, qué bueno… Ahora puedo ser Presidenta y vice.

Fernández se ríe de la broma que busca bajarle el precio a la revelación periodística. Y luego, para variar, insulta a la revista.

Corre noviembre de 2006 y aquel chiste premonitorio de la jefa —que en ese momento ya aspira a lo primero, la Presidencia, y ahora va por lo segundo, la parte de ser vice— sale publicado en el sitio web *Data54*, de Jorge Lanata, ya sin aire en la TV abierta por decisión de Alberto y los Kirchner.

No queda claro si realmente ocurrió así, o si se trató solamente de la fantasiosa versión con la que Fernández, fuente habitual de Lanata, buscó burlarse de un dato que más bien merecía una confirmación o desmentida oficial. Pero la frase de CFK es tan redonda que, hay que admitirlo, merece haber existido.

La tapa de *Noticias* que provocó esa reacción real o imaginaria me llevó semanas de investigación. Las fuentes a las que consulté coincidían en el nombre de un psiquiatra, Alejandro Lagomarsino, la mayor eminencia en trastorno bipolar de la Argentina. Pero necesitaba la confirmación de boca de él. Así que lo llamé para entrevistarlo sobre su trabajo, con la intención de preguntarle sobre CFK.

Me citó en un restorán de Palermo, a pasos de su consultorio, y se puso algo incómodo cuando le pregunté si tenía pacientes famosos. Dijo que sí, pero que no podía revelar quiénes.

Se lo impedía el secreto profesional.

Entonces le pregunté por Cristina. Le dijo que sabía que se atendía con él.

Se quedó helado. Alcanzó a musitar que no todos los casos de trastorno bipolar eran igual de graves, algunos cuadros eran más leves.

Ante mi insistencia, imploró:

—Entendeme, de esto no puedo hablar… Aunque vos apagues el grabador, no puedo hablar.

Sin querer, por descuido, me había confirmado que atendía a CFK.

En ese momento no publiqué su nombre porque era evidente que no había querido romper el secreto profesional. Sí escribí sobre el trastorno de ánimo de la primera dama y ya candidata presidencial, una enfermedad que padecen entre tres y cuatro de cada cien personas y que se caracteriza por las periódicas oscilaciones entre etapas de euforia y otras de depresión, vaivenes que son suavizados con una adecuada terapia y medicación.

Recién en octubre de 2015, el reconocido periodista y médico Nelson Castro dio a conocer el nombre del psiquiatra de CFK en su libro *Secreto de Estado*, en el que tuvo la generosidad de citar mi investigación y entrevistarme. Tras esa revelación, aportada a Castro por un colega y amigo de Lagomarsino, mi compromiso de no mencionarlo quedó superado. Lagomarsino había fallecido un tiempo antes, a causa de un cáncer de colon.

En su libro, Nelson Castro reprodujo el siguiente diálogo con el psiquiatra amigo de Lagomarsino que le confirmó la historia, y cuyo nombre preservó por cuestiones de seguridad.

—¿Lagomarsino la trató mucho tiempo? —preguntó Castro.

—Me parece que no —dijo el psiquiatra—. Al menos no todo lo que él hubiese querido. No era sencillo atender a la Presidenta.

—Teniendo en cuenta lo que Lagomarsino hablaba con sus colegas y compañeros más cercanos, ¿cree que lo perturbó tenerla como paciente? ¿Afectó su vida personal o profesional de alguna manera?

—Sí, lo perturbó.

—De lo que usted sepa y me pueda referir, ¿el tratamiento que se le indicó a la Presidenta fue exitoso? ¿Resultó dentro de los parámetros corrientes?

—No lo sé. Lo que sí puedo decir es que terminó antes de lo estipulado. Debió extenderse por más tiempo. Tampoco sé si ella continuó su tratamiento con otro colega.

—¿Un paciente con trastorno de bipolaridad amerita un tratamiento prolongado?

—Por supuesto. Diríamos que de por vida.

Antes de esa confirmación adicional, otros hechos también habían arrojado luz sobre el asunto. El primero, en 2010, fue la filtración del sitio digital *WikiLeaks* de un cable firmado por Hillary Clinton, la

secretaria de Estado del presidente Barack Obama, dirigido a la embajada norteamericana en Buenos Aires. El cable pedía investigar sobre la «salud mental» y los «estados de ánimo» de la Presidenta argentina, y determinar qué medicación tomaba.

Otro hecho confirmatorio ocurrió en 2014, cuando el jefe de la Unidad Médica Presidencial, Luis Buonomo, admitió ante *Noticias* que a Cristina le habían recetado el remedio Valcote luego de su operación en la cabeza por el hematoma subdural detectado seis meses antes. Aunque Buonomo no lo aclarara, es un anticonvulsivo que se receta como estabilizador del ánimo en los cuadros de trastorno bipolar. Ese es su uso más extendido. Quien se lo recetó fue el popular neurólogo Facundo Manes, a cargo del tratamiento por esos días.

En su libro *Sinceramente*, Cristina desmiente la información sobre su trastorno bipolar y dice que en *Noticias* la confundimos con su hermana, Gisele Fernández, quien sí padece esa enfermedad. Pero lo cierto es que no hubo tal confusión ya que la investigación hablaba de ambas hermanas y decía: «Los psiquiatras coinciden en que el trastorno bipolar es una enfermedad con un alto componente genético, es decir que puede darse en distintos miembros de una familia».

Hasta Alberto Fernández, cuando ya se había distanciado de CFK, hablaría de su atormentada psiquis y le dedicaría una carta abierta en la que la acusaba de «vivir en su mundo dual». También señalaría: «Cristina tiene una enorme distorsión sobre la realidad. Llegó a decir que Alemania estaba peor que nosotros en materia de pobreza. Sostuvo hasta el final que el cepo no existía y que la inflación no es importante. Eso es negación, es una negación terca, por momentos absurda».

«Negación absurda», «distorsión de la realidad», «mundo dual»… Por lo visto, no era el mismo Alberto que con gusto se había burlado de aquella primera investigación sobre CFK que publicamos en noviembre de 2006, cuando la primera dama aún se mostraba como una candidata en ciernes y no como la Presidenta que luego se haría famosa por su estilo impulsivo y megalómano.

Volvamos al momento de esa tapa, cuando Néstor Kirchner ya jugaba a las adivinanzas con aquello de que el próximo presidente sería «pingüino o pingüina», y Alberto estaba al frente de los que impulsaban la segunda opción.

Eduardo Duhalde, el ex padrino del patagónico, cuenta que charló con él al respecto.

—Con lo de «pingüina», ¿vos me estás hablando de Cristina? —le preguntó.

—Y sí, ¿de quién voy a hablar? —le confirmó sin vueltas Kirchner.

Duhalde se quejó:

—Vos me dijiste que es bipolar, ¿te acordás?

A lo que Néstor habría respondido:

—Pero voy a gobernar yo desde Olivos y ella va a hacer lo que sabe hacer.

El propio Duhalde le narró la escena a Jorge Fontevecchia en un reportaje para el canal Net TV y el diario *Perfil*.

Y en otra entrevista, con Jorge Lanata, en Radio Mitre, contó cómo Kirchner le había confiado la verdad sobre el trastorno de CFK: «Me lo dijo él, no me lo contaron. Una vez estábamos en Santa Cruz, ella gritaba con gente que no sé quiénes eran y Kirchner salió diciendo eso…».

Era un presidente diciendo que otro presidente le había contado que una tercera presidenta, esposa del segundo, sufría un trastorno mental.

En el exterior jamás lo creerían.

Kirchner tenía otra frase para justificar que su esposa lo sucediera por un período de gobierno.

—Si me presento yo, en cuatro años no tengo reelección y se termina todo —les explicaba a sus funcionarios—. Pero si va ella, aunque haga un gobierno de 4 o 5 puntos, después yo vuelvo caminando.

El plan, como venían discutiendo desde siempre, era alternarse. Alternarse para durar más.

—Va a ser primero él y después yo —le había avisado CFK a Julio Bárbaro, como se contó en otro capítulo.

A Fernández le gusta presentarse como el hombre detrás de la idea, pero lo cierto es que los Kirchner ya lo tenían todo discutido cuando aún él no era importante en el espacio.

Ahora le tocaría a ella. Y si las cosas se complicaban, siempre estaba Kirchner para volver.

Además, Alberto seguiría siendo el jefe de Gabinete en el que ambos podrían apoyarse, porque era, como lo llamaban, «el disco rígido del Gobierno».

En las primeras semanas del año electoral que asomaba, 2007, el matrimonio terminó de definirlo. Fue en una reunión en la Quinta de Olivos, con Fernández de testigo, entre otros funcionarios, uno de los cuales me relató la escena.

En la sobremesa de la cena, cuando surgió el tema, Kirchner lo llamó a su médico Luis Buonomo por teléfono:

—¿Cómo me ves para cuatro años más?

—Para mí, no estás en condiciones —fue la dura respuesta—. No vas a aguantar.

Buonomo, como el resto del entorno, sabía que Cristina era la primera opción, pero Kirchner hasta último momento seguía

coqueteando con la posibilidad de un segundo mandato propio. El antipático comentario de su médico lo terminó de desalentar. La gastroduodenits con hemorragia que tiempo antes había sufrido en un hospital del Sur aún rondaba por la cabeza de todos los presentes. Había sido un susto mayúsculo.

Kirchner cortó el llamado y le dijo a CFK, riendo:

—Bueno, está definido, vas vos… ¡Dice que estoy hecho mierda!

Los presentes, todos integrantes de la mesa chica del Gobierno, también rieron. Cristina no.

Miró a su marido y le dijo:

—Yo soy candidata, pero con una condición.

—¿Cuál? —preguntó Kirchner.

Ella descerrajó estas palabras:

—Me sacás a la yegua de tu hermana y al chorro de De Vido.

—¡Epa! —se rio su marido, divertido por esos epítetos.

Ni Alicia Kirchner ni Julio De Vido estaban allí.

La futura candidata no soportaba a ninguno de los dos, aunque al menos su cuñada, la ministra de Desarrollo Social, era familia. Su permanencia en el Gobierno se podía negociar. Pero ¿por qué incluir a De Vido, el funcionario más sospechado de los primeros años de gestión kirchnerista, en el Gabinete que preparaba Cristina? Dejarlo afuera —y sin necesidad de echarlo, porque la excusa del cambio de mando era ideal para renovar el staff oficial— podía leerse como una señal de mayor transparencia a futuro.

La candidata no tenía pruebas para calificarlo del modo en que lo había hecho, pero acaso sentía que no las necesitaba: solo les daba crédito a las denuncias y a la acumulación de causas judiciales. No, De Vido no sería parte de su proyecto.

Ya en el pasado lo había discriminado cuando Kirchner necesitaba un postulante a la intendencia de Río Gallegos mientras iba por el sillón de gobernador de Santa Cruz, en 1991.

El elegido por él era su colaborador De Vido, pero ella lo fusiló con este argumento contundente:

—¿Cómo va a ser candidato? ¡Si no tiene nada a su nombre!

El postulante de Kirchner finalmente fue su tío, Manuel López Lestón, un ex funcionario del gobierno militar de Alejandro Lanusse que sí era un contribuyente ante el fisco y podía dar cuenta de algún patrimonio. Perdió en forma aplastante, aunque su sobrino logró imponerse como gobernador. De Vido, el candidato marginado y que aparentemente vivía en negro, nunca olvidaría esa afrenta.

En *Noticias*, por esos meses, dediqué varias investigaciones al ministro y su equipo de colaboradores. Una se tituló «La superbanda de

De Vido» y lo mostraba en tapa a él y a otros cinco funcionarios vinculados con la obra pública y la recaudación informal. Eran José López, Ricardo Jaime, el primo Carlos Kirchner, Claudio Uberti y Nelson Periotti. Hoy, los tres primeros están presos, el cuarto lo estuvo y salió libre y solo el último sigue invicto. Para la nota hablé con varios dirigentes y empresarios de la construcción y el transporte que en voz baja —pero alarmados— aludían al modus operandi impuesto por el kirchnerismo para hacer negocios con el Estado. Algunos advertían que los funcionarios de De Vido les exigían algo que bautizaron «el favor político», un original neologismo para definir a las coimas. Otro hombre de negocios me confió que un colaborador del hoy famoso José López —el de los bolsos llenos de plata del convento de General Rodríguez— le sugirió luego de una reunión en su despacho: «¿Y cuándo se va a afiliar al partido?». Y un funcionario de la gobernación de Río Negro agregó en *off the record* que los laderos del ministro de Planificación Federal les pedían una «garantía» del 15 por ciento cuando la Nación le adjudicaba alguna obra a la provincia. «Dicen que es la garantía por si no terminamos la obra. ¡Pero cuando la terminamos se lo quedan igual ese 15 por ciento!».

Los citados ejemplos hablan de la inventiva verbal del gobierno K para algo tan viejo y burdo como robar. Hasta para eso tenían «relato».

Además, entre los empresarios de la obra pública se había popularizado el chiste según el cual a De Vido le decían «celular», «porque para hablar, primero hay que poner el 15».

Unos días después de escribir esa nota tuve un encuentro informal con Carlos Grosso, el polémico ex funcionario menemista —y hoy consejero macrista— que por entonces asesoraba en las sombras a De Vido y su equipo. Me mencionó aquella portada y dijo:

—Esa bala pasó cerca, ¿eh? Rozó la yugular.

El Gobierno había acusado el impacto. Pero en tanto la Justicia y buena parte de la prensa siguieran mirando para otro lado, el asunto podía manejarse. Así ocurrió.

La familia de De Vido era otro problema. Su mujer, Alessandra «Lali» Minnicelli, había ocupado el cargo de síndica general adjunta de la SIGEN y lo escandaloso era que desde allí debía controlar al ministro. El cuñado, Claudio Minnicelli, apodado «El Mono», tampoco podía dejar de llamar la atención. Se había casado con la vedette Celina Rucci —la sobrina del gremialista asesinado por Montoneros—, pero no le avisó que para la luna de miel no podía salir del país por sus problemas con la Justicia: venía de quebrar un canal de cable en Santa Cruz.

Tuve el dudoso honor de darle la mala noticia a ella.

—Hasta ahora estuve trabajando a full, pero con Claudio nos

queremos ir a Brasil en los primeros días de marzo, cuando tenga un hueco —me estaba contando la vedette, feliz.

—Pero tu marido no puede salir del país —la corté.

—¿Qué? —se desesperó—. ¿De dónde sacaste eso? Es mentira, si ya nos fuimos a Cancún.

—¿Cuándo?

—A ver… hace más de un año.

—Eso lo explica. Porque el fallo del juez que le impide salir sin permiso es de hace seis meses.

—No puede ser… —La vedette estaba en estado de shock.

—Lo siento. ¿Él no te había dicho nada?

Facundo De Vido, «El Pollo», el hijo del ministro, también había sufrido un percance. Era el secretario privado de su padre pero tuvo que renunciar luego de una denuncia de tráfico de influencias que lo involucraba: figuraba como socio en una empresa de Rodrigo Fernández Prieto, el hijo del arquitecto que proyectaba diversas obras que debían ser aprobadas por De Vido padre. Mientras se defendía ante mis preguntas, Facundo soltó una frase que incriminaba a un familiar suyo, Claudio Minnicelli, «El Mono».

—¿Te seguís viendo con Minnicelli, el cuñado de tu padre? Porque eran muy amigos.

—Hace mucho que no lo veo, mi viejo tampoco.

—¿Se pelearon?

—Mi viejo no le dirige la palabra. Le contaron que «El Mono» fue a una empresa y que pidió cosas en nombre de él. Le hizo la cruz.

Facundo también integraba una banda, pero de rock. Era el guitarrista, cantante y compositor de Pista 2. Y además fue amigo —como mínimo— de la modelo Jesica Cirio, con quien abrió un spa en Palermo, Bielece. En los papeles, la que figuraba como socia de Cirio era Mariana de Dios, la ex esposa de Facundo.

«A Jesica la banca el hijo de De Vido», dijo el padre de la actual esposa de Martín Insaurralde, Horacio Cirio, cuyos reclamos económicos ya la cansaban. Ella le explicó a *Noticias*: «Somos amigos desde hace un tiempo, y punto. Hoy no tengo ganas de hablar de mi vida privada, solo decirte que Facundo es divino».

Otro hijo de De Vido, Juan Manuel, también vivió sus quince minutos de fama, pero por razones menos farandulescas. Fue cuando se rumoreó que Electroingeniería, la constructora que había crecido como pocas en el kirchnerismo, lo tenía entre sus empleados. Si era cierto, el dato merecía calificarse de polémico: el funcionario que repartía la millonaria obra pública del Gobierno había puesto a su vástago en una de las empresas más favorecidas.

Hice algo elemental: llamar a la sede cordobesa de Electroingeniería, la casa matriz. Atendió una secretaria solícita.

—¿Está el arquitecto De Vido? —pregunté.

—No, no se encuentra —dijo la secretaria.

—Quería saber si tengo bien escrito el apellido.

—De Vido, con ve corta.

—¿El nombre de pila es Juan Manuel?

—Sí, es Juan Manuel De Vido.

El gerente corporativo de la empresa, Carlos Bergoglio, luego quiso desmentir: «No tenemos a nadie con ese nombre en la empresa».

Lo cierto es que la familia De Vido, con su anexo de famosos del *show business*, siempre mereció la reprobación de la Presidenta.

—Me enferman —decía ella.

¿Y Alberto Fernández? El jefe de Gabinete no podía estar más de acuerdo con la bolilla negra que CFK le había dedicado al ministro de Planificación Federal, quien era el más poderoso de los «pingüinos» que rivalizaban con el jefe de Gabinete porteño. Entre De Vido y él no había diálogo ni respeto mutuo, solo zancadillas.

Por lo bajo, Fernández acusaba a su rival:

—El Presidente no lo va a seguir protegiendo. Me consta que a veces hizo arreglos, sobre todo con los empresarios, que Néstor después le bochó.

De Vido, en privado, contraatacaba:

—Alberto dirige la «Oficina de Operaciones Sucias». Su única misión es el buchoneo. Yo me pregunto: ¿qué operación fue tan exitosa como para que siga donde está?

Los dos se sacaban chispas.

El porteño aún recordaba cómo el «pingüino» lo había destratado delante de Kirchner tras las elecciones legislativas de 2005, en las que Alberto había operado en distintos distritos además de la Capital.

Cuando el Presidente le pidió su opinión, De Vido disparó:

—Me parece que hay demasiados errores con consecuencias electorales, como en Santa Fe y Mendoza, pero sobre todo en Capital.

Y clavó su mirada en Alberto.

Los tres territorios mencionados habían sido responsabilidad del jefe de Gabinete, quien no les había encontrado la vuelta.

Kirchner lo escuchaba en silencio, al igual que los restantes presentes, «Pepe» Albistur y Juan Carlos «El Chueco» Mazzón, otro operador con cargo en la Casa Rosada.

De Vido siguió:

—¿No tendría que haber alguien que pague por esos errores? ¿Vos qué opinás, «Chueco»?

Mazzón no respondió.

La cara de Fernández traslucía furia e impotencia.

Cuando otros criticaban su trabajo, el jefe de Gabinete solía victimizarse en privado:

—Me quieren «lopezrreguizar»…

El neologismo se refería a José López Rega, el ex secretario de Estela Martínez de Perón, «Isabelita», al cual sus críticos acusaban de las peores fechorías, como la de comandar la criminal Triple A.

El propio Kirchner cada tanto le pasaba factura con estas palabras a Fernández:

—¿Qué hacemos con vos?

Y no es que los errores del jefe de Gabinete fueran tantos, pero De Vido y el resto de los «pingüinos» se encargaban de subrayarlos con resaltador.

La guerra entre el porteño y los del Sur estaba declarada. Y CFK, la futura presidenta, no era neutral en ella.

Luego del ultimátum que la candidata le había planteado a su marido con respecto al ministro y a su cuñada Alicia, el «chorro» y la «yegua», Kirchner prefirió esperar a que entrara en razones. Lo consiguió durante un tiempo, cuando CFK aceptó llevarlo a uno de sus muchos viajes internacionales, y hasta lo invitó a cenar a la Quinta de Olivos, un ámbito inexpugnable que De Vido frecuentaba menos de lo que hubiera querido. El ministro llegó acompañado por su mujer, Alessandra Minnicelli, y hubo un simulacro de diálogo amable que tranquilizó a ambas partes. Además, la candidata le pidió al ministro que le preparara un informe sobre la crisis energética, una manera de darle a entender que lo tenía en cuenta.

Pero la tregua duró poco.

En agosto de 2007, cuando faltaban solo dos meses para las elecciones, un corpulento venezolano aterrizó en el Aeroparque Jorge Newbery con una maleta rebosante de casi 800 mil dólares negros, acompañado por un funcionario argentino. El venezolano se llamaba Guido Alejandro Antonini Wilson y el funcionario era Claudio Uberti, el director del Órgano de Control de Concesiones Viales (OCCOVI), uno de los que semanas antes había aparecido en nuestra tapa de la «superbanda de De Vido». Uberti respondía al ministro, pero también tenía línea directa con Kirchner. Tanto, que esa misma mañana fue a la Quinta de Olivos a llevarle las otras maletas que sí habían logrado pasar el control aduanero.

¿Para qué era la plata? «Para la campaña», fue lo que más tarde diría Antonini, acorralado por los investigadores del FBI.

Tenía lógica: las elecciones eran dos meses más tarde, y el

venezolano Hugo Chávez siempre se había mostrado generoso con sus aliados en la región. Se había hecho famoso por financiar campañas ajenas con sus petrodólares.

Antonini, quien luego diría que la maleta no era suya, sino de sus acompañantes argentinos, fue recompensado mientras mantuvo silencio. Hasta estuvo presente en un acto en la Casa Rosada en el que el presidente Chávez fue invitado a hablar.

—¡Lo dicen hasta las piedras, Cristina será la próxima presidenta! —festejó el caribeño.

Y también saludó desde el atril a su amigo Uberti, su enlace con Kirchner.

—Hola, Claudio, te veo más flaco —bromeó.

Antonini respiró aliviado. Uberti, el funcionario que debía sacarlo del embrollo, tenía dos amigos presidentes.

Pero esa misma noche, después del acto, el caso de la valija de Aeroparque se filtró al canal Todo Noticias, del Grupo Clarín. Le adjudicaban esa plata a él, aunque aún no había salido su nombre.

Antonini huyó del país esa madrugada, rumbo a Montevideo. Y de allí, a Miami. Venezuela ya tampoco era un lugar seguro.

—¿Por qué se fue a Uruguay? —le preguntó tiempo después el periodista Hugo Alconada Mon.

—Si el primer vuelo hubiera sido a Chile, me hubiera ido para allá —contestó—. Estaba muy asustado.

Cuando el escándalo se completó con los nombres de sus protagonistas, Antonini y Uberti, CFK llenó de gritos la residencia de Olivos y hasta dicen que estrelló varios vasos contra las paredes.

Los testigos la escucharon rugir:

—¡Así no puedo! ¡Me tiran un muerto todos los días!

El chivo expiatorio, claro, fue De Vido, el superior inmediato de Uberti. No convenía señalarlo a Kirchner, el jefe en el que realmente terminaba la cadena recaudatoria.

El funcionario que había acompañado a Antonini fue echado de inmediato y se recluyó en su departamento de la avenida del Libertador al 5000, en Belgrano, hasta que su mujer también lo desalojó temporariamente de allí. Me consta que había pagado un año por adelantado de alquiler con una maleta llena de cash, y que los vecinos del edificio se quejaban por las peleas a gritos del matrimonio. Entre esos vecinos, mis tíos.

Fue un momento duro para CFK, que había oficializado su postulación presidencial apenas un mes antes, en julio, luego de que Kirchner diera demasiadas vueltas. A él lo hacían dudar las reservas que le expresaban los «pingüinos», sobre todo De Vido, con respecto a

esa candidatura. ¿Cristina estaría a la altura? El anuncio primero iba a hacerse en abril, luego en mayo, y ya promediando junio seguía atrasándose sin motivo aparente.

Entonces ella le dijo a él:

—O lo anunciás vos o lo hago yo. Decidí.

La demorada candidatura no la anunció ni él ni ella, sino una nota sin firma del diario *Clarín*, por entonces ya sinónimo de Fernández.

A *La Nación*, en cambio, Alberto le mintió cuando fue consultado:

—¿De dónde sacaron eso? No, solo estamos en la Quinta jugando un picadito, no analizando la candidatura de nadie…

Quería guardar la primicia a sus amigos para la edición del domingo.

La Nación lo publicó un día tarde, lunes.

Lo cierto es que, ya con la candidata en carrera, el escándalo de Antonini hizo que De Vido nuevamente pasara a ser mala palabra para ella.

El ministro por lo bajo maldecía:

—Todo esto fue una cama de Alberto. Él nos entregó…

¿En qué se basaba? En que a Antonini lo había detenido la Policía de Seguridad Aeroportuaria de Marcelo Saín, cercano a Fernández. ¿Había sido aquel funcionario quien le filtró a la prensa los detalles y nombres de esa madrugada maldita en el Aeroparque Jorge Newbery?

Alberto se desentendió de esa acusación. Y usó sus contactos en los medios, rápido de reflejos, para motorizar las versiones sobre el seguro alejamiento de su rival en un futuro gobierno de Cristina. Si no lo echaban en ese momento, explicaba, era porque no podían pagar ese costo político a tan pocas semanas de los comicios. Pero la guadaña caería después. Y la cartera de Planificación Federal podría desdoblarse en Obras Públicas y Energía, y estaría a cargo de gente con más pergaminos.

Sí, Fernández ya lo tenía todo planeado.

Hasta se acercó a un viejo amigo de CFK, Carlos Bettini, el embajador en España, para postularlo como posible reemplazante de De Vido y figura de peso en el próximo Gabinete. Sabía bien que ella no se opondría. Bettini la conocía desde los años 70, cuando Cristina era una adolescente. Había sido el mejor amigo del primer novio de ella, «El Lagarto» Cafferatta, y jugaba al rugby con él en La Plata. Algunos kirchneristas de origen platense, como Carlos Kunkel, en privado sostienen la teoría de que entre Bettini y la viuda de Kirchner también hubo una breve historia sentimental por aquellos tiempos. Antes de que ella conociera a su marido, aclaran.

El embajador estuvo durante semanas en Buenos Aires,

mayoritariamente en el despacho de Fernández, y parecía que el plan prosperaría. Pero aún seguía faltando el OK de Kirchner.

De Vido, preocupado, leyó cómo los columnistas que frecuentaban a su enemigo escribían sobre ese escenario futuro y lo daban por hecho. Entonces, también él decidió jugar fuerte.

Los medios no eran lo suyo, pero aun así les pidió a sus asesores que le armaran rondas de *off the record* con periodistas influyentes.

Uno de ellos fue un editor de *Noticias*, que lo escuchó con atención.

—Nada de lo que hago es al margen de Néstor— soltó De Vido como para romper el hielo.

También dijo esto: «Algunos funcionarios me cargan, me llaman "Obediencia" De Vido. Y no será porque hago la mía».

Y redondeó todo con esta dedicatoria: «Alberto Fernández sabe muy bien que si me manejo como en Santa Cruz es porque el Presidente sigue siendo el mismo que gobernó Santa Cruz».

De Vido insinuaba que él no era el único responsable. En todo caso, era parte de un engranaje.

El mensaje nada cifrado empezó a circular y llegó a los oídos que él quería, los de sus jefes, que reconsideraron el futuro laboral del funcionario. En septiembre, él encaró a Kirchner y le preguntó si era verdad lo que decían los diarios: ¿se tenía que ir?

La respuesta lo tranquilizó.

Así se la transmitió a sus colaboradores:

—Néstor me dijo que no le diera bola a las versiones, que eran cosas de la campaña.

A partir del espaldarazo, al ministro se le exigió mantener un perfil subterráneo. Si quería sobrevivir, no debía llamar la atención. Así fue como de un día para el otro dejó de aparecer en los actos y también en las imágenes que difundía el sitio web de la Presidencia, donde antes solía ser una fija. La estadística demuestra lo deliberado que fue ese plan: en los últimos tres meses de campaña, De Vido apareció en una sola foto.

Para Alberto, la explicación era que ya estaba afuera. Néstor, en cambio, solo quería preservarlo.

El jefe se jactaba de su viveza para encontrarle soluciones a todo. ¿La candidata era bipolar? Qué importaba, gobernaría él desde Olivos. ¿De Vido estaba siendo muy cuestionado? No había problema, lo esconderían hasta que pasara la elección. Todo tenía arreglo.

El ex canciller Rafael Bielsa me explica cuál era la dinámica de la discusión entre el Presidente y Fernández, su segundo.

—Es verdad que Alberto presionaba para que De Vido no estuviese, y Néstor no lo paraba de manera confrontativa —dice.

—¿Qué le respondía? —pregunto.

Bielsa recuerda:

—Le decía, por ejemplo: «No te digo que no». «Dejame elegir el momento.» «Dejame ver adónde va.» Cosas por el estilo…

Claro, Kirchner la tenía difícil porque las dos personas más cercanas a él, su esposa y Fernández, despreciaban a De Vido.

Julio Bárbaro me explica:

—Néstor nunca quiso entregarlo a De Vido. Le servía para ponerle un freno a Alberto, para que no se llevase todo puesto.

—Divide y reinarás —le digo.

—Eso mismo —contesta Bárbaro—. Néstor los hacía competir, favorecía la bronca entre De Vido y Alberto. Uno era el contrapeso del otro.

Con el correr de las semanas, hasta CFK terminó aceptando que el ministro investigado por casos como el de la valija de Antonini o las coimas de Skanska siguiera ocupando su cargo, y también se familiarizó con la idea de heredar a otros «impresentables» impuestos por su marido y aún jefe político. Entre ellos, el controvertido secretario de Comercio Interior, Guillermo Moreno, señalado por las estadísticas mentirosas del INDEC y por amedrentar a los empresarios con un revólver que dejaba a la vista sobre su escritorio.

En cuanto Kirchner le cedió la botonera, en medio de la campaña, ella lo fue probando:

—A ver, Guillermo, si con sus modales tan especiales usted consigue esto…

Y Moreno sacaba pecho:

—Déjeme probar, señora, pero creo que lo vamos a lograr.

Para el funcionario, Kirchner era «mi general», mientras que a De Vido —su descubridor— lo llamaba «mi coronel». Cristina solo era «la señora», una palabra que estiraba con gracia cuando ella lo llamaba y él estaba con algún invitado.

Entonces manoteaba su celular y decía, antes de atender:

—La señooora… ¡Cómo rompe los huevos!

Otro «impresentable» que su marido insistía en conservar dentro del equipo K era Ricardo Jaime, el sospechado secretario de Transporte, también merecedor de una veintena de denuncias judiciales y acusado en simultáneo por tres entes de control estatales, la Fiscalía Nacional de Investigaciones Administrativas, la Oficina Anticorrupción y la Auditoría General de la Nación. A CFK no solo la molestaban esos antecedentes, sino también el estridente look de Jaime, que usaba múltiples anillos de oro y otros accesorios igual de brillantes, y combinaba todo con corbatas chillonas que parecían importadas de los

años 90.

—Esa corbata es muy menemista —lo cacheteó ella en un acto de esos días.

Y luego lo indultó de cara al futuro:

—No importa, yo te voy a comprar otras.

Había aceptado que él fuera parte de su gobierno, que quizá no podría desterrar la matriz de la corrupción heredada del «nestorismo», pero al menos inauguraría una ética de la estética.

En confianza, Jaime se mofaba de sus críticos:

—Mientras todos decían que estaba frito con Cristina, yo tomaba el té con ella en Olivos.

Alberto no fue anoticiado de ninguno de esos movimientos bajo la superficie.

Estaba muy ocupado, otra vez, con su rol de cajero de la campaña, codo a codo con su mano derecha en ese rubro, Héctor Capaccioli, que tenía un escandaloso doble rol de recaudador y titular de la Superintendencia de Servicios de Salud. ¿Por qué escandaloso? Porque un año después, ya con Cristina en el poder y Fernández en el llano, tras su inesperada renuncia, se terminaría comprobando que entre los aportantes electorales de CFK 2007 sobresalían los empresarios del rubro de las medicamentos, en permanente contacto con el superintendente Capaccioli. Y entre esos empresarios había uno asesinado, Sebastián Forza, el del triple crimen de General Rodríguez, quien había donado 200 mil pesos a la campaña. En realidad, solamente había puesto su firma. La plata, se supo después, salió de otro lado, pero el kirchnerismo necesitaba aportantes «truchos» para blanquear el origen inconfesable de los fondos.

Cuando estalló ese escándalo hablé con un calificado ex funcionario que había trabajado a las órdenes de Capaccioli. A cambio de no revelar su nombre, me explicó el mecanismo con el que se recaudaba.

—La Superintendencia de Capaccioli es un descontrol, se usa para juntar plata para la política —comenzó diciendo.

—¿A quiénes les pedían? —pregunté.

—A las obras sociales, que tienen de sobra —me contestó—. Como por ley están impedidas de aportar dinero a la campaña, les piden hacerlo por izquierda.

—¿Puede ser más puntual?

—Hay un organismo que es la Administración de Programas Especiales, que les brinda subsidios a las obras sociales para la compra de medicamentos de alta complejidad, los más caros, drogas para el HIV y para los pacientes hemofílicos y con cáncer. ¿Me sigue?

—Creo que sí.

—Para compensar a las obras sociales por sus aportes a la campaña, ese organismo da subsidios por valores más costosos que los habituales, es un sobreprecio pagado desde el Estado. En la campaña, las droguerías terminan apareciendo como aportantes de plata que muchas veces sale de las obras socales con las que trabajan. Es un circuito: vos dame plata, yo te la compenso con el subsidio, y que alguien más ponga la firma para blanquearla.

—¿Usted lo denunció ante Capaccioli?

—¿Para qué se lo voy a decir si él es parte del problema? Lo que hice fue ponerme en contacto con el secretario general de la Presidencia, Parrilli.

—¿Y qué pasó?

—No me dio pelota. Por eso decidí irme de la Superintendencia.

Capaccioli terminó procesado por aquella campaña de 2007 cuando el caso explotó en el invierno del año siguiente. Pero su jefe, Fernández, resultó ileso.

De Vido echaba espuma: ¿vieron que él no era el único que debía dar explicaciones?

Pero, por suerte para Alberto, nada de eso llegó a saberse en medio de la campaña, un momento sensible.

El 28 de octubre de 2007, la «pingüina» se impuso con comodidad en las elecciones: 45 por ciento de los votos contra 23 de Elisa Carrió y 17 del echado ministro Lavagna, que había pasado a la oposición. El discurso del «cambio dentro del cambio» y la promesa de un kirchnerismo más cuidadoso de las formas republicanas habían funcionado. CFK se presentaba como la evolución del kirchnerismo. Ella y su «cristino», Alberto, el jefe de Capaccioli.

La noche del triunfo, De Vido no se dejó ver en el búnker del Hotel Intercontinental, por expreso pedido de la jefa. Era la hora más gloriosa de ella y nada debía empañarla. Aunque sabía que, tarde o temprano, su carroza volvería a convertirse en calabaza.

Solo tres días después, el 31 de octubre, Halloween, Kirchner le confirmó a De Vido que seguía.

El hechizo se había roto.

El ministro, exultante, reunió a sus colaboradores:

—Muchachos, nos quedamos.

Hubo gritos de júbilo y abrazos emocionados.

CFK ya sabía que todo terminaría así. Pero Alberto no.

Enterado de la novedad, el jefe de Gabinete hizo un último intento desesperado. Convocó a sus columnistas preferidos y les dictó, siempre en el anonimato del *off the record*, que se apartaría del Gobierno si De Vido continuaba atornillado a su cargo. Explicaba que sentía «un

agotamiento físico y mental» y que estaba «harto» de tener que dar la cara por los permanentes escándalos de corrupción que protagonizaba el otro. Claro, no pensaba cumplir la amenaza, pero sí presentar batalla.

El mensaje era transparente: «De Vido o yo».

Cuando ese ultimátum fue publicado, CFK se lo echó en cara a Fernández.

—Dejá de mandarme mensajes a través de los medios —le espetó, según los testigos.

El jefe de Gabinete juró su inocencia.

El propio Kirchner, a su turno, le explicó que le estaba confiando parte de la conducción, pero no toda.

—Mirá, Alberto —aseguran que le dijo—, hay varios que quiero que se queden. Son los míos. Del resto ocupate vos.

En privado, Kirchner ya anunciaba que él seguiría encima de la economía y la obra pública, es decir, de la caja. Alberto, el llamado «disco rígido del Gobierno», se ocuparía del día a día de la gestión. Mientras que la Presidenta estaría abocada a la comunicación y a los aspectos formales, a aquellos detalles que hacen que una administración luzca más prolija y moderna. Hasta se encargó de llamar a varios de sus flamantes ministros para anunciarles que trabajarían con ella. No habló con De Vido, tampoco con Moreno y Jaime, todos soldados de Néstor, pero sí lo hizo con un debutante como Florencio Randazzo, a cargo de la cartera de Interior.

—Hola, «Florín», te aviso que vas a ser mi ministro —lo saludó por teléfono, simpática.

El 14 de noviembre, a Alberto le tocó anunciar en público el Gabinete del que seguiría siendo jefe. Además de Randazzo, entre las caras nuevas que había reclutado estaban Martín Lousteau en Economía, Graciela Ocaña en Salud, Juan Carlos Tedesco en Educación y Lino Barañao en Ciencia y Tecnología, mientras que Nilda Garré seguiría en Defensa y Jorge Taiana en la Cancillería, cargos que habían asumido dos años antes. Eran la segunda camada de albertistas.

Bettini, el amigo de CFK y embajador en España, finalmente no se sumó: la vacante que esperaba en Planificación no iba a producirse.

En la conferencia, cuando al jefe de Gabinete le llegó el momento de anunciar la continuidad de su rival, lo llamó «el arquitecto Julio De Vido», como correspondía, pero aun tras esas palabras los colaboradores del ratificado ministro creyeron ver «una ironía».

Estaban demasiado susceptibles.

En los días posteriores, Alberto siguió esmerilando, a través de los medios, a su enemigo. Decía que De Vido se quedaba, pero solo por

ahora. Que el verdadero recambio vendría en marzo, a lo sumo junio del año siguiente. Y que a De Vido lo dejaban en su puesto hasta entonces para encargase del trabajo sucio de aumentar tarifas. Luego, desgastado, lo mandarían a su casa.

Eso soñaba Fernández.

Martín Lousteau, su ministro de Economía, lo contó hace poco en un reportaje:

—Cuando Alberto Fernández me llamó para invitarme a ser parte del Gobierno, me dijo que De Vido se iba en junio, que Moreno se iba en marzo…

—Y seríamos Alemania —le dijo el entrevistador, Jorge Fontevecchia.

Lousteau respondió:

—Y él creía que iba a tener mucho peso en ese gobierno. Mi interpretación es que Alberto Fernández pensaba que la pelea era entre él y Julio De Vido, cuando en realidad la pelea era con Kirchner…

Lousteau estaba bien orientado, como veremos en el siguiente capítulo.

Lo que importa es que De Vido se había salido con la suya. Seguía adentro. Y en *off the record*, hasta se animaba a mojarle la oreja a su rival en los medios.

Lo había aprendido de él.

—Yo no hago operaciones —decía en voz baja—, hay otros que se dedican a eso. Simplemente trabajo para Néstor y creo que tan mal no me fue.

Y cuando lo consultaban por Cristina, avisaba:

—Siempre nos llevamos bien con ella. No creo que ahora ningún funcionario pretenda convertirse en su dueño…

Hablaba del «cristino» Fernández, claro.

Hasta pedía, con sorna, que los periodistas se fijaran dónde vivía Alberto, el hombre que se declaraba «harto» de tener que defender a los «pingüinos» en los casos de corrupción.

Algo de razón tenía. Fernández ahora era un vecino de Puerto Madero, el más caro y selecto de los barrios porteños. Habitaba un departamento en el complejo Santa María del Puerto, con entrada por la calle Olga Cossettini 1350. Sus colaboradores decían que no era el dueño, sino que alquilaba, pero aun así ese gasto debía arrasar con su sueldo de funcionario público. ¿Cómo hacía?

Además, conservaba sus dos propiedades de Recoleta, sobre la avenida Callao, y el departamento de la avenida Santa Fe.

Lo curioso de ese nuevo hogar en Puerto Madero era que estaba a nombre de una sociedad anónima, Lafun, cuyas accionistas eran María

Susana Moroni y María Marta Moroni. Claudio Moroni, el síndico general de la Nación y albertista de toda la vida, desde los tiempos de la Superintendencia de Seguros, me negó que tuviera algún parentesco con las mujeres.

Todo muy raro.

Como Fernández para entonces ya no atendía el teléfono, en *Noticias* decidimos tocarle el timbre.

Nadie contestó.

Pero él después llamó furioso:

—¡Cómo se atreven! ¡Hasta hablaron con el encargado!

Era bueno volver a escuchar su voz.

En la actual campaña presidencial, Alberto dio un reportaje en Radio 10 en el que habló de las «mentiras que publicó una revista» sobre su patrimonio y que lo llevaron, según él, a querer renunciar a la Jefatura de Gabinete, por sentirse impotente ante tamaña injusticia.

Se refería, y no por primera vez, a esa nota sobre su departamento de Puerto Madero, sobreactuando su indignación para victimizarse en vez de dar las explicaciones del caso.

Dijo que Kirchner lo frenó:

—¿Cuántos jefes de Gabinete hay?

—Uno —respondió él.

—OK —concluyó Néstor—, ¿y sabés la cantidad de tipos que quieren serlo?

Fernández entendió el mensaje: tenía que defender su lugar, debía soportar el asedio de la prensa.

El jefe le palmeó la espalda.

Y le dijo:

—No les des bola.

Las dos renuncias

—Alberto, ¿cómo hacemos para aumentar la recaudación? —pregunta Kirchner.

Fernández siempre tiene respuesta para todo.

—Subamos las retenciones al campo —dice—. Es lo más rápido, y sin conflictos.

Corren los primeros días de marzo de 2008 y la conversación, que me relata uno de los principales colaboradores de Alberto, gremialista y porteño, abre la caja de Pandora.

Kirchner ya no es presidente, pero sigue al mando de la economía y aprueba:

—Bueno, preparame algo y pasámelo.

Horas después, el proyecto de las retenciones del 44 por ciento a las exportaciones de soja, la famosa resolución 125, está sobre su escritorio.

Kirchner lo revisa, hace algunos cambios menores y se lo devuelve a Fernández con la orden de que Martín Lousteau, el ministro de Economía, quien hasta ese punto ha participado lateralmente del asunto, lo anuncie.

La génesis del conflicto que durante largos meses desangró al gobierno de Cristina no fue culpa del joven Lousteau, como hasta ahora venía repitiendo Fernández. No: fue él mismo.

En este capítulo se hablará de dos renuncias, la de ella y la de él, una consumada y la otra no. Trazaremos una crónica lo más lineal posible para estudiar este caso testigo que muestra cómo responden bajo presión.

La cronología del *in crescendo* de esos días febriles indica que el 12 de marzo, un día después del anuncio, la Mesa de Enlace Agropecuaria que aglutina a las cuatro principales entidades del campo lanza una huelga, reforzada con bloqueos de ruta en varios puntos.

Pero Alberto tranquiliza a los Kirchner:

—Esto es un parito de dos días, después se bajan.

Por orden suya, el ministro Lousteau declara que «no va a haber absolutamente ningún cambio», y de inmediato se repiten las movilizaciones y cortes en Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba.

El 25 de marzo, después de dos semanas de paro, no de dos días, la Presidenta habla por cadena nacional desde la Casa Rosada y le echa

nafta al fuego. Sostiene que la soja es «un yuyo que crece sin ningún tipo de cuidados especiales». Se refiere a los «piquetes de la abundancia». Y asegura que no se dejará «extorsionar».

Antes de esas palabras, Fernández le pidió a un encuestador, que me cuenta la escena:

—Medime el impacto del discurso.

—¿No querés que mida también lo que piensa la gente del conflicto? —contraoferta el encuestador.

Respuesta de Fernández:

—No, yo ya sé lo que piensa la gente. Acá no pasa nada…

Tras la flamígera aparición pública de CFK, en Buenos Aires y las principales ciudades del país estallan los cacerolazos como reacción al discurso. Las encuestas ya no hacen falta.

Pero los Kirchner redoblan la apuesta. Y en la Plaza de Mayo, rebosante de caceroleros, de pronto irrumpe Luis D'Elía con 200 de sus muchachotes armados con palos. El piquetero K ahuyenta a los manifestantes a los trompadas limpias y una de esas escenas de pugilato es transmitida por el canal Todo Noticias, del Grupo Clarín, donde a Alberto le sobran contactos, pero que ya no le responden del mismo modo.

El jefe de Gabinete sale en defensa de D'Elía:

—Si él le pegó un trompazo a alguien, otros le pegaron trompazos a él.

Y asegura que el piquetero fue a la Plaza por las suyas, y no porque existiera una orden.

—Fue un apoyo espontáneo —dice.

Además, el Gobierno condena la presencia de Cecilia Pando, la defensora de la dictadura, y de un trasnochado cartel que pide «Videla volvé», y concluye con esa evidencia mínima que el cacerolazo era «destituyente».

Como sus jefes, Fernández está furioso con la cobertura que el Grupo Clarín hace del conflicto, sobre todo con aquella pantalla dividida de Todo Noticias que le dio el mismo protagonismo al discurso de la Presidenta, de un lado, que a las picantes respuestas del ruralista Alfredo De Angeli, del otro.

—¡Si Cristina quiere, seguiremos en las rutas!

La noche del primer cacerolazo, Alberto llama al canal y se queja con sus autoridades. Dice que le están faltando el respeto a la investidura presidencial. Es más, les pide que dejen de transmitir la protesta ciudadana. En el canal le explican que, por más buena relación que tengan con él, no pueden tapar la realidad.

Él enfurece con la respuesta. También Kirchner, quien considera que

el Grupo Clarín incumple el acuerdo tácito por el cual el Gobierno, a cambio de buenas noticias, le otorgó importantes beneficios como el monopolio del negocio de la TV por cable y la extensión de la licencia de los canales. ¿Para qué todo eso, si en el peor momento el multimedio le da la espalda?

Alberto hace equilibrio entre las partes. Ya el ex presidente lo ha bautizado «Rendito» por su confianzuda relación con Jorge Rendo, el influyente directivo del grupo.

—Es una locura que nos enfrentemos a Clarín y a los del campo al mismo tiempo —trata de disuadir a Cristina.

Con veinte tapas, dice Alberto, el diario más importante de la Argentina puede poner en jaque a cualquier gobernante. Y en cuanto al campo, tampoco es un rival tan fácil como preveían cuando todo comenzó. No son los militares gerontes, ni los jueces menemistas de la Corte Suprema, ni los opositores desperdigados en infinitas facciones. Es un adversario que no tiene cara, pero sí un fuerte peso simbólico, que despierta la simpatía de los caceroleros. «El campo.» ¿Cómo competir con eso? La acusación de que se trata de un grupito de terratenientes insaciables y golpistas, defensores de la dictadura y la desigualdad social, no suena creíble.

Allí están, en los cortes, hasta los productores más humildes, con sus bombachas de gauchos y su acento del interior.

Y allí está De Angeli, desafiando al poder desde la pantalla partida de Todo Noticias.

—¿Pero de qué habla la Presidenta?

Kirchner no está dispuesto a ceder. Quiere que los insolentes que se levantaron contra CFK escarmienten.

Repite en privado:

—Este conflicto va a parir a una Presidenta.

Considera que, solo si doblega a los del campo, su esposa se hará respetar. Retroceder nunca, rendirse jamás.

Fernández, el encargado de llevar adelante la negociación con los ruralistas, ya muestra sus dudas. Nota que Kirchner, una y otra vez, boicotea los intentos de consensuar. Mientras que él les promete revisar la 125 a cambio de que suspendan el paro, su jefe sigue tirando de la cuerda.

Dos de sus adversarios «pingüinos», el ministro Julio De Vido y el influyente secretario Legal y Técnico, Carlos «El Chino» Zannini, son testigos del destrato de Kirchner a Fernández en una reunión en la Quinta de Olivos. El patagónico le echa en cara al porteño su errado pronóstico sobre la resistencia que presentaría el agro.

De Vido se mofa por lo bajo:

—Lo van a encapsular para que no meta más la pata, porque las operaciones políticas no son lo suyo.

Son días en los que Alberto se muestra destratado por los choques permanentes con su jefe en los hechos, Néstor, más allá de la consideración que le tiene su jefa en las formas, Cristina.

A ella le dice que está agobiado, y CFK se lo transmite al «primer caballero».

La respuesta de Kirchner es pura furia:

—Si se quiere ir, me siento yo en la Jefatura de Gabinete.

Alberto sufre. El llamado «doble comando» de Néstor y Cristina lo tiene a él como tercer e incómodo integrante. Los tres no caben en esa nave que parece ir a la deriva.

En abril, luego de que la Mesa de Enlace suspende la huelga por 30 días, Kirchner ordena ignorar el acuerdo logrado por Fernández.

Argumenta:

—Ya está, se bajaron. ¿Ahora cómo van a hacer para volver a subirse?

—Pero Néstor… —se queja Alberto.

—Ya está —concluye el jefe—. Cuando te bajaste, sonaste.

Y enseguida instruye a Guillermo Moreno, su recio secretario de Comercio Interior:

—Hay que hacerlos mierda, frenales las exportaciones de carne para que aprendan.

Moreno cumple sin consultar con nadie, y por eso Alberto y el ministro Lousteau se enteran de la medida cuando ya está tomada. En la Plaza de Mayo, donde a CFK le toca dar otro discurso contra los ruralistas, el *reality* de gestos entre el ministro y el secretario de Comercio Interior es elocuente.

—Néstor dice que les cortemos la cabeza —le informa Moreno a Lousteau, y se pasa la mano por el cuello, a la vista de todos.

El ministro lo mira desencajado.

Cristina, la oradora del acto, carga las tintas contra los ruralistas y los acusa de querer dar un golpe de Estado. «Esta vez no han venido acompañados de tanques, sino de generales multimediáticos», dispara. Es un mensaje para el nuevo enemigo, el Grupo Clarín. También habla de la caricatura que por esas horas le dedica el dibujante del diario, Hermenegildo Sábat: «Hoy pude ver en un diario donde colocan mi caricatura, donde tenía una venda cruzada en la boca, en un mensaje cuasi mafioso… ¿Qué me quieren decir? ¿Qué es lo que no puedo hablar? ¿Qué es lo que no puedo contarle al pueblo argentino?».

Un día después, entra en escena el Observatorio sobre Discriminación en los Medios, un engendro con el que los K amenazan

con sanciones y demandas civiles del INADI contra aquellos periodistas que diferencien entre «piqueteros» y «ciudadanos», o que osen discriminar a Luis D'Elía por manifestar como uno más en la Plaza de Mayo, aunque sea a golpes y empujones.

Los integrantes del Observatorio marchan hacia el COMFER para sacarse fotos y solidarizarse con el «ciudadano» D'Elía, quien dice sentirse maltratado por los medios. Pocas horas antes, el titular del organismo, Julio Bárbaro, presenta la renuncia para no avalar esa payasada.

Me dice:

—Kirchner busca gente que no le plantee cuestiones de dignidad ante algunas órdenes.

La provocación de los K hace que el campo vuelva a la batalla. Son horas angustiantes, en las que las encuestas muestran cómo las imágenes de la Presidenta y de su marido caen al suelo, sin que ella atine a hacer nada. No sabe si está de acuerdo con todo aquello, pero se deja llevar: aún vale más la opinión de Kirchner que la de Alberto.

Artemio López, el mago de los sondeos a sueldo del Gobierno, es el único que le sigue dando una impresionante imagen positiva a CFK: 62 puntos, el doble que las mediciones de sus colegas, y también que la encuesta que él publica en su blog personal, donde la Presidenta llega a 32.

Cuando lo consulto, responde:

—La votación a la que convoqué en mi blog no es una encuesta científica, fue un divertimento.

—¿Y cómo explicás el 62 por ciento que duplica lo que miden tus colegas?

—Bueno, eso es lo que nos dio el estudio. Ese sí es un dato científico.

Pero ya ni los números de Artemio alcanzan para tapar la sangría de poder.

Uno de esos días, los gendarmes enviados por el Gobierno detienen ampulosamente y se llevan a la rastra al ruralista De Angeli, quien insiste en cortar la ruta 14 en Gualeguaychú.

Enterada del exceso, Cristina increpa al ministro de Justicia y Seguridad, Aníbal Fernández, en una reunión en Olivos.

Pero Aníbal se encoge de hombros, resopla y luego lo mira a Kirchner:

—Yo hice lo que me pidieron…

La Presidenta fusila con la mirada a su marido:

—¿Pero ustedes perdieron la cabeza?

Muchas de las peores decisiones no las ha tomado ella, sino su marido.

Héctor Maya, entrerriano como su amigo De Angeli, le advierte por esos días que lo están siguiendo. «Mayita» lo sabe porque en otra época fue subsecretario de la SIDE.

Me cuenta la escena.

—¿Ves a ese que está ahí? —le advierte al líder ruralista cuando se encuentran en el Hotel Castelar, en el centro porteño.

—¿Qué tiene? —pregunta De Angeli

—Lo conozco, es «servicio» —responde el amigo.

Cuando Maya lo encara, el agente, un ex integrante de su propia custodia, se disculpa:

—Déjeme, doctor, yo también necesito trabajar.

Y se queda en su lugar, aun reconocido.

De Angeli toma el asunto con humor. Para desinformar al espía, comienza a enumerar en voz alta supuestas reuniones con funcionarios del Gobierno.

Cuando los amigos salen del Hotel Castelar y recorren las cuadras que los separan del gremio de Luis Barrionuevo, líder de los gastronómicos, el hombre los sigue. El video de esa caminata luego aparece en YouTube.

Kirchner no solo quiere espiar a sus enemigos, sino también hacérselo saber.

En medio de la tormenta, Lousteau presenta su renuncia, devorado por una crisis que no es responsabilidad suya. Su protector, Fernández, ve en esa dimisión una oportunidad para descomprimir y dar vuelta la página.

—Aprovechemos y carguémosle el muerto a Martín, hay que terminar de una vez con esta locura —le dice a la Presidenta, según revela años después en un reportaje.

Pero, otra vez, Kirchner no quiere.

—Si vamos por todo, corremos el riesgo de quedarnos sin nada —insiste Alberto ante CFK.

Ella escucha, pero no se anima.

El jefe político sigue siendo su marido, aunque CFK haya ganado las elecciones y Alberto ahora la empuje a independizarse.

Las peleas del matrimonio, una constante, se hacen más feroces. Un fin de semana, en su casa de El Calafate —lejos de Fernández, pero delante de otros testigos—, ella le plantea a su marido que así no pueden continuar: lo del campo debe resolverse cuanto antes.

—No podés dejar que estos tipos te marquen la agenda —insiste él.

Y ella, según los testigos, pasa a otros temas: la irritan los comentarios adversos que genera la sospechosa obra del tren bala argentino, adjudicada a la empresa francesa Alstom, que en Europa está

siendo investigada por supuestos pagos de coimas en Asia y Sudamérica. Fuera de sí, CFK se queja de que nadie la informó de esos detalles antes de ponerle la firma al contrato.

—¡Me mandaron a ciegas, esto es un papelón!

Otra vez, un negocio cerrado por su marido con De Vido y Ricardo Jaime.

También está indignada con otro tema, el nuevo sistema con el que el INDEC planea medir la inflación, que arrojará números aún más bajos que los dibujos que ya existen. Ese engendro proyectado por Guillermo Moreno, el guardián de los precios, cuenta con el aval de Kirchner, solo que ella no estaba al tanto.

Le reprocha a Néstor:

—¡No se lo va a creer nadie al índice ese!

—¿Cómo que no? Si lo decimos nosotros —se defiende el ex presidente.

Entonces ella apela a su muletilla favorita:

—Cómo puede ser que no me puedan arreglar esto…

Según su visión, bastante comprensible, los problemas heredados del gobierno de su marido los debe resolver él.

Moreno, De Vido y Jaime, y también el piquetero Luis D'Elía, son los «impresentables» de la anterior gestión de los que ella se queja y contra los que apunta también el impoluto Alberto. Pero solo cumplen órdenes. Tanto cuando aprietan a un empresario, negocian una comisión en la obra pública o patotean a un portador de cacerolas. Fernández en privado dice estar combatiéndolos, pero ellos son Kirchner. ¿Puede no saberlo?

En el fondo, el «cristino» está pulseando con el ex presidente.

Hablo con el propio D'Elía por esas horas de furia y me confirma que es un soldado, no un loco suelto.

—¿Te pensás que Néstor no sabe? —se ríe.

También se pelea con Fernando Peña en la radio.

—Vamos a sacar al aire —arranca el ácido actor y humorista— una nota de color… negro.

—¿Cómo le va, sorete? —le devuelve D'Elía, del otro lado de la línea.

—Bien, sorete. Muy linda la entrevista que estamos haciendo.

—Uno a cero, ¿eh? Dale.

—Contame qué hiciste. ¿Cómo fue? ¿Por qué le pegaste a la gente?

—Porque los odio. Odio a la puta oligarquía. Odio a los blancos.

—Divino.

—Te odio, Peña. Odio tu plata, odio tu casa, odio tus autos.

—Jajaja.

—Odio tu historia. Odio a la gente como vos, que defiende un país injusto e inequitativo. Odio a la puta oligarquía argentina. ¿Está?

—No. No está nada. A mí no me patoteás.

—Sos un sirviente de la puta oligarquía, que la jugás de transgresor. Vos vivís en San Isidro. ¿Y sabés con quién estás hablando? Con Laferrere.

Cuando se cansa de insultar, D'Elía corta el teléfono.

También Guillermo Moreno, el otro «pesado» del Gobierno, estelariza una pelea por esos días. Va a cenar a un restorán de cocina española sobre la avenida Belgrano y casi se trompea con otros comensales que le echan en cara sus actitudes patoteras. El funcionario primero se acerca a saludarlos con sorna, luego pide champagne y levanta su copa para brindar con ellos a la distancia, con ironía, y por último vuelve a la carga cuando los de la otra mesa se enojan por esos gestos.

Se les va encima, y cuando uno amaga con tomarlo de las solapas, vocifera:

—¡No me toquen que yo pego!

La que sí llega a golpear es la pareja de Moreno, una mujer de 67 años llamada Marta Cascales. Le aplica una cachetada ejemplar a la esposa de uno de los comensales que discuten con el funcionario.

—Vos seguro que estás con el campo —la increpa.

—Sí, ¿me vas a pegar? —se sonríe la otra, y es lo último que llega a decir antes del sopapo.

El encargado de seguridad del restorán encuentra a Moreno orinando en el mingitorio del baño y le avisa:

—Su mujer acaba de pegarle a otra.

La única respuesta es una sonora carcajada.

—Vienen los de Crónica TV —insiste el hombre, y Moreno se sube el cierre del pantalón.

—Entonces mejor me rajo —reflexiona.

Marta Cascales, su novia y también su jefa de asesores en la Secretaría de Comercio, es citada a un careo judicial por esa escena de boxeo femenino. Pero no aparece.

Un empresario que por entonces tiene trato con Moreno me cuenta su experiencia con él.

El funcionario le dice, divertido:

—No entiendo cómo puedo andar por la calle sin que me caguen a trompadas. ¡Con las cosas que yo hago! ¿Sabés qué? Eso demuestra que son todos unos cagones.

Moreno habla con los pies descalzos sobre el escritorio de su oficina, se disculpa por «el olor a pata» y se rasca la entrepierna señalando el

retrato de Perón y Evita a sus espaldas:

—Yo solo me inclino ante estos.

Y sigue, cada vez más entonado:

—Soy un comando, sé que estoy muerto políticamente y no me importa nada. Pero nada, ¿eh? Y si me tengo que ir, a ustedes me los llevo puestos.

«Ustedes» son los empresarios en general, y en particular los que no obedecen sus presiones para mantener a raya los precios.

Pero volvamos con el ex presidente y el «doble comando». Ofuscado por las peleas con su esposa, Néstor por esos tiempos se desahoga con los «pingüinos» del Gabinete.

Les dice:

—Tendría que haber seguido yo unos años, Cristina todavía está verde…

Les pide que «no le lleven problemas» a ella, que las dificultades las hablen con él.

—Hay que cuidarla como si estuviera en una caja de cristal —le dice a un diputado amigo, que me transmite la insólita frase.

El diputado, oriundo de Río Negro, le había dicho a Kirchner medio en broma, pero no tanto:

—Che, dejala gobernar.

Me explica:

—Néstor dice que él sale a la cancha cuando hay necesidad de mostrar fortaleza. Prefiere que hablen de «doble comando» y no de vacío de poder.

También Alberto, curiosamente, apela a un latiguillo similar ante otros funcionarios. Aníbal, el otro Fernández, lo revela años después, ya enfrentado con su doble: «A mí en persona supo decirme: “Antes de hablar con Cristina, me contás las cosas a mí”. De más está decir que, con la disciplina que me caracteriza, jamás le di pelota».

¿Por qué tanto Néstor como Alberto hablan de preservar a CFK, como si se tratara de una misnusválida? ¿Es tan grave su condición psiquiátrica? ¿O lo que quieren sencillamente es gobernar a través de ella?

Son muchos los que por esas horas advierten el problema de la conducción paralela del ex presidente. Hay ministros que por lo bajo confiesan que no saben a quién obedecer, o se preguntan si después de reunirse con CFK o Alberto deben también consultar a Kirchner. La oposición señala lo mismo. Hermes Binner, el socialista que gobierna Santa Fe, reclama que debería haber «un solo presidente». Fabiana Ríos, gobernadora de Tierra del Fuego, pide que Kirchner «no la invada a Cristina». El cordobés Luis Juez exige «que Cristina empiece a

gobernar». Elisa Carrió explica que «el poder real no está en la Casa Rosada». Y Eduardo Duhalde, el ex padrino de Néstor y el primero en hablar de «doble comando», ahora susurra ante los periodistas que ese sistema empezó a fallar, y que «casi salta el fusible, que es Alberto Fernández».

El clima por esas semanas se vuelve irrespirable. Desabastecimiento de alimentos, discursos crispados y hasta una quema en los campos cercanos que llena de humo la Capital, y cuya autoría nunca llega a comprobarse. ¿Y si fue obra del Gobierno para victimizarse ante la opinión pública, como sospechan muchos?

En junio, tras tres meses de guerra, un segundo cacerolazo vuelve a invadir la Plaza de Mayo y rodea también la Quinta de Olivos. Esta vez, para no ser menos que D'Elía, el que aparece con su patota para dispersar a los manifestantes en ambos lugares es Guillermo Moreno. Entre sus acompañantes está Jorge «Acero» Cali, campeón argentino de kick boxing, quien no necesita palos para correr a los caceroleros.

Moreno salta y canta en la Plaza:

—Gorila puto, vas a pagar… las retenciones del gobierno popular…

También Kirchner acude por unos breves minutos a la «resistencia» en la Plaza, llevando consigo, casi obligado, a Fernández, el menos entusiasta a la hora del pogo.

Todo es una locura.

Cerca de la medianoche, en la Quinta de Olivos, Cristina no puede más. Sufre una descompensación y debe ser medicada.

Un médico allegado a ella, que prefiere no ser mencionado, me dice:

—No es mi área, pero sé que le dieron algo para tranquilizarla. Estaba muy alterada.

Esa noche, la Presidenta busca una salida: decide enviar al Congreso el proyecto de las retenciones que sublevó a los ruralistas.

Y le dice a su marido:

—Vos te hacés el guapo, pero los costos los pago yo. Si sos tan guapo, ¿por qué no me conseguís los votos para sacar adelante esto en el Congreso?

El ex presidente se siente desautorizado. Quiso imponer las 125 sin necesidad de un pusilánime acuerdo legislativo. Pero ella le dice que ya no queda margen.

En su libro *Cristina*, la periodista Sylvina Walger relata una supuesta escena de violencia de género en aquella Quinta de Olivos asediada por las cacerolas. Asegura que hubo «una sonora trompada» de Kirchner a la Presidenta luego de que ella le hiciera frente. «El golpe fue en serio y a Cristina hubo que trasladarla», escribió Walger.

¿Es creíble esa escena? Una sola de las fuentes consultadas para este

libro, el médico que habló más arriba, narra algo parecido, aunque con menos dramatismo. Dice que hubo un leve forcejeo y una cachetada de Kirchner que no le hizo mella a la Presidenta, pero que convenció a los presentes de la necesidad de retirarse.

Entre ellos, Alberto.

Es cierto que, haya existido o no esa cachetada, el ex presidente siempre mostró una faceta física de su autoridad. Algunos funcionarios recuerdan cómo en broma les palmeaba la cola, a la manera del macho alfa que exige la sumisión de los demás miembros de la manada. Solo Roberto Lavagna, su breve ministro de Economía, se atrevió a frenarlo la primera y última vez que Kirchner manoseó sus glúteos. Su secretario privado, Daniel Muñoz, soportaba que el jefe lo tratara como un punching ball humano y descargara sus golpes en él cuando necesitaba desahogarse por algo. Y Olga Wornat, la biógrafa de Cristina, que conoció a ambos integrantes del matrimonio K cuando estudiaban juntos en La Plata, lo recordó así: «Kirchner, más que el Presidente, para mí siempre fue "El Flaco" con lentes de culo de botella que tocaba el bombo en los actos y tenía una goma para pegarle en la cabeza a alguno. Siempre fue un calentón».

Eduardo Arnold, el antes mencionado ex vicegobernador de Kirchner en Santa Cruz, es otro que puede dar fe de ese estilo. Me contó cómo, a mediados de los 90, compartió un vuelo con Néstor y Cristina a Buenos Aires, a bordo del avión de la gobernación, un Cessna Citation. En pleno viaje, Kirchner leyó algo que no le gustó nada en la chimentera sección «La pavada» del diario *Crónica*: hablaban de una ostentosa gargantilla de 30 mil dólares que, según esa publicación, lucía su esposa, la flamante candidata a senadora nacional.

El gobernador enfureció.

Y delante de Arnold alzó el brazo y le pegó a Cristina con el diario en la cabeza.

—¡Te dije que esas cosas no te las pongas nunca!

Cristina también enrojeció:

—¡Pero qué hacés!

Estaba tan furiosa como él. Pero había un testigo y no atinó a responder el golpe. Estaban los tres juntos en un avión y no podían lanzar a Arnold con un paracaídas por la puerta para dirimir el asunto en privado. Durante el resto del vuelo, ninguno volvió a hablar.

—Nunca vi algo parecido —suspira Arnold—. Él le pegó con el diario, como si fuera un perro.

La escena no es muy distinta a la de la supuesta cachetada en la Quinta de Olivos, la noche en que CFK le dijo a su marido que la 125 debía aprobarse en el Congreso o quedar en la nada.

El que venía insistiendo en esa salida política era el vicepresidente, Julio César Cleto Cobos, un radical K al que había seleccionado, con su agudo ojo, Fernández.

Cobos ya se mostraba díscolo por entonces. Donde los K veían una movilización «golpista», el vice decía observar un cacerolazo «espontáneo». Cuando ellos hablaban de defender la democracia, él salía a condenar las trompadas de D'Elía.

Oscar Parrilli, el entonces secretario general de la Presidencia, ya se lo había advertido en un pasillo de la Casa Rosada:

—Che, Julio, mirá que los muchachos están muy calientes con vos.

Cobos no le respondió.

De cara a la negociación parlamentaria para aprobar la 125, Kirchner, Alberto y la Presidenta salieron a buscar votos, cada uno con su estilo. Los dos primeros taladraban por teléfono a los diputados y senadores de su espacio, prometían más obras públicas, nuevos cargos y todo tipo de recompensas, y amenazaban con escarmentar a los traidores.

Frente a ese toma y daca que la repugnaba, CFK apeló a otro tono.

Llamó a varios legisladores y les dijo:

—Nos tienen que acompañar en esta lucha, es hora de empezar a cambiar el país…

Sus interlocutores más curtidos en el canje de favores no entendían si era broma.

Me tocó investigar cuáles fueron por esos días las negociaciones non sanctas para captar voluntades que ayudaran a imponer la 125. Aquí van algunos ejemplos.

En la Cámara Diputados, donde la ley debía votarse un sábado, un funcionario del Gobierno, Rafael Follonier, fue sorprendido a las 4 de la madrugada anterior hablando con un legislador mendocino en el recinto. Follonier no era cualquier funcionario: se encargaba de repartir los Aportes del Tesoro Nacional (ATN) a las provincias. Y el mendocino con el que habló, Juan Dante González, además peronista y sindicalista, era uno que terminó cambiando su voto y apoyando las retenciones. Cuando Follonier fue sorprendido in fraganti por los diputados de la oposición, huyó en forma rauda.

González, por su parte, después de votar viajó a Rusia, donde permaneció algún tiempo incomunicado. En Buenos Aires, su vocero lo defendió con este curioso argumento: «Si Follonier estuvo, también debe haber hablado con otros. ¿O ahora van a decir que Dante dio vuelta la votación?».

También en la víspera, a las 11 de la noche, otro diputado, Osvaldo Salum, peronista y salteño, abandonó el Congreso con rumbo

desconocido junto a su colega kirchnerista Diana Conti, cercana al jefe de Gabinete. Regresaron recién dos horas y media después, y Salum, que ya era otro, terminó apoyando a los K.

Antes de que Conti se lo llevara, lo habían escuchado decirle a un oficialista de peso: «Si no lo veo, no lo creo». ¿Vio y creyó?

El gobernador de su provincia, Juan Manuel Urtubey, estaba entre los principales interesados en que se aprobara la ley luego de que la Casa Rosada le prometiera ayuda para refinanciar una deuda de 200 millones de dólares que mantenía con el Banco Interamericano de Desarrollo.

Un caso aparte era el de los cinco diputados riojanos, que inauguraron una novedosa modalidad: blanquearon la prebenda. Horas antes de votar a favor del proyecto del Gobierno enviaron una carta a la Presidenta y a Alberto y allí exigieron 400 millones de pesos que la Nación le adeudaba a la provincia. Hubo respuesta positiva y hasta un mensaje de texto de Fernández a uno de los legisladores tras la votación: «Todo está bien, gracias por acompañarnos».

Además de cash, los kirchneristas apelaron a otras formas de ablandamiento menos amables. Mabel Müller, la diputada peronista y bonaerense, pensaba votar en contra de las retenciones hasta que su marido Oscar Rodríguez fue convocado de urgencia a la residencia de Olivos. El propio Kirchner le recordó lo conveniente que era seguir siendo empleado de la SIDE en Uruguay con un sueldo en dólares. Y por otra vía le llegó otro mensaje extorsivo: si su mujer no votaba como correspondía, la vieja causa por la muerte de los piqueteros Kosteki y Santillán podría tomar nuevo impulso e indagar en el papel que habría jugado Rodríguez en la SIDE duhaldista.

Los diputados de Santiago del Estero también fueron acosados. El gobernador de su provincia, Gerardo Zamora, por entonces un radical K, necesitaba plata del Gobierno para su campaña de ese año y se ocupó de disciplinarlos por teléfono. Pero con uno de ellos, Cristian Oliva, tuvo problemas. Después de hostigarlo con palabras subidas de tono, Zamora escuchó su descargo del otro lado de la línea: «Estoy en contra de las retenciones, y si quiere, mañana mismo le presento la renuncia».

El diputado cortó la comunicación y se abrazó a la primera persona que encontró cerca, una sorprendida Patricia Bullrich, que no sabía quién era.

Eduardo Macaluse, el ex colaborador de Elisa Carrió que presidía el bloque de Solidaridad e Igualdad, terminó votando en contra de la ley oficial, pero vaciló en un momento. Lo asustaba aparecer como un traidor y pedía suavizar la terminología del proyecto. Como la palabra

«ratifíquese» lo incomodaba, Agustín Rossi, el jefe de los diputados K, le propuso: «Bueno, le ponemos "compruébese" o "consolídese", no te preocupes». El coqueteo al final no prosperó, y Macaluse terminó negando que su voto haya estado en duda.

El tránsfuga más famoso de esos años, Eduardo Lorenzo Borocotó, aquel diputado PRO al que Fernández había captado antes de asumir su banca, también fue entrevistado para esa nota que publicamos en *Noticias*.

—Usted iba a votar en contra de la 125 —le preguntamos—. ¿Por qué cambió?

—Yo siempre dije que votaba a favor —contestó—, pero con ciertas advertencias.

—¿Cuáles?

—Bueno… Acá no tengo los papeles encima, no me acuerdo.

—Pero usted votó a favor de la 125.

—¡No!

—¡Sí!

—Bueno, voté a favor, pero no estaba de acuerdo en todo…

—¿Hubo plata para que los diputados cambien el voto?

—No hubo plata. No acepto presiones. Nadie vino a convencerme porque nadie me habla.

Daba pena escucharlo hablar así. El pase al kirchnerismo de la mano de Alberto había incinerado su carrera. Después de esa experiencia había formado un bloque unipersonal, pero en los hechos seguía votando en sintonía con los K.

La ley se abría paso en el Congreso. La habían aprobado los diputados por 129 votos contra 122, y ahora faltaba lo más difícil, el Senado. Y otra vez, las presiones y ofertas se hicieron presentes.

Al senador Ramón Saadi le ofrecieron de todo para que votara a favor del proyecto oficial: un lugar en el directorio del Banco Nación para su hermana, el respaldo del Gobierno a la reelección de su esposa como diputada provincial, la intervención del PJ catamarqueño controlado por su rival Luis Barrionuevo y el financiamiento para su futura campaña política. En la Casa Rosada habló con el operador kirchnerista Juan Carlos «El Chueco» Mazzón, que terminó de convencerlo con ese paquete de promesas.

La senadora riojana Ada Maza se dio cuenta de que era buen negocio mostrarse indecisa. Al principio decía que iba a acompañar la ley, pero dos días antes de la votación advirtió que no tenía una posición tomada. El Gobierno leyó el mensaje y la invitó a la Casa Rosada, donde ella negoció la paz para su hermano, el ex gobernador Ángel Maza, que estaba procesado por la Justicia porque cuando lo

destituyeron se atrincheró en la sede de la gobernación y siguió emitiendo decretos. Los K le prometieron calmar la causa judicial y un cargo para su hermano en el organigrama oficial, y Ada Maza aceptó.

El caso de la pampeana Silvia Gallego rozaba lo increíble. Tres años antes había votado un proyecto de ley que pedía la anulación progresiva de las retenciones por considerarlas una «violación institucional», pero ahora se mostraba a favor de la 125. ¿Qué la hizo cambiar de opinión? Desde el Gobierno la tentaron con un cargo en el Ministerio de Desarrollo Social o, en su defecto, el Banco Nación. Podía elegir.

El campo también tuvo sus métodos de apriete. Alfredo De Angeli les avisó a los que votaran a favor del Gobierno: «No van a poder volver a sus provincias». Y los diputados kirchneristas Carlos Kunkel, Patricia Vaca Narvaja y José María Díaz Bancalari, que ya habían aprobado la ley en la Cámara baja, fueron agredidos por chacareros en sus respectivos pueblos. El Gobierno prometía fondos. El campo, venganza.

El día de la votación, Alberto Fernández y los Kirchner no sabían si tenían o no los votos necesarios para imponer el proyecto. En caso de empate, el que debía definir todo era Julio Cobos, el vice de CFK que presidía aquella sesión en el Senado.

Fernández, su descubridor, lo venía llamando desde muy temprano, pero Cobos no atendía su celular. Lo apagaba o se lo dejaba a sus colaboradores.

El jefe de Gabinete avisó en la Quinta de Olivos:

—Nos va a cagar…

Por la tarde, el senador santiagueño Emilio Rached, al que los K también contaban como propio, apareció en el recinto con expresión enigmática. En un aparte, le avisó al secretario privado de Cobos que Raúl Alfonsín, el ex presidente, lo había convencido de que no podía apoyar aquello. El vice hizo cuentas: la votación parecía estar empatada.

A las 3 de la mañana, mientras los senadores seguían debatiendo y discurseando, Cobos se escapó unos minutos a su despacho y por fin se dignó a devolverle los llamados a Fernández.

Le comunicó:

—Voy a votar contra las retenciones, por favor comunicale a la Presidenta que esta es mi decisión.

No sirvió de nada que Alberto lo asustara:

—Mirá que te vas a tener que hacer cargo de la situación…

Cuando cortó, se dispuso a volver al recinto. Pero dos senadores K, advertidos por el jefe de Gabinete, le hicieron un tackle en el pasillo. Eran el ex duhaldista José «Pepe» Pampuro y el santacruceño Nicolás

Fernández.

—Nos tenemos que reunir —lo frenaron, y los tres volvieron a entrar al despacho.

—Acá está en riesgo la institucionalidad, no podés votar en contra —dijo Nicolás Fernández.

—Entendé, Julio, esto es grave, se puede ir todo a los caños —lo tradujo a términos más terrenales «Pepe» Pampuro.

Cobos los escuchaba sin opinar ni mostrar arrepentimiento.

En un momento, Kirchner llamó al celular de Pampuro, que se lo pasó al vice. Pero esa presión tampoco sirvió. Cobos repitió lo que ya les había dicho a los otros.

Del otro lado de la línea, Kirchner murmuró apesadumbrado:

—Si esa es tu decisión…

A las 4:17 de la madrugada del 17 de julio, el radical ya no tan K enfrentó su destino. La votación había salido empatada y le tocaba definir a él.

Miguel Ángel Pichetto, el entonces jefe de los senadores K, ahora reconvertido en compañero de fórmula de Macri, le pidió:

—Haga lo que tenga que hacer, pero hágalo rápido.

Y Cobos tomó la palabra e hizo lo que tenía que hacer.

—La historia me juzgará, no sé cómo. Y que me perdone si me equivoco: mi voto es no positivo, mi voto es en contra.

Terminaba una guerra alocada de más de cuatro meses en los que los argentinos habían vivido con el corazón en la boca.

La 125 estaba enterrada, y con ella la imagen de Cristina y la de su marido inflexible.

¿Qué pasaba a esa hora en la Quinta de Olivos? Siempre circuló la versión de que CFK estaba dormida mientras el resto de la Argentina seguía en vivo por TV la suerte del proyecto de las retenciones, del cual dependía el futuro al menos inmediato del Gobierno y el país. ¿Podía la jefa de Estado realmente estar durmiendo?

Lo cierto es que, tiempo después, ella misma se lo confirmó a su biógrafa Sandra Russo: «Estábamos en Olivos, viendo los debates por televisión. En un momento yo no aguanté más y dije: “Me voy a dormir, total ya sé cómo va a votar Cobos”. Estaba segura de que nos iba a votar en contra. Las mujeres tenemos esa percepción fina, una genética especial para detectar las traiciones. Néstor decía que no, que a último momento iba a votar con nosotros porque formaba parte del Gobierno. Yo subí y ellos se quedaron abajo, mirando la sesión. Me dormí, y a eso de las 5 de la mañana me despierto, toco la cama, estaba vacía. Este dónde está, me pregunté. Mirá cómo estaría que bajé rápido, en piyama, y ahí lo vi, derrumbado en un sillón. Lo agarré del brazo y

le dije: “Vos te venís a dormir ahora, ¿me escuchás? Ahora”. Él estaba profundamente perturbado. Los otros me vieron la cara y me dijeron: “Sí, sí, vamos todos a dormir”. Me lo llevé a la cama. Él sentía que me había fallado. Antes de dormirse me dijo algo que no voy a olvidar nunca. Me dijo: “Siento que ya no te voy a poder proteger”».

Sí, la Presidenta durmió la noche de la votación en que se definía todo. Porque ella es intuitiva y ya sabía cómo votaría Cobos.

Y luego relató candorosamente la escena como una testigo privilegiada del poder y no como su verdadera dueña.

Transformó una tragedia política en una tierna escena de amor. «Vos te venís a dormir ahora, ¿me escuchás?», le dijo a Néstor mientras el Gobierno parecía desintegrarse.

En su entorno, en cambio, me dan una explicación más lógica: dicen que Cristina estaba sedada además de dormida. Es decir, no fue desaprensión, sino un desborde emocional que hubo que tratar.

El médico cercano a ella que habló antes en este capítulo lo recuerda así:

—La noche del voto de Cobos ella tuvo una crisis y hubo que medicarla. Le dieron algo fuerte, un tranquilizante.

—Como la noche del cacerolazo —le digo.

—Sí —contesta—. Ella es una mujer que tuvo el trabajo más estresante del mundo, que es gobernar la Argentina. Y es lógico que se deprima o que esté irritable.

Tras el voto «no positivo» de Cobos, las horas siguientes a esa derrota fueron traumáticas. En la Quinta de Olivos, por la mañana, Kirchner volaba de furia y la Presidenta no lograba aplacarlo. Llamó a Alberto y le contó que su marido la instaba a renunciar. El jefe de Gabinete, que estaba reunido en su departamento con «El Chueco» Mazzón, Florencio Randazzo y Aníbal Fernández, corrió hacia la residencia presidencial. Los encontró lagrimeando. Acababa de morir no solo la 125, sino también Oscar Vásquez, un diputado santacruceño y entrañable amigo de ambos.

Cristina no estaba convencida de irse del Gobierno, pero se sentía sin fuerzas para contradecir al jefe, que era Kirchner.

Ya el piquetero Emilio Pérsico había sido notificado por el ex presidente: se iban.

Al diputado y ex gobernador Felipe Solá también le había llegado el rumor.

Pero era más que un rumor, realmente Kirchner estaba dispuesto a inmolar a su esposa.

O al menos eso creía Alberto.

—¡Tenés que renunciar! —le repetía Néstor a CFK, descontrolado—.

¡Si nos quedamos sin el poder, nos vamos y se acabó! ¡Les tiramos el Gobierno por la cabeza y que se arreglen ellos!

«Ellos» eran los opositores, pero en especial el campo, Cobos y el Grupo Clarín.

Ante el ataque de ira de Kirchner, Alberto hizo lo que no lograba Cristina: frenarlo.

—¿Pero vos te volviste loco? ¿Querés quemar todo por unas retenciones de mierda?

Al final, el delirante plan fue desechado.

Algunos hoy cuentan que los tuvieron que separar para que no se fueran a las manos, aunque lo cierto es que el único testigo de la escena fue Carlos Zannini, el influyente «pingüino» que ocupaba la Secretaría Legal y Técnica.

Entonces, ¿cómo llegó esa historia delicadísima a oídos de los periodistas de *Clarín*? Eso se preguntaron los Kirchner cuando días después la vieron publicada en el diario. Sabían bien que Zannini no hablaba con los periodistas. Tampoco ellos harían público algo así.

Solo quedaba Alberto, alias «Rendito», el amigo del multimedio.

Un empresario y amigo de CFK me cuenta:

—Le hicieron la cruz después de que se filtrara eso. Decían que Alberto los operaba a través de los medios, en especial con *Clarín*.

—Bueno, si lo del pedido de renuncia ocurrió, había que contarlo —le digo.

El amigo de CFK relativiza:

—Es que no fue tan grave. Fue una calentura del momento de Kirchner, estaba enojado y dijo «ma' sí, nos vamos a la mierda». Después se le pasó…

¿Había exagerado la situación Fernández ante sus periodistas preferidos?

Por esos días, en *Noticias* entrevistamos a uno de ellos, Horacio Verbitsky, quien también se había ocupado del tema en su columna de *Página/12*, pero poniéndole paños fríos: «Las versiones sobre una hipotética renuncia presidencial salieron de la residencia de Olivos y fueron amainando con las horas. En tal improbable hipótesis debería convocarse a nuevas elecciones, ya que el vicepresidente solo se hace cargo si la acefalía se produce después de la mitad del mandato».

El último dato era importante porque, según la versión susurrada por Fernández, Kirchner planeaba presentarse como candidato y volver al poder en esas elecciones anticipadas. Es decir, correr a su esposa y sentarse él nuevamente en el asiento del piloto.

Le preguntamos a Verbitsky:

—¿Quién difundió las versiones sobre la renuncia?

—Creo que la fuente fue Alberto Fernández —dijo con mucho tacto —, pero él lo niega.

—¿Qué primó para que la Presidenta no abandonara el poder?

—Cristina no renunció porque primó la razón y la convicción de que es posible y necesario continuar. Una ley que no fue aprobada no significa el fin.

Años más tarde, ya con Alberto instalado en la oposición, Verbitsky sería más directo en cuanto a cuál había sido la fuente de aquella filtración. Escribió en una columna de agosto de 2011: «Según Fernández, la mañana del 17 de julio de 2008, luego del voto del Senado contra la resolución 125, Kirchner instó a su esposa a dejar la Presidencia, y fue el jefe de Gabinete quien le hizo cambiar de idea. El mediodía de aquel jueves, mientras almorzaba con Nilda Garré, recibí un llamado de Alberto. Me pidió que tratara de disuadir a Cristina para que no hiciera esa locura. Hice el llamado y dejé el mensaje. Recibí la respuesta el sábado 19». Y siguió contando: «Impresionado por el relato de Alberto, le transmití a Cristina el mismo mensaje de solidaridad y aliento que consta en mis columnas y en mis actividades públicas de aquella época. También ella me dijo algo similar a lo que cuenta ahora: que nunca pensó en renunciar, que se sentía con fuerza para capear todos los temporales e ir más allá de lo que pudiera preverse, que sabía quién era quién y que no la harían claudicar. Su tono era triste, severo y decidido».

¿Fernández había intentado hacer aparecer a Kirchner como un demente, como decía Verbitsky?

Al columnista de *Página/12* lo había llamado para que disuadiera a Cristina de renunciar, eso estaba comprobado.

Y lo mismo había hecho con Lula Da Silva, según una nota de *Clarín*, la cual hablaba de «tres llamadas» en respuesta del entonces presidente de Brasil, que CFK devolvió un día después. El que había gestionado ese contacto fue Carlos «Chacho» Álvarez, entonces al frente de la secretaría del Mercosur.

También Estela de Carlotto, la titular de las Abuelas de Plaza de Mayo, cercana a Cristina, fue invitada a convencerla de no irse. Así lo contó años después en la pantalla del programa *Intratables*: «Ella estaba agobiada, quería renunciar. Se iba, se iba…». Carlotto siguió: «Me decían “tenés que venir para hablar y convencerla”. No voy a dar los nombres, fue tan general que fui». Y dio detalles del diálogo que mantuvo con Cristina: «Me recibió. Yo sabía que estaba apurada. “No te voy a ocupar mucho tiempo, pero te voy a decir algo: ni se te ocurra, te necesitamos. Estás haciendo las cosas bien, no vas a estar sola, vas a estar con nosotros y te van a acompañar los 30 mil desaparecidos”. Me

dijo “gracias, Estela”. Y no se fue».

Para Fernández, la renuncia de Cristina había sido una posibilidad real y no solo una bronca pasajera de Kirchner. Por eso alertó a Carlotto, a sus columnistas de cabecera, ¡y hasta a un presidente extranjero!

¿Había sido para tanto?

Cristina jamás mencionó nada parecido en sus múltiples biografías ni en su libro propio. ¿A cuál de los dos Fernández hay que creerle?

En lo personal, si me preguntan: a Alberto, aunque por escaso margen.

En paralelo a esos llamados, el jefe de Gabinete también se comunicó con un antiguo padrino con el cual no hablaba hacía tiempo, Eduardo Duhalde. Lo citó en su departamento de Puerto Madero, pero tuvo la mala suerte de que se enterara Kirchner, un obsesivo de las escuchas telefónicas que compartía, solo en ocasiones, con Alberto.

¿De qué hablaron Fernández y su anterior jefe? Según la versión propagada por la SIDE, Alberto le habría pedido «protección». Es decir, que el ex presidente lo defendiera, verbal y políticamente, ante los ataques kirchneristas en caso de saltar del barco antes de que chocara contra un iceberg.

Ese encuentro me lo confirmó uno de los operadores que entonces tenía Duhalde, Miguel Ángel Toma.

El ex presidente interino le informó:

—Me pidió una reunión Alberto Fernández. Dice que se quiere ir del Gobierno.

Alberto había puesto el cuerpo y el alma para evitar la que, según su criterio, sería una renuncia segura de CFK por pedido de Kirchner. Pero solo dos días después de la dimisión que no fue, un sábado, el jefe de Gabinete volvió a chocar con el ex presidente en la residencia de Olivos.

Néstor, a los gritos, le pasó una larga lista de facturas. Alberto también levantó la voz. CFK no quiso presenciar la disputa.

¿De qué lo culpaba Kirchner? De todo o casi todo: la idea original de las retenciones, la elección del «traidor» Cobos como vicepresidente y de Lousteau en Economía, y la incapacidad del jefe de Gabinete para mantener a raya a sus amigos del Grupo Clarín.

Dicen que Kirchner también le echó en cara el encuentro furtivo con Duhalde, en el cual Alberto había pedido «protección». Y le enumeró, además, diversos contactos reservados con los ruralistas, a los cuales el jefe de Gabinete les había prometido que, si firmaban un acuerdo con el halcón Néstor, la letra chica podrían renegociarla luego con él, que en este caso era una paloma.

La idea, decía, era que Kirchner aceptase el paquete general, y después ya podrían arreglar los detalles a sus espaldas.

Pero el ex presidente se había enterado de todo, acaso con los métodos de siempre. Y ahora señalaba la «doble faz» de Alberto en la negociación con el campo, y no ya solo en el vínculo con Clarín.

Estaba indignado:

—¡Nos quisiste entregar!

Le dijo que, en solo unos meses, Alberto y CFK habían destruido lo que él construyó en los cuatro años anteriores.

Fernández tampoco se quedó callado. Le recordó a Néstor que la intransigencia en la negociación con el campo, aquella táctica de redoblar todo el tiempo la apuesta y romper cualquier atisbo de acuerdo, había sido responsabilidad suya: era él quien no había querido arreglar, porque eso le sonaba a rendición. Quería «poner de rodillas» a los chacareros, decía. Y así el clima se fue caldeando hasta desembocar en aquel epílogo a toda orquesta de los cacerolazos, las peleas a trompadas en la Plaza de Mayo y el dramático desempate en el Senado de un vicepresidente que terminó votando contra su propio gobierno. Para Alberto, se había llegado a todo eso por culpa exclusiva de Kirchner.

Le dijo, también, que le costaba ser jefe de Gabinete de una administración con funcionarios tan polémicos como De Vido, Moreno y Jaime. Un gobierno que, para colmo, no se sabía quién lo conducía.

—Hay que oxigenar el Gabinete, hacer cambios para retomar la iniciativa —dijo.

Pero Kirchner ya no lo escuchaba.

—Vos tenés la culpa de todo…

La pelea ya no tenía retorno, ni tampoco la relación entre ellos.

El día después, domingo, Fernández se levantó con dolores en el pecho y dificultad para respirar. Los médicos le detectaron un coágulo en el pulmón, le recetaron un anticoagulante que sigue tomando hasta el día de hoy y recomendaron reposo y calma.

El miércoles 23 de julio de 2008, el descanso llegó a su fin. Pero Fernández no se reincorporó a su trabajo.

Escribió en su computadora una larga carta de despedida para la Presidenta, la cual nunca llegó a manos de ella porque Kirchner la rompió antes. Lo reconoció el propio Fernández en su libro ya citado. La carta era muy dura, y en varios pasajes se ensañaba con el ex presidente.

A media mañana, Alberto la llamó:

—Me voy, Cristina. En este esquema no tengo nada que hacer.

Ella, sorprendida, trató de retenerlo:

—No, esperá, hablemos…

Pero él le dijo que la decisión estaba tomada: en aquel esquema, el del «doble comando» y los «pingüinos» del Sur, más Moreno, que le respondían a Néstor y no a CFK, no había lugar para Alberto. El mensaje entre líneas, otra vez, era «ellos o yo».

No solo eso. Ya le había adelantado lo que pensaba hacer a *Clarín*. En el diario sabían que renunciaría ese día, cuando aún no había hablado con CFK.

Después del llamado a ella, Alberto dio luz verde al diario para que publicara la primicia en su edición web.

El breve texto de la renuncia decía: «Desde el 25 de mayo de 2003, fecha en la que el entonces presidente Kirchner me confió las tareas de la Jefatura de Gabinete, he puesto mi más absoluta dedicación en la convicción de que estábamos protagonizando un profundo cambio en la realidad argentina. La certeza de que se abre una nueva instancia en su gobierno, en la cual usted pueda contar con un nuevo elenco de colaboradores para enfrentar la etapa, me impulsa a poner en consideración mi renuncia con el sano propósito de facilitarle la selección de sus equipos de trabajo. Reiterándole que ha sido para mí un inmenso honor haberla acompañado en la enorme tarea que afronta, la saludo con el afecto y la distinción de siempre».

Eso había escrito en la computadora. Y de puño y letra, como despedida, agregó su firma y un «sinceramente», el título del libro que le aconsejaría escribir diez años después.

Por lo que decía el texto, parecía quedar una puerta abierta porque Fernández ponía «en consideración» su renuncia y hablaba de renovar el resto del equipo, su reclamo desde hacía tiempo: ellos o él.

Pero esa puerta, si seguía abierta, se cerró definitivamente cuando los Kirchner leyeron la primicia de su renuncia en *Clarín*. Cristina todavía no le había contestado y el diario ya contaba los detalles de todo. Se sintieron traicionados por «Rendito».

Uno de los columnistas que lo frecuentaban, Joaquín Morales Solá, tituló en *La Nación*: «Renunció para forzar otras renuncias». Lo cual, paradójicamente, terminó de confirmar a todos los «pingüinos» en sus puestos. Kirchner jamás entregaba una pieza bajo presión.

No, no se iría nadie.

Solo él, que le había adelantado su renuncia a *Clarín* antes que a la propia Presidenta.

Verbitsky luego le preguntaría a Alberto por qué había procedido de esa forma, y dijo que la respuesta no lo conformó.

—Si no hacía eso —se justificó Fernández, según el periodista—, lo habrían presentado como que me echaron, igual que a Javier de

Urquiza.

De Urquiza, el secretario de Agricultura, había renunciado unos días antes por iniciativa propia, pero la Casa Rosada comunicó que fue desplazado.

Al mediodía, furiosa por la nota de *Clarín* sobre la renuncia de Alberto, CFK llamó a un viejo amigo, Sergio Massa, el ex titular de la ANSES y entonces intendente de Tigre.

Él me contó el diálogo.

—Necesito que seas mi jefe de Gabinete —le ofreció ella.

—¿Cuánto tiempo tengo para responder? —quiso saber Massa del otro lado de la línea.

—Ya —lo apuró la jefa.

—Bueno, dale —me dijo Massa que le contestó, sin pensarlo demasiado.

Con la confirmación del tigrense, Cristina volvió a comunicarse con Alberto, pero esta vez su tono fue otro.

Algo se había roto.

—Ya tengo tu reemplazo —le dijo, seca—. Es Sergio.

—Ajá —se desayunó Fernández.

No tenía una buena opinión sobre el tigrense. Y acaso aún esperaba que Cristina le pidiera quedarse. Quedarse para que se hiciera su voluntad, no la de Néstor.

Un tercer y posterior jefe de Gabinete K, que no quiere que se lo identifique, cree que la Presidenta eligió a Massa solo para molestar a Alberto.

—No se querían por entonces —recuerda, y da un ejemplo—: en un momento armamos un «sub 40» de dirigentes, y cuando le contamos a Alberto que estaba Sergio, no le gustó nada.

En la charla telefónica con su renunciado funcionario, CFK también le dijo:

—Admití, Alberto, que no todos tienen la visión crítica que tenés vos sobre algunas cosas que pasan.

Y por último, le pidió que fuese a la asunción de Massa, donde el gran protagonista claramente sería el otro. Fernández accedió.

Para él, su reemplazante no era un verdadero jefe de Gabinete, sino un «gerente de relaciones públicas», como les dijo a sus columnistas preferidos.

En el acto de asunción, los dos disimularon sus diferencias.

—Alberto es un hombre de bien, sé que me va a ayudar —dijo el debutante Massa.

—Es mi obligación —respondió, con cortesía impostada, el saliente Fernández.

En el instante de la jura, CFK bromeó con su nuevo «cristino»:
—Tenés treinta segundos para arrepentirte.
Al anterior «cristino» casi ni le dirigió la palabra.
Estaba realmente dolida.
En el peor momento, Alberto la había dejado sola.

Una cartera para Cristina

Es el 28 de octubre de 2010.

En el cajón cerrado que custodia la Presidenta descansa el cuerpo de su marido, derrumbado el día anterior por un fulminante paro cardiorrespiratorio. Ella, de riguroso negro, recibe el pésame de los jefes de Estado extranjeros, los funcionaros locales y las estrellas como Diego Maradona y Marcelo Tinelli que se acercan a la Casa Rosada para consolarla en su peor hora.

En un rincón del Salón de los Patriotas Latinoamericanos, donde sucede el velatorio, alguien junta valor para ir a saludarla. Es Alberto, quien no puede hablar con ella desde el día en que renunció, hace más de dos años.

De pronto, un funcionario K lo sorprende:

—¿Qué hacés acá, traidor?

Fernández lo conoce bien: se trata de José López, el secretario de Obras Públicas, aquel «pingüino» y colaborador de Julio De Vido que en el futuro se volverá famoso por los bolsos llenos de dólares que intentará esconder en un convento de General Rodríguez.

López ahora lo mira desafiante, lo llama «traidor».

Alberto le responde de mala gana:

—El tiempo dirá quiénes son los traidores.

Él mismo rememorará la escena en un reportaje de años más tarde.

Ahora, en el velatorio a cajón cerrado, hay otros funcionarios que también advierten su presencia, y ninguno lo mira con buena cara. Les parece una rareza ver en ese lugar a aquel ex jefe de Gabinete que osa criticar a la Presidenta en los programas políticos de TV, donde habla de «etapa cumplida» y de «modelo agotado», y alienta al resto del peronismo, y en especial a Daniel Scioli —el gobernador que ahora es su amigo, además de cliente de su consultora— a rebelarse al poder K.

Pero la muerte de Néstor ha cambiado todo. Fernández está allí para despedirlo. Y para saludar a su viuda.

Se abre paso entre los murmullos de sus ex colegas del Gabinete y se acerca a Cristina para darle el pésame.

—Cristina, lo siento…

—Gracias.

El contacto es mínimo, frío, y casi sin palabras por parte de la Presidenta.

Solo «gracias».

Él comprende que es hora de irse: CFK sigue sin perdonarlo.

Eduardo Valdés, su amigo, lo ve en ese incómodo trance.

Me dice:

—Estuvo en el velatorio, un ratito. Lo acompañó Alberto Iribarne, el que fue ministro de Justicia y presidente del PJ porteño.

—¿Habló algo con Cristina? —le pregunto.

—Solo la saludó —contesta Valdés.

Alberto la extraña.

En los primeros meses después de su renuncia de 2008 charló varias veces con Kirchner y anotó este consejo de él:

—Vos hablá con Cristina, pero no la critiques. Las cosas que no te gustan las hablás conmigo.

En su libro ya citado, él cuenta que declinó el ofrecimiento porque no está de acuerdo con esa censura planteada por Néstor.

Pero la verdad es otra: CFK no quiso recibirlo, ni una sola vez. Además de los contactos con Néstor, lo más lejos que Fernández ha llegado es a hablar con alguno de los secretarios de ella.

Ahora, en el velatorio, el frío de CFK y los suyos vuelve a aturdirlo.

«¿Qué hacés acá, traidor?»

Mejor irse de allí.

La muerte de Kirchner tiene un efecto inmediato: de la noche a la mañana, Cristina duplica e incluso triplica su imagen e intención de voto. Pasa de los 20 puntos de una Presidenta debilitada por las desgastantes cruzadas de su marido a los 50 o más que ahora se compadecen de la viuda sufriente que perdió al hombre amado cuando menos lo esperaba.

La reelección del año siguiente ya no parece una quimera, sino una realidad palpable.

Fernández se da cuenta de que la que lo ignoró en el velatorio es una candidata que se encamina a la gloria, una líder renacida de sus cenizas.

Decide reconquistarla.

Ya no está Néstor, la principal causa de los viejos conflictos entre ellos.

¿Qué hace? Le compra algo que, como la conoce bien, sabe que le encanta. Una cartera, y no cualquiera: una Louis Vuitton, la marca preferida de ella.

Con gusto paga los casi 3.000 dólares que cuesta el regalo y se lo lleva a un secretario privado de la Presidenta.

—¿Se lo podés entregar en mano? —le implora—. De parte mía, decile…

El secretario le contesta:

—Dejame ver qué puedo hacer.

Horas después, CFK recibe el inesperado obsequio en su despacho de la Casa Rosada, pero no hace comentarios.

El secretario le avisa de la reacción al expectante Fernández.

—Se la entregué, no me dijo nada…

La Louis Vuitton no logra su noble objetivo de ablandarla, y a Alberto se le terminan momentáneamente las ideas.

El propio secretario privado de CFK me cuenta la historia años más tarde, ya fuera del poder, con la condición de que no publique su nombre.

Si Fernández optó por ese método de seducción es porque sabe que la jefa no es inmune a los regalos. Años antes, aún a su lado, le obsequió un libro que ella ahora define como su favorito: *En torno a lo político*, de la politóloga belga Chantal Mouffe, que plantea una relectura de Carl Schmitt y su lógica amigo-enemigo, que tan bien define al kirchnerismo. Mouffe era esposa del argentino Ernesto Laclau, el fallecido integrante de Carta Abierta y autor de *La razón populista*, otra obra de cabecera de CFK.

Pero lo que en el pasado pudo Mouffe, llegar al corazón de la jefa, ahora no logra repetirlo la Louis Vuitton. Los regalos de Fernández ya no son bienvenidos.

Después de la muerte de Kirchner, Alberto hace algo más: deja de criticar a la Presidenta en los programas a los que lo invitan, especialmente los de Todo Noticias, el canal del Grupo Clarín que lo adoptó como un columnista fijo. El adiós de Néstor, sin embargo, lo convence de bajar el perfil y borrar sus cuestionamientos. Enfrentar a Cristina en ese momento sería suicida. Hacerle regalos, lo más aconsejable.

Lo mismo le aconseja al gobernador Scioli, a quien hasta entonces había alentado a diferenciarse del kirchnerismo y a mostrarse como una opción más moderada. Ahora, le advierte, ya no queda margen de maniobra: hay que encolumnarse. La jefa será reelecta.

Hasta Mauricio Macri, el opositor con más chances de desbancar a los Kirchner hasta el día antes de la muerte del ex presidente, de pronto decide bajarse de esa pelea y va por su reelección como jefe del Gobierno porteño.

Lo convence su gurú, el ecuatoriano Jaime Durán Barba, con esta frase:

—Olvídate, es imposible ganarle a una viuda.

Durán Barba me dice lo mismo a mí. Y en la más absoluta reserva confiesa que trabaja también en la campaña del bando contrario, el

kirchnerismo. Era uno de los secretos mejor guardados de la política local, pero el ecuatoriano no puede con su genio cuando en la revista *Noticias* lo consultamos:

—¿La vio a Cristina?

—Bueno, solo puedo decir que me he reunido con las altas autoridades —responde riendo.

Ni siquiera queda claro si su jefe Mauricio está enterado de esa changa paralela, aunque Durán Barba jura que sí.

En el proselitismo K de 2011 se ve el sello inconfundible que el ecuatoriano le imprime a las campañas del PRO. Mucho color, buena onda y un discurso apaciguado y conciliador como el que se necesita para una candidata que lleva una ventaja irremontable.

Como no quiere plagiarse a sí mismo, esta vez Durán Barba no recurre a su arsenal de globos que viene usando con Macri, pero recomienda que Cristina se saque fotos divertidas en un pelotero con todo el abanico de colores. Ella cumple, encantada.

La campaña de CFK se corona de la mejor manera, con el 54 por ciento de los votos, muy por encima de sus rivales. El socialista santafesino Hermes Binner sale segundo con apenas 16 puntos y lo siguen Ricardo Alfonsín con 11 y Eduardo Duhalde con casi 8. En el fondo queda Elisa Carrió, con menos del 2 por ciento, en la peor elección de su vida.

La viuda es reelecta por paliza y lanza su «vamos por todo». Y Alberto, que no quiere quedarse afuera, vuelve a insistir.

La noche del triunfo, después de haberla votado, llama al celular del hijo de ella.

—Máximo, soy Alberto, ¡decile a tu vieja que la felicito!

—Perdón, ¿quién es? —pregunta el joven Kirchner, que no lo puede creer.

—Alberto —repite el otro—, Alberto Fernández…

—Ah…

—Llamaba para felicitarlos, saludala a tu vieja por favor. Lo que necesiten, acá estoy.

—Bueno, gracias.

El diálogo, inesperado para el que atiende y frustrante para el que llama, lo ventila con tono malicioso un vocero de La Cámpora, el espacio liderado por Máximo.

Pero cuando lo publicamos en *Noticias*, Fernández, después de tanto tiempo, nos llama furioso para desmentirlo. Ya casi lo extrañábamos.

El vocero camporista asegura:

—Que no mienta, llamó para chupar las medias. Máximo no entendía nada, hacía tres años que no hablaban.

El saludo telefónico da tan poco resultado como la Louis Vuitton.

Poco después de su contundente reelección, Cristina le deja en claro a Fernández qué piensa de él. Lo hace en *La Presidenta*, la biografía autorizada que escribe Sandra Russo, una periodista de *Página/12* y columnista del programa *678*. Allí, CFK recuerda la guerra con el campo y el rol de su ex jefe de Gabinete y del Grupo Clarín: «A mí en 2008 me quisieron destruir. No tengo ninguna duda. No habían querido que fuera yo la candidata. Fundamentalmente el Grupo Clarín. Magnetto lo había ido a ver a Néstor a Olivos y le había dicho que no me querían de candidata. Se lo decían a todo el mundo. El otro día me vengo a enterar… Preguntale a Florencio Randazzo, pedile que te cuente cómo era, cuando él estaba convencido de que iba a ser yo la candidata, Felipe Solá le decía "no, eso se cae, mirá que yo hablo con Alberto Fernández y él dice que eso se cae". Y Randazzo le decía "pero mirá que yo hablo con Néstor y es la candidata", y el otro le insistía que no, que yo no era. El Grupo estaba ejerciendo mucha presión, eso yo lo sabía. Lo que no sabía era que el vocero del Grupo, hacia adentro, era nuestro jefe de Gabinete».

Lapidario.

El rencor de CFK es evidente. Lo trata de «vocero del Grupo Clarín».

Y en otro párrafo venenoso agrega: «Yo ya había empezado las reuniones con la Coalición por una Radiodifusión Democrática, el colectivo que durante años elaboró los 21 puntos originales del proyecto de la Ley de Medios. Quería interiorizarme. Alberto Fernández me preguntaba: "¿Qué vas a hacer con eso?". "Nada", le decía yo. "Me interesa". "Mirá que a Clarín eso no le interesa", me decía, y yo le contestaba: "No lo hago por si le interesa o no le interesa a Clarín". Varias veces cruzamos ese diálogo. Era tenso. Terminé diciéndole: "Y si al Grupo no le interesa, para qué te hacés problema vos"».

Sí, lo describe como un alevoso lobbista del Grupo Clarín y no como un ex funcionario suyo.

Alberto explota cuando lee esas líneas publicadas en *Página/12*. El armisticio que intentó con la Presidenta está roto. Sale a responderle por Radio Mitre, la emisora… del Grupo Clarín.

Explica: «Tengo una enorme indignación, porque todo eso no es cierto, es definitivamente falso, estoy evitando dar una respuesta ante semejante disparate. He sido leal y honesto, nunca representé a ninguna corporación. Espero que dejemos de fabular. Me importa preservar mi nombre, que es lo único que me llevé y que tengo».

Y horas después, publica una respuesta titulada «Carta abierta a la Presidenta», pero en las páginas de *La Nación*, para no darle la razón a Cristina con lo de *Clarín*. La volanta que acompaña el título es

«Fernández vs. Fernández».

Dice el texto: «Leí sus expresiones con pesar. Se trata exactamente del pesar que provoca descubrir la mentira en boca de una persona con quien se ha compartido una etapa central de la vida del país, y también de la propia, y por la que aún se guarda consideración. Aunque nunca creí que fuera necesario hacerlo, déjeme informarle que no tuve ni tengo vínculos políticos, profesionales o económicos con el Grupo Clarín. De buena fe, usted lo sabe. También sabe, por la relación que alguna vez tuvimos, que jamás me ocupé de defender los intereses de ese grupo económico. Por lo tanto, decir que fui "vocero" de esa empresa en el gobierno no solo afecta mi integridad ética, sino que ensucia mucho su propia credibilidad».

Luego le recuerda a CFK: «Yo ya acompañaba a Néstor Kirchner cuando en el país solo un escueto 2 por ciento de argentinos sabían de él. Confié en sus ideas y en su conducta. Lo ayudé a alcanzar la Presidencia de la Nación con toda honestidad y lealtad. Lo hice cuando muchos creían que todo nuestro esfuerzo era en vano. Usted misma, a veces, se reía de nuestra obcecación diciendo que nos habíamos embarcado en una "loca aventura"».

Él es más K que ella, le dice.

Y sigue: «Su conciencia conoce que con el Grupo Clarín no tuve más relación que la que Néstor Kirchner dispuso que tuviera. Con sus directivos almorcé tantas veces como lo hizo usted y en ninguna de esas ocasiones observé algo impropio. Debe saberlo bien, porque todas las comidas fueron en la residencia presidencial de Olivos y siempre contaron con su presencia. Supe además que, habiendo dejado yo mi cargo en el gobierno nacional, usted siguió frecuentándolos en más de una oportunidad, con lo cual es evidente que nunca necesitó de mí para mantener ese vínculo. Según dice usted, los directivos del Grupo Clarín le transmitieron directamente a Néstor Kirchner su oposición a la idea de que usted fuera la candidata presidencial. Si así fue, yo ni me enteré. Queda claro, según evidencian sus propias palabras, que en semejantes conversaciones no era necesaria mi presencia. Pese a todo, sí me asombra descubrir que usted no supiera lo que era conocido por todo el Partido Justicialista y la mayoría de los argentinos: que fui yo un sincero impulsor de su candidatura. Miles de testigos e incontables registros gráficos y televisivos confirman esa obviedad. Yo sé que no necesita chequearlos simplemente porque le consta».

Y continúa: «Permítame recordarle algo más. La denominada Ley de Medios fue hecha pública ocho meses después de mi renuncia; fue elevada al Congreso Nacional un año después de mi alejamiento del gobierno (tras la elección de 2009) y promulgada tres meses más tarde.

Hasta donde yo recuerdo, la última vez que cruzamos palabras usted y yo fue justamente el día en que mi sucesor asumió en mi reemplazo. No es verdad que yo estuviera preocupado por esa ley, sencillamente porque en esa época ese tema no estaba en la agenda suya como Presidenta y porque tampoco usted mostraba interés en cambiar esa norma. Nunca hablamos sobre la modificación de la Ley de Medios, simplemente porque usted no la tenía en carpeta».

Es decir, la acusa a CFK de mentir con las fechas para endilgarle a él una responsabilidad que no tuvo. Y recuerda, de paso, que la última vez que hablaron fue cuando él abandonó la Jefatura de Gabinete, seguramente porque las medias palabras en el velatorio de Kirchner no contaban como diálogo. O sea, después de su renuncia no hubo ningún contacto en el que Alberto le pidiera a ella frenar la Ley de Medios.

Luego la sigue tratando de mitómana: «Créame que no hace falta fabular batallas para parecer heroica». Y le explica: «La novela de George Orwell *1984* transcurre en un Estado en el que existe un "Ministerio de la Verdad" dedicado a manipular o destruir los documentos históricos, para que las evidencias del pasado coincidan con la versión que de la historia quiere imponer el gobierno en cada coyuntura. Tal vez sus aseveraciones pueden entenderse como un intento de trastocar lo ya sucedido y construir una historia que, acomodada a sus actuales conveniencias, le haga más llevadero aquello que le resulta difícil de explicar. Yo sé bien que usted cree en la necesidad de construir un relato propio sobre la realidad que ampare el mundo dual en el que vive».

En efecto, le dice que sabe que ella vive en un «mundo dual».

Y remata: «Seguramente por eso trate de emularlo a Orwell. Pero a mí difícilmente me convenza. He sido un testigo privilegiado de ese tiempo y no voy a poder dar por cierta la historia novelada que nos propone como verdad absoluta».

No hay que perder de vista que este intercambio increíble de acusaciones, mentiras y medias verdades se da entre quienes hoy son compañeros de una fórmula presidencial ya prácticamente asumida.

Pero, en aquel entonces, se odiaban.

Tras la carta abierta, Cristina instruyó al otro Fernández, Aníbal, su lengua más afilada, para que le respondiera a Alberto. La nota de Aníbal salió días después, también en *La Nación*.

Arrancaba con todo: «Alberto Fernández trata de desmentir, en una carta llena de agravios a la Presidenta, lo que no se ha cansado de confirmar en su constante trajinar mediático: que es una persona al servicio de Héctor Magnetto (CEO del Grupo Clarín). Esa carta sirve para ver en toda su dimensión el accionar del ex jefe de Gabinete. La

agresividad para con Cristina, la viuda de quien él llama su "amigo", es el rasgo distintivo. La mujer que desde el dolor más profundo no pudo ni siquiera llorar tranquila y cuando tuviera ganas, porque más que nunca tuvo que ponerse, literalmente, el país al hombro».

Luego, Aníbal repasó la zigzagueante carrera del otro Fernández, incluyendo su anterior cercanía con Domingo Cavallo, como si los Kirchner no hubieran sido también amigos del ex superministro. Y lo describió a Alberto con esta cita: «Como supo decir Groucho Marx: "Estos son mis principios, pero si no les gustan tengo otros"».

Luego pasó a desmentir la anterior desmentida que Alberto le había dedicado a CFK. «Me pregunto: ¿a qué se debe tanta desesperación por negar cualquier participación en la discusión sobre la actual Ley de Medios Audiovisuales? ¿Por qué dice que ese tema no estaba en la agenda de la Presidenta? ¿Por qué dice que Cristina no lo tenía en carpeta? ¿No recuerda que cuando era jefe de Gabinete se llevaron a cabo muchas reuniones, a metros de su despacho, con la presencia de la Presidenta de la Nación para discutir el tema de la modificación de la entonces Ley de Radiodifusión? ¿No se acuerda de que el miércoles 16 de abril de 2008 Cristina recibió al colectivo Coalición por una Radiodifusión Democrática? Lo recibió en el Salón Norte de la Casa de Gobierno, donde le entregaron la lista de los veintiún puntos. Suena raro su olvido. ¿Tampoco estaba el 22 de abril de 2008 cuando recibió a sindicatos y federaciones vinculadas con los medios de comunicación? ¿Y el 25 de abril del mismo año, cuando recibió a las entidades empresarias de medios de comunicación? ¿O el 29 de abril de 2008, cuando recibió a 37 universidades, siempre sobre el mismo tema? ¿O el 5 de mayo de 2008, cuando se entrevistó con productores y entidades de los medios de comunicación?». Y siguió enumerando reuniones, para concluir: «Suena raro, ¿no? Tanta gente dando vueltas por la Casa de Gobierno durante tantos días y que el jefe de Gabinete no se enterara».

Por lo visto, la Ley de Medios sí estaba en agenda cuando Alberto era jefe de Gabinete. Y claro, parece plausible que él ya entonces se opusiera a ese proyecto. Tiempo más tarde, ya en el llano, haría público su desacuerdo.

Seguía Aníbal, ya embalado: «Pero, sin lugar a dudas, lo que más le molesta y lo saca de quicio es cualquier mención sobre la "particular" relación que conserva desde entonces con el Grupo Clarín. Clarín embate contra la juventud, Alberto embate contra la juventud. Clarín dice que Papel Prensa fue bien adquirida mientras brindaban con la dictadura y Alberto dice que Papel Prensa estuvo bien adquirida. Clarín se queja de la Ley de Medios Audiovisuales, Alberto también. Clarín no

está de acuerdo con la recuperación de los fondos de los jubilados y Alberto tampoco. *Clarín* miente. ¿Y Alberto? También».

Luego lo chicaneaba por lo lejos que lo veía de su sueño íntimo, el de ser algún día presidente: «A veces pienso que Alberto, el hombre que vive la realidad, debería ser candidato. Es raro que no lo sea, siendo que se atribuye la fundación y la interpretación de lo que piensa "la gente". Sacaría cientos de miles de votos, pero, como entre sus hipervirtudes figura la de tiempista, debe estar esperando el momento».

Sí, Aníbal lo predijo en 2011. Hoy se debe estar mordiendo la lengua.

Terminaba diciendo ese texto: «La verdad es que da pena que de jefe de Gabinete de Néstor Kirchner termine de operador de Héctor Magnetto. Da pena. Porque, ¿sabe qué?, en la vida lo más importante no es cómo se comienza, sino cómo se termina».

Al momento en que este libro entraba en la imprenta, Alberto ya era el virtual presidente.

¿Y Aníbal? Seguía siendo un Fernández locuaz, ingenioso, pero no tocado por la varita mágica de la jefa. Candidato a primer concejal de una lista derrotada en las PASO de Pinamar.

Así terminó cada uno.

Por esos días de 2011, Horacio Verbitsky también se metió en la pelea para hablar del vínculo entre el antiguo jefe de Gabinete y el multimedio de Magnetto. Escribió esto: «La furia insultante de Alberto se desató por la referencia de Cristina a su vínculo con *Clarín*. Pero no hacía falta que lo dijera la Presidenta, porque lo saben hasta los dos jueces de la Corte Suprema a quienes el ex ministro abruma con sus alegatos informales a favor del Grupo en las causas pendientes».

En medio de ese tiroteo cruzado me tocó entrevistar a dos hombres fuertes de *Clarín*, el editor general, Ricardo Kirschbaum, y el columnista político, Eduardo van der Kooy.

Fue una charla reveladora.

—Antes la relación de *Clarín* con el Gobierno era buena —señalé—. ¿Cuándo se produce el quiebre?

—El quiebre —dijo Kirschbaum— se produce cuando Kirchner se da cuenta de que no va a poder tomar el control del Grupo Clarín, que era su objetivo.

—Cuando dice «tomar el control» —pregunté—, ¿a qué se refiere?

—Simplemente —continuó el editor general— voy a repetir declaraciones de gente que habló con Kirchner en ese momento. Magnetto nos contó en una reunión con muchos periodistas que Kirchner le dijo: «Vos me apoyás y vas a ser el empresario más rico de la Argentina y yo me voy a quedar hasta el año 2020».

—¿Cuándo le dijo eso? —inquirí.

—Eso habrá sido a fines de 2006 o 2007 —respondió Kirschbaum—. La relación comienza a enturbiarse cuando *Clarín* no acompaña lo que considero que fue un grave error, el enfrentamiento con el campo. Cuando Cobos finalmente vota en contra de eso, la primera reacción de Kirchner es «nos vamos». Tuvieron que intervenir Lula y Alberto Fernández para calmar.

—¿El pedido era que *Clarín* acompañara? —pregunté.

—El pedido —continuó Kirschbaum, el que más hablaba de los dos— era que *Clarín* dejara de informar lo que estaba pasando y se pusiera abiertamente de un lado. Y eso no está solo vinculado al diario, sino también a otros medios que maneja el Grupo.

—Me acuerdo —intervino Van der Kooy— del nivel de locura que produjo esa situación. Hay símbolos y uno es el famoso discurso de Cristina en Plaza de Mayo, cuando habló del «mensaje cuasi mafioso» por el dibujo de Hermenegildo Sábat. A ese nivel se llegó, así fue como empezó.

—¿Es cierto —pregunté— que Kirchner antes le había ofrecido al Grupo Clarín entrar en Telecom?

—No lo sé —dijo Kirschbaum—, no puedo contestar eso, pero sí sé que ofreció al Grupo negocios petroleros.

—En la Cuenca del Orinoco, ¿no? —agregó Van der Kooy.

—Sí, con Hugo Chávez —confirmó el editor general.

—¿Ese ofrecimiento —pregunté— era para que ustedes acompañaran al Gobierno?

—Eso fue en 2006 o 2007 —dijo Kirschbaum— y era todo un juego de toma y daca. Esta información nos la contaron, conocemos a los testigos que estuvieron en esa reunión.

—¿Kirchner pensó que podía tener de aliado al Grupo Clarín y después se desencantó? —especulé.

—No —respondió Kirschbaum—. Kirchner, visto a la distancia, siempre pensó que éramos un poder a vencer.

—¿Puede ser —insistí— que Kirchner primero los considerara aliados por algunos favores que le había hecho al Grupo, como la extensión de licencias de radio y televisión, y por permitir la fusión de Cablevisión y Multicanal?

Kirschbaum se defendió:

—La prórroga de las licencias de radio y televisión, y hasta lo escribió Horacio Verbitsky, fue hecha para dos canales que si no se iban a la quiebra. No era para Clarín. El Trece se incorporó porque si no otros dos canales, con las deudas que tenían, no podían seguir funcionando…

Van der Kooy estaba distraído:

—¿Cuál era la pregunta?

—Los favores —le aclaró Kirschbaum, fastidiado—. Miren… La política del trapicheo que manejó Kirchner, del «yo te doy y vos tenés que defenderme», quedó desmentida con los hechos. Simplemente con los hechos. Se montó una ofensiva de una magnitud nunca vista en democracia para destruir a un grupo de medios porque no nos sometimos a las reglas de juego que ellos ponían.

—Kirchner alguna vez dijo que Magnetto vetó la candidatura de Cristina —recordé.

—No conozco esa conversación entre Kirchner y Magnetto —contestó Kirschbaum.

Van der Kooy se sumó:

—Hay una política que vienen aplicando desde Santa Cruz. Primero te intento persuadir, después comprar, y si no, te destruyo.

—¿Cuánto los afectó el enfrentamiento? —pregunté.

—Esta acción —dijo Kirschbaum— produce daños. Ellos trabajaron muchísimo sobre nuestra credibilidad. El lema «*Clarín* miente», que lo inventó Moyano…

—Que ahora, sin embargo, está enfrentado al Gobierno —dije.

—Sí, ¿vieron? —se rio por única vez Kirschbaum.

El nombre de Alberto se pronunciaba poco y nada, pero sobrevolaba la charla.

Como cuando Kirschbaum dijo:

—Cuando ocurre algo importante, hay mucha gente que quiere saber nuestro título de tapa. Muchas veces han tratado de que no vaya algo. Transmitían el malestar del Gobierno por alguna situación.

El encargado de transmitir ese malestar, mientras estuvo en el Gobierno, fue Fernández. Después ya no hubo diálogo.

—Ahora —planteé—, ¿cómo se les explica a los que acompañan al Gobierno en la cruzada contra el Grupo que pocos años antes ustedes tuvieran una gran relación con ese mismo gobierno?

—Hay discursos bastante proteicos —dijo Kirschbaum— que se acomodan a las circunstancias. Este es un momento difícil porque nos ataca parte de un sector intelectual, que muchos han sido colaboradores de *Clarín*…

—Varios de los periodistas de *678* trabajaron con ustedes —señalé.

—Sí, es cierto —contestó el editor general—. Gran parte del periodismo pasó por acá. El tema es la justificación de cualquier cosa para atacarnos. Y hay gente que debería callarse la boca, como un gesto de piedad. Mantenerse callada.

—¿Por quiénes lo dice?

—No quiero hacer nombres. Pero debería mantenerse callada…

En la actual campaña a presidente, el editor general de *Clarín* salió en defensa de Alberto tras varias peleas con periodistas que desgastaron al candidato. Escribió lo siguiente: «Es rigurosamente cierto que Alberto F. no solo no estuvo en la primera línea de las agresiones a los periodistas durante el gobierno de Cristina sino que los defendió. Y no hay por qué dudar de que esa actitud vaya a cambiar».

Claro, en el gobierno de Cristina, Alberto solo estuvo seis meses. Y después de renunciar, defendió más que nunca al Grupo.

Con otros medios nunca tuvo esa actitud.

La embestida del kirchnerismo contra Magnetto y los suyos incluyó el hostigamiento judicial a Ernestina Herrera de Noble, la viuda del fundador del diario, y a sus herederos adoptivos, Marcela y Felipe, señalados falsamente como hijos de desaparecidos que los militares del Proceso habrían entregado a la señora. El Gobierno también promovió que se investigara la adquisición de la empresa Papel Prensa por parte del Grupo, la cual, según Guillermo Moreno, habría incluido torturas a otra viuda, la del fallecido ex dueño de la compañía, David Graiver, avaladas por la dictadura. La propia viuda, Lidia Papaleo, coincidió con el relato. Por último, el ataque K pretendió imponer el desguace del Grupo planteado por la adecuación a la Ley de Medios, algo que debía darse el 7 de diciembre de 2012, el famoso «7D». Pero el plan terminó frustrándose porque, aunque en los papeles el multimedio se dividiera en distintas partes, en la práctica siguió funcionando como un todo.

Tenían abogados ocurrentes. Y un amigo con ideas y contactos, Alberto.

Las tensiones del ex jefe de Gabinete con la Presidenta se convirtieron en un clásico de esos años. En *678*, el cañón mediático del Gobierno para despedazar a sus rivales, le dedicó informe tras informe. En uno tituló: «Fernández, el lobbista de las corporaciones que habla como si fuera independiente». Y destacó su asesoramiento a Repsol-YPF a cambio de 25 mil pesos mensuales, que hoy deberían multiplicarse al menos por diez.

Él se defendió:

—Llegué ahí de la mano de Sebastián Eskenazi y a pedido de Kirchner.

Lo segundo era incomprobable porque Néstor ya no vivía para darle la razón.

Alberto también dijo:

—Eso jamás se convirtió en un acto de lobby a favor de Repsol. Soy abogado y tengo un estudio jurídico, donde hago mucho análisis de coyuntura.

Entre sus clientes también estaban el ya mencionado Scioli, los empresarios Gerardo Werthein y Antonio Mata —el español al frente de la luego estatizada Aerolíneas Argentinas— y los gobernadores peronistas Juan Manuel Urtubey, Juan Schiaretti, Jorge Capitanich y José Luis Gioja.

Como consultor, a Fernández le iba bien. Atendía en sus oficinas de Callao y tenía como socia a su antigua compañera de la carrera de Derecho en la UBA, Marcela Losardo, la ex viceministra de Justicia.

Pero algunos clientes de la consultora incomodaban a CFK y uno de ellos era Repsol-YPF. El director argentino de la petrolera era Sebastián Eskenazi, impuesto como socio a los españoles de Repsol por el propio gobierno. Ahora la Presidenta evaluaba reestatizar la compañía y tanto el empresario como su consultor, Fernández, se oponían.

En diciembre de 2011, después de su rotunda reelección, Cristina convocó a Eskenazi a la Quinta de Olivos, con su hijo Máximo como testigo.

—Ustedes tienen que reinvertir las ganancias en la Argentina —le exigió, sin rodeos—. Y lo menos que te pido es que se hagan cargo de la factura de las importaciones de gasoil.

—Eso no es lo que estaba acordado —se defendió Eskenazi.

La Presidenta quería que la petrolera se hiciera cargo de los 500 millones de dólares que el Gobierno necesitaba para importar gasoil y hacerle frente a la crisis energética. Eso era algo que le correspondía pagar a la empresa estatal Enarsa, pero su presupuesto no se lo permitía. Y como Eskenazi había llegado a ser accionista de Repsol-YPF por obra de Néstor, Cristina dedujo que el empresario estaba en deuda con ella.

—Ustedes nunca reinvirtieron un peso en el país y así estamos ahora —se enojó—. Te pido que se hagan cargo de esta situación que generaron.

—Cristina, perdoname, pero yo no soy empleado tuyo —aseguran que la cortó el visitante.

Tal vez dijo «empleado» para no usar algún término más vulgar, como testaferro.

La respuesta enfureció a la Presidenta.

Ella le advirtió:

—Mirá que te podés quedar sin nada si estatizamos la empresa. Sin nada y en Tribunales.

—La última vez que pude haber tenido un tema en Tribunales fue por los fondos de Santa Cruz que ustedes depositaron en nuestro banco —le contestó él, según la historia que cuentan sus amigos y que también publicó el diario *La Nación*.

Para Cristina fue demasiado: Eskenazi, quien además de director de Repsol-YPF también era titular del Banco de Santa Cruz —también por obra de Kirchner—, osaba contarle las costillas a la transparencia oficialista y contestaba una advertencia con otra.

Él sabía todo sobre los vaporosos 500 millones de dólares de fondos provinciales que el ex gobernador santacruceño había girado al exterior y luego repatriado a una cuenta de su banco, sin explicar nunca los movimientos de esa fortuna.

La Presidenta lo echó para no seguir escuchando:

—Andate —le dijo, seca.

El visitante se fue enmudecido. Había llegado a Repsol-YPF como el elegido de Kirchner, y ahora su viuda le estaba hablando de Tribunales y de expropiación, dos amenazas que se concretarían meses después.

Cuando le contó lo ocurrido a Alberto, el ex jefe de Gabinete suspiró:

—Está sacada.

CFK tenía razones para estarlo. Era una viuda reciente y gobernaba sola, ya sin Kirchner ni Alberto para ayudarla o disputarle el mando, según como se mirase. Y había algo más: estaba convencida de que la fortuna de 54 millones de pesos que por esos tiempos figuraban en la declaración jurada de ella y su difunto marido era solo una parte de lo que realmente había amasado Kirchner. La amenazante conversación con Eskenazi, a quien ella suponía un socio no declarado de Néstor, en fin, un prestanombres, tenía que ver con eso. Si CFK se animaba a darle órdenes era porque el dinero que le había hecho ganar el ex presidente al empresario debía tener alguna contraprestación.

Por esos meses habló con distintos empresarios ligados a su marido, algunos de los cuales le contestaron con evasivas calcadas a la de Eskenazi. Por ejemplo, cuando convocó a Cristóbal López y Lázaro Báez para un insólito careo en la Quinta de Olivos, ninguno de los dos la conformó.

Había distintas versiones sobre la misma reunión. Según el relato de Cristóbal López, el zar del juego y el petróleo, aquello transcurrió sin sobresaltos y en un tono amable. Pero Lázaro Báez, el rey de la obra pública, narró otra historia ante sus confidentes: dijo que Cristina interrogó sin miramientos a Cristóbal, y que le preguntó sobre supuestos emprendimientos en común que habría tenido con su marido fallecido.

La respuesta de Cristóbal, según la versión de Lázaro, enfureció a la viuda:

—Eso ya lo arreglé con Néstor, señora.

—¿Vos me estás tomando por boluda? —habría reaccionado ella.

Al parecer, Cristina quería saber si su marido tenía acciones en las

empresas de Cristóbal, que en aquel momento facturaban 13 mil millones de pesos anuales. Y la respuesta fue que no las tenía, que nunca hubo acciones, sino otro tipo de entendimiento que no se expresaba en documentos formales, pero que ahora nadie le debía nada al otro porque eso «ya lo había arreglado con Néstor».

Lázaro Báez les contó la escena a sus colaboradores con una satisfacción indisimulable:

—Cristóbal trató de hacerse el vivo y ella lo sacó cagando.

Cristóbal López también cargó contra Lázaro tras ese careo, luego de enterarse de la versión que había desparramado su rival.

—Al que le cortaron el chorro es a él, que siempre vivió del Estado —contraatacó ante un periodista que prometió no publicar la frase.

Según su relato, la Presidenta le había comunicado a Lázaro Báez que de allí en adelante se acababa su expansión, y que debía limitarse a vivir de su constructora, y con la obra pública en baja por las limitaciones del presupuesto nacional. No se lo habría dicho en ese encuentro en Olivos, sino ya un tiempo antes.

Acaso ambas partes de la historia sean ciertas. Si Cristina había citado a los dos juntos era para que se acusaran el uno al otro. Y lo había logrado.

A un viejo amigo de Néstor, Rudy Ulloa Igor, su ex chofer reconvertido en próspero empresario de medios gracias a los avisos del Estado K, también lo interrogó sin resultado.

—Yo sé la relación que vos tenías con él —le dijo—. Así que ahora contame todo.

Como las respuestas del ex chofer millonario no la convencieron, Rudy fue barrido del entorno presidencial.

La riqueza de los Kirchner siempre fue el punto débil del épico relato oficial que pretendía presentarlos como dos abanderados de la justicia social y la transparencia. Hasta Orlando Barone, el panelista estrella de *678*, tropezó con esa piedra de oro macizo. «Debo decir que, aunque no creo que mi opinión importe demasiado, no me gusta que la fortuna de los Kirchner haya crecido de esa manera», llegó a decir antes de que lo sacaran del aire con un aviso no programado y de fondo se escuchara un extraño grito.

También el filósofo José Pablo Feinmann, uno de los intelectuales favoritos del kirchnerismo, tuvo un momento de debilidad cuando dijo: «Es muy incómodo adherir a un gobierno de dos multimillonarios que te hablan del hambre». Luego intentó desmentir la frase, pero estaba grabada.

Lo que escandalizaba a Barone, a Feinmann y a tantos otros que preferían callar era lo que se leía en la declaración jurada que los

Kirchner debían presentar año a año ante la Oficina Anticorrupción. En la campaña de 2003 habían declarado 2,2 millones de pesos, pero desde entonces los números no pararon de multiplicarse, los emprendimientos se diversificaban, los hoteles en el Sur eran máquinas de facturar aunque casi no tuvieran huéspedes y los depósitos bancarios en dólares seguían engordando. Y todo eso, mientras ellos se habían turnado para gobernar el país.

CFK llegó a sumar 77 millones de pesos en su declaración de 2016, pero luego les dejó en herencia casi todo a sus hijos, y hoy acusa solo 2,9 millones.

Al lado de esos números, el patrimonio —en blanco— de Alberto tenía gusto a poco. Según su última declaración jurada, presentada durante la actual campaña, tiene bienes y depósitos por 2.929.608 pesos, gracias al viejo truco de consignar el valor fiscal y no el real de sus departamentos.

77 millones contra 2,9.

Pero para la propaganda oficial, encabezada por *678*, el villano era Fernández. Le decían «lobbista de las corporaciones». También «clarinista», por su «connivencia» con Magnetto. Y amplificaban las críticas que le hacía el relator Víctor Hugo Morales, quien lo acusaba de «ganar dinero con las multinacionales», como si eso fuera ilegal.

Claro que su cercanía con «la corpo» fue, paradójicamente, la que hizo que CFK ahora lo eligiera para encabezar la fórmula en lugar de ella, para tranquilizar a los mercados. ¿Cómo podían imaginar eso los de *678*?

En el programa fetiche de los K también se mofaron cuando Alberto denunció haber sido censurado en una entrevista con Marcelo Longobardi, que salió abruptamente del aire de C5N, el canal que entonces estaba en manos de Daniel Hadad. Para variar, estaba hablando mal de la Presidenta, y un aviso lo interrumpió en el medio de una frase.

Longobardi le preguntó por el caso Ciccone, entonces en pleno auge, y él solo llegó a decir:

—Es algo previsible lo que está pasando. La Presidenta, en vez de explicar estas cosas, piensa que los problemas se resuelven con discursos y yo no sé cuánto se ha confundido…

Cuando pasó la tanda, el reportaje no siguió.

Alberto se quejó ante los medios: «La verdad, es un hecho penoso. Se hicieron muchos comentarios en el piso. La producción decía que eran llamados de funcionarios del gobierno y una orden de la dirección del canal».

El periodista mejicano Alberto Padilla, de la señal CNN en Español,

presente en el estudio, contó que los productores del canal decían que la decisión se había tomado tras un llamado de Julio De Vido, el archienemigo de Alberto.

Hadad dijo que el programa se levantó porque se había pasado de su horario.

Pero en *678* se burlaban de la denuncia de Fernández. «Desde el ultraoficialista *678* les regalamos un festival del opositor Alberto Fernández en el opositor C5N criticando al gobierno de Cristina», decía aquel informe, que mostraba las críticas que él había llegado a plantear antes de la llamada que lo sacó al aire.

Al canal de Hadad lo llamaban «opositor» porque su kirchnerismo les resultaba insuficiente.

El caso Ciccone, por el que le habían preguntado a Alberto, por esos días se estaba volviendo un dolor de cabeza para CFK, al igual que su principal protagonista, Amado Boudou, el vice al que la viuda había elegido sin consultar con nadie. Aquel escándalo se disparó cuando *Clarín* informó que detrás de la compañía que se había quedado con el negocio de la emisión monetaria, Ciccone Calcográfica, estaba la mano del vice y de sus amigos.

La jefa ya no podía confiar en Boudou.

Kirchner ya no estaba, Alberto era un enemigo y el nuevo hombre fuerte del Gobierno había resultado un chasco, un aventurero desfachatado.

CFK ya le había hecho la cruz antes, cuando supo que él hablaba en términos muy confianzudos de la relación que los unía.

—Considérenme el nuevo Kirchner —le había dicho el vice a un grupo de intendentes.

Y a su amigo Jorge Brito le había respondido esto cuando el banquero le pidió un favor:

—No te preocupes, hoy mismo hablo con «la mami» y te arreglo el problema.

El problema para Boudou fue que esa charla telefónica llegó a oídos de CFK, se supone que con ayuda de la SIDE.

Días después, ella lo amonestó en una videoconferencia que la encontraba inaugurando un parque industrial en Berazategui y a su vice en el barrio más caro de la ciudad.

—Bueno, vamos ahora con los conchetos de Puerto Madero —le cedió la palabra

Boudou, contrariado, largó una risita y se animó a responder:

—No es solo para los conchetos de Puerto Madero, como usted dijo, sino que Puerto Madero se ha convertido en un paseo para miles y miles de porteños que los fines de semana vienen aquí a la Costanera

Sur…

—Fue una bromita, che, lo de concheto —lo cortó Cristina con tono burlón—. Tampoco te lo tomes tan así. Si te puse de vicepresidente y vivís en Puerto Madero… Tengo una buena opinión de la gente de Puerto Madero, si no, no te habría puesto de vicepresidente. Puerto Madero tiene su vicepresidente, así que no se pueden quejar.

Boudou, incómodo, no volvió a contradecirla. Se dio cuenta de que ya no era el preferido.

También hubo otra charla telefónica interceptada en los días previos a la videoconferencia. En ella, la novia del vice, la periodista Agustina Kämpfer, se habría burlado de la manera de hablar afectada de la Presidenta:

—¿La escuchaste? ¡Está hecha una concheta!

—Sí, una concheta de Tolosa.

La respuesta poco feliz de Boudou se refería claramente al origen social humilde de Cristina en esa localidad de las afueras de La Plata —la capital provincial—, donde nació y se crio en un hogar de clase media baja, comandado por Eduardo Fernández, su padre colectivero.

Lo de «concheto de Puerto Madero», entonces, no habría sido otra cosa que una devolución de gentilezas por parte de Cristina.

La historia me la narraron en el seno del propio Gobierno, donde el vice tenía enemigos. El periodista Carlos Pagni publicó una similar en el diario *La Nación*, pero con una leve diferencia. Según Pagni, la expresión de Boudou para mofarse de su jefa fue «concheta de La Plata», no de Tolosa. Esa versión no lo dejaba mejor parado.

Fernández, que observaba desde el llano esa telenovela del poder, era vecino del «concheto de Puerto Madero» en el complejo River View, sobre la calle Juana Manso 740, adonde se había mudado años antes, proveniente de las torres de Santa María del Puerto, en el mismo barrio. Boudou vivía en el piso 25 y el ex jefe de Gabinete aún hoy sigue ocupando el 12, y asegura que su amigo «Pepe» Albistur, el dueño en los papeles, se lo presta, como veremos más adelante.

Un tiempo antes de que Boudou cayera en desgracia, los vecinos del complejo se sorprendieron con un aparatoso operativo de seguridad. Eran unos quince agentes que vigilaban las entradas de la segunda torre del complejo en la que vivía el funcionario, recorrían con celo los pasillos de los pisos e inspeccionaban el hall de la planta baja y el garage.

Los vecinos nunca habían visto algo semejante.

El encargado del edificio les explicó que se trataba de la custodia de la Presidenta.

Ocurrió en invierno, entre las 5 y las 7 de la tarde de un día de

semana.

—A Cristina no la vimos —me contó una vecina cuarentona, Sandra, que pidió no dar su apellido—, pero eso nos dijo el encargado.

¿Y Alberto? El vecino de Boudou jura que no se percató de nada, tal vez porque a esa hora no estaba en casa. Mientras fue parte del Gobierno, él nunca había tenido el privilegio de que CFK acudiera a verlo allí por alguna cuestión de trabajo.

Con respecto a las escuchas telefónicas de esta historia, Fernández sabía bien que ese era un método recurrente de la SIDE. No solo por su paso por el Gobierno, sino porque también las había sufrido en carne propia luego de renunciar. Fue una tarde en que intercambió mensajes de texto con el anterior vice, Julio Cobos, para encontrarse a charlar. Esos mensajes, dijo Alberto, fueron interceptados por los espías oficiales, que tenían en la mira a ambos.

Él lo explicó en Radio Mitre: «Ocurrió algo muy sintomático. Objetivamente, hubo una andanada de gente echada, vinculada conmigo, personas que convoqué al Gobierno. Todo eso ocurrió cuando intercambié una serie de mensajes con Cobos para tomar un café».

Los echados ese mismo día fueron Nicolás Trotta, un subsecretario que dependía de la Jefatura de Gabinete, y la antes mencionada Marcela Losardo, viceministra de Justicia y amiga de Alberto.

Al diario *La Nación* le dijo:

—No sé si lo atribuyo a la Presidenta. Lo que sí le atribuyo al Gobierno es la reacción que tuvo contra los funcionarios cercanos a mí, sobre la base de esa información ilegal.

—¿Cómo sabe que el Gobierno echó a Losardo y a Trotta por su reunión con Cobos? —preguntó el periodista.

—Es una deducción lógica. Fue la causa eficiente de la remoción de los funcionarios. Además, hace un tiempo que me pasan cosas raras con los e-mails. Mando correos que no llegan y me entero de que hay gente que recibe correos de mi casilla que yo nunca envié.

—Y en todos los años que estuvo en el Gobierno, ¿usted no se enteró de que se usaba esta metodología?

—No. Nunca vi que esto ocurriera. Cuando me enteré, en 2005, de que a un grupo de periodistas le habían pinchado los e-mails, me comuniqué con ellos y tomé cartas en el asunto. Hablé con Daniel Santoro y Ernesto Tenembaum. En la causa que se abrió por ese tema, los acusados son espías que estaban fuera del Gobierno.

—En marzo de 2007, en otra causa, se descubrió que la SIDE hacía escuchas ilegales contra políticos y periodistas desde una central de Garín.

—No recuerdo ese episodio.

La memoria de Fernández es selectiva.

En su libro *Sincermente*, Cristina recuerda a los dos vices pinchados que aparecen en estas líneas: «Alberto Fernández siempre me criticó mucho por haber elegido a Amado Boudou como vicepresidente. Cada vez que todavía me lo recuerda, le digo: "Vos y Néstor lo pusieron a Cobos, así que callate la boca. Boudou no votó ni hizo nada en contra de nuestro gobierno"».

Es verdad, solo intentó quedarse con la máquina de hacer billetes.

Por alguna razón, los hombres que elegía la Presidenta después de la despedida de su primer «cristino», Alberto, no estaban a la altura. Antes de Boudou, ya había probado con Massa, el reemplazante de Fernández en la Jefatura de Gabinete. Pero el tigrense renunció un año después de asumir, cansado de chocar con Kirchner. El conflicto era imposible de resolver: Massa quería una Cristina autónoma, desembarazada del yugo de su marido, y el ex presidente se resistía a soltar las riendas.

A sus interlocutores de la embajada de los Estados Unidos en Buenos Aires, el funcionario les habló de un Kirchner «psicópata» y «monstruo», y de una Presidenta «sometida» que «cumplía órdenes». Las frases las pronunció ante la embajadora Vilma Martínez, según señalaba uno de los comprometedores cables filtrados por el sitio *WikiLeaks* . El documento diplomático agregaba que hasta a su esposa, Malena, le pareció excesivo el comentario, y que por eso le hacía señas desesperadas para que se callara. Massa luego negaría todo.

A espaldas del ex presidente, Massa solía llamarlo «Locatti». No por su psiquis impredecible, sino por Alberto Locatti, aquel actor cómico que en un arranque de furia arrojó a su esposa por la ventana del primer piso de un hotel de Mar del Plata. La mujer se llamaba Eva y sobrevivió, y Locatti pagó con seis años de cárcel. Salió libre en 1986.

Cuando le pregunté por ese apodo salvaje, Massa rio y se hizo el distraído.

—No era yo el que lo llamaba así a Kirchner, era otro ministro.

—¿Y vos cómo lo llamabas? —repregunté.

Massa suspiró:

—Le decía «el hombre malo». Pero era en broma.

A menudo también se quejaba, en confianza:

—¿Qué querés que haga, que lo meta en un tupper? ¡Es Kirchner!

Ahora, con la Presidenta ya viuda, él estaba fuera del Gobierno, como Alberto.

Los dos ex jefes de Gabinete se juntaron a cenar en el invierno de 2012, en un restorán de Tigre. Por primera vez hablaron de hacer algo juntos y archivar las diferencias que pudieron tener en el pasado. Massa se había ido mal del kirchnerismo, al igual que Fernández. Y las

encuestas en la provincia bonaerense lo alentaban a competir: según algunos sondeos, tenía una imagen positiva de casi 60 puntos, parecida a la del gobernador Scioli. El marketing de la seguridad en su municipio, Tigre, y la incesante cobertura que de eso hacía el canal C5N lo ayudaban.

El intendente le contó su plan a Alberto: quería ser gobernador de la provincia, pero para eso antes debía legitimarse en las legislativas de 2013.

—¿Y candidato de quién serías? —le preguntó Fernández.

Scioli, quien pretendía ser el sucesor de Cristina, no se animaría a apadrinarlo sin el permiso de la Presidenta, que le había hecho la cruz al tigrense por aquellos comentarios salvajes en *WikiLeaks*. No, en el kirchnerismo ninguno de los dos tenía futuro, se decían.

—¿Qué te queda entonces? La derecha, De Narváez, Macri… Si es así, no cuentes conmigo —le planteó heroicamente Alberto a Massa, según la versión que le susurró él mismo al diario *La Nación*.

—¿Y qué pasa si Scioli se anima a romper con Cristina? —teorizó Massa.

Alberto le explicó que eso era difícil: le venía planteando eso al gobernador, a quien asesoraba a través de su consultora, pero lo veía lleno de miedos. Dijo que el que le aconsejaba esa prudencia al ex motonauta era otro Alberto, Pérez, su jefe de Gabinete en la gobernación. El propio Fernández antes le había aconsejado a Scioli que no podía entrar en cortocircuito con una candidata que acababa de enviudar, pero ahora el tiempo había pasado: Cristina había sido reelecta y su mandato expiraba inexorablemente en 2015. Y nada por entonces hacía presagiar que elegiría a Scioli como su delfín.

Ante las dudas del ex motonauta, Fernández necesitaba un plan B para enfrentar a la Presidenta. Y ese plan B era Massa. Sin ningún padrino, de ser necesario. Por las suyas.

Acordaron un plan de acción: trabajar en una candidatura del tigrense para las legislativas de 2013 y negociar, en paralelo, un acuerdo reservado con Scioli para sumarlo a la movida. Y jugaron al misterio hasta el último minuto, para impedir que Cristina pudiera reaccionar.

Massa la despistó con un método eficaz. Les mintió a sus propios amigos, que le preguntaban si se presentaría a competir contra el kirchnerismo. Dos de ellos trasladaron su «no» a la Casa Rosada. Uno era José Luis Manzano, el ex ministro menemista reconvertido en accionista mayoritario del canal América TV, que habló con Juan Manuel Abal Medina, el entonces jefe de Gabinete. Y el otro era el subsecretario de la SIDE, «Paco» Larcher, a quien el propio Massa,

amigo de él, le dijo que pensaba hacer la plancha. Ellos le comunicaron la falsa noticia a Cristina.

En paralelo también avanzaba la negociación secreta con Scioli, el otro instrumento con el que Alberto podía lastimar a la Presidenta. El gobernador iba y venía de la cautela a la excitación, y en un momento pareció decidido. Rompería con un gobierno que constantemente lo maltrataba y apoyaría esa rebelión. La boleta en tierra bonaerense la encabezarían Massa y Karina Rabolini, la mujer de Scioli. Él como candidato a diputado y ella, a senadora. Hasta se había avanzado en cómo presentar en los afiches aquel frente anti K. La idea del publicista que eligieron, Ernesto Savaglio, era jugar con una «Y» mayúscula que cerrase la grieta abierta por el kirchnerismo: «Daniel Y Sergio», «El Campo Y la Industria», «El Interior Y el Conurbano».

Pero sobre el filo del cierre de listas, un sábado, Scioli telefoneó a Massa:

—Sergio, no me animo. Tengo miedo.

Y Massa se presentó solo, y luego hizo pública la historia.

Para la Presidenta resultó una sorpresa. Pero lo que más la envenenó fue enterarse de quién sería el jefe de campaña del candidato inesperado: su antiguo «cristino», Alberto Fernández.

Enseguida, comenzó una tarea de demolición contra Massa en los medios K, que ni siquiera le daban derecho a réplica.

Lo entrevisté por esos días para que pudiera responder a las denuncias.

—En el Gobierno —le dije— insinúan que te enriqueciste en el último tiempo.

—Hace diez años —contestó— que vivo en la misma casa, tengo los mismos amigos, me emborracho con los de siempre. Me gusta vivir así.

—¿Tu casa en el barrio privado Isla del Sol, de Tigre, cuánto cuesta?

—Está todo en mi declaración jurada. Compré el lote y la construí con dos créditos del Banco Galicia y el Banco Provincia.

—¿Tenés un piso en Miami, como dice el Gobierno?

—Por ahí largaron eso porque me vieron en el departamento de mi amigo «Dani» Guerra, el vice de Argentinos Juniors. Y es departamento, ni siquiera piso.

—¿Viajás seguido a Miami?

—Viajo tanto como cualquiera.

—También salió publicado que destinaste fondos de la ANSES cuando dirigías ese organismo para hacer refacciones en el estadio de Tigre.

—¿Y te parece que algo así es posible sin que haya una resolución? ¡Que me muestren el papel!

—¿Sentís que te atacan?

—Lo mismo hicieron con De Narváez y la denuncia de la efedrina en la campaña de 2009. Y al «Colorado» hasta lo terminó beneficiando todo eso.

Las palabras de Massa resultaron premonitorias. Luego de una campaña agitada —que incluyó un robo en su casa de Tigre, obra de un agente de la Prefectura—, el resultado final de todos esos ataques fue un amplio triunfo: el candidato impulsado por Alberto se impuso al de Cristina, Martín Insaurralde, por 43 puntos a 31. Una paliza.

Fernández festejó ante los medios con palabras subidas de tono.

—La Presidenta debe recuperar la cordura —dijo, en forma textual— y dejar de acusar a los que la gente elige.

Y también decretó la muerte política de ella:

—El shock que recibió Cristina, luego de la derrota, hace que se comporte como una adolescente. El kirchnerismo está muerto, esto es una iglesia del cristinismo.

CFK estaba muerta y él se sentía su sepulturero.

Esa derrota clave en las elecciones de medio término configuró el escenario posterior, en el que la Presidenta ya no tenía margen para su «vamos por todo», su avanzada sobre la Justicia y el Grupo Clarín y su loco sueño de reformar la Constitución para permitirle otra reelección. Había perdido, y no contra la oposición, sino contra un peronista que se le rebelaba de la mano de Alberto.

Para él fueron momentos de gloria y revancha. Y también de amor.

En medio de esa campaña empezó a noviar con su actual pareja, Fabiola Yáñez, de 38 años. La primera vez que se vieron, ella trabajaba en el área de Comunicación Institucional de la Universidad de Palermo, donde también estudiaba periodismo. Él fue como invitado a varias charlas de la universidad y así se conocieron y quedaron en contacto.

—Tomemos un café —le propuso Alberto.

Y ella aceptó.

El primer café tuvo una excusa: ella lo entrevistó para su tesis de grado, titulada «Análisis de la tensión interdiscursiva entre Néstor Kirchner y *Clarín* durante el período 2003-2007».

Vaya si Alberto sabía del tema.

Le contó su particular teoría sobre esa relación en la que él había hecho de mediador, que no necesariamente era la verdad. Según la tesis de Fabiola, calificada con un 10, hubo «amenazas» de Clarín al Gobierno en ese período de romance indisimulado, anterior al quiebre por la guerra con el campo. Además, la periodista negó cualquier tipo de «amistad» entre el presidente Kirchner y Héctor Magnetto. «A lo mejor se buscaron o estudiaron uno a otro, pero solo en eso consistió el

acercamiento», concluyó.

Años después, viajarían a París para comprometerse y sacarse una selfie en la que sostenían dos copas de vino blanco. En el dedo anular de ella se observaba un anillo de oro. «Engagé a Paris, immensément heureux», fue el comentario con el que Fabiola acompañó la romántica imagen. Traducido: «Comprometidos en París, inmensamente felices».

Muy nacional y popular.

¿Qué había pasado con Vilma Ibarra, la anterior pareja de Fernández? En la revista *Noticias* lo supimos cuando la entrevistamos un tiempo después, interesados en un libro que acababa de publicar y en el que, como Alberto, criticaba a CFK: *Cristina versus Cristina*.

Como muy pocos por entonces sabían de la separación, el periodista Rodis Recalt le preguntaba como si siguieran juntos:

—¿Su relación con Alberto tuvo alguna influencia sobre el libro?

—No —dijo ella—, ni siquiera sé si Alberto leyó el libro. No lo leyó antes de que fuera a edición.

—¿No se lo mostró?

—No. Nosotros no tenemos biografías políticas similares. Alberto pertenece al PJ. Yo nunca fui del PJ.

—¿Comparte que él se haya ido al espacio de Massa?

—No, yo estoy muy lejos de Massa.

—¿Pero eso lo hablan?

—Bueno, hace un tiempo que ya no estoy con Alberto. Mi relación con Alberto terminó, estoy separada.

—¡Ah!

El diálogo de sordos por fin había terminado.

El periodista intentó sobreponerse a la gran sorpresa:

—En esta época se separaron muchas parejas por cuestiones ideológicas y hasta se han roto familias…

Vilma sonreía por la situación:

—Yo no me junté por ideología ni me separé por ideología, si esa es la pregunta.

—No, quería saber cómo funcionó esa pareja, con pensamientos tan distintos.

—Mi relación con Alberto nunca tuvo nada que ver con la política. Teníamos militancias distintas y ámbitos distintos.

—¿Por qué se pelearon?

—De mi vida personal no hablo en los medios. No lo hice antes y no lo voy a hacer ahora.

La hermana de Aníbal Ibarra había sido el gran amor de Fernández en sus años de jefe de Gabinete, pero siempre tuvieron sus peleas. En plena guerra con el campo, por ejemplo, ella se fue del departamento

que compartían en Puerto Madero y un tiempo después regresó. También jugaban su papel los celos, y algunas mujeres que eran señaladas como demasiado cercanas a él. El sitio web de Jorge Lanata, *Data54*, se hizo eco de una supuesta relación paralela con Sandra Bergenfeld, la legisladora porteña y ex bailarina del programa de TV *Las gatitas de Porcel*. Y otros sumaban el nombre de Rosario Lufrano, la directora ejecutiva de Canal 7, designada en ese cargo por pedido de Fernández.

Al ex vocero Miguel Núñez le atribuyen haber ventilado ante los periodistas esta última historia, algo que él niega. Sin embargo, cuando ese comentario llegó a oídos de Alberto, lo empujó a renunciar a su ex compañero del secundario. Lo acusó de conspirar contra él con ese romance inventado.

—Alberto lo echó como a un perro a Miguel —me confirmó un buen amigo del ex vocero—. Ni siquiera lo dejó despedirse de Cristina.

Y eso que Núñez fue el que los había presentado.

Pero volvamos a la política. Luego del golpe que para la Presidenta significó el triunfo de Massa en las legislativas de 2013, Alberto volvería a chocar con ella dos años después, en la elección presidencial. En esa oportunidad, y después de muchos rodeos, ella había elegido a Daniel Scioli como su candidato, y del otro lado estaba Mauricio Macri. Pero la presencia de Massa como tercera opción, con su llamada «avenida del medio», incomodaba a ambos polos de la grieta y les restaba votos a uno y otro.

En el establishment empresarial que apoyaba a Macri, el llamado círculo rojo, estaban convencidos de que tenían que bajar a Massa de su candidatura presidencial y ofrecerle el premio consuelo de la gobernación bonaerense, en alianza con Macri, que debía sacrificar a su candidata en ese territorio, María Eugenia Vidal. Solo así, pensaban, el ingeniero llegaría en igualdad de condiciones para enfrentar a Scioli. Pero había un gran obstáculo para ese plan y se llamaba Jaime Durán Barba.

Para el gurú ecuatoriano del PRO, esa idea era inadmisible. Me explicó que la mitad del electorado macrista, según sus encuestas, desaprobaría un acuerdo electoral con un ex jefe de Gabinete de Cristina.

Me dijo con toda crudeza:

—¿Qué es el PRO? Un partido no tenemos, decimos que lo tenemos, pero es mentira. Lo que sí tenemos es un posicionamiento de imagen, somos el cambio, lo nuevo, y si te desposicionas puede costarte caro siendo que tu gran capital es justamente la imagen. No podemos aliarnos con un ex kirchnerista como Massa, no es digerible para

nuestros votantes.

Según él, Massa debía bajarse, pero a cambio de nada. No quería ninguna alianza.

Ni siquiera Massa, que sabía que el escollo para lograr ese acuerdo era Durán Barba, consiguió hacerlo cambiar de idea. Se encontraron una de estas noches en la casa de Francisco de Narváez, un aliado del tigrense, y la exploración se dio en estas palabras.

—¿Qué harías en mi caso? —preguntó Massa.

—Tienes que bajarte —fue al grano el ecuatoriano.

—No me digas eso…

—Escucha, tú puedes ser presidente más adelante. En veinte años vas a tener menos años de los que yo tengo ahora.

En julio de 2015, cuando expiraba el plazo para sellar las alianzas partidarias, Durán Barba atendió su celular delante de mí, que lo estaba entrevistando. El que lo llamaba era Marcos Peña, el jefe de la campaña del PRO.

El ecuatoriano escuchó lo que le decía el otro y contestó, entre alterado y divertido:

—¿Eso pidió Massa? No, la respuesta es no. Que se baje. Si se baja, somos corteses. Si no se baja, ya lo absorberemos como sea. Ya suficiente lío tenemos con los radicales, imagínate con estos adentro…

Peña, del otro lado, tomó nota de la negativa y se la trasladó a Macri.

No había vuelta atrás.

Tras cortar la llamada, Durán Barba suspiró:

—Massa nos pedía unos días más para bajarse y todavía creía que podíamos ir juntos en las elecciones… Un disparate.

Finalmente, Massa no se bajó.

Y la teoría de Durán Barba demostró ser cierta: Macri se metió en la segunda vuelta sin tener que aliarse con el tigrense y su jefe de campaña, Alberto, aquel viejo conocido al que en otros tiempos había llamado «el mulato» y que tan cerca había estado de integrar una boleta suya en la Capital. Ahora, el ubicuo Fernández tampoco veía con malos ojos llegar a un acuerdo con Macri para asegurarle a su candidato que compitiera en un escenario más accesible, el de la provincia.

Pero Durán Barba les había bajado el pulgar.

Ya se sabe cómo terminó aquella elección, con Macri imponiéndose con lo justo en el ballottage: 51 puntos a casi 49.

Como ya vimos, el último capítulo de esta pelea entre los Fernández, Alberto y CFK, fue la legislativa de 2017, en la que el ex jefe de Gabinete se consiguió un nuevo candidato para hacerle frente a ella:

Florencio Randazzo, el ex ministro. Era otro K que ahora le daba la espalda a Cristina.

Randazzo, impulsado por su jefe de campaña, pedía ir a las PASO contra la jefa para así determinar quién sería el candidato a senador del peronismo en la decisiva provincia de Buenos Aires. Pero ella se oponía.

Cerca del cierre de listas, lo recibió en su departamento de Recoleta.

Él le pidió que aceptase la competencia interna en las primarias para no tener que dividir el voto peronista en las generales.

Ella le respondió:

—Si querés, te invito a que seas el segundo en mi lista.

Pero Randazzo —o mejor dicho, Alberto— no se conformaba con un arreglo como ese. Pretendía un mano a mano en las PASO.

Quería enfrentarla, una vez más.

Al final, la jefa eludió esa posibilidad al presentarse por afuera del PJ con su nuevo partido de entonces, Unidad Ciudadana. Y en las primarias, le ganó por solo centésimas al candidato de Macri, Esteban Bullrich. Randazzo, por su parte, sacó unos 5 puntos, los que a Cristina le faltaron para obtener un resultado más convincente.

En su salsa, Alberto volvió a desafiarla:

—Si Cristina hubiera escuchado a Florencio y a todos nosotros cuando le decíamos que la mejor solución eran las PASO, no estaría haciendo este papel, un papel pobre…

Y agregó con sorna que, cuando le pidieron ir a la interna, la jefa los trató de «empleados irreverentes que cuestionaban su liderazgo». «Sí, efectivamente se lo estábamos cuestionando, no somos sus empleados», la remató.

Ese era el «moderado» Fernández del que hoy habla la propaganda K.

En las generales de octubre que siguieron a las primarias, Cristina fue derrotada sin atenuantes: 41 puntos del macrismo contra 37 de Unidad Ciudadana. ¿Y Randazzo? Arañó el 6 por ciento. Claro, con esos votos de su lado, CFK hubiera podido imponerse. Pero había vuelto a perder, y otra vez por Alberto.

Sin embargo, en aquella oportunidad, él no salió a castigarla como de costumbre. ¿Por qué? Como contamos al principio de este libro, acababa de ponerse a disposición del camporista Juan Cabandié, el que tenía la idea de reconciliarlo con Cristina.

El camporista se tenía fe.

Sabía que solo faltaba que la jefa le diera la orden:

—Traelo.

Pastillas y peleas

Federico Saavedra, su médico de cabecera, escucha con sorpresa la revelación del paciente Fernández.

—Me olvidé de tomar la pastilla.

Es el 3 de junio de 2019 y Alberto lleva días sin ingerir el remedio que le prescribieron hace ya once años, cuando sufrió un coágulo en el pulmón por los mismas horas en que le presentó su renuncia a Cristina.

—¿Cómo te sentís? —le pregunta Saavedra.

—Mal —responde Alberto—. Ando con una tos que desde hace 15 días me está volviendo loco.

—¿Dolores?

—Sí, algo.

—Vamos a revisar.

El momento de la tos, de los dolores y del olvido irresponsable de las pastillas anticoagulantes coincide con el anuncio de Cristina que lo ha empoderado como su candidato. Desde entonces, él no puede parar un minuto. El estrés de la campaña le está pasando factura.

Alberto cree que se irá del sanatorio Otamendi de Recoleta ese mismo lunes, pero Saavedra, su médico, tiene otros planes. Se va a quedar internado, le dice.

Fernández protesta, pero es inútil.

En el parte médico del día siguiente se lee: «En consideración de las intensas actividades presentes y futuras del paciente y sus antecedentes heredofamiliares se decide la internación para explorar el cuadro presentado y realizar una serie de chequeos generales sobre su estado de salud».

¿Cuáles son los antecedentes familiares a los que se hace referencia? Celia, la madre de Alberto, sufría de trombofilia, una patología en la sangre que aumenta las posibilidades de que se generen coágulos. Para colmo, ella acaba de morir, solo dos meses antes.

Su hijo internado aún la está llorando.

Los resultados de los estudios detectan una «inflamación pleural», es decir, de la membrana que cubre los pulmones. Y agrega «que podría corresponder a una obstrucción arterial subsegmentaria». O sea, a la presencia de un coágulo que impide el normal flujo sanguíneo en un vaso, también llamado tromboembolismo pulmonar.

Después de eso, ya no hay más partes. No se informa a la opinión

pública si Fernández tiene o no el cuadro sobre el que advierten, con indescifrable jerga médica, desde el Otamendi.

Él sale recién tres días más tarde, la mañana del jueves, y saluda con fastidio a los periodistas que lo esperan fuera del hospital.

—Gracias a todos —les dice—. Vayan a trabajar y ocúpense de cosas importantes.

Porque aquello, dice, fue algo de rutina, una pavada. A pesar de los tres días que duró la internación.

En *Noticias* decidimos llamar a su médico, Federico Saavedra.

—¿Se confirmó la obstrucción arterial que indica el parte?

—Esa obstrucción no se confirmó en los estudios. Alberto nunca estuvo grave y se fue de alta en excelentes condiciones médicas.

—¿El cuadro pudo haber sido generado por el olvido en la toma de la medicación anticoagulante?

—Es información confidencial que permanece entre el médico y el paciente. Como él dijo, estaba tomando un anticoagulante, eso es real, pero no voy a hacer ningún tipo de interpretación al respecto.

—¿Qué indicaciones le dio al firmar el alta?

—Ninguna, se va a trabajar, como él dijo. Y deberá continuar con los controles habituales que se venía realizando.

Saavedra atiende a Fernández desde hace más de una década, desde aquel primer episodio que tuvo en los días de su renuncia de 2008.

Aclara:

—Soy el médico que lo sigue desde hace años y hago solo medicina con él, no hablamos de política.

La aclaración tal vez sea porque en las redes sociales se muestra como un furioso anti K, que le dedica mensajes condenatorios a Cristina, Axel Kicillof y al otro Fernández, Aníbal. Pero no a su paciente, hasta hace poco igual de antikirchnerista.

—¿Si lo votaría? El voto es secreto —se ríe el médico.

También hablamos con Fabiola Yáñez, la pareja de Alberto que lo acompaña en aquel inesperado trance.

—Estuve todo el tiempo con él —dice ella—, solo salí el martes por un momento para buscar ropa y atender cosas de Dylan…

—El perro de él.

—Sí. Tuve que organizarme con el paseador y que se queden unos amigos con él mientras no estábamos.

En efecto: Dylan, el collie que viene a destronar a Balcarce, el can del PRO, es una prioridad para Fernández. Le debe su nombre al cantautor Bob Dylan y hasta tiene cuenta de Twitter: @dylanferdez. En los spots de la campaña albertista se lo ve corriendo con agilidad tras una pelotita que le arroja su amo.

La que también llama a la clínica es CFK, aunque decide no pasar a visitar al paciente. No es una foto conveniente, claro, a solo dos semanas de haberlo elegido.

A ella, Alberto le confiesa lo ocurrido: las pastillas que se olvidó de tomar.

Lo mismo les cuenta a sus amigos históricos del PJ porteño, Eduardo Valdés, Jorge Argüello y Alberto Iribarne, uno de los cuales me transmite la confesión.

En los días de la internación, un periodista de *Clarín*, Claudio Savoia, también publica el dato del tromboembolismo que solo es sugerido como posibilidad en el parte del Otamendi. Pero agrega que Fernández además sufrió un «infarto en el pulmón izquierdo». Dramatiza: «Llegó a la guardia por emergencia. Dolor en la pierna y dificultad respiratoria. Está estable».

Pero Fernández, como su médico antes, lo desmiente.

Le dice a radio Continental cuando lo llaman a la clínica:

—Estoy espléndido. Esperando que me den el alta y volver a trabajar para alegría de unos y desgracia de otros.

En los pocos días que lleva como candidato, Alberto aún no pudo hacer las paces con los popes del *Clarín*, que deciden publicar la supuesta primicia de su periodista.

No es la primera agarrada que Fernández tiene con Savoia. En sus tiempos al frente de la Jefatura de Gabinete salió a contestar con dureza una «pseudoinvestigación» de ese «pseudoperiodista», como lo definió a él y a su nota, referida a las irregularidades de la secretaria de Ambiente, Romina Picolotti, una protegida de Alberto.

Lo acusó de escribir «imbecilidades» y no dejó que Savoia, presente en la sala de conferencias, hiciera preguntas. Ni él ni nadie.

Un tiempo después, Picolotti renunció.

Esta vez, desde el Otamendi, Alberto no fue menos suave. Habló de *fake news*.

¿Existió el infarto en el pulmón que mencionó Savoia sin exhibir elementos probatorios, confiando en la infalibilidad de una fuente que no aparece citada? Es una pregunta que la evolución del supuesto cuadro podría responder en el futuro.

Lo que sí es definitivamente falso es otro diagnóstico que los propagandistas del macrismo viralizaron en las redes sociales en los días posteriores, y que hablaba de «cáncer de pulmón». La afirmación tremendista, difundida en cadenas de WhatsApp y de mails, terminaba diciendo que Fernández renunciaría a la Presidencia apenas la asumiera, por problemas de salud, y que Cristina, la vice, ocuparía su lugar. Pero es imposible: si un primer mandatario renuncia o muere

antes de la mitad de su mandato, automáticamente debe llamarse a elecciones anticipadas.

Según la interesada fantasía de los trolls de Macri, Cristina se valdría del supuesto estado de salud deteriorado de Alberto para correrlo rápidamente a un lado o, en su defecto, para gobernar a través de él. Y si ese falso mensaje tiene algo de asidero es porque, claro, toca una fibra que está a la vista: existen diferencias indisimulables entre los dos Fernández. Diferencias de criterio, de armado político, de visión económica y, lo más importante, de expectativas en cuanto al rol de cada uno en el gobierno que viene.

Los dos quieren ser el centro del poder.

Se consideran, cada uno, padre y madre de la apabullante victoria por 16 puntos en las PASO y la que debería seguirle en octubre.

Se creen con derecho a mandar.

Pero cuando los que gobiernan o quieren gobernar son dos, el conflicto se vuelve inevitable.

Ya lo saben ellos, que vivieron la experiencia del «doble comando» entre Néstor y CFK que terminó con Alberto saltando por la ventana de aquel gobierno.

¿Habrá un nuevo «doble comando»? ¿Se iniciará una pelea feroz por ver quién es el líder?

A Alberto, los suyos ya lo escucharon decir:

—Yo no tengo jefa.

Las primeras escaramuzas ya ocurrieron durante la campaña. Y en el entorno de ambos reconocen que entre el candidato a presidente y la compañera de fórmula hubo discusiones subidas de tono.

Por ejemplo, no se ponen de acuerdo con respecto a los «impresentables» del espacio, una vieja obsesión de Alberto que incluye a De Vido, Guillermo Moreno, Amado Boudou y Luis D'Elía, entre otros. CFK está de acuerdo en soltarle la mano al primero, casi como una ofrenda a Fernández. Ni siquiera lo saludó cuando coincidieron en el juicio oral por corrupción en la obra pública que en medio de la campaña enfrentó la ex presidenta. Pero ¿y los otros? Influida por su hijo Máximo, CFK cree que no conviene ser tan tajantes ni expulsivos en medio de un momento en el que necesitan sumar apoyos y no nuevas denuncias de arrepentidos K. Como Perón, sostienen que para gobernar necesitan a los buenos y también a los malos.

A Alberto, esa lógica lo subleva. Porque él ha vuelto al kirchnerismo para ajustar viejas cuentas con ellos. Con sus propios «impresentables», como «Pepe» Albistur, no tiene mayores problemas.

D'Elía ya demostró lo difícil que es deshacerse de él. Cuando su partido Miles fue a sumarse al Frente de Todos, le respondieron que no

lo querían dentro del rebautizado movimiento K. Él, desde la cárcel, donde está preso por la recordada toma de una comisaría, explotó de indignación: «Fui uno de los primeros kirchneristas en abrirle la puerta a Alberto Fernández, el año pasado. Nadie como yo le tendió la mano a la hora de olvidar viejos rencores, alguien que está en las antípodas mías. A pesar de todo eso, el miércoles mis compañeros fueron a firmar los avales, pero hablaron con Parrilli y con Larroque, y ellos, sorpresivamente, les dijeron que no querían que Miles se sumara al Frente de Todos», relató en su programa de Radio Rebelde.

Parrilli y el camporista Larroque, creía él, solamente obedecían órdenes. ¿De quién? Lo respondía el propio piquetero: «Algunos piensan que la causa de los presos políticos es piantavotos, y afea el proyecto que quieren proponer estos dos muchachos, que nada tiene que ver con el nacionalismo popular y revolucionario de Néstor y Cristina». Los «dos muchachos» de los que hablaba eran Fernández y el también «rekirchnerizado» Sergio Massa, recuperado por el primero.

D'Elía hizo algo más. Por lo bajo, sus colaboradores le avisaron a Alberto que él estaba dispuesto a «contar todo» si no lo sumaban al frente. Horas después, el candidato se reunió con emisarios del piquetero en el Instituto Patria y los calmó con dos lugares en la lista de legisladores provinciales.

D'Elía no volvió a hablar.

En cuanto a los otros «impresentables», aún su suerte no está definida.

Sobre Boudou, el ex favorito de CFK, detenido por el caso Ciccone, Alberto dijo en un reportaje:

—No es un preso político.

Lo considera un delincuente común.

Y lo tiene en su lista negra desde que el ex vicepresidente se metió con un antiguo padrino suyo, Esteban «El Bebe» Righi, su ex profesor en la UBA que luego terminó como procurador general de la Nación con los Kirchner. En pleno escándalo de la imprenta Ciccone, cuando la Justicia avanzó sobre el vice, Boudou forzó la renuncia del procurador —el jefe de los fiscales— y logró que la causa se enfriara por un tiempo.

Righi se fue por la puerta de atrás. Y Alberto jamás se lo perdonó a Boudou.

Poco antes de la muerte del ex procurador, en marzo de 2019, consiguió que Cristina lo recibiera y que al fin hicieran las paces.

Righi se fue con ese consuelo.

Sobre De Vido, preso por un expediente de fraude y por la tragedia del Once, Alberto también habló en una entrevista con *Clarín* en la que

le preguntaron por la corrupción K:

—Pareciera ser que todos los problemas de gravedad de los que ustedes hablan estuvieron circunscriptos a un ministerio.

—El Ministerio de Planificación Federal, de Julio De Vido —le devolvieron la pelota los periodistas.

—Entonces —concluyó Fernández— eso no es el kirchnerismo. Eso es lo que ocurrió en un ministerio aislado. Por lo menos hay que investigar. Hay que investigar por qué un día apareció un secretario de Obras Públicas con 9 millones de dólares en el baúl del auto, a las 3 de la mañana en un convento.

Hablaba de José López, el funcionario de De Vido que lo había maltratado en el velatorio de Kirchner.

Desde la cárcel, De Vido también se acordó de su viejo adversario Fernández. En un tuit, recordó que el ex jefe de Gabinete había firmado las resoluciones que adjudicaban obras públicas a los amigos del kirchnerismo, con lo cual, en el mejor de los casos, era cómplice. Y en una carta abierta, anterior a su reconciliación con Cristina, lo trató de «monje negro». Sin nombrarlo, hizo alusión a él: «¿Cómo podríamos explicar que Massa, Ocaña, Lousteau y Randazzo fueran candidatos en contra frontalmente de la conducción del FPV o de sus candidatos? ¿Quién los nombró y sostuvo en los cargos más importantes de la administración al frente del país y en algunos casos como ministros "estrella" en la década ganada?».

Es cierto, todos esos kirchneristas que luego enfrentaron al kirchnerismo habían sido cercanos al ex jefe de Gabinete, el «monje negro».

Concluía De Vido en su dura carta: «Tengo muy en claro el rol que políticamente cumplieron esos candidatos y para quién, y no me refiero a Mauricio Macri, sino al conglomerado mediático al que este poder ahora reporta».

Hablaba del Grupo Clarín, al que consideraba un sinónimo de Alberto. Para De Vido, Macri era apenas una circunstancia. Los verdaderos villanos eran Fernández y Magnetto.

Moreno, por su parte, también se sentía amenazado por la escoba de Alberto, quien hasta llegó a elogiar el INDEC de Macri conducido por su amigo Jorge Todesca, el padre de Cecilia, una de las economistas del candidato. Claro, al lado del INDEC de Moreno, que falsificaba las estadísticas oficiales, hasta Macri merecía un elogio.

En privado, Moreno se desahogaba:

—Alberto nos puso en la mira a De Vido y a mí. Yo por ahora no estoy injustamente detenido como Julio, pero si gana él…

Realmente, Moreno teme ir preso con Fernández.

En una entrevista, el ex jefe de Gabinete había prometido:

—Este no va a ser el gobierno de la venganza. La venganza se va a quedar en la cárcel.

El candidato también tuvo una trifulca con Máximo Kirchner por una foto en la que el hijo de CFK apareció abrazado a Santiago Cúneo, el polémico ex militante carapintada que desde la pantalla de Crónica TV se hizo conocido por sus frases antisemitas.

Luego de la imagen, Alberto tomó distancia en un reportaje radial:

—No sé en qué circunstancias salió esa foto, no sé si es actual o vieja. Con los nazis, los antisemitas o pónganle el nombre que quieran, estoy absolutamente enfrentado.

Máximo acusó recibo: sus amistades no lograban pasar el control de calidad de Alberto.

El periodista Ernesto Tenembaum cuenta que, algunos meses antes, el candidato ya se lo había cruzado a Cúneo en el Instituto Patria. El carapintada lo abrazó sin que Fernández llegara a esquivarlo.

—¡Hola, compañero!

Cuando estuvo a solas con CFK, Alberto le preguntó:

—¿Qué hace este tipo acá?

Ella contestó despreocupada:

—Es uno que nos apoya, me lo trajo Cabandié.

Alberto le explicó que el personaje en cuestión había sido despedido de Crónica TV por sus frases antisemitas. Era un «nazi», le dijo.

Pero tal vez ella se olvidó de avisarle a Máximo.

Luego de la polémica imagen también habló quien oficia como segunda guitarra de Alberto, su amigo Felipe Solá.

Dijo:

—Cuando aparece Cúneo, que se quiere sacar una foto con los candidatos, nos embroma. ¿Está claro? Conspira en contra de una política ganadora.

El mensaje era cristalino. Para ganar, había que esconder a ciertos personajes.

Cúneo, fumigado por Fernández, terminó presentándose como candidato a gobernador con su propio partido y llevó como postulante a diputado a Julio De Vido, el enemigo del ex jefe de Gabinete. Sacaron el 0,2 por ciento de los votos. La candidatura del carapintada la anunció su compañero de fórmula, el actor Claudio Morgado, como Cristina había hecho con Alberto. Fue un gag intencional.

Hay más peleas. La Cámpora, que en los papeles responde a Máximo, en los hechos ya muestra una interna entre sus dos dirigentes más importantes, Eduardo «Wado» De Pedro y Andrés «El Cuervo» Larroque. El primero pasa más tiempo con Fernández, en su búnker de la calle México 337, en San Telmo, que con la ex presidenta en el Instituto

Patria. Razón por la que el segundo, en privado, ya lo trata de acomodaticio. Larroque sigue firme junto a Cristina.

Hay otro ex funcionario que recela de Alberto y es Carlos «El Chino» Zannini, el ex compañero de fórmula de Scioli en la derrota de 2015 contra Macri. Lector ferviente de Mao Tse-Tung, ex preso de la dictadura y cerebro jurídico de los K desde los tiempos de Santa Cruz, el influyente «pingüino» y ex secretario Legal y Técnico se había distanciado de Cristina durante algún tiempo, pero reapareció a su lado justo cuando empezaron los cortocircuitos entre ella y Fernández.

Al candidato, ese retorno lo preocupa. Si hay alguien que puede hacer de contrapeso suyo en el universo K, por debajo de Cristina, ese es Zannini. De Vido, en la cárcel, ya es un cadáver político. Axel Kicillof estará ocupado con la gobernación de Buenos Aires. Y Máximo, a los 42, todavía está verde.

El rol que podría tener Zannini no es menor: ocupar una silla en la Corte Suprema y manejarla aun sin ser su presidente. Desde ese lugar, como ya lo demostró en el pasado Ricardo Lorenzetti, se puede condicionar al Poder Ejecutivo.

También Oscar Parrilli, el ex jefe de los espías kirchneristas, desconfía de Alberto, aunque claramente no es rival para él. Antes de que el ex jefe de Gabinete reconquistara a Cristina, el fiel Parrilli era la mano derecha de ella en el llano. Pero no daba pie con bola, como demuestra una escucha difundida por el macrismo en la que Cristina discutía por teléfono con él tras las críticas que había recibido del ex espía Antonio Stiuso.

La charla es reveladora.

—Hola, Oscar.

—¿Quién habla?

—¡Yo, Cristina! ¡Pelotudo!

—Ah, porque me había llamado un periodista recién…

—¿Por lo de Stiuso? ¿Por lo de Stiuso?

—Sí, estoy en Neuquén. Estuve buscando en *La Nación* el reportaje que hizo.

—Por eso te estoy llamando, porque a este tipo hay que matarlo. ¡Es un caradura!

—Ahora estoy acá en Neuquén, estoy esperando a que llegue el diario para comprarlo, para leerlo todo.

—¡Pero entrá por Internet, Oscar!

—Ah, bueno, pero estoy en el auto, por eso. Lo busco ahora, lo voy a ver.

—Bueno, qué sé yo, andate a tu casa y ponete a laburar, ¿viste?

La ex presidenta estaba furiosa con la parsimonia de su colaborador.

Cometió un fallido, y enseguida se corrigió:

—Además, empezá a buscar todas las causas que le armamos… No que le armamos, que le denunciamos…

—Que le denunciamos —la secundó Parrilli—. Ocho causas tiene de denuncias, las tengo todas.

—¿A quién le armamos carpetazos nosotros? —continuó desdiciéndose Cristina.

Parrilli le siguió el juego, demasiado tarde:

—No, bueno. No, a nadie. Si las armaba, las armaba él. Él era responsable de esas carpetas.

Telón piadoso.

El diálogo mostraba a las claras lo importante que era para Cristina que regresara Alberto.

Ahora que volvían a ser equipo, sin embargo, pulseaban por el mando.

En el cristinismo más extremo, el de La Cámpora y los dirigentes sociales, algunos de los gestos que Fernández le dedicaba al establishment empresarial eran mal vistos. Por ejemplo, sus reuniones con dos hombres de negocios cercanos al macrismo, Marcelo Mindlin —el dueño de Edenor, entre otras compañías— y Marcos Galperin, el CEO de Mercado Libre. Para Hebe de Bonafini, la titular de las Madres de Plaza de Mayo, lo de Alberto era entreguismo. También Víctor Hugo Morales, enemistado con el multimedio Clarín, vivía el nuevo acercamiento del candidato a Magnetto como una rendición. De pronto, *Clarín* ya no «mentía».

Dijo Víctor Hugo, abatido:

—No puedo vivir con esto, no tengo ganas. ¿Cómo hacés para fumarte a Magnetto?

La pregunta parecía dirigida a Alberto, quien horas antes había coincidido con el hombre fuerte del Grupo Clarín en un evento en el Malba organizado por el multimedio y llamado «Democracia y Desarrollo».

Cuando le tocó exponer, Fernández recordó una vieja frase de CFK:

—Me han dicho que era el vocero de Clarín, y Héctor, que está en primera fila, no me deja mentir. Desde que renuncié, no lo vi hasta hace poquito.

Héctor, que es Magnetto, lo aplaudió con ganas.

Cristina se hacía la superada cuando algún colaborador la consultaba:

—Está muy bien que Alberto se junte con Clarín, hay que abrir una nueva etapa y es él el que lo tiene que hacer…

Pero no sonaba tan convencida.

Cerca de Alberto, Santiago Cafiero, el nieto de Antonio y su mano derecha en la campaña, bromeaba de manera informal ante los periodistas:

—El problema con Clarín es que enseguida se te pone de novia, ya nos está dando más de lo que pedimos.

Los periodistas, que no eran del Grupo, se reían.

Y Cafiero junior seguía explicando con sorna machista:

—Se te pone de novia y te da todo. Pero después por ahí se enoja y te prende fuego. Nosotros quisiéramos una relación más normal, pero no se puede…

¿Qué decía Cafiero que les había ofrecido Clarín aun antes de ganar? «Trato presidencial» para Alberto, lo que sea que eso signifique.

Algo así como la suite presidencial de un hotel.

Si el armisticio con el Grupo Clarín dividía las aguas en el kirchnerismo, la confección de las listas también produjo cimbronazos. Alberto pidió dos lugares para sus íntimos cuando las boletas de la Capital, su vieja área de influencia, se estaban cerrando. Quería que Claudio Ferreño, un histórico colaborador, fuera candidato a la Legislatura porteña, y que el ya mencionado Santiago Cafiero pudiera estar en la lista de diputados nacionales de ese mismo distrito. Pero CFK solo aceptó el primer pedido e ignoró el segundo. Decía que bastaba con que Fernández hubiera elegido al postulante a jefe del Gobierno de la ciudad: Matías Lammens, el socio de Marcelo Tinelli y titular del club San Lorenzo. En realidad, a Alberto le permitieron llenar ese casillero porque estaban seguros de que no ganaría.

En la boleta de candidatos a diputados por la provincia de Buenos Aires, encabezada por Massa —la condición que el tigrense puso para volver al espacio—, Alberto también aspiraba a que la segunda fuera su aliada Cristina Álvarez Rodríguez, la sobrina nieta de Eva Perón. A última hora, ella se enteró de que ese lugar ya estaba ocupado: Máximo había puesto a Luana Volnovich, una legisladora camporista a la que sus pares de la juventud K jocosamente apodaban «la princesita», por una supuesta historia reciente con el hijo de CFK. Luana también había sido novia de Iván Heyn, aquel economista de La Cámpora que apareció suicidado en un hotel de Montevideo, ahorcado con un cinturón.

El rol de Alberto en el armado de las boletas claramente había sido marginal, tanto que *Clarín* tituló con desencanto en su tapa del día siguiente: «El cierre de listas ratificó que Cristina ejerce el poder real en el kirchnerismo».

El candidato se consolaba diciendo:

—El Gobierno lo voy a armar yo.

Le habían copado las listas, pero él seguía confiando.

Cuando este libro entraba en la imprenta, lo último que se supo fue que su virtual vicepresidenta le había pedido tres carteras clave: el Ministerio de Justicia, el de Interior y la Agencia Federal de Inteligencia, la AFI, antes llamada SIDE.

Estaban en eso.

Ni siquiera la campaña la habían hecho juntos, sino cada uno por su lado. Ella con la gira nacional de *Sinceramente*, su nuevo best seller, y él por las suyas, sin mucha estructura, a veces acompañado por Massa y en otras ocasiones solo. Era una tarea desprolija, caprichosa, en la que acaparaba múltiples funciones y delegaba poco y nada: Alberto era el candidato, el jefe de campaña —su especialidad— y a menudo hasta el vocero de su propio proselitismo, y se vanagloriaba de ese desorden.

—El «big data» no sirve para nada —le apuntaba al moderno método del macrismo, que con mensajes direccionados y bases de datos buscaba llegar a más votantes.

A veces ocurría que llegaba a un acto y no había nada preparado.

O que paraba a mitad de camino, en cualquier lugar, para comer unas empanadas.

O que no tenía chofer a disposición y manejaba él mismo durante horas.

O que sus voceros prendían la radio y lo escuchaban hablando, en alguna nota que había concertado sin avisarles.

O que, para no gastar en pasajes aéreos, viajaba en Buquebús a Montevideo para visitar a su amigo «Pepe» Mujica.

La caja de la campaña esta vez no la manejaba él, que acababa de volver al espacio y tenía que pagarse lo suyo.

—Fue todo muy desorganizado y a pulmón —me contó un colaborador de Alberto—. Por ahí pasaban días sin que tuviéramos noticias de Cristina.

Claro, el candidato no se animaba a pedirle prestado a ella.

Sus colaboradores lo veían ojeroso y agotado. Le decían que estaba más gordo, que tenía que cuidarse, que así no podía seguir.

Pero él los ignoraba.

—No quiero parecer un muñeco —les respondía cuando trataban de ordenar el caos.

Pero ese caos, a su modo, funcionó: mostró a un postulante que no se desvivía por la imagen ni pasaba horas «coacheándose» para una entrevista. Mostraba a alguien más auténtico que Macri, el candidato de Jaime Durán Barba formateado en el discurso del voluntarismo bobo, la alegría que ya no tenía razón de ser y el «sí, se puede».

En Alberto todo parecía menos artificial y guionado. No era un «tipo

común», como se presentaba en sus spots de campaña, pero tampoco un mero producto del marketing como su adversario. Sonaba real, y sobre todo, cuando tenía sus rabietas con los periodistas, que algunos colaboradores temieron que podían jugarle en contra. En vez de eso, lo exhibieron como alguien con carácter, alguien que no se dejaría mandonear por CFK.

En ese sentido, sirvieron. Aunque también dejaron en evidencia que el candidato no era un «moderado».

La seguidilla de rounds con el periodismo empezó una mañana de julio, cuando Mercedes Ninci y otros colegas lo encararon a la salida de los tribunales de Comodoro Py, donde él fue a declarar por la causa del pacto con Irán para encubrir la responsabilidad de ese país en el atentado a la AMIA.

Ella le recordó su repentino cambio de postura en ese tema, en el que él pasó de señalar que el pacto fue un delito a simplemente decir que se trató de un error no intencional de la ex presidenta.

Alberto le contestó de mal modo:

—Mercedes, tenés que leer lo que escribí en *Clarín*. ¿Por qué no leés además de escuchar? Dale, tratá de leer.

Y tras una nueva pregunta, siguió:

—Mercedes, no me preguntes siempre lo mismo porque perdés seriedad.

Ante la indignación de la movilera, remató:

—Mercedes, ¿por qué no hablás en serio una vez? Dejá hablar a tus compañeros.

Y por último dijo:

—Si van a citar a todos los que opinaron sobre el pacto, van a tener que llamar a todos los argentinos. Preparate, Mercedes, porque vas a tener que declarar.

Por la tarde, Alberto tuvo otro choque con un periodista en Córdoba, Mario Pedro Pereyra, del canal Cadena 3, quien le preguntó sobre los escándalos de corrupción K.

El candidato le dijo:

—Está hablando como opositor, lamentablemente tergiversa todo. Yo entiendo que usted no me quiere, pero por lo menos disimúlelo.

Y por la noche, todo en la misma jornada, se cruzó en la radio La Red con Jonatan Viale, quien se mostró a la altura de su contendiente.

El diálogo es imperdible.

—Que estemos discutiendo la pelea con Mercedes Ninci es ridículo. Si querés le dedicamos un rato, si te interesa tanto —empezó Alberto.

—La verdad es que no me interesa a mí, me interesa que te lleves bien con el periodismo —le contestó Viale.

—Si empezamos así no tiene sentido, vos definí también, dale… ¿Qué otra definición tenés? ¿Que me llevo mal con el periodismo? —levantó temperatura Fernández.

Viale siguió:

—Mi pregunta es si no se van a repetir esos viejos errores, del kirchnerismo persiguiendo periodistas.

A Alberto le dio la «chiripiorca»:

—¿Yo cometí esos errores? Entonces no me pidas que no los cometa cuando no los cometí. No entiendo tu razonamiento.

—No entiendo la agresividad, Alberto.

—¿Qué querés que haga con lo que hizo Cristina?

—¿Pero Cristina no es tu candidata a vice? ¿O estoy loco?

—Sí, es mi candidata a vice. ¿Quién va a ser el presidente?

—Vos. ¿Cristina no va a manejar la economía?

—¿Vos te das cuenta lo que me estás preguntando?

—¿Está mal? Pasame el listado de preguntas, de última…

—La economía pertenece al Poder Ejecutivo, estudialo. No me preguntaste qué siento por la caída del 6 por ciento del PBI en los primeros seis meses.

—¿Qué sentís?

—Enorme preocupación. Pero veo que a vos te preocupan otras cosas.

—Alberto, ¿tenés ganas de pelear?

—Simplemente te estoy marcando tu lógica de preguntas…

—Si no preguntate y respondete vos, no hay problema. Ante cada pregunta te enojás…

—No te des por ofendido. No puedo creer esta charla. Me estás preguntando si Cristina va a resolver la economía. ¿Vos te das cuenta lo que estás preguntando?

Alberto no estaba dispuesto a ceder.

Viale había tocado una fibra sensible: su autonomía como presidente.

Tras la serie de entredichos, otra colega que lo conoce bien, Nancy Pazos, le dejó un mensaje de WhatsApp.

«No hay necesidad de dar cátedra», le escribió.

«¿Por qué lo decís?», respondió él, aún malhumorado.

«Por lo de Mercedes Ninci», aclaró Pazos.

«No era contra ella», se excusó Fernández.

«Ya está, el daño está hecho…», concluyó la periodista.

Pazos me cuenta el intercambio y recuerda cómo lo conoció a Alberto, hace un cuarto de siglo, cuando era superintendente de Seguros del gobierno de Menem.

—Un día, un colaborador de él llamó a mi productor y le preguntó cuánto salía sentarse en mi programa de TV, *Ruleta Rusa* —dice.

—¿En serio? —pregunto.

—Te lo juro —responde—. Yo me sentí burlada en mi honor. Me estaba comprando…

—¿Y qué pasó?

—Se lo comenté a mis compañeros de *Clarín*. Él ya tenía algunos amigos en el diario, así que se enteró. Me llamó y me dijo: «Yo no fui, no tengo nada que ver».

—¿Le creíste?

—Qué sé yo… Le dije: «Bueno, si vos no fuiste, echalo al que llamó». Quedó ahí el tema.

En su época de superintendente de Seguros, Fernández buscaba hacerse conocido. A cualquier precio.

Pazos tuiteó muchos años más tarde, luego de un enojo con él: «Lo digo porque ya no aguanto más: la única vez que un dirigente político me ofreció plata para venir a *Ruleta Rusa* fue Alberto Fernández».

Luego, arrepentida, borró el tuit, que sin embargo fue reflotado en la presente campaña para enchastrar a Alberto.

Pazos concluye:

—En la campaña se lo vio saturado, enojado, tratando de manejar todo él solo. Y por eso se la pasó chocando con el periodismo.

—Es su propio jefe de campaña y vocero —le digo.

—Tal cual —responde Pazos—. Y trata de mantener contacto personal con un número demasiado grande de periodistas. No delega, quiere abarcar todo. Me preocupa lo que pueda pasar si es presidente…

Para no ser menos que Fernández, también su economista estrella, Guillermo Nielsen, se metió en problemas por su incontinencia verbal. Consultado por el diario *Perfil*, dijo que Kicilllof, el último ministro de Economía del cristinismo, le parecía «un ignorante», además de «un marxista disfrazado de keynesiano». Luego de ser reprendido, aclaró que lo habían «sacado de contexto».

También Alberto siguió peleando.

Al periodista Luis Majul lo frenó en su programa de TV:

—A mí me vendría bárbaro que me dejara contestar algo, ¿podrá hacer el esfuerzo?

Y luego le dijo:

—Usted lee los expedientes, pero no los entiende.

Con el periodista Diego Leuco, en el canal Todo Noticias, también se hizo el gracioso:

—Si me deja terminar me haría un favor enorme, Diego. Ya habló muchos meses solo, déjeme hablar a mí este ratito.

Luego, fuera del aire, bromeó con uno de sus colaboradores:

—A Leuco lo saqué a pasear, se me va a poner celoso Dylan…

Hasta cuando defendía a Cristina a veces sonaba un poco duro.

Por ejemplo, cuando dijo:

—Detesto su soberbia, pero no es ladrona.

O cuando reveló que la había reprendido por una frase de ella contra el periodista Luis Novaresio, quien tiempo antes la había entrevistado en televisión. «Me sentí interrogada. Solo faltaba que me pusieran un reflector adelante y me hicieran algo desde atrás», lo comparó a Novaresio con un torturador.

Y Fernández dice que la hizo recapacitar:

—Estuviste mal.

Entonces, ella pidió disculpas por Twitter.

Así como los choques con la prensa muestran lo impulsivo que es Alberto, también sus comentarios en Twitter hablan de una persona fácilmente irritable. Muchos de esos exabruptos salieron a la luz en la campaña, gracias al macrismo.

A continuación, una breve lista de los más resonantes, no apta para lectores impresionables.

Al actor Juan Acosta le dijo: «Qué pedazo de pelotudo resultaste. Pasaste de hacerme reír a tener pena por tu imbecilidad. Solo agradecé que mi paciencia es infinita. Y rogá que tus imbéciles prepoteadas un día no se crucen con alguien sanguíneo. Seguí tu vida. Pelotudo».

Al economista y candidato José Luis Espert le respondió, jugando con su apellido: «Pajert… Si fuera vos no hablaría… ¿Recordás cuántas boludeces predijiste? Callate, Pajert».

Al escritor Eugenio Monjeau le escribió: «Te presumía necio. Ahora sé que solo sos un boludo importante. ¡¡¡Un boludo con vista al mar!!! Hervite y tomate el caldo…».

Al economista Lucas Llach le dedicó: «Seguí leyéndote, onanista verbal».

Sobre el escritor Federico Andahazi y el diputado Fernando Iglesias opinó: «Acabo de descubrir a otro miserable que quiere competir con Fernando Iglesias por el "Miserable del Año"… acabo de verlo (por Andahazi) con Andy Kusnetzoff en *PH* y es un provocador asqueante».

También se cruzó con seguidores desconocidos de su cuenta.

«No lo tomes a mal. No discuto con boludos que se masturban creyendo que son lúcidas las boludeces que escriben. Ese es tu caso», le dijo a uno. Y ante la queja del usuario, disparó: «Celebro que un pajero de tu talla no me valore. Mil gracias».

A otro le contestó: «Sos un pelotudo magnífico. Olvidás el default, una deuda del 150 por ciento del PBI, pobreza del 57 por ciento,

desocupación del 24 por ciento… todo eso lo hicieron ustedes… y vos creés que nosotros rebotamos… qué generoso el mundo manteniendo imbéciles de tu talla…».

Y a otro, oriundo de los pagos de Kirchner, le escribió: «No lo tomes a mal. Sos un desinformado, poco inteligente con ínfulas de sabio… en el barrio los llamamos pelotudos… en Río Gallegos no sé. Andá a estudiar y volvé otro día. Chau».

En paralelo a esta catarata de insultos, Fernández también protagonizó un video que llegó a los medios periodísticos gracias a la mano del macrismo. En esa pieza filmada por las cámaras de seguridad se lo veía discutiendo con otro comensal, mayor de edad, en un restorán de Puerto Madero, La Cabaña.

El otro estaba de pie y le dijo algo a la distancia.

Fernández, sentado a la mesa con Fabiola, su novia, se levantó como una tromba. Tomó envión y se lo llevó por delante, pecheándolo.

El hombre cayó aparatosamente, no logró incorporarse.

Fin de la filmación.

El video, que sugestivamente no reprodujeron los medios del Grupo Clarín, era de casi un año antes, septiembre de 2018, cuando Fernández denunció una agresión en su contra, un escrache. En ese momento, contó lo opuesto a lo que había ocurrido. Le dijo a *Infobae*: «Venía directo a pegarme, me acerco y me golpea con su hombro en mi cuerpo y se cae al piso. Comienza a gritar que yo le había pegado. Todos los presentes le pedían que finalizara con ese acto porque nadie lo había tocado pero seguía gritando y estaba claramente alcoholizado».

—Ladrón, chorro, vos defendés a la chorra —dijo Alberto que le gritó el hombre.

—Andate, andate, dejame tranquilo —aseguró que le contestó.

Alberto en ese relato era la víctima, y no lo que ahora mostraba el video.

Hasta recuerdo haberle hecho llegar mi solidaridad en aquel momento, después de tantos años. «Gracias», me contestó.

Tras la salida del video, Patricia Bullrich, la ministra de Seguridad de Macri, salió a criticarlo:

—Alberto Fernández es una persona agresiva.

Lo sabía no solo por el video, los exabruptos en las redes, las peleas con los periodistas, sino también porque es una vieja amiga de él, aunque esto último no lo hiciera público.

También le recordó:

—Cuando fue parte del Gobierno, Alberto Fernández siguió los lineamientos del kirchnerismo, y cuando estuvo fuera fue muy agresivo contra su propio gobierno, al que vuelve ahora. Cuando uno formó

parte de algo, no ayuda a destruir lo que construyó.

Sí, Fernández era agresivo, malhablado, prepotente. O como repetía Elisa Carrió: «Tan ordinario, pobre».

Eso es lo que buscaba instalar la propaganda macrista, pero no sirvió. Porque tal vez no importaba nada de lo que Alberto dijera, hiciera o se llevara por delante. Tal vez lo único que importaba, a fin de cuentas, era el dramático descalabro económico y social que había generado Cambiemos.

Alberto no es el único «calentón» en su familia. Su hijo Estanislao, de 24 años, también demostró su carácter en medio de la campaña. Al mejor estilo Fernández, y consustanciado con el lenguaje inclusivo, disparó en Twitter: «Estoy hartx de comunicadores mandándoles mensajes a amigues y compañeres de trabajo para conseguir mi contacto. ¿Se puede invadir más la privacidad de una persona? No doy más notas porque el 90 por ciento de les comunicadores me parecen unes vampires de mierda». Y agregó este pedido a sus seguidores: «Si ven a algún periodista acosándome, cáguenlo a trompadas».

Estanislao se convirtió en un imán para la prensa no solo por ser hijo del virtual presidente, sino también por su historia personal. Es «drag queen», en ese ambiente se lo conoce como Dyhzy y además se dedica al «cosplay» y al «crossplay». Van las traducciones: «drag queen» es el artista o cantante masculino que se viste como mujer; «cosplayers» son quienes se disfrazan de personajes de ficción, y «crossplayers», por último, aquellos que se presentan como personajes del género opuesto, es decir, una mezcla de los primeros dos. En confianza, Alberto llama a todo eso «las locuras artísticas de Estanislao».

Su hijo dio dos notas durante la campaña, una de ellas con Franco Torchia en la radio. Habló de prejuicios y homofobia, dijo que estaba de novio con una chica y que antes había salido con varones y se mostró entusiasmado con su trabajo y con los «animés» japoneses.

Alberto también habló de él. En un reportaje radial con Tenembaum y Reynaldo Sietecase se explayó: «Yo tengo orgullo por mi hijo, es un hombre sano que labura en una compañía de seguros, que todos los días se toma el subte para ir a trabajar, que vive solo con su novia en un departamentito que alquilan en Belgrano… ¡Qué me importa lo que digan! Es su vida».

La compañía de seguros a la que hace referencia es la del Banco Provincia, donde Fernández conserva buenos amigos.

Tal vez llame la atención algún término de conservador entrado en años, como aquel del «hombre sano» que vive con su novia.

Los amigos de Alberto reconocen que las elecciones sexuales de Estanislao fueron todo un tema para su padre, quien incluso habría

recurrido al consejo del neurocientífico Facundo Manes.

Parece una exageración para los tiempos que corren, pero lo cierto es que Fernández se educó en otra época.

Se está «deconstruyendo».

Preocupado por los señalamientos, hace poco pronunció una frase que refleja esa conversión tardía. Dijo que el Papa Francisco lo había «reconciliado con la Iglesia». Explicó: «Yo soy un católico poco practicante y estoy muy enojado con la Iglesia porque no practica muchos de los valores que nos pide practicar, sobre todo el amor por los pobres, por los perseguidos, por los marginados. Y debo admitir que Francisco me reconcilió con la Iglesia y para Navidad le envié un mail y le dije que era la primera vez que le escribía a un cura para esa fecha».

La apertura del Papa en temas dogmáticos del catolicismo, como el de diversidad sexual, los acercó. «¿Quién soy yo para juzgarlos?», dijo sobre los homosexuales apenas asumió su pontificado.

Alberto visitó a Jorge Bergoglio —a quien su gobierno, recordemos, espiaba en otro capítulo de este libro— en dos oportunidades a lo largo de 2018, cuando ya la reconciliación con CFK era un hecho. Pero desmiente la versión que en medio de la campaña publicó el diario británico *Financial Times*, según la cual el Papa argentino estaría tras la unión del peronismo en general y habría estado en la de los dos Fernández en particular.

Con la ex presidenta hace rato que el Santo Padre hizo las paces, luego de un comienzo difícil.

Eduardo Valdés, el amigo de Alberto y ex embajador kirchnerista ante el Vaticano, me explica:

—Eso de que el Papa se dedica a la política argentina es tan trillado. Alberto empezó a conversar con Cristina mucho antes de ir al Vaticano. No es cierto que Francisco les armó la fórmula, como salió en un diario de afuera…

—No cualquier diario —le digo—, fue el *Financial Times*.

—¡Se equivocó el periodista! —insiste Valdés—. Es más, Rafael Bielsa mandó una carta al diario para decirles que estaban errados.

—¿Y de dónde salió esa versión? —le pregunto.

Valdés resopla:

—Mirá, está lindo meter el condimento de que el Papa tuvo algo que ver con esto, pero no es así. Te garantizo que no es así. En todo caso, ¿sabés para quién jugó el Papa?

—¿Para quién?

—¡Para Lavagna! Fijate con quién está el padre «Pepe».

Se refiere al popular cura villero José María Di Paola, cercano a Francisco y también al ex ministro de Economía.

Claro, Lavagna ya no tiene chances.

Y entre los Fernández y Macri, el Papa tiene una elección tomada.

Aborrece al Presidente saliente por su ideología, sus modos y sus lazos declarados con El Arte de Vivir, la polémica organización new age del maestro indio Ravi Shankar, a la que la Iglesia considera una herejía.

Un combo perfecto que explica por qué Bergoglio no visitó la Argentina en los cuatro años del PRO, y por qué sí podría hacerlo en 2020.

En contra de lo que podría suponerse, no fue Valdés, el amigo en común, quien acercó a Alberto con el Papa. Cuando el candidato le escribió para la Navidad de 2017, quien le dio el correo electrónico de Francisco fue su famoso dentista, el mismo que antes lidiaba con las caries de Bergoglio: Carlos Cecchi.

Relató Fernández:

—Me dijo que el Papa estaba esperando que yo le escriba y lo hice, aunque tenía mucha vergüenza… Y tuvo una enorme generosidad en recibirme.

No, el Papa no armó el nuevo frente K. Pero habla con sus dos conductores.

Otro tema de la campaña que por un momento pareció complicar a Fernández fue el departamento que habita en Puerto Madero, propiedad de su viejo amigo, Enrique «Pepe» Albistur. Alberto dijo que se lo empezó alquilando, pero que después ya no le cerraban los números, y eso que en paralelo mantiene sus dos departamentos en veredas enfrentadas de la avenida Callao al 1900.

Intentó explicar:

—Albistur me alquiló el departamento por muchos años, hasta que Macri causó en mí la misma crisis que en todos y le dije que no se lo podía pagar más. «Pepe», que es amigo mío desde hace 30 años, me dijo que me quede tranquilo, que le pague las expensas, los servicios y listo.

Es decir, dice que vive de prestado.

En el piso 12 del River View.

Lo curioso es que en la declaración jurada de la esposa de Albistur, Victoria Tolosa Paz, ella reconoce ingresos por alquiler de esa propiedad. O miente ese documento o miente Alberto.

Julio Bárbaro, su ex amigo, tiene una teoría distinta, compartida por otros.

—¿En serio te creés que ese departamento es de Albistur? —se ríe.

—Bueno, en los papeles sí —le digo.

Bárbaro guiña un ojo.

—Está a nombre del amigo porque Alberto no tiene manera de justificarlo. Le cubrió la inversión.

—¿Esto es información o interpretación? —le pregunto.

Bárbaro contesta con un silogismo:

—En la vida de Alberto, el crecimiento patrimonial se corresponde con los cargos.

Cuando lo consultan a Albistur, el publicista escapa diciendo que es «un tema privado entre amigos».

Luego de la amplia victoria en las PASO, un ex funcionario K bromeó con él:

—Lo bueno es que si Alberto se muda a Olivos, te va a poder devolver el «depto».

Albistur solo rio.

Además de esa curiosidad, la economía personal de Fernández también fue noticia por otro motivo. Antes de su acercamiento con Magnetto, el diario *Clarín* publicó que había adquirido un terreno en el country La Escondida, en Pilar, y que mantenía una deuda de más de medio millón de pesos con la administración de ese barrio privado. Él le explicó al diario *La Nación* que las expensas del lugar habían aumentado exageradamente, a 80 mil pesos por mes, y que por eso había dejado de pagarlas.

Y le dedicó un tiro por elevación a Macri: «En este país a uno le hacen lío por deber expensas, pero nada ocurre por tener sociedades en Panamá».

Los cuestionamientos contra el candidato se sucedían, pero nada le hacía mella.

Estaba blindado por la crisis.

Lo raro, sin embargo, es que las encuestas del Gobierno no reflejaran lo que estaba por acontecer. Las del kirchnerismo sí hablaban de una victoria, aunque no por el margen que finalmente se dio.

¿Qué ocurría?

Jaime Durán Barba, el gurú de Macri, seguía hablando de un repunte de su candidato e incluso vaticinaba un posible empate en las PASO, que permitiría dar vuelta el resultado en las elecciones generales de octubre. Por un momento, el viernes antes de las primarias, hasta se habló de un triunfo macrista por 2 puntos, algo que generó euforia en los mercados.

Pero del otro lado estaba la calle, la malaria, la realidad.

Gandhi Espinosa, la mano derecha de Durán Barba, ecuatoriano como él, dice en voz baja que no quisieron ver. Que hubo un sondeo que contrariaba a todos los anteriores y en el que sí se reflejaba una diferencia de 15 puntos.

Cuenta que cuando esa muestra de última hora llegó a sus manos, decidieron desecharla por ridícula.

—Esto no puede ser cierto, tíralo —fue la orden de Durán Barba.

Macri nunca se enteró.

Durán Barba asegura que nunca tuvo ese número en sus manos.

Pero su colaborador acaso no mienta.

El día de las PASO, el domingo 11 de agosto, el Presidente saliente esperaba ganar.

Los que lo acompañaban a la hora del almuerzo lo vieron ensayando las líneas de un discurso triunfal, en el que agradecía a la gente el renovado voto de confianza. Estaba en su mundo.

A la noche, todo cambió.

Alberto y CFK, los Fernández, reventaron las urnas con el 47 por ciento de los votos, casi 48, contra menos de 32 de Macri. Nadie podía creerlo.

Ni Alberto, que en el búnker K hacía rancho aparte con Massa y Felipe Solá, lejos de Máximo y La Cámpora.

Ni Cristina, que seguía todo por TV, desde Río Gallegos, lejos de su delfín.

Ni Macri, que gritaba furioso en su propio búnker:

—¡Quiero saber quién me mintió!

Carrió, cerca de allí, se cruzó con Durán Barba:

—Metete el «big data» en el orto.

Menos mal que el ordinario era Alberto.

Macri había perdido a lo grande. Y también María Eugenia Vidal, en la provincia de Buenos Aires, donde Axel Kicillof le sacó 17 puntos de diferencia.

Durán Barba no podía hacer magia. Cuatro años de ajuste, tarifazos sin techo, aumento del desempleo y la pobreza, inflación desatada y corridas cambiarias habían terminado en humillante derrota.

El FMI había vuelto a la Argentina.

Y el PRO había logrado lo que parecía imposible: resucitar a los K.

No lo hicieron Cristina ni Alberto. Fue Macri.

En el otro búnker, todo era algarabía. Esperaron a que Macri saliera a reconocer la derrota y mandara «a dormir» a los argentinos para contestarle.

Alberto discurseó, eufórico:

—A los que recomendaron que nos vayamos a dormir, les pedimos por favor que no se duerman más porque durmieron mucho tiempo y nos generaron un problema enorme.

Y chicaneó, fiel a su estilo:

—Hoy la Argentina dio un veredicto claro que dice «cambiemos», en

el mejor sentido, porque el cambio somos nosotros, no ellos.

A su lado, en el escenario, Estanislao y Fabiola lo abrazaron. También Massa y Máximo.

Dylan se quedó en casa.

CFK había sido la primera en hablar, con un video desde Santa Cruz, para firmar la victoria.

Luego le tocó a Máximo, acaso para marcarle la cancha de entrada al ganador.

Y por último pudo dar su discurso Alberto.

Al otro día de que habló la calle, los mercados se derrumbaron y el dólar trepó sin límite. El Presidente saliente culpó a los votantes, pero 48 horas después les pidió disculpas. Dijo que les había exigido demasiado, que los había hecho escalar el Aconcagua. A los asalariados les prometió 2.000 pesos más por mes hasta que se fuera, el equivalente a cinco pizzas.

No había llamado a Fernández la noche de la paliza porque eran solo unas PASO.

«La elección no ha sucedido», había dicho antes de recapacitar.

Se lo notaba en estado de shock.

Poco después, Macri sí le mandó un mensaje de WhatsApp a Alberto, quien no le contestó al instante porque estaba dando su clase de Derecho en la UBA.

Cuando finalmente hablaron se dio este diálogo, según reconstruyó Horacio Verbitsky en su conocido portal *El Cohete a la Luna*.

Macri le pidió que lo ayudara a frenar el dólar y Fernández aceptó, y a su vez le sugirió al otro que hablara con el Fondo Monetario.

—Eso mejor que lo hagas vos —dijo Macri.

—A mí me van a consultar y les daré mi opinión, pero hasta diciembre vos sos el presidente —le recordó Alberto—, y como han incumplido todo el programa tenés que hablar con ellos.

—No incumplimos nada el programa.

—¿Qué me estás diciendo? No cumplieron la meta de inflación, no cumplieron la meta cambiaria, cierran el año con 1,7 por ciento de déficit fiscal.

—Hemos hecho todo lo que nos comprometimos.

—Hay dos posibilidades. Decile a Dujovne que no te mienta más, o sentate a leer el acuerdo y después me decís qué cumplieron.

—Me alegro de que podamos hablar, valoro tu gesto —agradeció Macri.

—Y estaré disponible en forma directa cada vez que lo consideres necesario —dijo Alberto.

Macri agregó:

—Con tu compañera era difícil hablar.

A la segunda vez que el Presidente saliente se refirió a CFK, el entrante lo frenó:

—Te llamé porque querías pedirme un favor, no para escucharte cuestionamientos a Cristina.

También le pasó factura por sus declaraciones sobre la corrida cambiaria del día después de las PASO.

—El lunes dijiste que esto pasaba porque los mercados estaban asustados por nosotros y culpaste a quienes nos votaron. Ustedes son los responsables de lo que sucedió. De tanto insistir en que somos Venezuela, parece que los mercados les creyeron.

—Pero yo no dije nada de eso.

—En estos tres días no dijiste, pero llevás seis meses haciendo campaña con eso.

—Sí, pero Cristina es amiga de Chávez.

—¿Qué tiene que ver Chávez, que murió hace seis años?

—Ella le pidió plata prestada.

—¿Pero qué estás diciendo? Cristina nunca le pidió nada a Chávez. Fuimos Néstor y yo, y una sola vez, cuando se nos cerraron todas las fuentes de financiamiento.

—Bueno, es lo mismo…

—No sabés lo que decís. Te puedo ayudar a calmar el dólar. Para hablar de esto no tengo tiempo.

Macri le propuso que se sacaran una foto juntos en público. Alberto no quiso. Le dijo que a ninguno de los dos le convendría.

Al despedirse, Macri preguntó si Alberto quería pedirle algo.

El otro enumeró:

—Que le hagas caso al presidente del Banco Central y cuides las reservas. Que actúes como presidente y no como candidato, que los corras a Marcos Peña y Dujovne, porque aparte de que han perdido toda credibilidad, tienen en pie de guerra a tu propio gabinete.

—Lo último no es fácil —respondió Macri—. ¿Quién querría hacerse cargo en este momento?

Marcos Peña siguió en su cargo de jefe de Gabinete, pero Nicolás Dujovne por esas horas renunció al Ministerio de Economía.

Según Carlos Pagni, el columnista político de *La Nación*, Alberto también dijo:

—A mí no me sirve que te vayas mal. Necesito que la Argentina el año que viene esté de nuevo creciendo.

Luego del intercambio, ambos comunicaron que habían tenido una charla «positiva».

Y Fernández salió a decir aquello de que «un dólar a 60 pesos está

bien».

Los mercados por algunos días respetaron el límite fijado por el futuro presidente.

En la versión de Verbitsky del diálogo entre ambos, Alberto quedaba muy bien parado y Macri muy mal. Conociendo las dotes de orador de uno y otro, es posible que, al margen de alguna exageración albertista, la charla se haya dado así. Macri estaba demasiado abatido para dar su propia versión de lo conversado.

Los amigos de Fernández consultados para este capítulo dan por cierto el diálogo que él le transmitió al ahora ex columnista de *Página/12*.

Uno de ellos bromea:

—Menos mal que Macri no le recordó que casi compartieron una lista en el pasado.

Lo que había empezado bien —dos presidentes, el que se iba y el que llegaba, acordando trabajar juntos para calmar el clima de ebullición— terminó de pincharse unos días después, cuando una misión del Fondo Monetario Internacional entrevistó a Fernández y no se llevó una promesa firme de que seguiría pagando los vencimientos de la deuda contraída por Macri. Es más, el candidato les habría dicho que no le prestaran más plata a Macri porque él, cuando asumiera, no podría devolverlo.

En un comunicado, hasta trató al FMI de cómplice del macrismo. Escribió hablando de sí mismo en tercera persona: «El candidato a Presidente de la Nación por el Frente de Todos reiteró su preocupación por el hecho de que los créditos otorgados por el FMI al gobierno nacional hayan sido utilizados, en gran medida, para financiar la salida de capitales».

Un golpe al mentón del Fondo Monetario que hizo que el dólar, claro, volviera a trepar.

El macrismo acusó a Fernández de haber endurecido su discurso para agitar las aguas, y dijo que lo hacía por orden expresa de CFK, disgustada con su inicial postura dialoguista.

Luis Majul lo repitió con más énfasis que nadie en su programa de TV:

—Fuentes cercanas al Presidente y otros referentes del oficialismo juran que Alberto fue con los tapones de punta contra el Fondo como resultado de una presión de Cristina, que no habría podido aguantar la bronca que le generó la multitudinaria marcha del sábado pasado.

La marcha era la que el Gobierno había organizado para vivar al derrotado Macri en la Plaza de Mayo, como tardía inyección de ánimo. Lo de «multitudinaria» es discutible.

También Patricia Bullrich, la vieja amiga de Fernández, se sumó al coro. Le dijo al periodista Eduardo Feinmann: «Algo pasó con el Alberto de la semana pasada, no está en sus manos la conducción. Salió con discurso explosivo, incendiario, hubo alguna conducción en el medio que le dijo "cambiá el discurso"». Y agregó una obviedad: «Cristina y el kirchnerismo están detrás de la fórmula Fernández-Fernández».

Es verdad que CFK es la más dura de los dos, la que se la tiene jurada a Macri y la que nunca pensó compartir una boleta con él. Pero también lo es que el macrismo agita el tema del «doble comando» para generar inquietud.

Luego de arrasar en las PASO, Cristina le recordó a Alberto:

—Mirá que nosotros recién asumimos en diciembre.

Es decir: que se arreglen.

Que se retuerzan en su dolor.

Que pidan la toalla.

En el momento en que se terminaban de escribir estas líneas, las cartas parecían echadas. El resultado irremontable de las PASO convertía la elección general del 27 de octubre en mero trámite. Lo que importa, en todo caso, es qué pasará después. Porque así como hay dos Fernández, también hay dos libretos.

Él quiere gobernar. Ella quiere su venganza.

Él seduce al capital. A ella la adoran los humildes.

El habla con *Clarín*. Ella, solo por cadena.

Él tiene la botonera. Ella, la militancia y el liderazgo.

Él es un «moderado» con ataques de furia.

Ella, una «loca» bastante estratégica y calculadora.

Él busca ser.

Ella, volver a ser.

En el acto de cierre antes de las PASO, los dos Fernández compartieron el escenario en el Monumento a la Bandera en Rosario. Allí, Alberto quiso tranquilizar a la hinchada:

—Están todos muy preocupados por cómo me voy a llevar con Cristina. Nunca más me voy a pelear con Cristina, porque vamos a hacer la Argentina que todos ustedes merecen.

Ese es el mensaje público, la promesa de campaña.

Cuando habla en privado, su tono es otro.

—Voy a gobernar yo y Cristina lo sabe —les dice a sus amigos.

—¿Y si no te deja?

Alberto se ríe ante la pregunta.

Contesta:

—Ella sabe que no me puede manejar. Ya un día le renuncié y estuvimos diez años peleando.

Vendrán tiempos difíciles.

Los Fernández llegan de a dos. Pero la lógica intrínseca del poder indica que, más temprano que tarde, solo habrá lugar para uno.

O una.

Agradecimientos

Agradezco a las decenas de fuentes que aportaron datos valiosos y certeros para esta investigación —ex y actuales funcionarios, legisladores, amigos y confidentes del virtual presidente y su vice, empresarios, dirigentes sociales, operadores, encuestadores, periodistas, opositores e investigadores judiciales, entre otros rubros—, cuyos nombres desfilan a lo largo de estas páginas, salvo los de aquellos informantes que prefirieron no ser mencionados por temor a represalias.

A Alberto, Cristina y Néstor, por las palabras que en el pasado prestaron para este trabajo.

A la gente con la que trabajo en la revista *Noticias* y en la Editorial Perfil, por la invalorable ayuda de siempre: Claudio Gurmindo, Gustavo González, Silvio Santamarina, Edi Zunino, Adriana Lorusso, Alejandra Daiha, María Fernanda Villosio, Rodis Recalt, Juan Luis González, Carlos Claá, Daniela Gian, Giselle Leclercq, Alejandro Rebossio, Maximiliano Sardi, Pablo Berisso, Gustavo Yuste, Marcos Tejeiro y Delfina Tremouilleres.

A la gente del archivo de Editorial Perfil, Osmar Arredondo, Carolina Apecetche y Sergio Natalicchio.

También a mis ex compañeros de *Noticias*, Nicolás Diana, Marina Abiuso, Federico Mayol, Cecilia Boufflet, Daniel Seifert y Francisco Zoroza.

A mi hermosa familia.

A mi madre.

A mis amigos, por estar siempre.

A mi ex jefe Darío Gallo, por aportar anécdotas y datos olvidados.

A la gente de Planeta y a quien editó este trabajo, Daniel Guebel, por los buenos consejos.

Grupo Planeta

¡Seguinos!